

Nuestra América

El camino a la construcción del ambiente

Antología

Guillermo Castro Herrera



La presente publicación es un trabajo de reciprocidad en el conocimiento del Dr. Guillermo Castro Herrera quien donó con generosidad esta obra y, de la misma manera, el Programa de Tierras y Aguas hacia una fraternidad posible y el Instituto Universitario SOPHIA ALC lo hace hacia todos aquellos que tendrán el gozo de recibirla y profundizarla.

www.programatierras.org
<https://sophiaalc.com/>
secprogramatierras@gmail.com

Compiladores:

Rosario Tapiero y Hernán Apezteguía

Producción: Programa Latinoamericano y Caribeño de Tierras y Aguas hacia una fraternidad posible – Ciudad Nueva Interamericana

Diseño y diagramación: Johan Panni

ISBN en trámite oficial

Colombia, noviembre 2025

Introducción

El Programa y la Red Latinoamericana y Caribeña de Tierras y Aguas y el Instituto Universitario SOPHIA ALC, se alegran de poder presentar esta significativa Antología del panameño Guillermo Castro Herrera.

En el desarrollo de nuestro deseo de contribuir a tejer una única red entre todos los que trabajan y luchan por los derechos de los campesinos, a poseer una tierra y un techo para poder vivir en ella y que pueda ser, además, su medio de sustento y, cuidando al mismo tiempo nuestra “casa común”, nos hemos encontrado con Castro Herrera, quien con inmensa generosidad ha puesto a nuestra disposición sus conocimientos, de los cuales este libro es un claro ejemplo.

La relación que se estableció con él fue siempre grata, afectuosa y creativa. Fue él quien nos propuso realizar una conmemoración por los diez años de la encíclica Laudato Si: “hagamos algo por el aniversario, pero que no sea una recordación como un epitafio de algo que pasó, sino algo vivo”. Y así fue esa experiencia de conocernos y valorarnos, descubrirnos que somos muchos, muchas organizaciones, muchísimas personas que en Latinoamérica siguen la inspiración de la LS y producen realidades y cambios en la sociedad Latinoamericana.

Leyendo esta recopilación de sus variados artículos, a lo largo de estos años, una verdadera antología, se observa la trayectoria de un hombre, apasionado por la relación entre la naturaleza y la humanidad. Resulta particularmente importante en este período, el “Antropoceno”, donde la crisis ambiental producida por la actividad humana amenaza la propia existencia de nuestra especie.

Como él mismo lo dice, en compañía constante de José Martí, que se manifiesta directa “Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de

cerca, y en que nos tocó nacer; [...] Esto es luz, y del sol no se sale.” o indirectamente en sus artículos, junto a muchos otros autores, que denotan la amplitud y seriedad de su pensamiento y su compromiso intelectual. Por ejemplo, Carlos Marx sobre el papel del trabajo en el desarrollo humano; las nociones de biosfera y noosfera, a cuya elaboración contribuyeron el biogeoquímico ruso Vladimir Vernadsky, y el sacerdote jesuita y antropólogo Pierre Teilhard de Chardin”; la tradición comunitaria indígena, Rachel Carson, Goebbel McDermott, Emerson, hasta el Papa Francisco, con su definición clara y precisa del desafío que nos toca enfrentar: “No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socioambiental”, [LS 139].

Importantes conceptos se definen a lo largo de este itinerario. La historia de la naturaleza tiene millones de años, pero la historia ambiental, que es la de la interacción de nuestra especie con sus entornos naturales, se estima en un millón de esos años – y, en nuestra América, apenas unos 30 mil. “En este sentido, toda historia ambiental hace parte de la historia ecológica, pero no toda historia ecológica hace parte de la ambiental”.

“Siendo el ambiente el resultado de las modalidades de interacción entre los sistemas sociales y los sistemas naturales que caracterizan a una determinada época histórica, si deseamos un ambiente distinto debemos construir una sociedad diferente, capaz de trabajar con la naturaleza y no ya contra ella. Desde esa disyuntiva se definen todo el potencial y todos los desafíos que encara la educación ambiental en todas sus expresiones”.

“La conciencia de la necesidad de un abordaje interdisciplinario de los problemas de nuestra realidad se traduce ya en el fomento de campos nuevos del saber, como la historia ambiental, la ecología política y la economía ecológica, que enriquecen los aportes de Paulo Freire, la Teología de la Li-

beración y más recientemente la encíclica Laudato Si'".

Sin dejar de conocer la historia mundial, el autor se centra en "nuestra América" más específicamente Latinoamérica y también afronta problemas específicos de Panamá: "hoy importa como nunca atender a lo que nos advirtiera José Martí en 1891, cuando se iniciaba la crisis de la organización colonial del sistema mundial: "Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas."

Quisimos que la Antología esté precedida por tres miradas desde distintos ángulos del continente, lo cual nos pareció enriquecedor por la comprensión situada del autor

y de su obra. Una mirada desde Centro América coterránea a Guillermo Castro Herrera, otra de Sud América desde Colombia y también de Uruguay Cono Sur. Trayectorias, análisis, percepciones variadas y al mismo concordes en la importancia de la obra del autor.

Pensamos que este libro puede ser fecundo, de valor, por el nivel de conocimientos que brinda, pero, sobre todo, de aliento e inspiración para comenzar o seguir trabajando en la construcción de una tierra latinoamericana más justa y amante y respetuosa de la naturaleza.



Programa Latinoamericano y Caribeño de Tierras y Aguas,
Hacia una Fraternidad posible



Instituto Universitario SOPHIA ALC

Salir de una charla con Castro, es equivalente a salir fortalecida

La Antología de Guillermo Castro, exulta Latinoamérica, la que lo formó intelectualmente y lo nutrió espiritualmente; no solo a través de experiencias y personajes, sino de la sabia misma de la Pachamama, que le da espíritu y alma a su obra y saberes.

Más allá de sus estudios en Lengua y Literatura Hispanoamericana, su doctorado en Estudios Latinoamericanos, su redescubrimiento de la naturaleza a través de la experiencia y vida de las comunidades indígenas y campesinas del continente emerge y evidencia su camino permanente e incansable hacia la comprensión de la utopía de la sostenibilidad, su “Camino al Ambiente”.

Desde Darwin a José Martí, de Rachel Carson al Papa Francisco, la diversidad de fuentes, autores, investigadores, escritores y líderes de nuestra historia, que son objeto y sujeto de estudio de Guillermo Castro, enriquecen el análisis y la lectura de toda esta antología. Castro -con la agudeza y destreza de quien desenreda madejas finas- teje y desentraña la historia ambiental desde que la humanidad construye su conciencia al respecto, hasta la debacle de la crisis climática de nuestros días, facilitando su comprensión y acercándola a quienes sólo conocen de la naturaleza por los servicios de los que disfrutamos y no por la ciencia que se desprende de ella.

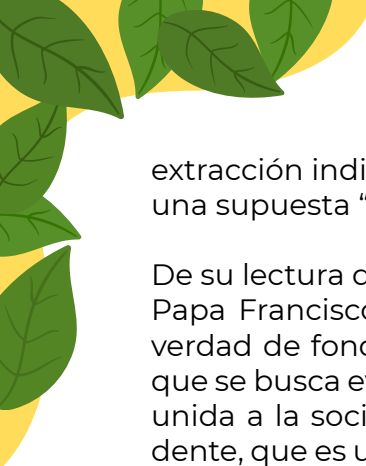
Conocí a Guillermo Castro cuando la confrontación entre conservación y desarrollo era la nueva cuestión en la zona del canal que revertía a Panamá con los albores del siglo XXI. La protección de bosques que antes fueron parte de zonas militares, ahora en manos panameñas parecía materia prima para la venta. Nos cuestionábamos entonces qué predominaba, la conservación o el desarrollo. Fueron entonces sus escritos y conversaciones entre cafés, que le daban sustento a que ambos conceptos

nunca estuvieron opuestos, cuanto íntimamente ligados para la sustentabilidad de la vida humana. Salir de una charla con Castro, es equivalente a salir fortalecida del gimnasio o liberada en el confesionario y lista para la siguiente batalla ambiental.

Su “Camino al Ambiente” fluye desde lo que él mismo llamó, a inicios de su vida profesional, “la lucha contra la naturaleza”. Cuando colabora con iniciativas del gobierno de Panamá para la creación de condiciones para el desarrollo de comunidades campesinas, hasta la comprensión íntima y que se reflejará a lo largo de toda su obra escrita de que “No hay batalla entre la civilización y la barbarie, si no entre la falsa erudición y la naturaleza”, como lo aprendió de José Martí. La magia en los escritos de Castro es que te transporta de lo científico a lo místico, de lo terreno a lo sublime, utilizando su profunda conexión con las dimensiones de la naturaleza que incluyen al ser humano, al mismo tiempo, que es pragmático y funcional.

En su escrito: “27 Años Atrás” analizando la destrucción de la biósfera -compartida por todas las regiones del globo plantea una diferenciación clave para comprender la sostenibilidad desde los dos hemisferios. Analiza las diferentes corrientes económicas desde la lectura de diversos autores donde la cosa natural tiene diversos enfoques para el desarrollo económico. Pero destaca lo que enmarca una diferenciación clara en nuestro continente, entre el Norte y el Sur:

Mientras que para el Norte la puesta en uso de un recurso es para un fin determinado, producir crecimiento y desarrollo tecnológico, entre otros, para el Sur, para Latinoamérica el desarrollo implica el uso del recurso para producir bienestar social y participación política de las sociedades. Un paradigma al que seguimos extrayendo conceptos y desarrollando diversos análisis, ahora más en la era de la revolución tecnológica que parece arroparnos a todos sin excepción y para la que se justifica la



extracción indiscriminada de metales para una supuesta “transición verde”.

De su lectura de la Encíclica Laudato Sí del Papa Francisco, Castro hace énfasis en la verdad de fondo sobre la crisis ambiental, que se busca evadir, que está íntimamente unida a la social, por lo que resalta lo evidente, que es una crisis socioambiental. Es por ello que leeremos de él, más de una vez, lo escucharemos cientos de veces repetir: “Si queremos un ambiente distinto, tenemos que construir sociedades diferentes”.

Su descripción del proceso para alcanzar la definición de medio ambiente que tenemos hoy, a través de diversas coyunturas políticas y sociales, va más allá de definirnos el término técnico- científico. Castro te enmarca en la evolución de una sociedad que ha cosificado el recurso y ahora busca reconciliar lo humano con la naturaleza, planteando además nuevos campos para entender esta relación indivisible, pero en apariencia rota, y nos habla de la necesidad de comprenderla a través de la economía ecológica y la ecología política. Sus reflexiones recorren de ida y de vuelta estos campos para tratar de expresar las dimensiones complejas y no lineales de las múltiples relaciones con y desde la naturaleza para quienes la habitamos, pero sobre todo para quienes queremos comprenderla.

Una pausa obligada en la lectura es la del escrito: “Del Antropoceno como Futuro”. Porque la realidad nos está llevando a hacer una pausa a la acelerada relación que existía entre la biósfera y los seres humanos, por lo que el autor señala: “Eso no llevará al fin del Antropoceno, pero sin duda lo conducirá a una nueva etapa en su desarrollo” leerlo, me voló la cabeza porque

tendemos a ver las cosas en corto, las crisis encima de nosotros, el problema aplastándonos, pero su lectura nos pone en nuestro lugar: No somos protagonistas de esta historia, somos solo extras y actores de reparto en una obra de inconmensurable envergadura en tiempo y espacio, nos aligera la ansiedad y nos da esperanza sobre el futuro del planeta.

Una de las mayores lecciones que he tenido del maestro Castro, es aprender a diferenciar a la Naturaleza por su ser y estar, de ella misma, por los servicios que nos brinda. Suele decirme: La naturaleza es en sí misma es un patrimonio, un bien; los beneficios que nos brinda, una vez que el ser humano interviene para que sean parte de nuestro desarrollo, son los recursos naturales. Entenderlo es clave para nuestro trabajo en la protección de nuestro patrimonio, y el uso responsable de nuestros recursos. Esta sentencia es la que nos sigue manteniendo en la constante controversia de la sustentabilidad o sostenibilidad del desarrollo, como el autor lo presenta a lo largo de sus reflexiones. Y sin embargo, como cada tanto bien me dice: “Lo bonito de esto, es lo feo que se ha puesto, porque ya no puede ponerse peor”. Entre sonrisas cómplices y esperanzas compartidas, quiero siempre soñar que en verdad es como dice el Maestro, ahora sí vamos encontrando el camino hacia la construcción de una sociedad, que mejor entienda y se relacione con lo que construye, y aquello que no está dispuesto a destruir. Porque más allá de todo, somos conscientes que pertenecemos a la Naturaleza.

Gracias Maestro por tu Antología, gracias por desgranar la historia de nuestra Casa Común.

Raisa Banfield, Panamá

El encanto del conocimiento, de lo cercano ... de la sabiduría

Me permitieron el honor, por invitación, de leer el libro de selección de textos de Guillermo Castro Herrera que se prepara como un homenaje a su obra y vida, y a escribir unas palabras, que serán compartidas a diferentes manos. Empieza uno por tratar de discernir si se concentra en la persona, en los textos, en su amplia obra, en su vida, en fin, para terminar, concluyendo, que no hay manera de separarlos, que una de sus magias es que es uno solo, que es coherente, como la vida, como el mundo que él describe, desde la historia, desde la realidad, pero también el que sueña.

Y quiero empezar por lo más hermoso, la siempre presencia de doña Ligia Herrera Jurado, su madre, la maestra, la geógrafa, la mujer comprometida con la vida y su país, pero al final de cuentas la madre, un legado y una responsabilidad que Guillermo ha sabido cuidar con esmero y compromiso.

Adentrarse en estas lecturas de textos cortos, pero colmados de profundidad, claridad y muestras fehacientes de una erudición como pocas en “Nuestra América” como suele decir para referirse a esta parte del mundo, Continente que siempre reivindica desde la vida y obra de otro grande, de José Martí; significa recorrer la historia desde particularidades significativas, también de buscar identidades, algo que nos ha sido esquivo, entender y ser conscientes de un pensamiento latinoamericano, por fuera de razones colonialistas; o de comprender que otro mundo sí es posible, pero bajo lógicas y actuaciones muy diferentes con la naturaleza a las que el actual modelo de desarrollo nos ha sometido.

Y para esto es necesario comprender la importancia que tiene para él la historia y su insistencia en precisar los estudios sobre los efectos de los humanos, y las sociedades que conforman, en la naturaleza, lo que el designa como historia ambiental; diferenciándola de la historia ecológica, más amplia y que

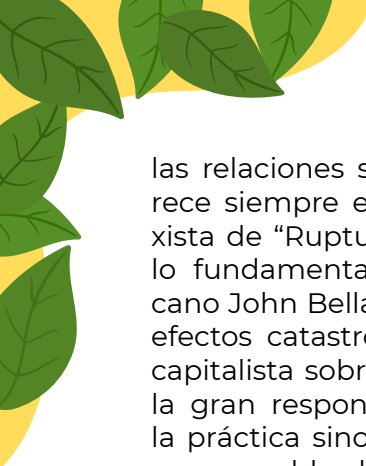
realmente se encarga de estudiar la evolución de los diferentes ecosistemas.

La sustentabilidad de nuestro sistema natural, de nuestro sistema mundo, será posible en la comprensión humana, que debe pasar por la humildad ante la naturaleza, para vislumbrar y aceptar que nosotros los seres humanos nos integramos, hacemos simbiosis, con la naturaleza siendo parte de los ecosistemas que la conforman, no somos seres superiores cuyo propósito es hacer de ella solo un objeto de producción, de capital y por ende de acumulación, como lo plantea el Papa Francisco en su Encíclica “Laudato Si” del 2015, o del cuidado de la casa común, que Guillermo Castro Herrera recoge continuamente, mostrando no solo la relevancia de este comunicado papal en el mundo actual, sino la incidencia del pensamiento de Francisco que en ella recoge buena parte de las contribuciones que desde “Nuestra América” se han hecho para que el mundo tenga otra oportunidad.

Y no son pocos los referentes conceptuales y la profundidad del debate que siempre nos propone, en cada una de las lecturas, y de su obra claro está. Es un gran lector y siempre reivindicativo, como se dijo, de José Martí, no solo se trata de epígrafes o de citas de conclusión en sus escritos donde, por lo general, Martí abre y cierra, es una muestra fehaciente de la pervivencia, vigencia y profundidad de su pensamiento y sus contribuciones para entender las relaciones de los humanos entre ellos mismos y con la naturaleza. Si uno quisiera, podría leer a Martí a través de los ojos de Castro.

También aparecen siempre Marx y Engels, los dos, el uno o el otro. Con una claridad que debe hacerse, es un conocimiento profundo de Marx y Engels, de sus obra y discusiones, no las lecturas interpretativas de algunas corrientes marxistas, en particular, como el mismo critica, de unos sectores del marxismo latinoamericano que incluyeron en sus análisis las distorsiones positivistas del marxismo soviético.

Castro retoma las concepciones marxistas sobre la naturaleza, la inclusión de ésta en los modelos de análisis para poder entender



las relaciones sociales de producción. Aparece siempre en su obra el concepto marxista de “Ruptura metabólica” – tomado en lo fundamental del sociólogo norteamericano John Bellamy Foster - para mostrar los efectos catastróficos que tiene el accionar capitalista sobre los ecosistemas, y muestra la gran responsabilidad que tiene no solo la práctica sino la misma teoría económica que respalda al capitalismo, al no considerar como parte del modelo explicativo a la naturaleza misma, quitando así su fundamento, pero generando una fractura en los ciclos metabólicos de la naturaleza, restando así la capacidad de regeneración de la misma, es decir, ocasionando el deterioro que solo recientemente, el mundo empieza a hacer conciencia, y del que difícilmente se saldrá a no ser que se dé un cambio de masas hacia una cultura por la sostenibilidad, esto es, un retorno hacia el sentido común.

Pero sus textos no se quedan allí como si fueran alegorías ortodoxas. Por el contrario, sus referencias amplias, sus citas de otros autores, norteamericanos, europeos de otras latitudes, o universales, incluyendo a la América Latina, dan cuenta no solo de su disciplina lectora, analítica y crítica, sino del esfuerzo intelectual por hacer evidente un pensamiento que desde “Nuestra América” y sin desconocer al mundo, pueda no solo aportar a la humanidad, a la ecología, sino, y es relevante, que evidencie las líneas en el tiempo y su evolución de un pensamiento latinoamericano, que no es marginal, sino que está a la altura de las grandes discusiones humanas, naturales, espirituales y globales.

Pero las preocupaciones de Guillermo van mucho más allá de entender nuestro mundo, sus complejidades y explicar las vicisitudes de la crisis ecosistémica, civilizatoria, que, aun siendo anunciada, se ha permitido que avance, que se profundice a riesgo de llevar la humanidad al colapso.

La búsqueda, la propuesta de salidas le han permitido no solo participar en escenarios de privilegio, sino tener una voz activa entre las bases sociales (comunidades campesinas, étnicas y populares) que manifiestan la preocupación latente por lo que se vive, pero también son partícipes de acciones, aisladas y conjuntas, de alternativas para permitir

que la vida en pleno, del planeta, de los ecosistemas y de la humanidad, sean posibles. Preocupación y acciones glocales no solo necesarias sino urgentes.

Esto le ha permitido que conozcamos sus propuestas y obras, tanto desde las sociedades académicas influenciando formas y maneras de comprender lo que hemos sido, lo que somos y lo que podemos ser, como también, y en concordancia con esto último, de las alternativas que le permitan a la humanidad transitar hacia modelos de sociedad y de vida que sean capaces de coexistir con los diferentes ecosistemas. Propuestas integrales y de garantía de una sustentabilidad, de ecología popular, que den al traste con la idea de progreso que desde finales de las grandes guerras, o incluso desde mucho antes, se nos vendió como la panacea de un modelo de crecimiento infinito, en un mundo finito, y un desarrollo prometido que no solo resultó esquivo para las mayorías, sino que terminó siendo el resultado de las relaciones entre las cosas, desde las mercancías, y no para la calidad de la vida, para el Buen Vivir de los seres humanos, en coevolución con los demás ecosistemas, en sus sociedades, como realización de sus vidas individuales y comunitarias.

Hay que prepararse entonces para continuar, para que estas lecturas sirvan para dinamizar, para recuperar discusiones, análisis, pero que también contribuyan a dinamizar renovadas o nuevas alternativas frente a esta vida en la que, con conciencia y responsabilidad, nos toca enfrentar los retos necesarios para que la sustentabilidad, la ecología y la vida integral de todos los ecosistemas, del planeta y en general de la naturaleza, sean por fin el propósito de nuestra especie que por su accionar en un modelo depredador, tiene la obligación, ética, moral y política, de restituir los órdenes naturales de la vida.

Dr. Jaime Alberto Rendón Acevedo
Director Centro de Estudios e Investigaciones Rurales (CEIR),
Universidad de La Salle, Colombia.

Una visión integradora de los desafíos ecológicos actuales

Vivimos en una época atravesada por una profunda crisis que pone gravemente en peligro hasta la supervivencia misma de la humanidad en el planeta tierra. La crisis ecológica que vivimos no solo afecta lo ambiental, sino también las dimensiones cultural, relacional y espiritual. Por eso, necesitamos una nueva forma de mirar la realidad, que pueda poner en diálogo estas dimensiones tan esenciales. En este contexto, la historia ambiental presentada en el texto de Guillermo Castro Herrera, puede constituir no sólo una narrativa, sino una ayuda a comprendernos a nosotros mismos, como especie humana, en el tejido dinámico de la vida y a trazar el camino que necesitamos recorrer.

El paradigma relacional propuesto por EcoOne frente a los modelos de fragmentación del conocimiento y de la acción que han predominado en la historia reciente, y que son una importante causa de la degradación de los vínculos entre la humanidad y la naturaleza, nos invita a vivir de otro modo y en comunión con la naturaleza y entre nosotros, adoptando estilos de vida sostenibles y comprometiéndonos con el futuro de nuestra casa común. Esta Sostenibilidad Relacional requiere la riqueza de perspectivas provenientes de diversas culturas, y de la latinoamericana podemos adquirir el equilibrio y la interconexión entre seres humanos, naturaleza y espiritualidad. La armonía de estos elementos sostiene la vida, trascendiendo lo material e incluyendo lo social, cultural y ambiental. El bienestar no solo depende de factores individuales o económicos, sino también de la calidad de las interconexiones con los demás, con la naturaleza y con las tradiciones culturales.

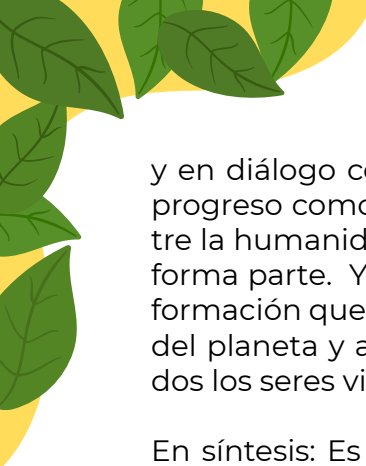
Creo que, desde este paradigma de la sostenibilidad relacional, la Antología de Guillermo Castro Herrera puede ser un válido

aporte latinoamericano. Partiendo de su experiencia directa con la degradación ecológica, el autor pasa de un humanismo crítico a un pensamiento ambiental, que constituye un marco interpretativo para construir una sociedad distinta, capaz de enfrentar los retos del presente y del futuro próximo. Es un recorrido intelectual y vital, atravesado por la preocupación esencial de cómo construir sociedades más justas y sostenibles a partir del reconocimiento de la interdependencia entre lo social, lo ecológico, lo cultural y lo espiritual.

Estamos convencidos de que toda crisis ambiental es también una crisis de las relaciones entre los seres humanos y la naturaleza, y por eso nos parece que el texto de la antología aporte a una visión integradora que pone en diálogo ciencia, ética, historia, espiritualidad y acción social. Es interesante que el autor haga dialogar en su texto a figuras tan distintas como José Martí, el Papa Francisco y Naomi Klein, provenientes de lugares y momentos históricos diferentes, pero todos con la mirada puesta en un nuevo modo de cuidar el planeta tierra que es nuestra casa común.

Desde el enfoque relacional compartimos la visión de que los problemas ecológicos no pueden ser tratados aisladamente ni con una mirada meramente técnica, ya que son expresión de una forma de vivir que ha dañado los equilibrios presentes en la creación. El texto de Casto Herrera ofrece una propuesta de reconciliación apoyándose en el conocimiento crítico, la justicia socioambiental y la posibilidad de una transformación.

Esta antología es una valiosa contribución para comprender que no podremos construir un ambiente más habitable para todos, más bello, más justo, si no transformamos antes nuestras formas de vida, el modo cómo producimos y cómo convivimos como sociedad. Podemos decir que este libro no sólo nos ofrece una mirada hacia el pasado, sino que nos orienta hacia un futuro más humano, más fraterno



y en diálogo con la Tierra, redefiniendo el progreso como un camino de relación entre la humanidad y la naturaleza de la cual forma parte. Y pone la clave en una transformación que pueda reconocer los límites del planeta y asimismo la dignidad de todos los seres vivos.

En síntesis: Es un texto que presenta una visión integradora de los desafíos ecológicos actuales, usando la historia ambiental como una herramienta que nos permite

estudiar el pasado para poder incidir en el presente y proyectar un futuro más esperanzador. Y es un aporte desde la rica tradición intelectual, social y política latinoamericana, en la que se afirma que se necesita partir de una sociedad distinta para lograr un ambiente armonioso.

Dra. María Florencia Decarlíni - Uruguay
Referente latinoamericana de EcoOne.

Pro-logos

Guillermo Castro H.

Este texto quiso documentar el recuento del camino que me llevó de una Licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericana y Cubana, obtenida en 1973 en la Universidad de Oriente, en Cuba, a un doctorado en Estudios latinoamericanos sustentado en una tesis titulada Medio Ambiente y Sociedad en la Historia de América Latina, que me otorgara la Universidad Nacional Autónoma de México en 1995. De allí en adelante ingresé a los mundos de la historia ambiental latinoamericana, que me acogió desde entonces. Aquí están recogidos textos -cortos unos, más largos otros-, sin más ordenamiento que el de la secuencia que da cuenta de ese recorrido.

En lo personal, puedo decir que yo nací en Panamá en 1950, hijo de un médico y una maestra de escuela que llegaría a ser una geógrafa extraordinaria. Aquel era un país “a un Canal pegado”, como lo describiera el periodista argentino Gregorio Selser, que nos quiso tanto. No se llegaba al millón de habitantes. Dos tercios del territorio estaban cubiertos de selvas tropicales, al Norte y el Este, poblados por pueblos indígenas que en aquel entonces eran llamados con el nombre de las tierras de donde provenían: Guaymíes, en Occidente; kunas en el Atlántico Nororiental; Chocóes en el Darién, y que hoy se llaman a sí mismos Ngöbes, Bugles, Gunas, Emberáes y Wounaan. El otro tercio era un gran potrero, con un par de ingenios azucareros intercalados y una zona bananera en la región limítrofe con Costa Rica. Y en pleno centro, de mar a mar, el Canal y su Zona, bajo el control del Gobierno de los Estados Unidos, y bajo la custodia de sus fuerzas armadas.

Las décadas de 1950, 1960 y 1970 fueron de crecimiento económico, que en nuestros países suele venir acompañado de deterioro social y degradación ambiental. Pero en aquel entonces las cosas no se veían así, y la migración campesina a la periferia de la capital, y la apertura de fronteras de

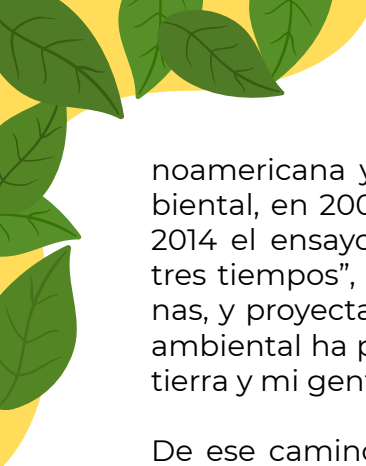
colonización en las selvas del Atlántico y el Darién eran hechos propios del desarrollo, que acarrearía progreso, que nos llevaría a la civilización a través de – entre otras cosas – la lucha contra la naturaleza tropical.

En ese medio hice mis primeros estudios. Después – por una serie de circunstancias afortunadas – continuaría mi educación secundaria en Chile, entre 1962 y 1967, para seguir después con aquella Licenciatura en Literatura y Lingüística en Cuba, entre 1968 y 1973; una Maestría en Estudios Latinoamericanos de Ciencias Sociales en la Universidad Nacional Autónoma de México, entre 1977 y 1979, y aquel Doctorado en Estudios Latinoamericanos en la misma Universidad entre 1992 y 1995. Todo ello, de Cuba en adelante, con la compañía constante de José Martí.

Entre la Maestría y el Doctorado, conseguí trabajo en Panamá en una empresa pública llamada Proyectos Especiales del Atlántico, creada por el gobierno del General Omar Torrijos para llevar atención y esperanza a los campesinos que estaban colonizando esa región del país. Allí tuve mi experiencia directa de lucha contra la naturaleza, y aporté mi cuota de apoyo a la deforestación, la ganaderización y la prospección minera de una región que había estado muy poblada hasta la llegada de los europeos al Istmo en el siglo XVI, y en la que desde entonces la selva tropical húmeda había vuelto a campar por sus fueros.

El espectáculo de la destrucción del bosque, y mi propia complicidad en ese proceso, fueron los dos motivos que me fueron llevando hacia el ambientalismo primero, y hacia la historia ambiental, después. Con ese haber llegué a mi segunda estancia en la UNAM, dedicada al intento de crear un marco de referencia para el estudio de la historia ambiental de América Latina, y desde entonces habito en el tema.

De entonces acá, también, he logrado dos cosas que realmente aprecio. Una fue co-laborar en la creación de la Sociedad Lati-



noamericana y Caribeña de Historia Ambiental, en 2003. La otra, haber escrito en 2014 el ensayo “Panamá, un territorio en tres tiempos”, que sintetiza en siete páginas, y proyecta al futuro, lo que la historia ambiental ha podido enseñarme sobre mi tierra y mi gente a lo largo de estos años.

De ese camino andado me queda haber entendido que, siendo el ambiente el resultado de las intervenciones de los humanos en la naturaleza, mediante procesos de trabajo socialmente organizados, si queremos un ambiente distinto tendremos que construir sociedades diferentes. Es a la luz de esa verdad evidente que la historia ambiental examina el pasado desde los temores que hoy nos inspira con toda razón el futuro que se anuncia en un presente marcado por la transformación masiva del patrimonio natural en capital natural, en un proceso autodestructivo que lleva a extremos sin precedentes la vieja combinación de crecimiento económico con deterioro social y degradación ambiental.

Y es a la luz de esa verdad, también, que la historia ambiental debe abordar esa tarea en dos planos, cercanos pero distintos, de colaboración con otros. Uno, el de otros campos del saber de la nueva cultura de la que ella misma forma parte, como la

ecología política, la economía ecológica, y el estudio de los procesos de formación y transformación de la cultura de la naturaleza en nuestras sociedades. El otro, los nuevos movimientos sociales, del campo y de la ciudad, que tanto han contribuido y contribuyen a enriquecer la complejidad y el carácter innovador del ambientalismo latinoamericano.

En nuestra América, dijo Martí, “no hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza”. Es en el marco de esa batalla que crecemos con el mundo, para ayudarlo a crecer. Esto es el núcleo más íntimo de lo que he aprendido en estos (más o menos) 30 años. Esto, y la más persistente confianza en el mejoramiento humano, en la utilidad de la virtud y en el compromiso cultural y moral de quienes fundamos la Sociedad Latinoamericana y Caribeña de Historia ambiental, y los que se han sumado a ella de 2003 acá, para ayudar a entender el mundo de maneras que contribuyan a convertirlo en el lugar adecuado para que nuestra especie se reconcilie con el conjunto de la creación, y pueda hacer de la historia ambiental la historia general de la Humanidad.

GCH, Panamá, Navidad de 2024.

I. Para empezar...

Magnífico mundo
Guillermo Castro H.

**“¡Anciano maravilloso,
a tus pies dejo todo
mi haz de palmas frescas,
y mi espada de plata!”**
José Martí

La semblanza que hiciera Martí del filósofo y poeta norteamericano Ralph Waldo Emerson en 1882 – cuando tenía 29 años, y le restaban 13 de vida antes de morir en combate, el 19 de mayo de 1895- constituye uno de sus textos más hermosos, y una síntesis temprana de su visión del mundo. Esa hermosura le viene a la vez de la afectividad poética del lenguaje, y del papel que en aquella visión desempeña la naturaleza en el mejoramiento humano y en nuestra capacidad para la virtud.

Emerson (Boston, Massachusetts, 1803 – Concord, 1882), junto a otros intelectuales del Noreste de los Estados Unidos - como Henry David Thoreau y Walt Whitman- tuvo un importante papel en la formación de una visión de la naturaleza en la que ésta, al decir de Martí, “inspira, cura, consuela, fortalece y prepara para la virtud al hombre”, que “no se halla completo, ni se revela a sí mismo, ni ve lo invisible,” sino en su íntima relación con ella.

La importancia de Emerson en la formación de la visión martiana del mundo se aprecia cuando, ante su legado, nos dice que “Todo es cúspide, y nosotros sobre ella. Está la tierra a nuestros pies, como mundo lejano y ya vivido, envuelto en sombras.” Su muerte, añade,

No llena el pecho de angustia, sino de ternura. La muerte es una victoria, y cuando se ha vivido bien, el féretro es un carro de triunfo... La muerte de un justo es una fiesta, en que la tierra toda se sienta a ver cómo se abre el cielo.

De ese legado, Martí destaca dos elementos en particular. El primero es la rebelde libertad de un hombre que “se sacudió de los hombros todos esos mantos y de los ojos todas esas vendas, que los tiempos pasados echan sobre los hombres, y vivió faz a faz con la naturaleza, como si toda la tierra fuese su hogar; y el sol su propio sol, y él patriarca.” Así, libre a la vez “de la prisión de los hombres, y de la de su época,”

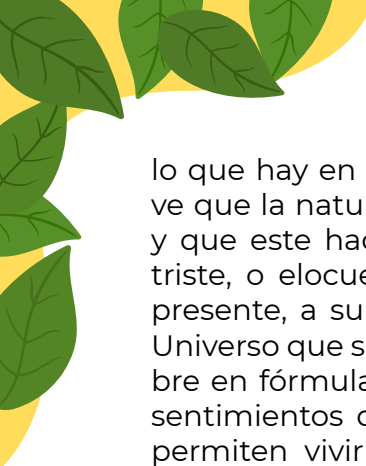
La luz que trajo en sí le sacó en salvo de este viaje por las ruinas—que es la vida. Él no conoció límites ni trabas. Ni fue hombre de su pueblo, porque lo fue del pueblo humano. Vio la tierra, la halló inconforme a sí, sintió el dolor de responder las preguntas que los hombres no hacen, y se plegó en sí. Fue tierno para los hombres, y fiel a sí propio.”

La amplitud y fecundidad de ese legado en el pensar y el hacer martianos aflora con clara belleza al comentar Martí que, para Emerson, la hora del conocimiento de la verdad era “embriagadora y augusta”, y en ella

No se siente que se sube, sino que se reposa. Se siente ternura filial y confusión en el padre. Pone el gozo en los ojos brillo extremo; en el alma calma; en la mente, alas blandas que acaricia. Es como sentirse el cráneo poblado de estrellas: bóveda interior, silenciosa y vasta, que ilumina en noche solemne la mente tranquila! Magnífico mundo.

En ese mundo, añade, la posesión de la verdad “no es más que la lucha entre las revelaciones directas de la naturaleza, y las revelaciones impuestas de los hombres.” Y en esa lucha, añade, unos sucumben, “y son meras voces de otro espíritu”, mientras otros triunfan “y añaden nueva voz a la de la naturaleza”, y sintetiza así la visión del filósofo:

El no ve más que analogías: él no halla contradicciones en la naturaleza: él ve que todo en ella es símbolo del hombre, y todo



lo que hay en el hombre lo hay en ella. Él ve que la naturaleza influye en el hombre, y que este hace a la naturaleza alegre, o triste, o elocuente, o muda, o ausente, o presente, a su capricho. [...] Siente que el Universo que se niega a responder al hombre en fórmulas, le responde inspirándole sentimientos que calman sus ansias, y le permiten vivir fuerte, orgulloso y alegre. Y mantiene que todo se parece a todo,—que todo tiene el mismo objeto,—que todo da en el hombre, que lo embellece con su mente todo,—que a través de cada criatura pasan todas las corrientes de la naturaleza,—que cada hombre tiene en sí al Creador, y cada cosa creada tiene algo del Creador en sí, y todo irá a dar al cabo en el seno del Espíritu creador,—que hay una unidad central en los hechos, en los pensamientos, y en las acciones;—que el alma humana, al viajar por toda la naturaleza, se halla a sí misma en toda ella;—que la hermosura del Universo fue creada para inspirarse el deseo, y consolarse los dolores de la virtud, y estimulase al hombre a buscarse y hallarse;—que “dentro del hombre está el alma del conjunto, la del sabio silencio, la hermosura universal a la que toda parte y partícula está igualmente relacionada: el Uno Eterno”.

En ese mundo, el objeto de la vida “es la satisfacción del anhelo de perfecta hermosura; porque como la virtud hace hermosos los lugares en que obra, así los lugares hermosos obran sobre la virtud.” De aquí, dice, que haya carácter moral “en todos los elementos de la naturaleza: puesto que todos avivan este carácter en el hombre, puesto que todos lo producen, todos lo tienen.” Así, todos los elementos de aquel magnífico mundo hacían parte de una misma verdad “la hermosura en el juicio; la bondad, que es la hermosura en los afectos; y la mera belleza, que es la hermosura en el arte”, y la vida no podía reducirse “al comercio y el gobierno”, pues demandaba incluso más “el comercio con las fuerzas de la naturaleza y el gobierno de sí”, pues “de aquellas fuerzas venía este último.”

Para Emerson, decía Martí, no había contradicción “entre lo ideal y lo práctico”. Las leyes que darían “el triunfo definitivo, y el derecho de coronarse de astros, dan la felicidad en la tierra”, y tan solo era necesario entender que las contradicciones “no están en la naturaleza, sino en que los hombres no saben descubrir sus analogías.” Así, la aspiración constante de Martí a la unidad en el pensar y el hacer - tan cercana a aquella entre la filosofía y la política a que aspirara Gramsci -, lo llevaba a considerar evidente en el legado de Emerson que el orden universal inspira el orden individual: la alegría es cierta, y es la impresión suma, luego, sea cualquiera la verdad sobre todas las cosas misteriosas, es racional que ha de hacerse lo que produce alegría real, superior a toda otra clase de alegría, que es la virtud.

De esa visión hace parte el radical humanismo martiano. De allí le viene entender, y ejercer, la idea de que Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca, y en que nos tocó nacer; - y ni se ha de permitir que con el engaño del santo nombre se defiendan a monarquías inútiles, religiones ventrudas o políticas descaradas y hambronas, ni porque a estos se dé a menudo el nombre de patria, ha de negarse el hombre a cumplir su deber de humanidad, en la porción de ella que tiene más cerca. Esto es luz, y del sol no se sale.

Hoy, a esa luz, también, Emerson hace parte para nosotros del legado que nos dejara José Martí, como hizo parte en su vida del proceso de construcción de ese legado en todos los planos de su quehacer. Toda persona culta de nuestra América tiende a ser martiana incluso sin saberlo. Leer a Emerson - en su libro *Nature*, por ejemplo -, nos ayuda a conocer ese tenaz momento de luz que anima en nosotros, y a comprender mejor lo magnífico del mundo que Martí nos llama a construir.

Alto Boquete, Chiriquí, diciembre de 2019 –
enero de 2021

II. En corto...

27 años atrás: ¿Desarrollo sostenible o sustainable development?

Guillermo Castro H.

Esta es una versión revisitada de un breve artículo que ha vuelto a emerger de las profundidades del archivo en que estaba extraviado. Lo comparto con mínimas correcciones de lenguaje, como testimonio del camino que viene recorriendo nuestra sociedad en el sistema mundial que ya compartimos con otros 799,999,996 seres humanos, que hoy encuentra renovadas dificultades para encontrar las soluciones que demanda la crisis socio-ambiental que nos amenaza a todos.

El deterioro global de la biosfera ha venido a desembocar, por primera vez en la historia de la especie humana, en una crisis compartida por todas las regiones del moderno sistema mundial, del Norte y del Sur; desarrolladas o subdesarrolladas; hegemónicas o dependientes. Ese carácter común se hace evidente, además, en que – por diversas que sean sus culturas – todas esas regiones comparten un mismo conflicto básico entre dos visiones distintas de las relaciones entre lo social y lo natural.

Una de esas visiones proclama como “natural” que la biosfera se vea reducida a la condición de un reservorio de recursos a ser extraídos tan intensamente como sea posible. La otra, en cambio, cuestiona tal “naturalidad” señalando – como lo ha hecho Juan Jované – que una relación armónica entre la producción y la naturaleza solo sería posible en una sociedad en la que las relaciones entre los grupos que la integran sean armónicas también.

La presencia de ese conflicto común abre sugerentes posibilidades para el diálogo y la cooperación en materia ambiental entre distintas regiones del sistema mundial. Si embargo, esa posibilidad depende de nuestra capacidad para comprender la forma en que cada parte asume la relación

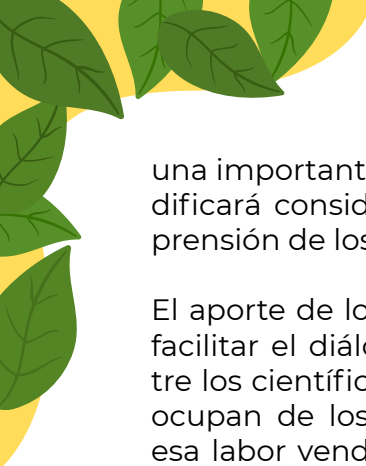
existente entre sus problemas en particular, y los que plantea la crisis a escala planetaria.

En el caso del debate sobre el desarrollo sustentable, por ejemplo, esa diferencia se aprecia en el significado y los énfasis que cada parte asigne a los términos de la expresión. En las sociedades del Norte, en efecto, el “desarrollo” designa la puesta en uso de un recurso para un fin determinado. Con ello, prever y garantizar la sustentabilidad de ese uso viene a ser una tarea de orden esencialmente tecnológico y burocrático, cuya viabilidad se determina caso por caso.

En la cultura académica latinoamericana, en cambio, el “desarrollo” designa un círculo virtuoso en el que el crecimiento económico se traducen en bienestar social y participación política creciente a escala de sociedades completas. Por ello, la sustentabilidad se presenta como un problema integral, que debe ser resuelto mediante procesos de construcción de consensos entre todas las partes involucradas.

Lo evidente de esas diferencias, sin embargo, encubre importantes espacios de convergencia entre ambas. Ya en 1910, por ejemplo, Gifford Pinchot (1865-1946) podía afirmar en los Estados Unidos, por ejemplo, que “el primer principio” de la conservación era “el desarrollo, el uso de los recursos naturales actualmente existentes en este continente para beneficio de la gente que vive aquí en este momento”. El segundo consistía en “prevenir el despilfarro”, y el tercero señalaba que los recursos naturales debían ser “desarrollados y preservados para beneficio de la mayoría, y no simplemente para ganancia de una minoría.”

La búsqueda de esos espacios de convergencia es una de las tareas a cumplir por una historia ambiental, al decir del Dr. Donald Worster, uno de los fundadores de esa disciplina, la cual “busca combinar una vez más la ciencia natural y la historia, no como una especialidad aislada, sino como



una importante empresa cultural que modificará considerablemente nuestra comprensión de los procesos históricos.”

El aporte de los historiadores vendrá así a facilitar el diálogo y la labor conjunta entre los científicos de lo natural y los que se ocupan de lo social. Pero, y sobre todo, esa labor vendrá a facilitar formas nuevas de comprensión de las relaciones entre lo

social y lo natural en nuestras vidas, promoviendo el tipo de cambio cultural que necesario para que las preocupaciones del presente se transformen en la clase de acción política necesaria para garantizar, a un tiempo, el desarrollo y la sustentabilidad de los que depende la sobrevivencia de nuestra especie en un plazo que va siendo cada vez más corto.

Francisco y la sustentabilidad.

Guillermo Castro Herrera

“Cada época tiende a desarrollar una escasa autoconciencia de sus propios límites.”
Francisco. *Laudato Si'*, 105

¿Cómo puede contribuir la América nuestra, toda ella, a la gran tarea de nuestro tiempo, que es la de crear las condiciones que permitan garantizar la sostenibilidad del desarrollo humano en un mundo que ha venido a estar marcado por una situación de crecimiento económico incierto, inequidad social creciente, degradación ambiental constante, y deterioro de las instituciones creadas en su momento para garantizar la armonía en nuestras relaciones, nuestra prosperidad y la satisfacción de nuestras necesidades fundamentales? Ante esta tarea, el papa Francisco nos ofrece una mirada en la que convergen la vasta experiencia de la Iglesia desde sus dos mil años de gestión del desarrollo humano en Occidente, y la riqueza cultural de una región en la que se combinan tradiciones milenarias de reflexión sobre las relaciones de los seres humanos entre sí y con su entorno natural, con una persistente búsqueda y construcción de su propia identidad desde aquel “pequeño género humano” – Bolívar dixit – que constituyó nuestro punto de partida para el ingreso a la contemporaneidad, dos siglos atrás.

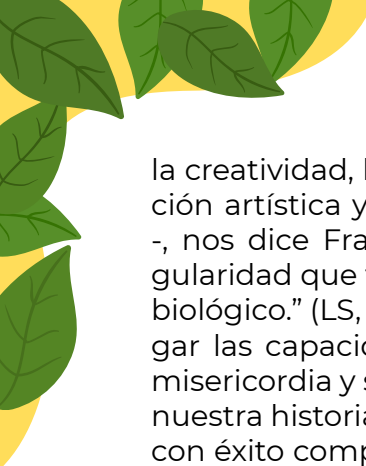
Desde esta perspectiva, la mirada del Papa Francisco trasciende el sentido común de una civilización en crisis para poner el acento primordial en la Creación y en su despliegue en el tiempo, a través de la interdependencia universal de sus criaturas. Así, llama nuestra atención sobre la necesidad de “captar la variedad de las cosas en sus múltiples relaciones”, puesto que “la importancia y el sentido de cualquier criatura” se entiende mejor “si se la contempla en el conjunto del proyecto de Dios”. (LS, 86).

Desde esa perspectiva, también, el Papa Francisco define el lugar que la Iglesia reconoce a nuestra especie en el proceso de la Creación, señalando que “la intervención humana que procura el prudente desarrollo de lo creado es la forma más adecuada de cuidarlo, porque implica situarse como instrumento de Dios para ayudar a brotar las potencialidades que él mismo colocó en las cosas.” (LS, 124) Y a esto añade una advertencia siempre necesaria: “debemos rechazar con fuerza que, del hecho de ser creados a imagen de Dios y del mandato de dominar la tierra, se deduzca un dominio absoluto sobre las demás criaturas.” Es importante –precisamente porque los textos bíblicos “nos invitan a «labrar y cuidar» el jardín del mundo (cf. Gn 2,15)”–, recordar que

Mientras «labrar» significa cultivar, arar o trabajar, «cuidar» significa proteger, custodiar, preservar, guardar, vigilar. Esto implica una relación de reciprocidad responsable entre el ser humano y la naturaleza. Cada comunidad puede tomar de la bondad de la tierra lo que necesita para su supervivencia, pero también tiene el deber de protegerla y de garantizar la continuidad de su fertilidad para las generaciones futuras. (LS, 68)

Así, la noción de cuidado está asociada al devenir del conjunto de la Creación, y al de los humanos en comunidad con ella, y en ella.

En esa noción del cuidado responsable está la clave mayor para encarar el problema de hacer viable la sostenibilidad del desarrollo de la especie que somos. Ese cuidado corresponde a la especie que tiene los mayores deberes porque recibió los dones más excepcionales, que nos distinguen del resto de los seres vivos, ya sea porque somos los únicos que los poseemos, ya porque – aun compartiéndolos con otras especies – alcanzan en la nuestra un grado superior de complejidad y de capacidad de evolución. Esos dones – la capacidad de reflexión, la argumentación,



la creatividad, la interpretación, la elaboración artística y otras capacidades inéditas -, nos dice Francisco, “muestran una singularidad que trasciende el ámbito físico y biológico.” (LS, 81) Y a esto sólo cabría agregar las capacidades de vida en sociedad, misericordia y solidaridad que a lo largo de nuestra historia nos han permitido encarar con éxito complejos problemas y procesos de transición hacia formas cada vez más complejas de nuestro propio desarrollo.

Esta perspectiva abre así un espacio de diálogo entre visiones del mundo que, desde su diversidad, compartan el mismo interés en contribuir al curso de la Creación. En Europa, por ejemplo, esas visiones van desde la rica reflexión de Carlos Marx sobre el papel del trabajo en el desarrollo humano, hasta las que convergen en las nociones de biosfera y noosfera, a cuya elaboración contribuyeron el biogeoquímico ruso Vladimir Vernadsky, y el sacerdote jesuita y antropólogo Pierre Teilhard de Chardin. En Iberoamérica, incluyen tanto las que – desde la tradición comunitaria indígena – expresan hoy la aspiración al vivir bien de los seres humanos en sus relaciones entre sí y con la madre tierra, como las que nos vienen de la fe de José Martí en la utilidad de la virtud y en el mejoramiento humano, y de los aportes del pensamiento ambiental iberoamericano a la comprensión de la interdependencia entre lo natural y lo social desde campos como la ecología política, la economía ecológica y la historia ambiental. Así ejercido, el diálogo al que se nos convoca hace parte de un proceso mucho más amplio de construcción de los consensos que demanda una acción racional colectiva con arreglo a fines que, si en lo científico y lo tecnológico son contemporáneos, en lo cultural y lo moral hunden sus raíces en la respuesta que podamos dar – y ejercer - a la pregunta en que Caín sintetizó el dilema ético fundamental que nos plantea nuestro desarrollo como especie: ¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?

Esa pregunta gana en trascendencia, además, si recordamos que en la tragedia del

asesinato del pastor Abel por el agricultor Caín tenemos una primera evidencia del papel que han desempeñado en nuestro desarrollo como especie los conflictos socioambientales: aquellos que surgen entre grupos humanos distintos que aspiran a hacer usos mutuamente excluyentes de los recursos de un mismo ecosistema, y que hoy alcanzan límites cada vez más cercanos al paroxismo. A este respecto, la Encíclica *Laudato Si'* nos recuerda que

No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental. Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza. [Lsi', 139]

El ambiente, en efecto, es el resultado de la interacción entre la especie humana y su entorno natural mediante procesos de trabajo socialmente organizados. En ese sentido, la producción del ambiente por los humanos se expresa, también, en la de su vida social, la de sus estructuras de intercambio de bienes y servicios, y la de sus instituciones de autoridad y de regulación de la vida en sociedad.

Lo estrecho de este vínculo nos permite entender que si deseamos un ambiente distinto, debemos crear sociedades diferentes. Sin embargo, identificar las diferencias que demanda el desarrollo sostenible de nuestra especie en esta fase de su historia, y las vías más adecuadas para llegar a ellas, plantea un problema de singular complejidad, que el historiador norteamericano Jason Moore ha sintetizado en los siguientes términos:

Las filosofías, conceptos y narrativas que utilizamos para dar sentido a un presente global cada vez más explosivo e incierto son – casi siempre – ideas heredadas de un tiempo y un espacio diferentes. El tipo de pensamiento que creó la turbulencia global de hoy no parece ser el más adecuado para ayudarnos a resolverla.

A esto responde, justamente, la necesidad de establecer nuevos marcos de referencia y lineamientos nuevos del razonar que faciliten la construcción de consensos que demanda nuestro tiempo en lo que hace a las relaciones de la sociedad, su mercado y su Estado con el mundo natural.

Al respecto, y desde la lectura de *Evangelii Gaudium* y *Laudato Si'*, esos marcos de referencia pueden incluir al menos tres horizontes de discusión. El primero es un horizonte de referencia histórica, que nos permita comprender la crisis de nuestro tiempo como parte de un proceso de transición civilizatoria, de complejidad y trascendencia equivalentes a las que antes condujeron a nuestra especie, en Occidente, de la Antigüedad a la Edad Media, y de ésta a la Edad Moderna. El segundo es un horizonte de referencia teórica, que nos permita ver en nuestra especie el sujeto de su propio desarrollo y comprender que la sustentabilidad de que se trata es la de ese proceso general y no la de una u otra de sus expresiones históricas puntuales. Y el tercero, por último, es un horizonte de práctica cultural y política, que nos permita emprender la tarea de transformar en conocimiento colectivo la experiencia acumulada en las respuestas de una diversidad creciente de sectores sociales ante los desafíos que la crisis en curso nos plantea.

La discusión referida a esos horizontes, por otra parte, ganará en riqueza y pertinencia en la medida en que haga suyos los cuatro lineamientos generales del razonar que propone el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium*. El primero, como se recordará, destaca la primacía del tiempo sobre el espacio, esto es, de la generación y orientación de procesos de reflexión y transformación por sobre la mera defensa de hábitos y estructuras de poder que se resisten a cambiar. El segundo, de especial importancia en un cambio de épocas como la que vivimos, resalta la superioridad de la realidad sobre la idea, y la necesidad de juzgar a las segundas por los resultados prácticos de su aplicación, antes que por la mayor

o menor autoridad otorgada a las fuentes que las inspiran. El tercer lineamiento destaca la superioridad del todo sobre las partes aisladas que lo integran, que son más valiosas en sus funciones y modalidades de interdependencia que por las virtudes que puedan tener por separado. Y el cuarto, por último, resalta la primacía de la unidad sobre el conflicto.

Todo esto tiene una gran relevancia en tiempos inciertos, en los que todo lo que ayer apenas podía parecer sólido y sensato parece disolverse en un mar de dudas, movido por vientos cruzados de incertidumbre. El Papa Francisco nos propone - hoy, aquí - encarar activamente la incertidumbre mediante el recurso a una esperanza bien informada y confirmada en el empeño de un número cada vez mayor de humanos en asumir y ejercer los deberes inherentes al cuidado de la Creación.

En este momento del proceso de transición en que andamos, el ejercicio de ese deber demanda orientaciones y acuerdos cada vez más amplios y ojalá más precisos. Eso nos obliga a construir preguntas nuevas para obtener las respuestas que puede ofrecer una circunstancia inédita, alineando a las mejores conquistas de la ciencia, la cultura y el pensamiento en la perspectiva de contribuir a la construcción de un desarrollo que solo será sostenible por lo humano que llegue a ser. “Simplemente”, nos dice Francisco, “se trata de redefinir el progreso.” (*LSi'*, 193)

Si fuera fácil, ya estaría hecho. Como es difícil, nos toca a nosotros.

Bogotá, Universidad Javeriana, 11 de julio de 2017

El camino al ambiente

Guillermo Castro H.

“Contra la verdad, nada dura:
ni contra la Naturaleza.”

José Martí

“La historia ambiental”, dijo alguna vez Enrique Leff – uno de los fundadores del nuevo pensamiento ambiental latinoamericano – “es la historia del concepto de ambiente.” No le falta razón, en cuanto cada época va dando forma a sus grandes conceptos en la medida en que se hacen necesarios para el razonar sobre sus propias contradicciones y sus conflictos.

Para entender a Leff conviene recordar que el proceso de formación del concepto de ambiente ocurre en el marco de aquel otro, más amplio, de formación, desarrollo y crisis del mercado mundial, de mediados del siglo XVI a nuestros días. Fue en ese proceso, por ejemplo, que Herbert Spencer – en Principios de Psicología (1855) y Principios de Biología (1864) – se referió a “las circunstancias del entorno de un organismo que lo afectan y transforman.”

Otros temas de evidente vinculación con los debates de nuestro tiempo - desde la llamada “economía de la naturaleza” y el impacto de la actividad humana sobre el medio natural, hasta el papel del trabajo como vínculo orgánico entre nuestra especie y su entorno - fueron objeto de discusión en las últimas décadas del siglo XIX. Esta fase inicial de la historia del concepto de ambiente culminó hacia la década de 1930, con los trabajos de Vladimir Vernadsky sobre las relaciones entre la biosfera y la noosfera generada por los humanos mediante la aplicación del conocimiento y la técnica. Con todo, el planteamiento de la relación entre la biosfera y la noosfera solo vino a revelar todo su valor medio siglo después, cuando una circunstancia distinta a la de su origen permitió establecer de manera clara el papel del trabajo como vínculo orgánico entre la biosfera y la noosfera.

Entre las décadas de 1940 y 1960, el interés por el tema pasó a verse encerrado en el ámbito académico, mientras se desplegaba el crecimiento de la economía mundial tras la II Guerra Mundial. Desde ese ámbito, la primera grieta en el consenso progresista-productivista del periodo emergió con la publicación en 1962 de La Primavera Silenciosa, de la bióloga marina Rachel Carson, que advertía sobre los riesgos del uso masivo de pesticidas en la agricultura mundial. En 1972, ese consenso inició un proceso de desintegración que llegaría a ser irreversible con la publicación del informe Los Límites del Crecimiento, encargado al MIT por el Club de Roma – un centro de reflexión empresarial europeo -, cuya autora principal fue otra mujer, la biofísica y científica ambiental Donella Meadows.

En breve, el informe planteaba que si se mantenían el incremento de la población mundial, la industrialización, la contaminación, la producción de alimentos y la explotación de los recursos naturales, la humanidad alcanzaría “los límites absolutos de crecimiento en la Tierra durante los próximos cien años.” Desde allí, el tema pasó a ser objeto de un debate cada vez más amplio en la geocultura del sistema mundial, dando lugar a que las Naciones Unidas lo tratara en conferencias mundiales periódicas a partir de 1972.

Para entonces empezó a difundirse la expresión medio ambiente, abreviada después en ambiente, de un modo equivalente en lo esencial al entorno natural de la sociedad, utilizado por Spencer, sin incluir a esta última en el problema más allá de la externalización de sus desechos. Por entonces tomó cuerpo una tecnocracia especializada, que se veía a sí misma como la conciencia ambiental del sistema mundial, sin más compromiso que el de conservar y regular las formas de uso del entorno. Hasta que llegó 1992.

En ese año, la intervención de Fidel Castro en la llamada Cumbre de la Tierra puso en evidencia la dimensión política de la crisis

ambiental de manera irreversible. “Una importante especie biológica”, dijo allí, está en riesgo de desaparecer por la rápida y progresiva liquidación de sus condiciones naturales de vida: el hombre.

Ahora tomamos conciencia de este problema cuando casi es tarde para impedirlo. Es necesario señalar que las sociedades de consumo son las responsables fundamentales de la atroz destrucción del medio ambiente. Ellas nacieron de las antiguas metrópolis coloniales y de políticas imperiales que, a su vez, engendraron el atraso y la pobreza que hoy azotan a la inmensa mayoría de la humanidad. Con solo el 20 por ciento de la población mundial, ellas consumen las dos terceras partes de los metales y las tres cuartas partes de la energía que se produce en el mundo. Han envenenado los mares y ríos, han contaminado el aire, han debilitado y perforado la capa de ozono, han saturado la atmósfera de gases que alteran las condiciones climáticas con efectos catastróficos que ya empezamos a padecer.

A partir de aquella Cumbre de la Tierra, el término técnico “medio ambiente” pasó a transformarse en el concepto ecosocial y eco político de ambiente. Para 2015, otro latinoamericano, el jesuita argentino Jorge Bergoglio, en su calidad de papa Francisco

fijó y universalizó ese sentido en su Encíclica Laudato Sí.

Así entendido, el concepto de ambiente enfatiza el carácter socio-ambiental de la crisis en las relaciones de los grupos humanos entre sí y con su entorno natural, expresado en la ruptura del metabolismo sociedad-naturaleza. Con ello, además, el concepto de ambiente ha planteado un persistente desafío a las viejas estructuras del conocer, pues la explicación del origen de la crisis que enfrentamos demanda nuevos campos del saber, como la historia ambiental, la economía ecológica y la ecología política.

Enrique Leff sin duda estaba en lo correcto, con una precisión. La historia del concepto de ambiente hace parte de otra, más amplia: la de los movimientos sociales que también hicieron sentir – en el entorno de la Cumbre de la Tierra -la demanda de proteger su patrimonio natural, y el de la Humanidad entera, de la amenaza de verlo transformado en capital natural. Esa demanda no ha cesado, y por lo mismo sigue en curso la historia del concepto que ella dio de sí, y que sigue sustentándola.

Alto Boquete, Panamá, 17 de octubre de 2020.

Un hombre en su tarea

Guillermo Castro H.

Injértese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas.

Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

Jose Martí

El historiador ambiental costarricense Anthony Goebbel McDermott ha publicado en el Oxford Handbook of Central American History el capítulo titulado “Land and Climate in Central American History”. Allí, dice el autor, procura ofrecer una visión de conjunto de las relaciones entre las sociedades humanas y el mundo natural en Centro América, desde los comienzos de asentamiento humano hasta el presente. Al respecto, dice,

Los principales hallazgos revelan de qué manera los rasgos biofísicos del Istmo condicionaron profundamente el desarrollo cultural y material, al desempeñar un papel a la vez decisivo e inadvertido en la formación de las sociedades humanas que alguna vez habitaron la región, como siguen haciéndolo en el presente. [Al respecto] la historia regional puede ser pensada como un largo y complejo de transición socio-ecológica, cuyo corolario es el significativo despilfarro de la mayor riqueza que ha ostentado este espacio geográfico desde los orígenes del asentamiento humano: su diversidad biológica y cultural.

Para Goebbel, lo más importante de su trabajo consiste en que sirva como un insumo “para el desarrollo de la historia ambiental en Centroamérica, que aunque siempre prometedor, se suele poner esquivo.” Esa aspiración puede ser modesta en exceso. La publicación de su texto, en efecto, hace parte del desarrollo del nuevo pensamiento ambiental de nuestra América, donde la historia ambiental latinoamericana va consolidando así su presencia en este campo

del saber, que terminará por ser el de la historia general de la especie que somos.

A esa contribución de Goebbel se agrega el mérito de incursionar en la larga duración de la presencia humana en el Istmo centroamericano, de un modo que hace cada vez más evidente el vínculo entre la historia ecológica y la ambiental. Así, en el caso de Panamá, la historia ecológica se remonta a unos 6 millones de años, mientras la ambiental abarca, hasta donde sabemos, unos 14 mil. Desde esta perspectiva podemos entender mejor que toda historia ambiental es ecológica, pero no toda historia ecológica es ambiental, pero que ambas forman parte de un mismo proceso.

El aporte de Goebbel hace parte, quizás sin que él mismo lo sepa, de una discusión en curso sobre las relaciones de afinidad y contradicción entre las historias ambientales que están siendo generadas desde las distintas sociedades del planeta. Por lo mismo, tiene una gran importancia para el desarrollo de la nuestra, la latinoamericana.

Con pequeños y grandes logros, en español como en portugués e inglés, la historia ambiental latinoamericana va dando cumplimiento - quizás sin saberlo- a la advertencia que nos hiciera José Martí allá en su ensayo Nuestra América en 1891, ciento treinta años atrás:

Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria.

Martí, como sabemos, fue persona culta, atenta al desarrollo de las artes y las ideas en ambas riberas del Atlántico, y en la América nuestra. Comprendía, junto a lo mejor de la juventud educada de su tiempo, que las repúblicas debían ser construidas de

abajo hacia arriba, por un proceso de creación siempre original, nunca de arriba hacia abajo por mera imitación. Y el sustrato profundo de nuestras repúblicas estaba – justamente – en la profundidad de la historia de nuestros pueblos.

“No más que pueblos en ciernes, - que ni todos los pueblos se cuajan de un mismo modo, ni bastan unos cuantos siglos para cuajar un pueblo,” - nos dijo,

no más que pueblos en bulbo eran aquellos en que con maña sutil de viejos vividores se entró el conquistador valiente, y descargó su ponderosa cerrajería, lo cual fue una desdicha histórica y un crimen natural. El tallo esbelto debió dejarse erguido, para que pudiera verse luego en toda su hermosura la obra entera y florecida de la Naturaleza. - ¡Robaron los conquistadores una página al Universo!

Y sin esa página no puede ser comprendido el libro en su plenitud de futuro.

¿Cómo no saberlo desde Panamá? Mi gente ha sido sometida a una educación que no les permite saber que la historia ambiental de nuestra tierra abarca ya catorce mil años, que incluyen la creación de uno de los cinco centros de origen de la agricultura en nuestra América. No saben en qué cuenca residen, pero sí en qué circuito votan cada cinco años, pero en cambio encuentran servido cada día en todos los medios de comunicación – incluyendo sus redes sociales – el caldo de cultivo de la desesperanza aprendida.

Aquí no se trata del rescate de una cultura perdida, sino de continuar la construcción de una nueva, capaz de expresar lo que hemos venido a ser, y lo que desde allí aspiramos a ser. Y en este caso, además, se trata del papel de la historia ambiental – la latinoamericana, y la de América Latina – en esa tarea, más importante que nunca en tiempos de amenaza de extinción, como los que nos ha tocado encarar.

Ciudad de Panamá, 17 de febrero de 2021

Historia ambiental, historia en camino

Guillermo Castro H.

“Patria es humanidad,
es aquella porción de la humanidad
que vemos más de cerca, y en que nos tocó
nacer; [...]

Esto es luz, y del sol no se sale.”

José Martí

En 1980, el Fondo de Cultura Económica publicó la antología en dos tomos *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina*. Allí se recogían textos de un nutrido grupo de científicos e intelectuales de nuestra América con un elevado dominio del panorama socio-ambiental de nuestra región, y del impacto ambiental de las políticas desarrollistas de la época. Ese panorama incluía un ensayo de Nicolo Gligo y Jorge Morello, titulado “Notas sobre la historia ecológica de América Latina”, el único que encaraba el tema en perspectiva histórica.

Para 1990, esa perspectiva ya estaba siendo desarrollada por colegas dispersos en México, Costa Rica, Colombia, Brasil, Argentina y Chile, que se dedicaban – a veces sin saberlo – a sentar las bases de una historia ambiental latinoamericana. Con ello, además, nuestra América ingresaba a un nuevo campo del saber que venía madurando con rapidez en el mundo Noratlántico desde la década de 1970, en particular en los Estados Unidos, donde destacaba entre muchas otras la obra de Donald Worster, por entonces profesor de la Universidad de Kansas.

Worster fue y sigue siendo muy generoso al compartir con sus colegas del Sur del río Bravo su visión y su obra sobre el papel de la naturaleza en la historia de los humanos, y su aprecio por los ambientalistas norteamericanos del XIX como Henry David Thoreau y Ralph Waldo Emerson, que quizás sin saberlo compartía con la que tuvo por ambos José Martí durante sus años de exi-

lio en los Estados Unidos. El contacto con Worster nos fue de gran utilidad para comprender la importancia de disponer de un marco de referencia para el estudio de la historia ambiental que incluyera de manera explícita la cultura que se expresaba en nuestras relaciones con la naturaleza. Tal fue, por ejemplo, uno de los aportes de su primera gran obra – *La Economía de la Naturaleza*. Una historia de las ideas ecológicas (1980), aún no traducida al español – para la historia de la formación de la moderna cultura ambiental en el mundo Noratlántico.

Desde nosotros, por su parte, José Martí nos ofrece en su obra una visión de nuestro lugar en la naturaleza y de los modos de relacionarnos con ella en las sociedades de su tiempo, que a veces se prolongan en el nuestro sin que lo sepamos. En esa visión confluyen al menos tres vertientes: la estética, en cuanto al papel del mundo natural en la formación de las identidades culturales y nacionales; la económica, en lo relativo al papel del mundo natural en la creación de riqueza y bienestar, y la histórica, en lo que hace a la crítica de las formas de organización de la interacción humana con el mundo natural formadas a partir de la conquista de europea en el siglo XVI, sobre todo en lo relacionado con la esclavización de los africanos y la servidumbre de los indígenas. De todo ello resultó, para todos nosotros, la posibilidad de un diálogo permanente con Martí, que mantiene las certezas que lo animan en la medida en que nos conduce una y otra vez a preguntas nuevas.

En lo más elemental, hoy sabemos que -siendo la historia ambiental la de las interacciones entre los seres humanos y su entorno natural-, la de nuestra América tiene su origen en el poblamiento de nuestra región, hace unos 30 mil años, según las últimas estimaciones. Desde allí, esa historia es la de la intensificación de esa relación interactiva, antes y después de las transiciones a la agricultura de los pueblos originarios, y antes y después de la integración

de nuestra América al mercado mundial.

Para 1993, aquella intensidad había dado lugar a una crisis ambiental asociada sobre todo a un exceso en la extracción de materias primas, en la explotación de las fuerzas de trabajo, y en la producción de desechos en el mundo entero. Hoy, quienes nos ocupamos en este campo hemos vuelto a comprobar que el abordaje de problemas complejos nos conduce siempre a problemas de una complejidad mayor, y que la verdad nunca es esférica, sino poliédrica. Así, ahora entendemos mucho mejor algunos elementos de nuestro campo cuya importancia se incrementa con el tiempo.

De este modo, por ejemplo, hemos aprendido que la historia ambiental se distingue de la ecológica en cuanto ésta aborda la formación y desarrollo de los ecosistemas desde su origen, mientras la ambiental se ocupa de la interacción de los humanos con esos ecosistemas. En este sentido, toda historia ambiental hace parte de la historia ecológica, pero no toda historia ecológica hace parte de la ambiental.

La ambiental se distingue por el hecho de que el metabolismo natural, en el caso de los humanos, opera entre la nuestra especie y su entorno natural, a partir de procesos de trabajo socialmente organizados. Esos procesos permiten a los humanos transformar los elementos naturales en recursos para la producción de bienes y desechos cada vez más complejos y, por esa vía, alterar el metabolismo natural a una escala cada vez mayor, hasta desembocar en lo que a partir del año 2000 algunos llaman el Antropoceno.

En este proceso, la historia ambiental está en vías de convertirse en la historia general de la especie humana, superando e integrando en un mismo movimiento todo el aporte de la historia política, la económica y la social y cultural que hemos conocido del siglo XVIII a nuestros días. Y en esa perspectiva general aprendemos sobre todo que la calidad de nuestras relaciones

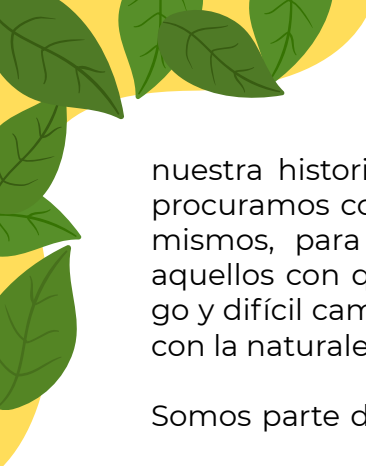
con el entorno natural determina la del ambiente en que vivimos, y que si deseamos un ambiente distinto tendremos que construir sociedades diferentes, capaces de sobrevivir a lo peor del Antropoceno que hemos creado.

Por lo mismos, esto nos obliga a preguntarnos por nuestro lugar y nuestras tareas en este proceso. Y la respuesta no puede ser más sencilla. Nuestra América tiene muchísimo que aportar a ese empeño universal, en todos los campos del saber y el quehacer de nuestra gente. Tal, por ejemplo, lo viene haciendo desde 2003 la Sociedad Latinoamericana y Caribeña de Historia Ambiental, que se inició con una docena de integrantes que hoy son más de 300, y que hoy nos vincula con colegas de todo el mundo a través de nuestra presencia en organizaciones como el Consorcio Internacional de Organizaciones de Historia Ambiental.

En ese aporte desempeñan un papel decisivo las realidades y los valores desde los cuales participamos en esa tarea global. Así como para los norteamericanos la conservación y la degradación ambiental asociada al industrialismo son problemas centrales - como lo son la eficiencia tecnológica para los europeos, la perspectiva civilizatoria para los asiáticos, y la (re)construcción de sus identidades para los africanos-, para nuestra América son centrales los problemas de larga duración surgidos del impacto de la conquista, y la intensidad del impacto del extractivismo en nuestro entorno natural y nuestro ambiente.

Cada uno de estos casos ha producido perspectivas distintas dentro de una cultura que ya es mundial, sin duda, pero todavía no es universal. Para nosotros, esto obliga aún a distinguir entre la historia ambiental latinoamericana y la historia ambiental de nuestra América.

La historia ambiental de nuestra América puede ser abordada desde múltiples perspectivas distintas. La que nos proporciona



nuestra historia es aquella desde la cual procuramos conocernos mejor a nosotros mismos, para comprender mejor la de aquellos con quienes compartimos el largo y difícil camino que nos lleve a trabajar con la naturaleza y ya no contra ella.

Somos parte del mundo. Cambiamos con

él para ayudarlo a cambiar, en el camino que nos lleva a contribuir a la forja de la cultura que nos ayude a construir las bases sociales de la sostenibilidad del desarrollo de la especie que somos, todos.

Ciudad del Saber, Panamá, 3 de mayo de 2021

Del Antropoceno como futuro

Guillermo Castro H.

Desde fines del siglo XX el sistema mundial ingresó en un período de transición desde una aparente era de paz y progreso hacia un futuro cargado de tensiones que se ampliaron con rapidez desde lo económico y lo político hacia lo ambiental. Ya en el siglo XXI, esa transición dio lugar a un período de incertidumbre económica, inequidad persistente, degradación ambiental y creciente disfuncionalidad institucional, en la cual la pandemia de COVID 19 irrumpió como un parteaguas.

Lo que hasta entonces parecía discurrir de manera dispersa, emergió en conjunto para desatar la crisis más compleja que ha encarado la Humanidad en su historia. Esa crisis ha coincidido, además, con la culminación de la llamada Gran Aceleración en la interacción de los humanos entre sí y con la biosfera, en curso desde la década de 1950.

Esa aceleración ha hecho parte de un período aún más amplio de nuestra historia ambiental, llamado el Antropoceno, que para los historiadores John McNeill y Peter Engelke, el Antropoceno constituye una etapa en la historia del sistema Tierra en la cual “las acciones humanas” -en particular las vinculadas a la creciente dependencia de los combustibles fósiles- “se superponen a la tranquila persistencia de los microbios y los interminables bamboleos y excentricidades en la órbita de la Tierra.” Para ambos, además, si bien hasta hoy el Antropoceno y la Gran Aceleración coinciden, la segunda lo hace como fase culminante de la transición hacia el primero, que está en curso desde fines del siglo XVIII como un resultado no previsto de la Revolución Industrial.

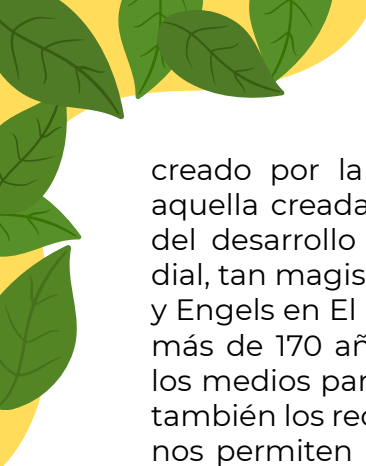
La Gran Aceleración, en efecto, “no durará mucho, ni puede hacerlo”, pues el rápido crecimiento demográfico tiende a estabili-

zarse y empezará a declinar, al tiempo que “la era de los combustibles fósiles concluirá,” todo lo cual debería bastar para “desacelerar la Gran Aceleración y moderar el impacto humano sobre la Tierra. Eso no llevará al fin del Antropoceno, pero sin duda lo conducirá a una nueva etapa en su desarrollo”, que “perdurará por largo tiempo en el futuro”. Y aun si alguna calamidad sacara de escena a nuestra especie, “el impacto de nuestras pasadas generaciones perdurará por milenios en la corteza terrestre, en la evidencia fósil y en el clima.”

El ingreso a esa nueva etapa – que bien podría haber empezado ya, teniendo en la pandemia una expresión del carácter caótico propio de las fases iniciales de toda transición histórica de largo alcance – fomentará el desarrollo de nuevas formas de convivencia humana, si nuestra especie desea sobrevivir. Así, las instituciones políticas, económicas y culturales que conocemos, “formadas en un contexto de desmesura sin precedentes en el uso de los recursos y en el crecimiento económico, deben evolucionar ahora hacia formas compatibles con el Antropoceno – o abrir camino a sus sucesoras”, por poderosas que sean “las inercias intelectuales, sociales y políticas” en el curso de la historia.

Por contraste con los tiempos que vivimos, dicen, aun cuando el mundo de entre 1750 y 1950 era tumultuoso en muchos aspectos, había confianza en el comportamiento general del clima y en el acceso combustibles fósiles en apariencia inagotables. Esa circunstancia ha cambiado. Ahora, “el clima es menos estable y el sistema Tierra busca un curso sin precedentes”, y el pensamiento y las instituciones “evolucionarán en nuevas direcciones más compatibles con el Antropoceno.” Ya que no podemos salir de esta etapa de la historia del planeta que sostiene nuestro desarrollo, tendremos que ajustarnos a ella “de una u otra manera.”

Cualquiera sea el resultado de esta crisis civilizatoria, ocurrirá en el entorno global



creado por la civilización que se agota: aquella creada por el capitalismo a partir del desarrollo del primer mercado mundial, tan magistralmente descrita por Marx y Engels en El Manifiesto Comunista, hace más de 170 años. Esa civilización, al crear los medios para su propia expansión, creó también los recursos de conocimiento que nos permiten identificar sus límites y advertir el agotamiento de su capacidad para sostenerse en el tiempo.

Con ello, el Antropoceno como categoría histórica resalta la importancia de lo ambiental como dimensión política activa en la transición civilizatoria que vivimos. Esa transición, decía Immanuel Wallerstein a fines del siglo pasado, tenía un alto margen de incertidumbre, pues era muy posible que “en 2050, cuando el capitalismo haya dejado de existir, vivamos en un sistema tanto o más jerárquico e inequitativo que el actual. Pero también es posible que vivamos en un sistema histórico relativamente democrático e igualitario.” Lo que resulte, añadía, será decidido por la actividad política de cada uno ahora y en los 25-50 años por venir. Alcanzar la victoria política de-

penderá en buena medida de una buena comprensión analítica de las alternativas históricas, así como de un claro compromiso moral con una visión alternativa.

El compromiso moral inherente a esa visión ha tenido múltiples expresiones en las luchas por una sociedad más democrática e igualitaria. Una de ellas, ofrecida en 1888 por el socialista y ambientalista inglés William Morris, tiene especial valor en nuestro tiempo. “La riqueza”, dijo, es lo que la naturaleza nos ofrece, y lo que un hombre razonable puede hacer para el uso razonable de esos dones. La luz del sol, el aire fresco, alimento, vestimenta y alojamiento dignos y necesarios; la acumulación de conocimientos de todo tipo y el poder de diseminarlos; medios libres de comunicación entre los hombres; obras de arte...todas las cosas que sirven al placer de las personas, de manera libre, viril e incorrupta. Esto es riqueza, y no puedo imaginar otra cosa que valga la pena poseer que no corresponda a una u otra de estas características.

Alto Boquete, Panamá, 28 de marzo de 2021

Tiempos de poliedro

Guillermo Castro H.

“A lo que se ha de estar no es a la forma de las cosas, sino a su espíritu. Lo real es lo que importa, no lo aparente. En la política, lo real es lo que no se ve. La política es el arte de combinar, para el bienestar creciente interior, los factores diversos u opuestos de un país, y de salvar al país de la enemistad abierta o la amistad codiciosa de los demás pueblos.”

José Martí, 1891

Estamos inmersos en un cambio de épocas, en el que la política se hace de masas, y esas masas escriben capítulos inéditos en la historia de sus sociedades. Aquí tiene más valor que nunca la temprana advertencia que nos hiciera José Martí sobre las cosas de este siglo que él inauguró, y que aún no ha culminado. Son tiempos de lucha, y esa lucha es finalmente política.

En lo que hace a la dimensión ambiental de esa lucha – en la que finalmente está en disputa el desarrollo futuro de nuestra especie – el economista norteamericano Paul Burkett planteó en 2008 la necesidad de atender a cuatro rasgos generales que definen a una economía ecológicamente sustentable. Esa economía, dijo, ha de “admitir e internalizar” en primer término “las responsabilidades de la sociedad para un manejo sustentable de nuestro metabolismo con la naturaleza, con la finalidad de proteger la tierra como una riqueza comunal para las actuales y futuras generaciones”.

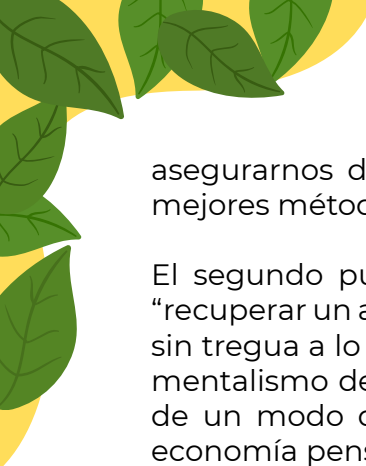
A esto añadió la necesidad de “difundir el conocimiento científico y tecnológico entre todos los productores y comunidades como requisito para cumplir con esta responsabilidad ecológica y satisfacerla en todas las partes del proceso de producción y consumo.” Esa difusión es indispensable también para incorporar al sentido común la necesidad de “seguir el ‘principio precautorio’ en todas las decisiones de producción”, de modo que no haya lugar para

“decisiones productivas o de políticas que no puedan demostrar la ausencia de daños ambientales significativos.” Y, finalmente, esa economía debe “respetar la necesidad de la diversidad en las relaciones económicas humanas”, debido a la variación de las condiciones naturales y la necesidad de diversas sendas de realización humana a partir de las actividades productivas y reproductivas.

Para Burkett es difícil que estos rasgos puedan ser alcanzados sin romper con el cálculo monetario y de ganancia y la competencia anárquica propios del capitalismo. Por el contrario, una economía ecológicamente sustentable demandaría “una planeación y cooperación congruente con los imperativos del desarrollo humano”, en la cual el bienestar material y humano de los integrantes de la sociedad serían “tanto el medio como el fin.”

Burkett escribió esto desde una perspectiva marxista explícita. Para 2021, la activista social y ambiental canadiense Naomi Klein, desde una perspectiva liberal democrática, hace planteamientos que convergen con los de Burkett en su nuevo libro *En Llamas*, reseñado por Silvina Frieria para el periódico argentino *Página 12*.

Allí, dice la reseña, “Klein da en el blanco cuando precisa que el cambio climático plantea un ajuste de cuentas en el terreno que más disgusta a las mentes conservadoras: el de la distribución de la riqueza.” Ese ajuste se traduce en un programa de seis puntos. El primero consiste en “la necesidad de reinventar la esfera pública”, toda vez que el cambio climático “es un problema colectivo que requiere de una acción colectiva,” sobre todo en el ámbito “de las grandes inversiones diseñadas para reducir las emisiones a escala masiva”, desde redes de transporte público asequibles para todo el mundo, hasta “viviendas económicas de eficiencia energética alrededor de las líneas de transporte; redes eléctricas que transporten energía renovable, y un trabajo de investigación masivo para



asegurarnos de que estamos usando los mejores métodos posibles”.

El segundo punto del programa plantea “recuperar un arte que ha sido vilipendiado sin tregua a lo largo de décadas de fundamentalismo de mercado: la planificación”, de un modo que permita “estructurar la economía pensando en las prioridades colectivas y no en la rentabilidad corporativa.” El tercer punto demanda “el control a las corporaciones,” con el fin de “prohibir los comportamientos que sean peligrosos y destructivos.” Y a esto se agrega “relocalizar la producción”; “terminar con el culto a las compras”, más conocido entre nosotros como el “consumismo” que fomenta a su vez el desperdicio, y “cobrar impuestos a los ricos.”

Para Klein, con la misma certeza con la que se sabe que los glaciares se derriten ya resulta evidente que “la ideología de libre mercado se está desvaneciendo”, y en su lugar está surgiendo “una nueva visión de lo que la humanidad puede llegar a ser”. Esa visión expresa el hecho de que el sistema Tierra se transforma ante nuestros ojos en direcciones que podrían hacer inviable el desarrollo de nuestra especie, y que solo pueden ser enfrentadas construyendo sociedades diferentes, capaces de producir un ambiente distinto.

En esa perspectiva, quizás encontremos en esta peculiar convergencia entre ambos autores la confirmación de las razones que llevaron a Marx a plantear en 1859 que

Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más elevadas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado dentro de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, porque, mirando mejor, se encontrará siempre que estos objetivos sólo surgen cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización.

Después de todo, como dice Francisco, la verdad es poliédrica, no esférica, y está atenta siempre a la superioridad de lo real sobre la idea. Quizás también estemos finalmente yendo del futuro hacia el pasado desde el que Marx nos daba la clave del devenir, para someterla ahora a prueba en nuestra civilización, que en verdad se desmigaja ante nuestros ojos.

Alto Boquete, Panamá, 20 de mayo de 2021

Cambio de clima, cambio social

Guillermo Castro H.

“Río abajo hay arroz, / río arriba la gente necesita el arroz. Si lo guardamos en los silos, / más caro les saldrá luego el arroz. Los que arrastran las barcas recibirán aún menos.

Y tanto más barato será para mí.

Pero ¿qué es el arroz realmente?

¡Yo qué sé lo que es el arroz! / ¡Yo qué sé quién lo sabrá! Yo no sé lo que es el arroz. / No sé más que su precio.”

Bertolt Brecht, 1930.

Un rasgo del mayor interés en la crisis en que todos andamos consiste en que algunos dan la impresión de que saben a dónde van, mientras otros insisten en preguntar y preguntarse por la dirección correcta a tomar y aún se empantanar a menudo en dilemas de terminología. El caso del cambio climático es característico. Negarlo ya no es una opción de política, pero si por un lado se ha amplía el consenso sobre la necesidad de encararlo, por otro aún no incluye ni la definición acabada del problema, ni la de la estrategia general que lleve a trascender las condiciones que le dieron origen.

Parte de esto se debe a la complejidad del problema, que se expresa por ejemplo en su gradualidad, su intensidad creciente y variable a un tiempo, y su relación con procesos ambientales de origen humano, que han contribuido y contribuyen a generar los dos primeros. Esos procesos se relacionan con la estrecha dependencia de los combustibles de origen fósil que constituyen la fuente fundamental de energía de nuestra civilización desde fines del siglo XVIII. A ellos se debe, en efecto, la mecanización de la producción – a la que siguieron su masificación y su automatización en menos de dos siglos –, que permitieron expandir, consolidar y normalizar el mercado mundial, aquella gran novedad histórica aún en desarrollo.

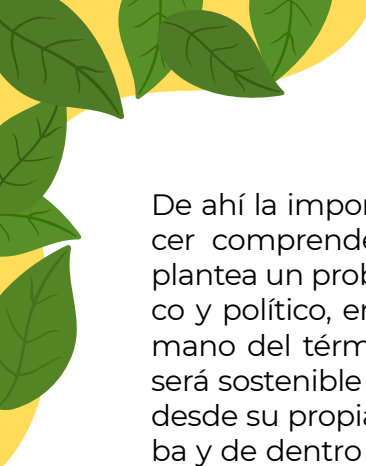
En el marco de esa normalidad, el cambio climático avanza a un paso más constante y

sostenido que el de los altibajos de la geopolítica. Así, algunos de sus efectos ya forman parte de lo normal de nuestra América. Un análisis de la BBC nos informa que cuatro de esos efectos ya son visibles en nuestra región. Uno es la creciente frecuencia e intensidad de las inundaciones y sus consecuencias. A esto se agregan en otras zonas sequías cada vez más prolongadas. Chile, por ejemplo, encara una mega sequía tras una década de escasez de lluvias, mientras el “corredor seco del Pacífico”, que va de Chiapas (México) a Panamá, una subregión “esencialmente agrícola”, se ve afectada por “sequías más prolongadas de lo usual, pero también[por] lluvias torrenciales, [que] están arruinando las cosechas.”

Un tercer efecto consiste en la creciente intensidad de los huracanes, que tienden a tornarse “más fuertes y devastadores” y a ser “cada vez más lentos, lo cual aumenta las posibilidades de daños en un lugar determinado.” Ese potencial destructivo, además, se ve intensificado por el aumento en el nivel del mar, debido tanto al derretimiento de los hielos polares como a la expansión del agua debido al aumento de la temperatura de los océanos.

Para comprender el alcance de esto, conviene recordar que hablamos de un proceso de cambio de muy larga duración en la historia natural de la Tierra, acelerado por la historia ambiental de los humanos. Esa historia ambiental nos enseña que los humanos hemos sabido adaptarnos a los eventos de la historia natural, a veces mediante cambios sociales y tecnológicos, y otras simplemente ateniéndonos a lo que no podemos cambiar.

Esta vez, en cualquier caso, contamos con la ventaja de disponer de la información necesaria acerca de lo que está pasando – y de lo que sucederá si no hacemos algo al respecto. Hoy sabemos que el problema solo podrá ser resuelto mediante la innovación – tanto política como tecnológica – para el cambio social, pues si deseamos un ambiente distinto, tendremos que crear sociedades diferentes.



De ahí la importancia de comprender y hacer comprender que el cambio climático plantea un problema aun tiempo tecnológico y político, en el más amplio sentido humano del término, pues ninguna sociedad será sostenible a menos que sea construida desde su propia cultura, de abajo hacia arriba y de dentro hacia fuera, con la participación de todos y para el bien de todos. Desde esa perspectiva, dos especialistas de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, ante la necesidad de “contener la crisis sanitaria, y reconstruir las economías, recuperar los empleos y los ingresos”, se plantean en un reciente artículo las mismas preguntas que de un modo u otro nos hacemos todos: ¿qué tipo de recuperación queremos? ¿Aceptaremos el mismo modelo que estábamos implementando antes de la pandemia, o aprovecharemos esta oportunidad para impulsar una recuperación con transformación climática, en la cual avancemos, a la par, en nuestros esfuerzos contra el cambio climático y en la reducción de la huella ambiental en la agricultura?

La evidencia, agregan, “demuestra que proteger el ambiente, enfrentar el cambio climático, y avanzar hacia una agricultura sostenible es una de las mejores formas de mejorar la calidad de vida de los habitantes de nuestra región”. Hay cálculos, dicen, que indican que los cambios estructurales necesarios para llegar a un escenario de producción carbono neutral al año 2030 en América Latina y el Caribe pueden generar 15 millones de empleos, mientras otros estudios señalan que tras la crisis del año 2008, “las medidas de estímulo con enfoque ambiental generaron más empleos y un mejor crecimiento que las alternativas tradicionales.”

Para el sentido aún común en nuestra cultura, agregan, “conservar, sustentar y reducir emisiones son restricciones que afectan el desarrollo productivo.” Ese sentido común, sin embargo, está equivocado, pues lo que afecta al desarrollo productivo es la ruptura del metabolismo entre la sociedad y la

naturaleza provocado por una producción organizada para la acumulación infinita de ganancias. Así, al decir de Marx, todo progreso de la agricultura capitalista no es sólo un progreso en el arte de esquilmar al obrero, sino a la vez en el arte de esquilmar el suelo; todo avance en el acrecentamiento de la fertilidad de éste durante un lapso dado, [es] un avance en el agotamiento de las fuentes verdaderas de esa fertilidad. [...] La producción capitalista, por consiguiente, no desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción sino socavando, al mismo tiempo, los dos manantiales de toda riqueza: la tierra y el trabajador.

Frente a ese enfoque de la producción agropecuaria, desde él y en contradicción con él, emerge con fuerza cada vez mayor la necesidad de pasar de una sociedad que trabaja contra la naturaleza a otra que en que sea de sentido común trabajar con ella. La Humanidad dispone ya de los conocimientos y los medios técnicos necesarios para alcanzar ese objetivo. Por lo mismo, cada vez es más urgente trabajar en la creación de las estructuras de acción social que permitan universalizar el uso de esos medios y conocimientos, como ya en 1884 lo planteaba José Martí:

Ser bueno es el único modo de ser dichoso. Ser culto es el único modo de ser libre. Pero, en lo común de la naturaleza humana, se necesita ser próspero para ser bueno. Y el único camino abierto a la prosperidad constante y fácil es el de conocer, cultivar y aprovechar los elementos inagotables e infatigables de la naturaleza. La naturaleza no tiene celos, como los hombres. No tiene odios, ni miedo como los hombres. No cierra el paso a nadie, porque no teme de nadie. Los hombres siempre necesitarán de los productos de la naturaleza. Y como en cada región sólo se dan determinados productos, siempre se mantendrá su cambio activo, que asegura a todos los pueblos la comodidad y la riqueza.

Alto Boquete, Chiriquí, Panamá, 4 de junio de 2021

Foster, tercera llamada

Guillermo Castro H.

“Se han de estudiar a la vez, si se quiere saber de sociedades humanas, las influencias extrahumanas, los motivos generales de agencia humana, y las causas precipitantes o dilatorias que han obrado para alterar el ajuste natural entre estas dos fuerzas paralelas.”

José Martí

Circula desde agosto pasado, en inglés, el libro de John Bellamy Foster que algún día llegará a nuestra América con el título de *La Dialéctica de la Naturaleza*. Como avance, ya está disponible en la red la traducción al español de la Introducción de la obra, que sintetiza de manera clara y sencilla lo fundamental de su contenido.

El libro completa una trilogía iniciada en el año 2000 con la publicación de *La Ecología de Marx*, y continuada en 2020 con *El Retorno de la Naturaleza*. En su primera llamada, Foster abordó la relevancia que Marx otorgó a la interacción entre la especie humana y el mundo natural mediante el trabajo socialmente organizado, en particular en cuanto al desarrollo del capitalismo. A eso se refiere, por ejemplo, la observación hecha en 1875 por Marx en su “Crítica al Programa de Gotha”, donde señala que el trabajo “no es la fuente de toda riqueza. La naturaleza es la fuente de los valores de uso [...], ni más ni menos que el trabajo, que no es más que la manifestación de una fuerza natural, de la fuerza de trabajo del hombre.”

En *El Retorno de la Naturaleza*, Foster aborda la continuidad de esa perspectiva dialéctica entre los sectores más progresistas de la sociedad británica posterior a Marx, y en la Unión Soviética anterior al estalinismo. Y en este tercer libro traslada de lleno su foco de atención al Antropoceno, cuando la ruptura del metabolismo entre las sociedades de nuestro tiempo y sus entornos naturales amenaza ya la estabilidad del Sistema Tierra en que se ha formado y

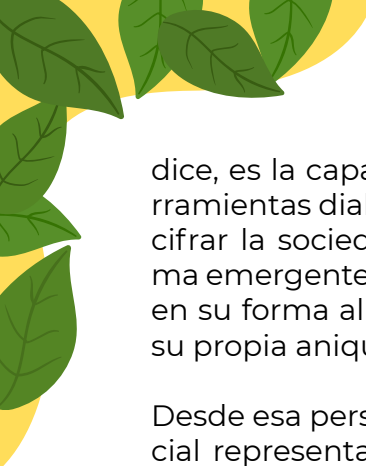
evoluciona nuestra especie.

Desde allí, Foster aborda la crisis socio-ambiental de nuestro tiempo a partir de una perspectiva en la cual “la estructura de la historia, incluida la historia natural,” siempre contiene en sí crisis y catástrofes, junto con la posibilidad de algo cualitativamente nuevo, extraído de una combinación de residuos del pasado (realidades previamente negadas) que interactúan de forma contingente con el presente como historia y generan un cambio transformador. Así pues, la historia, ya sea natural o humana, no es lineal, sino que se manifiesta como una forma de desarrollo en espiral.

Dentro de esa espiral – que tantas veces retrocede al pasado para avanzar hacia el futuro, enriqueciendo y ampliando a un tiempo su exploración de la historia ecológica como ámbito mayor de la ambiental –, la noción del desarrollo humano como un proceso histórico, dice, constituye “una concepción relativamente reciente que apenas precede a la era capitalista”, y es producto “de la relación cambiante de los seres humanos con la naturaleza en su conjunto.”

Esa relación entre las sociedades y sus entornos naturales opera a través de un constante intercambio de materia y energía que se constituye en “el fenómeno material que conecta lo físico-químico y lo biológico a través de los intercambios dentro de la naturaleza.” Con ello, agrega, ante el problema de la producción de las transformaciones de ese intercambio metabólico y lo que podía ser necesario para producirlas, cualquier respuesta satisfactoria debía aportar también “una solución al problema del origen de lo cualitativamente nuevo”.

Para Foster, las nociones de la dialéctica de la naturaleza y las formas organicistas de materialismo “preceden al marxismo en miles de años”, no sólo en la obra de los antiguos griegos, sino también en la filosofía china, a partir del período de los Estados Combatientes. Lo que aporta el marxismo,



dice, es la capacidad de crear “nuevas herramientas dialécticas de análisis para descifrar la sociedad humana como una forma emergente de la naturaleza, que ahora, en su forma alienada actual, apunta hacia su propia aniquilación.”

Desde esa perspectiva, el metabolismo social representado por la producción “mediatiza la relación material de la humanidad con los sistemas ecológicos, desde los ecosistemas locales hasta el Sistema Tierra.” Esto, añade, permite entender que “la alteración del metabolismo del Sistema Tierra que resulta en la brecha antropogénica de los ciclos biogeoquímicos del planeta”, crea la actual crisis de sustentabilidad en el desarrollo de nuestra especie.

Con ello, la recuperación “de la teoría de la brecha metabólica de Marx” facilita abordar “las dimensiones sociales de la crisis del Sistema Tierra”, que van “desde el metabolismo del suelo hasta el clima.” En particular, agrega, la mayor utilidad de este abordaje consiste en que nos proporciona “una comprensión más activa del metabolismo social de los seres humanos y la Tierra en toda su complejidad como parte de una dialéctica materialista global”, lo cual demanda “tanto una dialéctica de la sociedad como una dialéctica de la naturaleza”, integradas en una dialéctica de la ecología que ofrezca sustento a “una nueva praxis medioambiental global.”

Hoy, nos dice Foster, el mundo “se enfrenta a dos tendencias opuestas”. Por un lado, se busca acelerar la acumulación del capital mediante “la financiarización de la naturaleza basada en las fuerzas del mercado y asociada a los procesos de la llamada descarbonización y desmaterialización.” En este plano, se busca “subsumir al mundo en la lógica abstracta del dinero como sustituto de la existencia en el mundo real, una lógica alienada que sólo puede conducir al desastre total, a la negación estéril de la propia humanidad.”

Por otra parte, emergen nuevos movimien-

tos de lucha “por el decrecimiento planificado y el desarrollo humano sostenible”, que buscan trasladar “el poder del capital global a los trabajadores sobre el terreno y en sus comunidades por todo el planeta,” constituyendo así “el nuevo poder potencial de un proletariado medioambiental emergente.” Esto, añade, requiere “la fusión de las luchas económicas y medioambientales de las poblaciones explotadas y expropiadas de todo el mundo en una forma de cooperación nueva y más amplia”, pues la gente de la base “se está viendo impulsada a defender no sólo su trabajo, sino también su entorno y sus comunidades, y de hecho, la habitabilidad del propio planeta, concebido como un hogar para la humanidad y todas las demás especies.”

Este momento de nuestra historia requiere, así, de “una transformación revolucionaria en las relaciones sociales que rigen en la producción, el consumo y la distribución”, que abra paso a. “un cambio dramático con respecto del monopolio del capital, la explotación, la expropiación, el despilfarro y el impulso incesante hacia la acumulación.” A partir de ese cambio, “una humanidad revolucionaria sustentada en la población trabajadora – un proletariado ambiental emergente –,” demandará una nueva formación social que provea a las necesidades básicas de toda la población, seguida por las necesidades de la comunidad, incluyendo las necesidades de desarrollo de todos los individuos. Esto será posible mediante mejoras cualitativas en el trabajo, un énfasis en el trabajo útil y la labor de cuidado, para compartir la abundante riqueza social, producto ella misma del trabajo humano. Una relación sostenible con la Tierra es un requisito absoluto sin el cual no podrá haber futuro para los humanos.

En 1915, en una fase anterior de la lucha por el equilibrio del mundo y la sostenibilidad del desarrollo humano, Rosa Luxemburgo reiteró el llamado a escoger entre el socialismo y la barbarie, hecho por Karl Kautsky, en 1892. Hoy, desde lo planteado por

Foster, el retorno a la barbarie bien puede ser apenas una etapa en el camino hacia la extinción de la especie humana. Por lo mismo, dice, nos acercamos al momento de optar entre “el socialismo y el exterminismo”, ‘la ruina o la revolución’”.

Imaginar la extinción no es particularmente difícil: se trata, incluso, un tema cada vez más común en nuestra cultura de masas.

Lo difícil es imaginar la transformación social que la prevenga, cuando el Antropoceno nos conduce a una fase de nuestra historia en que esa extinción parece acercarse de lo eventual a lo posible y, ojalá no, a lo inevitable. De nosotros depende. Nadie más está disponible para hacerse cargo.

Alto Boquete, Panamá, 10 de noviembre de 2024

Del optar como privilegio

Guillermo Castro H.

“Conocemos sólo una ciencia, la ciencia de la historia. Se puede enfocar la historia desde dos ángulos, se puede dividirla en historia de la naturaleza e historia de los hombres. Sin embargo, las dos son inseparables: mientras existan los hombres, la historia de la naturaleza y la historia de los hombres se condicionan mutuamente”

Carlos Marx, Federico Engels: La Ideología Alemana, 1846
(cursiva, gch)

Ha visto la luz, finalmente, la traducción al español de La Muerte de la Naturaleza. Mujeres, ecología y revolución científica, el libro de la física e historiadora Carolyn Merchant cuya primera edición ocurrió en inglés, en 1980. Se trata de una obra fundadora en diversos campos del ambientalismo contemporáneo, cuyo equivalente en el campo de la historia es Nature's Economy. A history of ecological ideas, de Donald Worster, publicado el mismo año y, como el de Merchant, traducido a todas las lenguas cultas del mundo – mandarín incluido -, menos el español.

Ambos hacen parte, así, del debate sobre las relaciones entre las ciencias naturales y las humanas, tan relevante en la cultura ambiental como en la política, aunque de desarrollo apenas incipiente en Panamá. Las posiciones fundamentales son bien conocidas. Las ciencias naturales serían “duras”, basadas en datos obtenidos a partir de métodos rigurosos e instrumentos de gran precisión. Las otras serían “blandas”, de carácter reflexivo y dependientes en alto grado de los datos obtenidos por las primeras.

Lo importante, en todo caso, es que la relación entre ambos campos del conocer desborda ya su dimensión académica de origen. Los graves problemas que hoy aquejan a los humanos nos obligan a reconocer que esa relación es más estrecha y compleja de lo que hasta ahora parecía.

Nuestro tiempo, en efecto, demanda sustentar en evidencia científica, debidamente referida a la circunstancia social e histórica de cada sociedad, toda estrategia orientada a sostener el desarrollo humano. En el caso de Panamá, por ejemplo, una estrategia así concebida tendría que proponer los cambios sociales, políticos y económicos necesarios para facilitar la transformación en competitivas las ventajas comparativas del país – que incluyen por ejemplo la abundancia de agua, biodiversidad y ecosistemas de alta capacidad de captura de CO₂, ubicadas sobre todo en las regiones más atrasadas del país.

En este terreno, la calidad práctica de todo conocimiento está asociada a su potencial para expresar las relaciones de interdependencia que mantienen entre sí los diversos aspectos de la realidad. El ejercicio de ese principio, sin embargo, no es sencillo.

Así, por ejemplo, la organización del conocer en ciencias naturales, ciencias sociales y Humanidades - que hoy a menudo se da por natural – fue tomando forma al calor del desarrollo del capitalismo entre los siglos XVII y XVIII, para consolidarse a mediados del XIX. Esa forma, nos dice Merchant, se desarrolló a partir de la contradicción entre dos visiones de las relaciones entre nuestra especie y el mundo natural.

Una de ellas, más primitiva entonces, sostenía y sostiene la necesidad de trabajar con la naturaleza y no contra ella. La otra, revolucionaria en su momento, sostiene la necesidad de dominar a la naturaleza en bien del crecimiento económico sostenido.

Esas visiones, por otra parte, no son enteramente nuevas. Ambas hunden sus raíces en el proceso de innovación y cambio cultural que hizo parte de la transición de la Edad Media feudal a la Moderna, capitalista.

En el punto de partida de dicho proceso, al decir de Merchant, ocurrió un verdadero “despliegue de ideas”, que no deja de re-

cordar al que está ocurriendo en nuestro tiempo. Hoy, como entonces,

Algunas ideas se difunden; otras se pierden temporalmente. Y llega un momento en que la dirección y la acumulación de cambios sociales comienza a hacer diferencias entre el espectro de posibilidades, de modo que algunas ideas van adquiriendo un rol más importante mientras otras se trasladan hacia la periferia. A partir de esta selección de las ideas que parecen más plausible bajo condiciones sociales particulares, se produce la transformación cultural.

Es bueno tomar nota de la complejidad y la riqueza de este proceso. Merchant lo examinó en 1980 para comprender y dar a conocer la transformación de la cultura de la naturaleza en el marco de la revolución científica generada por el primer desarrollo del capitalismo. Hoy, nos corresponde examinar el proceso que nos conduce a una nueva transformación cultural de consecuencias aún imprevisibles, en el cual nos toca ya incidir – o no- de manera correspondiente.

Nunca, en verdad, ha sido tan grande nuestra capacidad para intervenir en el mundo natural y modificarlo de acuerdo con nuestras necesidades, sean reales o mero producto del fetichismo de la mercancía. Nunca, tampoco, ha sido tan limitada nuestra capacidad política para encarar las consecuencias de esa forma de ejercer el poderío científico y tecnológico alcanzado por la especie humana.

Estamos en un tiempo en que van tomando forma las disyuntivas que darán lugar a la formación de la nueva normalidad en que desemboque la transición que vivimos. Un amplio sector de la Humanidad espera encontrar soluciones puramente tecnológicas a los desafíos de la crisis socioambiental. Otros, en número creciente, comprenden ya que “estudiar y entender lo ecológico” pasa por “estudiar y entender lo social, lo económico y lo humano”, si se

trata de “desarrollar estrategias de adaptación para reducir la incertidumbre y la asimetría social y territorial que es concomitante, por ejemplo, al actual cambio climático.”

Todo esto es especialmente relevante para el ambientalismo nuestro. En verdad, para bien o para mal el cambio social abre paso a la innovación tecnológica, pues la interdependencia existente entre los sistemas sociales y los ambientales es el factor clave en la relación entre ambos, pues el cambio en cada uno de ellos afecta de una u otra manera al otro.

En breve, si deseamos un ambiente distinto, tendremos que crear una sociedad diferente. Esa diferencia no ha sido aún objeto de discusión adecuada. El neoliberalismo la reduce a terminar de convertir todo patrimonio natural en capital natural, encarando la dimensión ambiental de la crisis como una nueva oportunidad de negocios.

Desde otra perspectiva, la diferencia consiste en llegar a contar con una sociedad mucho más y mejor educada; sostenida por un mercado de base social mucho más amplia que la actual, y gobernada por una ciudadanía organizada, capaz de ejercer un control social de la gestión pública. Esto significa que estamos ante un problema de ecología política, que consiste en escoger el camino a tomar y las formas de recorrerlo.

De José Martí a Vladimir Vernadsky, de Carolyn Merchant a Fidel Castro en la Cumbre de la Tierra en 1992 y de allí a Francisco y su *Laudato Si'* en 2015, la cultura de nuestra América dispone de los elementos necesarios para comprender en toda su complejidad los desafíos que nos plantea la crisis. Este es un privilegio en tiempos de confusión como los que vivimos, que se enriquecerá trabajando con nuestra gente, y no solo para ella.

Alto Boquete, Chiriquí, Panamá, 23 de septiembre de 2021.

Panamá: el proceso de la cultura de la naturaleza

Guillermo Castro H.

“Patria es humanidad,
es aquella porción de la humanidad
que vemos más de cerca, y en que nos tocó
nacer [...]

Esto es luz, y del sol no se sale.”

José Martí, 1895

Panamá se convirtió en república plenamente soberana el 31 de diciembre de 1999, a mediodía. Hasta entonces – a partir de la intervención norteamericana en su separación de Colombia, en 1903 – el país había contado con una organización republicana mediatizada por el protectorado militar impuesto por una potencia extranjera, y había desarrollado su identidad nacional en la lucha contra esa condición. Desde entonces, viene atravesando por un aprendizaje – a menudo difícil – sobre el ejercicio de los deberes de la soberanía en todos los ámbitos de la vida nacional.

Uno de esos ámbitos, de importancia cada vez mayor, es el de la gestión ambiental del territorio del Istmo. Esto no es poca cosa. El protectorado fue establecido para construir un canal interoceánico que, entre 1906 y 1914, inundó el valle del río Chagres – el más importante de la región central del país-, y cortó el puente terrestre entre las Américas, formado seis millones de años antes. Tal fue, también, el marco de nacimiento de una cultura de la naturaleza – posteriormente, ambiental – en nuestra sociedad.

Esa cultura nació de una raíz científicista y conservacionista, característicamente anglosajona para su tiempo, tanto en su fundamentación como en la exotividad que atribuyó a la sociedad y el ambiente del Istmo. Ella tuvo su expresión más característica en el Instituto Smithsonian de Investigaciones Tropicales, al que se sumó después el Instituto Conmemorativo Gorgas

de Medicina Tropical e Higiene. En su entorno, además, surgieron entidades como la Sociedad Audubon, que sigue activa en el país, y la Asociación Nacional para la Conservación de la Naturaleza, fundada en 1985, y un número indeterminado de pequeñas organizaciones no gubernamentales, a menudo dependientes de grandes entidades internacionales.

El énfasis conservacionista de esa primera vertiente de nuestra cultura de la naturaleza entraría en un conflicto ascendente con las políticas desarrollistas adoptadas por los gobiernos panameños desde mediados de la década de 1950. Esas políticas, en efecto, propiciaron por ejemplo la colonización ganadera del Darién y de la región centro-occidental de la vertiente atlántica del Istmo, así como el inicio de la construcción de hidroeléctricas, que alcanzaría especial importancia entre las décadas de 1970 y 1990.

Aquella política desarrollista vinculó al Estado panameño con las crecientes normativas ambientales promovidos por las entidades financieras internacionales, los Estados de los países más desarrollados y las entidades de las Naciones Unidas, sobre todo a partir de la Cumbre de la Tierra convocada por el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente en Río de Janeiro, en junio de 1992. En este proceso, además, tuvo especial incidencia la negociación del Tratado Torrijos-Carter, por medio del cual el Estado panameño se obligó a gestionar la cuenca del río Chagres para garantizar el abastecimiento de agua del Canal y sus ciudades terminales, enfrentándolo a la necesidad de iniciar el desarrollo de una institucionalidad ambiental en el país.

De ese periodo data la formación, en Panamá como en el conjunto de nuestra América, de otra vertiente de la cultura de la naturaleza, de raíz estatal y visión tecnocrática y legalista, mientras el conservacionismo se expandía entre las capas medias educadas a través de la multiplicación de

organizaciones no-gubernamentales llamadas (justamente) “de ambiente y desarrollo”. Esta vertiente encontró su soporte académico en las ciencias naturales – en particular la forestería, la biología y la ecología –, y en el derecho y la economía ambientales.

La síntesis mayor de ese soporte puede encontrarse en el libro *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente*, editado por Osvaldo Sunkel y Nicolo Gligo, y publicado por la CEPAL y el Fondo de Cultura Económica en 1980. Los especialistas en aquellas disciplinas aportaron la masa principal de cuadros técnicos que participaron en la creación de los Ministerios de Ambiente a fines de siglo, con orientación y apoyo financiero de entidades como el Banco Interamericano de Desarrollo.

La creciente injerencia del ambientalismo estatal en lo económico encontró una frecuente resistencia – si bien por distintas razones – tanto de sectores empresariales conservadores, como del ambientalismo conservacionista. Esa resistencia tuvo su expresión inicial en el aparente dilema entre conservación o desarrollo, que animó en importante medida la formación de la cultura de la naturaleza en Panamá a lo largo de las décadas de 1980 y 1990.

Para fines de esa última década, la gestión de la cuenca del Canal abrió paso a una tercera vertiente de nuestra cultura de la naturaleza, a partir de la resistencia de los campesinos de la cuenca del río Indio a la inundación de sus tierras para crear una reserva de agua para la operación de la vía interoceánica. Esto, a su vez, impulsó la multiplicación de movimientos de resistencia a la construcción de nuevas hidroeléctricas y a la minería a cielo abierto por parte de movimientos de raíz indígena y campesina en todo el país.

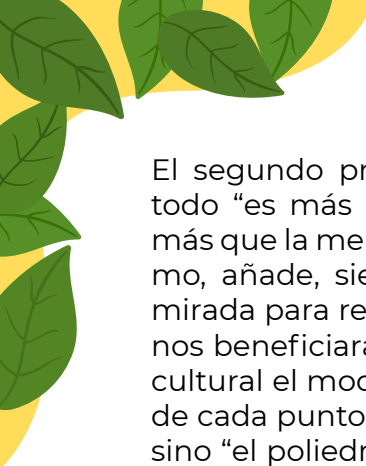
Esta resistencia, a su vez, encontró apoyo en un sector de la intelectualidad previamente vinculada a movimientos sociales que se pronunciaban contra el neoliberalismo,

sobre todo en áreas urbanas. Esta confluencia pasó a generar una tercera vertiente, que podríamos llamar socio ambiental, en nuestra cultura de la naturaleza.

Esta vertiente podría ser llamada transdesarrollista, en cuanto aborda los problemas ambientales desde la perspectiva de la sostenibilidad del desarrollo humano, a menudo con aspiraciones de avanzar hacia una situación de buen vivir semejante al Sumak Q’awsay de los pueblos andinos. Si bien esta vertiente de la cultura de nuestra naturaleza ha encontrado aliados en campos como la biología y las ciencias sociales, aún no ha generado un pensar equivalente al de otras de sus semejantes en nuestra América en campos como la ecología política, la economía ecológica y la historia ambiental.

Lo importante, en todo caso, es que los ambientalismos que van dando forma a la cultura de la naturaleza en Panamá no existen en una mera relación de conflicto, sino que interactúan y se influyen entre sí, y las contradicciones que existen entre ellos son las del sector social que cada uno expresa. Esa interacción confirma dos principios planteados por el papa Francisco con respecto a los procesos de formación de una cultura nueva.

El primero nos recuerda que “la realidad es superior a la idea”, lo cual nos llama a “evitar diversas formas de ocultar la realidad: los purismos angélicos, los totalitarismos de lo relativo, los nominalismos declaracionistas, los proyectos más formales que reales, los fundamentalismos ahistóricos, los eticismos sin bondad, los intelectualismos sin sabiduría.” Al respecto, añade, conviene recordar que la idea “está en función de la captación, la comprensión y la conducción de la realidad.” Por eso mismo, “desconectada de la realidad origina idealismos y nominalismos ineficaces, que a lo sumo clasifican o definen, pero no convocan. Lo que convoca es la realidad iluminada por el razonamiento.”



El segundo principio, consiste en que el todo “es más que la parte, y también es más que la mera suma de ellas.” Por lo mismo, añade, siempre “hay que ampliar la mirada para reconocer un bien mayor que nos beneficiará a todos.” Así, en el cambio cultural el modelo “no es la esfera [...] donde cada punto es equidistante del centro”, sino “el poliedro, que refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad.”

La formación de la moderna cultura de la naturaleza en Panamá hace parte de un proceso en el cual todas sus vertientes “tienen algo que aportar que no debe perderse.” Esa cultura, en efecto, hace parte de “la conjunción de los pueblos que, en el orden universal, conservan su propia peculiaridad”, pues expresa a “la totalidad de las personas en una sociedad que busca un bien común que verdaderamente incorpora a todos.”

Así, a lo largo de los últimos 30 años las tres vertientes de origen de la cultura de la naturaleza en Panamá tienden a converger en algunas verdades de aquellas que, al decir de José Martí, caben “en el ala de un colibrí”. La primera, que nuestra sociedad y su Estado no están diseñados para el desarrollo sostenible, sino para el crecimiento sostenido. La segunda, que si deseamos un ambiente distinto, tendremos que crear una sociedad y un Estado diferentes. Y la tercera, que identificar y ejercer esa diferencia ya no es una opción sino una necesidad para hacer sostenible el desarrollo de la especie que somos, en el Istmo como en todo el planeta. Porque en esto está la clave: en cambiar con el mundo, para ayudarlo a cambiar.

Alto Boquete, Panamá, 2 de octubre de 2021

El ambiente en el colibrí

Guillermo Castro H.

Tres décadas ha durado ya el imperio de la combinación de los males del viejo liberalismo oligárquico con los del neoliberalismo... oligárquico. Allí han coexistido en mutua atracción y repulsión los descendientes de los señores de ayer, y los ascendentes de la lumpen burguesía de su pasado mañana. Desde allí, también, nuestra América ha ingresado en una crisis "multimodal" - para decirlo en el lenguaje elegante de los organismos interestatales -, en que se combinan un crecimiento económico incierto, una inequidad social persistente, una disfuncionalidad institucional creciente, y una degradación ambiental constante.

Esos problemas no pueden ser resueltos por separado. Su solución, en efecto, depende de nuestra capacidad para comprender las relaciones que guardan entre sí, y el peso relativo de cada uno en la crisis generada por las modalidades que esas relaciones adoptan en nuestra circunstancia. Podemos entender, por ejemplo, que la contradicción principal que anima al conjunto radica en el conflicto entre una producción cada vez más integrada y unas sociedades cada vez más fragmentadas. Pero debemos entender, también, que el aspecto principal de esa contradicción radica, hoy, en la dimensión ambiental de la crisis general, que ya genera una amenaza para el desarrollo de la especie humana.

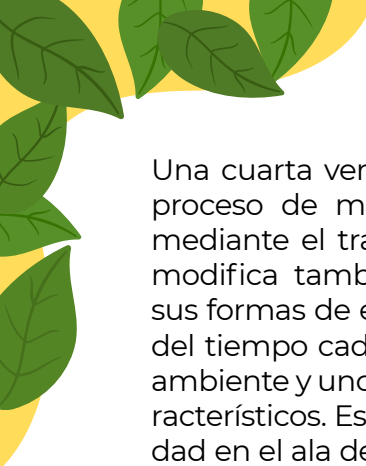
La lucha contra esa amenaza, que surge del carácter cada vez más conflictivo de las relaciones entre las sociedades de los humanos y el entorno natural del que depende su existencia, cuenta con un recurso invaluable en el corazón mismo del legado cultural de José Martí: la fe en el mejoramiento humano, en la utilidad de la virtud, en la interdependencia entre los humanos y la naturaleza, y en la necesidad de luchar por el equilibrio del mundo. Desde aquí cabe regresar una y otra vez a aquel "cúmulo de verdades esenciales que caben en el ala de un colibrí, y son, sin embargo, la clave de la paz pública, la eleva-

ción espiritual y la grandeza patria."

En lo que hace a la dimensión ambiental de la crisis, la primera de esas verdades consiste en la necesidad de abordar los problemas que hoy afectan a nuestro entorno natural a partir del principio de la interdependencia universal de los fenómenos, que Federico Engels planteó con gran sencillez en 1876, en su texto - desgraciadamente inconcluso - El Papel del Trabajo en la Transformación del Mono en Hombre. Allí señaló que en la naturaleza nada ocurre en forma aislada. Cada fenómeno afecta a otro y es, a su vez, influenciado por éste; y es generalmente el olvido de este movimiento y de esta interacción universal lo que impide a nuestros naturalistas percibir con claridad las cosas más simples.

Desde allí resulta más sencillo entender otra verdad elemental: que la especie humana crea su propio ambiente mediante el trabajo, que constituye su vínculo orgánico con el medio natural, en un proceso constante en el que se forma y transforma a sí misma. Así, dice, los animales se limitan a "utilizar la naturaleza exterior y modificarla por el mero hecho de su presencia en ella. El hombre, en cambio, modifica la naturaleza y la obliga así a servirle, la domina."

Este dominio, sin embargo -como bien sabemos hoy-, también puede llevarnos a nuestra extinción. De aquí la importancia de recordar que la tercera verdad nos advierte que después de cada una de nuestras victorias la naturaleza "toma su venganza", con lo cual. A cada paso, los hechos nos recuerdan que nuestro dominio sobre la naturaleza no se parece en nada al dominio de un conquistador sobre el pueblo conquistado, que no es el dominio de alguien situado fuera de la naturaleza, sino que nosotros, por nuestra carne, nuestra sangre y nuestro cerebro, pertenecemos a la naturaleza, nos encontramos en su seno, y todo nuestro dominio sobre ella consiste en que, a diferencia de los demás seres, somos capaces de conocer sus leyes y de aplicarlas adecuadamente.



Una cuarta verdad nos recuerda que en el proceso de modificar su entorno natural mediante el trabajo, la especie humana se modifica también a sí misma y modifica sus formas de existencia. Con ello, a lo largo del tiempo cada sociedad ha producido un ambiente y unos paisajes que le han sido característicos. Esto nos lleva a una quinta verdad en el ala del colibrí: que si deseamos un ambiente distinto tendremos que crear una sociedad diferente, que tenga como guía en la interacción con su entorno la necesidad de trabajar con la naturaleza, no contra ella, para cambiar con ella, y no forzarla a cambiar.

Esa verdad se hace evidente a través del cúmulo cada vez mayor de desastres en que ha venido a desembocar la historia de nuestras modalidades de interacción con el entorno natural, en cuyo marco ha sido formulada la hipótesis del Antropoceno. Ese término nos remite al impacto de los humanos sobre el sistema Tierra a partir de la Revolución Industrial de fines del siglo XVIII y, en particular, de la llamada “Gran Aceleración” de sus resultados a partir de mediados del XX. En esa línea de tiempo, el Antropoceno vendría a estar asociado a la transición entre la organización colonial del mercado mundial entre 1650 / 1950, y la subsiguiente organización interestatal / internacional de ese mercado – que de 1990 en adelante ha ingresado a un proceso de nueva organización transnacional designado con el término de “globalización”. La exploración del vínculo entre ambas dimensiones dependería de disciplinas como la ecología política que, sin embargo, no tiene presencia relevante en los llamados “estudios del cambio global” que fomenta el sistema internacional – interestatal, en realidad.

Con todo, hemos participado, quizás sin saberlo ni quererlo, de un extraordinario desarrollo de las fuerzas productivas asociado a la liberación del acceso del capital a las enormes reservas de fuerza de trabajo y recursos naturales de la periferia del sistema mundial, que antes se veía limitado por el sistema colonial. Todo ello, además, legitimado y pro-

movido por el discurso organizado en torno a la opción entre el desarrollo y el subdesarrollo, dominante en el moderno sistema mundial, que vino a subsumir los discursos precedentes organizados en torno a la opción entre la civilización y la barbarie, primero, y el progreso y el atraso, después.

Hoy, la discusión en torno al Antropoceno estimula la formación de nuevas perspectivas analíticas que expresan la transición desde una geocultura organizada en torno a la acumulación incesante de ganancias hacia otra que toma cuerpo en torno a la sostenibilidad del desarrollo de la especie que somos – y de las formas de organización del trabajo intelectual, político y cultural en todos los campos del saber y todos nuestros ámbitos de existencia. En esto, el ambientalismo haría bien en recordar lo que Martí decía de sí mismo en sus Versos Sencillos, de 1891: “Yo vengo de todas partes / y hacia todas partes voy / arte soy entre las artes / y en los montes, monte soy”. Desde allí, también, debería incorporarse a aquel tipo de vasto proceso cultural referido por Antonio Gramsci (1891-1937) al desarrollo del marxismo en su tiempo, señala que

La filosofía de la praxis presupone todo este pasado cultural, el Renacimiento y la Reforma, la filosofía alemana y la Revolución francesa, el calvinismo y la economía clásica inglesa, el liberalismo laico y el historicismo que se encuentra en la base de toda la concepción moderna de la vida. La filosofía de la praxis es la coronación de todo este movimiento de reforma intelectual y moral, cuya dialéctica es el contraste entre cultura popular y alta cultura. Corresponde al nexo de Reforma protestante más Revolución francesa: es una filosofía que es también política y una política que es también filosofía.

Alto Boquete, Panamá, 20 de diciembre de 2021

Antropoceno al Sur

Guillermo Castro H.

El Antropoceno se ha instalado de manera permanente en el debate ambiental. Se trata del entorno en que habrá de definirse el papel del ambiente que hemos creado en el destino de la especie que somos. Como suele ocurrir, sin embargo, en el debate sobre sus orígenes no aparecen referencias significativas a la transición ocurrida entonces desde la organización colonial del mercado mundial a su organización interestatal (o internacional, en el lenguaje cotidiano), y la desintegración en curso de ésta.

En ese debate, el papel reservado al ahora llamado “Sur global” es remitido sobre todo al incremento de la población - desde unos 2000 millones hasta cerca de 8000 - entre 1950 y comienzos del siglo XXI. En cambio, ocupa un lugar privilegiado el incremento en el consumo de energía generada con combustibles fósiles, y el gigantesco crecimiento de la producción industrial y agrícola ocurrido en el mundo Noratlántico o financiado desde allí, que ha generado una enorme acumulación de desechos – incluyendo los llamados Gases de Efecto Invernadero -, el colapso de ecosistemas, y la pérdida de servicios ecosistémicos y de biodiversidad a escala planetaria.

De un modo igualmente característico en la geocultura de nuestro tiempo, el debate sobre el Antropoceno tampoco suele considerar el papel cumplido en ese proceso por las transformaciones políticas, económicas y sociales que convergen en la crisis que hoy padecemos. La referencia más relevante al tema data de 1992, y vino del Sur dieciocho años antes de que el término Antropoceno entrara en escena desde el Norte.

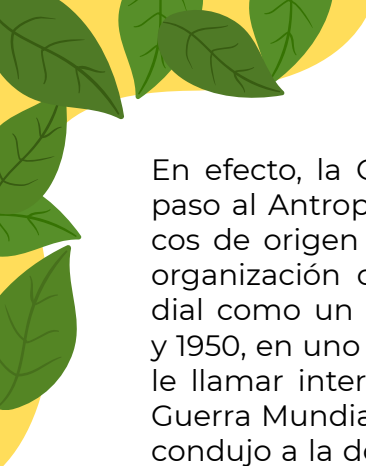
El 12 de junio de aquel año, en su intervención ante la Conferencia de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo celebrada en Río de Janeiro, el entonces presidente de Cuba, Fidel Castro, planteó lo siguiente:

Una importante especie biológica está en riesgo de desaparecer por la rápida y progresiva liquidación de sus condiciones naturales de vida: el hombre.

Ahora tomamos conciencia de este problema cuando casi es tarde para impedirlo.

Es necesario señalar que las sociedades de consumo son las responsables fundamentales de la atroz destrucción del medio ambiente. Ellas nacieron de las antiguas metrópolis coloniales y de políticas imperiales que, a su vez, engendraron el atraso y la pobreza que hoy azotan a la inmensa mayoría de la humanidad. Con solo el 20 por ciento de la población mundial, ellas consumen las dos terceras partes de los metales y las tres cuartas partes de la energía que se produce en el mundo. Han envenenado los mares y ríos, han contaminado el aire, han debilitado y perforado la capa de ozono, han saturado la atmósfera de gases que alteran las condiciones climáticas con efectos catastróficos que ya empezamos a padecer.

Los bosques desaparecen, los desiertos se extienden, miles de millones de toneladas de tierra fértil van a parar cada año al mar. Numerosas especies se extinguen. La presión poblacional y la pobreza conducen a esfuerzos desesperados para sobrevivir aun a costa de la naturaleza. No es posible culpar de esto a los países del Tercer Mundo, colonias ayer, naciones explotadas y saqueadas hoy por un orden económico mundial injusto. [...] El intercambio desigual, el proteccionismo y la deuda externa agreden la ecología y propician la destrucción del medio ambiente. [...] Hágase más racional la vida humana. Aplíquese un orden económico internacional justo. Utilícese toda la ciencia necesaria para un desarrollo sostenido sin contaminación. Páguese la deuda ecológica y no la deuda externa. Desaparezca el hambre y no el hombre. [...] Mañana será demasiado tarde para hacer lo que debimos haber hecho hace mucho tiempo.



En efecto, la Gran Aceleración que abrió paso al Antropoceno tiene uno de sus focos de origen en la transformación de la organización original del mercado mundial como un sistema colonial entre 1750 y 1950, en uno interestatal – al que se suele llamar internacional – tras la Segunda Guerra Mundial, en el mismo proceso que condujo a la dolarización de ese mercado. No es el caso discutir aquí las razones por las que desapareció el sistema colonial tras la Gran Guerra de 1914-1945. Sin duda, su costo de operación debe haber aumentado muchísimo en lo político como en lo militar, y debe haber ocurrido también una disminución de sus beneficios para las potencias coloniales como para las burguesías de las colonias.

Importa destacar, en cambio, que la conformación de esa comunidad de estados nacionales y la dolarización de los intercambios comerciales entre sus integrantes abrió a la explotación y el comercio enormes reservas de recursos naturales, fuerza de trabajo y capacidades de intercambio y

consumo que los regímenes de monopolio colonial no estaban en capacidad de movilizar. Dicho en breve, la *Raubwirtschaft* o “economía de saqueo”, característica del sistema colonial, conoció un extraordinario proceso de ampliación y diversificación a partir de la década de 1950, que llevó a su extremo el carácter desigual y combinado del desarrollo del mercado mundial.

Desde esta perspectiva de análisis cabría afinar, precisar y sustentar mejor todo el debate en torno a la globalización, planteándola como un camino antes que como un destino. Hacerlo es imprescindible para comprender la diversidad de opciones inherentes a ese camino, y precisar los problemas de orden político que plantea la gestión del Antropoceno por los herederos de los herederos de quienes lo pusieron en movimiento. Porque en verdad, los pueblos que fueron coloniales serán parte de esa solución, o no habrá solución alguna para la especie que somos todos.

Alto Boquete, Panamá, 9 de enero de 2022

Del Antropoceno como futuro

Guillermo Castro H.

Desde fines del siglo XX el sistema mundial ingresó en un período de transición desde lo que había parecido ser una era de paz y progreso hacia un futuro cargado de tensiones que se ampliaron con rapidez desde lo económico y lo político hacia lo ambiental. Ya en el siglo XXI, esa transición dio lugar a un período de incertidumbre económica, inequidad social, degradación ambiental y creciente disfuncionalidad institucional en lo grande como en lo pequeño del sistema mundial.

En ese marco de descomposición gradual, la pandemia de COVID 19 irrumpió como un parteaguas. Lo que hasta entonces parecía discurrir de manera dispersa, emergió en conjunto para desatar la crisis más compleja que ha encarado la Humanidad. Esa crisis ha coincidido, además, con la etapa culminante de la llamada Gran Aceleración en la interacción de los humanos entre sí y con la biosfera, en curso desde la década de 1950. Esa aceleración – visible en la relación entre el impacto humano sobre la biosfera y el incremento de los riesgos ambientales para la Humanidad – ha hecho parte de un periodo aún más amplio de nuestra historia ambiental, llamado el Antropoceno.

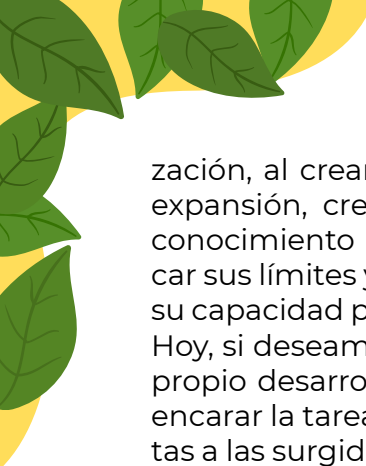
Así, para los historiadores John McNeill y Peter Engelke, el Antropoceno constituye una etapa en la historia del sistema Tierra en la cual “las acciones humanas se superponen a la tranquila persistencia de los microbios y los interminables bamboleos y excentricidades en la órbita de la Tierra.” Para ambos, además, si bien hasta hoy el Antropoceno y la Gran Aceleración coinciden, la segunda lo hace como fase culminante de la transición hacia el primero en curso desde fines del siglo XVIII, como un resultado no previsto de la Revolución Industrial.

La Gran Aceleración, dicen, “no durará mucho, ni puede hacerlo”, pues el rápido crecimiento demográfico tiende a estabilizarse y empezará a declinar, al tiempo que “la era de los combustibles fósiles concluirá.” Estas tendencias, agregan, “deberían bastar” para desacelerarla, moderar su impacto, y conducir al Antropoceno “a una nueva etapa en su desarrollo”.

El ingreso a esa nueva etapa – que bien podría haber empezado ya, si vemos en la crisis actual una expresión del carácter caótico propio de las fases iniciales de toda transición histórica de largo alcance – fomentará el desarrollo de nuevas formas de convivencia humana, si nuestra especie desea sobrevivir. Así, las instituciones políticas, económicas y culturales que conocemos, “formadas en un contexto de desmesura sin precedentes en el uso de los recursos y en el crecimiento económico, deben evolucionar ahora hacia formas compatibles con el Antropoceno – o abrir camino a sus sucesoras”, por poderosas que sean “las inercias intelectuales, sociales y políticas” en el curso de la historia.

Por contraste con los tiempos que vivimos, dicen McNeill y Engelke, si bien entre 1750 y 1950 el mundo era tumultuoso en muchos aspectos, había confianza en el comportamiento general del clima y en el acceso a combustibles fósiles en apariencia inagotables. Esa circunstancia ha cambiado. Ahora, “el clima es menos estable y el sistema Tierra busca un curso sin precedentes”, y el pensamiento y las instituciones “evolucionarán en nuevas direcciones más compatibles con el Antropoceno.” Ya que no podemos salir de esta etapa de la historia del planeta que sostiene nuestro desarrollo, tendremos que ajustarnos a ella “de una u otra manera.”

Cualquiera sea el resultado de esta crisis civilizatoria, ocurrirá en el entorno global creado por la civilización que se agota: aquella creada por el capitalismo a partir del desarrollo del primer mercado mundial en la historia de la Humanidad. Esa civili-



zación, al crear los medios para su propia expansión, creó también los recursos de conocimiento que nos permiten identificar sus límites y advertir el agotamiento de su capacidad para sostenerse en el tiempo. Hoy, si deseamos hacer sostenible nuestro propio desarrollo como especie, debemos encarar la tarea de crear sociedades distintas a las surgidas en la primera fase del Antropoceno. De este modo, el Antropoceno como categoría histórica resalta la importancia de lo ambiental como dimensión política de la transición en curso. Esa transición, decía Immanuel Wallerstein hacia 2003-2005, tenía un alto margen de incertidumbre, pues era muy posible que nos llevar a “un sistema tanto o más jerárquico e inequitativo que el actual.” Sin embargo, añadía, también es posible que vivamos en un sistema histórico relativamente democrático e igualitario. El resultado será decidido por la actividad política de cada uno ahora y en los 25-50 años por venir. Alcanzar la victoria política dependerá en buena medida de una buena comprensión analítica de las alternativas históricas, así como de un claro compromiso moral con una vi-

sión alternativa.

El compromiso moral inherente a esa visión ha tenido múltiples expresiones a lo largo de las luchas por una sociedad más democrática e igualitaria. Una de esas expresiones tiene especial valor en nuestros tiempos de bancarrota del neoliberalismo: la ofrecida en 1888 por el socialista y ambientalista inglés William Morris, al plantear que. La riqueza es lo que la naturaleza nos ofrece, y lo que un hombre razonable puede hacer para el uso razonable de esos dones. La luz del sol, el aire fresco, alimento, vestimenta y alojamiento dignos y necesarios; la acumulación de conocimientos de todo tipo y el poder de diseminarlos; medios libres de comunicación entre los hombres; obras de arte...todas las cosas que sirven al placer de las personas, de manera libre, viril e incorrupta. Esto es riqueza, y no puedo imaginar otra cosa que valga la pena poseer que no corresponda a una u otra de estas características.

Panamá, 7 de febrero de 2022

La ecología política de la sostenibilidad del desarrollo humano en Panamá

Guillermo Castro H.

“Por aquellas comarcas calurosas donde venden a ciento por medio real los plátanos, y sirven las recias mestizas guatemaltecas almuerzos generosos y opulentos, por los que apenas cobran real y medio; por aquellos distritos olvidados, verdaderas minas del oro más durable, el oro ambiente.”

José Martí, 1884

En lo más sencillo, un conflicto socioambiental ocurre cuando grupos sociales distintos aspiran a hacer usos mutuamente excluyentes de los recursos de un mismo ecosistema. Este tipo de conflicto nunca ha estado ausente en la historia de Panamá, pero tiende a incrementarse desde fines del siglo XX.

Para entonces hubo dos conflictos de gran importancia histórica. El primero, en la década de 1970, ocurrió en torno al proyecto estatal de poner en explotación el yacimiento de cobre de Cerro Colorado, rechazado por la población del Oriente Chiricano y, en particular, por el pueblo Ngöbe, que finalmente lograron su cancelación. El segundo, entre 1999 y 2006, tuvo lugar ante el intento de la Autoridad del Canal de Panamá de inundar la cuenca media del río Indio, con el fin de trasvasar agua al Canal de Panamá ante el incremento del caudal que requeriría la ampliación de este.

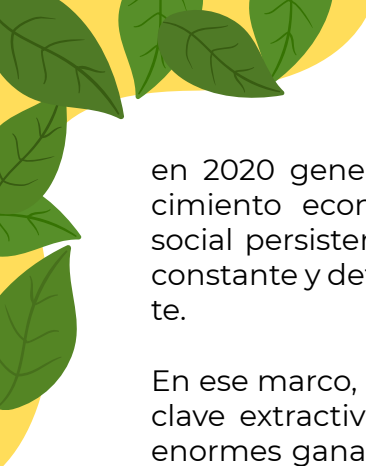
En este caso, el foco principal de resistencia estuvo en la población campesina de la cuenca, que contó con apoyo de movimientos sociales del campo y la ciudad, y obligó al gobierno a cancelar el proyecto para hacer viable políticamente la ampliación del Canal. Con ello, la lucha campesina por el control del agua del río Indio constituyó el punto de partida en el desarrollo del ambientalismo moderno en Panamá.

Esto se hizo visible sobre todo en la multiplicación de las organizaciones sociales de lucha en defensa de su derecho al agua, frente a la expansión del negocio hidroeléctrico, sobre todo en Veraguas y en Chiriquí.

Aquel movimiento de lucha por el agua había sido precedido por focos rurales de resistencia a la política oficial de fomento de la minería metálica a cielo abierto. Para mediados de la década de 1990, esa resistencia se expresó con especial vigor en torno al proyecto minero de Cerro Quema, en Los Santos, y en otros como los de Remance y Cañazas, en Veraguas. Para mayo de 2012, un nuevo intento de poner en explotación el yacimiento de Cerro Colorado generó una protesta del pueblo Ngöbe que fue enfrentada con gran violencia por el Estado.

Entretanto, casi en los márgenes de la percepción nacional, se había iniciado la explotación del yacimiento de cobre y oro de Petaquilla, en el Distrito de Donoso, provincia de Colón, que al igual que el de Cerro Colorado venía siendo evaluado desde la década de 1970. Así, para 2021 el economista Guillermo Chapman, estrechamente vinculado a los estratos superiores del sector empresarial, pudo afirmar que en la década de 2010 – 2019 la minería fue el sector de mayor crecimiento. Hasta el año 2018, en buena medida, su producción se centraba en materiales para la construcción y, en el año 2019, se inició la producción de concentrado de cobre por Minera Panamá.”

Este proceso dejó en evidencia que los sectores dominantes en la economía panameña, ante la posibilidad de incorporar el Canal a la economía nacional como un medio para el desarrollo integral del país, optaron en cambio por utilizar ese valioso activo para conformar un enclave logístico y financiero, al que se agregaba ahora otro, dedicado a la minería. El alcance de esa decisión resaltaba además ante el hecho de que la crisis detonada por la pandemia



en 2020 generaba una situación de crecimiento económico incierto, inequidad social persistente, degradación ambiental constante y deterioro institucional creciente.

En ese marco, la creación de un nuevo enclave extractivista -que genera y exporta enormes ganancias a favor de inversionistas extranjeros mientras contribuye al deterioro del patrimonio natural de la nación-, agrava esa crisis en todos sus planos, sin contribuir a resolverla. Para los sectores dominantes en Panamá, todo se reducía a que si antes habíamos sido un país canalero ahora se había decidido que fuera, además, minero. Para los movimientos sociales, en cambio, si antes esos mismos sectores decían que sin el Canal no habría país, ahora se hacía evidente que sin país no habrá Canal, ni minería metálica a cielo abierto, pues ambos hacen parte de un modelo de desarrollo que atenta contra las condiciones de producción – sociales, naturales, de infraestructura – que sólo el país puede proporcionarles.

El principal recurso natural de Panamá son los ecosistemas que garantizan la abundancia de agua y biodiversidad en el territorio del país. Esos recursos han sido sometidos a una presión constante desde la década de 1950, que - por ejemplo-, ha reducido la cobertura forestal de Panamá desde el 70 a entre el 30 y el 40 por ciento del territorio en el curso de medio siglo. En cuanto al agua, los principales ríos del país han visto deteriorarse sus cuencas y contaminarse sus aguas, sea por el desarrollo urbano desordenado, por una agricultura intensiva en agroquímicos o por actividades como la minería, hoy en proceso de expansión.

Esto ocurre además en momentos en que la humanidad enfrenta una crisis ambiental planetaria en la que se combinan, por un lado, la contaminación masiva del agua, la tierra y la atmósfera y, por otro, el colapso de los ecosistemas cuyos servicios son el factor fundamental de sostenibili-

dad del desarrollo humano en el planeta. Así las cosas, la minería que tenemos es la que corresponde a una economía organizada para su propio crecimiento sostenido, medido por los ingresos inmediatos que genera, y no por su aporte a la sostenibilidad del desarrollo humano, expresado en la calidad de vida de las grandes mayorías sociales. Con ello, la brecha entre lo que esa economía demanda de la naturaleza y lo que ésta está en capacidad de ofrecer, tiende por necesidad a convertirse en una brecha política entre los grandes beneficiarios y las masas perdedoras en ese modelo de desarrollo, que ahora ha ingresado a una nueva fase expansiva en Panamá.

En todo caso, la lucha contra ese modelo de crecimiento sostenido, finalmente destructivo, debe ser encarada desde la realidad histórica de cada sociedad. En el caso de Panamá, las circunstancias históricas en que ha ocurrido nuestro desarrollo han dado lugar a que el extractivismo minero aparezca como una novedad del siglo XXI, en momentos en que se combinan una creciente demanda de empleo en una economía subsidiada por la desigualdad social.

De momento, la estrategia de lucha por la sostenibilidad del desarrollo humano en Panamá debería contemplar al menos tres momentos de política bien articulados entre sí. El primero, ya en curso, consiste en el paso de la denuncia a la crítica del proceso de transformación del patrimonio natural del país en capital natural del sector privado. El segundo se refiere al paso de la protesta contra la política de hechos consumados en esta materia a la propuesta de una política que garantice la gestión adecuada de nuestro patrimonio natural. Con esto, se crearán las condiciones para encarar finalmente el verdadero problema central que está en discusión aquí.

El ambiente, en efecto, es el producto de las interacciones entre los sistemas sociales y los sistemas naturales a lo largo del tiempo. Esas interacciones operan a partir

de procesos de trabajo socialmente organizados, en lo que va desde la agricultura campesina hasta los servicios de tránsito interoceánico. Así, cada sociedad tiene el ambiente que corresponde a sus formas de relación con la naturaleza, cuya organización responde a los intereses de los sectores dominantes en esa sociedad.

En este sentido y en este momento en la historia de Panamá y del mundo, si deseamos un ambiente distinto tendremos que construir una sociedad diferente. Esto es fácil de decir, pero requerirá de un prolongado periodo de lucha cultural y política, y de fomento de formas innovadoras de interacción con la naturaleza tanto en el plano tecnológico como en el del pensamiento económico y la organización social. Hoy, la lucha por la sostenibilidad del desarrollo humano debe enfrentar el enor-

me poder acumulado por la cultura del crecimiento económico sostenido. Al propio tiempo, sin embargo, el deterioro acumulado por ese poder – expresado por su incapacidad política para enfrentar las consecuencias ambientales de sus propia dinámica - conspira a favor de la lucha por la sostenibilidad, que garantice la sobrevivencia del género humano. Dice un viejo proverbio que un viaje de mil días comienza con un paso. Ese paso ya lo dieron los campesinos de río Indio al comenzar el siglo XXI. En verdad, hacemos camino al andar.

Alto Boquete, Panamá, 10 de marzo de 2022

Transición civilizatoria: dos visiones

Guillermo Castro H.

“Las contradicciones no están en la naturaleza, sino en que los hombres no saben descubrir sus analogías.”

José Martí, 1882

El debate sobre la crisis global y las opciones de futuro que se abren a partir de ella gana en amplitud entre quienes buscan encaminar la transición civilizatoria en curso hacia el mejoramiento humano. Así, por ejemplo, el filósofo italiano Maurizio Lazzarato y el sociólogo norteamericano John Bellamy Foster abordan esas opciones desde dos perspectivas convergentes: el papel de la violencia en la crisis civilizatoria, y la necesidad de encararla mediante la construcción de una civilización ecológica.

Lazzarato aborda con especial detalle la situación de guerra incesante que aqueja al sistema mundial desde comienzos de este siglo, y que por ahora alcanza su expresión más violenta y destructiva en el conflicto que tiene lugar en Ucrania. Al respecto, dice, en el capitalismo las guerras “no estallan porque haya autócratas feos y malvados y demócratas buenos y amables.” Por el contrario, “las guerras que encontramos al principio de cada ciclo de acumulación, las volvemos a encontrar al final.”

Lo que distingue a nuestra época es el efecto del “gran cambio” que afectó a “la máquina bicéfala” Estado/capital durante la gran guerra de 1914-1945, de la cual resultó el paso de la organización colonial del sistema mundial – vigente desde mediados del siglo XVI – a la organización internacional vigente de 1950 acá. Dicho cambio generó, dice, “una integración de la acción del Estado, la economía de los monopolios, la sociedad, el trabajo, la ciencia y la técnica [...] para construir una megamáquina de producción para la guerra que cambia profundamente las funciones de cada uno.” A partir de allí, el Estado acentúa el poder

ejecutivo en detrimento del legislativo y del judicial para gestionar la “emergencia”, la economía sufre la misma concentración de poder político consolidando los monopolios, la sociedad en su conjunto y no sólo el mundo del trabajo es movilizad para la producción, la innovación científica y técnica pasan a estar bajo el control directo del Estado experimentando una aceleración fulgurante.

Con ello, tomó cuerpo “un vínculo que ningún liberalismo podrá desatar” entre la guerra, los monopolios y el Estado, que establece su propio mercado más allá “de la oferta y la demanda y la libre competencia.”

Ese complejo militar-industrial, como lo bautizara en 1960 el general y ex presidente de los Estados Unidos Dwight Eisenhower, se ha convertido en un mecanismo que acelera el desarrollo de la organización del trabajo, de la ciencia y de la técnica; la coordinación y la sinergia de las diversas fuerzas productivas y de las funciones sociales se traducen en un aumento de la producción y de la productividad. Pero la producción y la productividad son para la destrucción.

Con todo ello, el aumento de la producción “se concreta en un aumento de la capacidad de destrucción” y, en ese contexto, la posible desaparición de la humanidad por la violencia concentrada de la bomba atómica se combina además con la “violencia difusa” de la crisis ambiental a escala planetaria. Hoy, “la instantaneidad de la bomba y la duración de la degradación ecológica, convergen hacia un mismo resultado” que proviene de “la identidad de producción/destrucción.”

Para Lazzarato, esta identidad “nos obliga a considerar bajo una nueva luz las categorías del trabajo y de las fuerzas productivas que debían ser herederas del poder del ser”, porque las fuerzas productivas han venido a ser “al mismo tiempo fuerzas destructivas.” En una circunstancia así, conclu-

ye, “hay que repensar las modalidades de la acción política.”

John Bellamy Foster, por su parte, aborda ese repensar desde el proceso de construcción de lo que el gobierno de la República Popular China llama una revolución ecológica. Para ello parte de una pregunta sencilla y directa: “¿Por qué la categoría de civilización ecológica, tan central para China en la actualidad, es en gran medida inconcebible incluso como tema de conversación dentro del núcleo imperial del mundo capitalista, quedando totalmente fuera de su esfera ideológica?”

Al respecto, dice, los críticos occidentales de la propuesta china sostienen que, si bien Europa y Norteamérica “tienen unos fundamentos políticos y económicos superiores, su progreso medioambiental se ve obstaculizado por su cultura ecológica tradicional más destructiva.” China posee en cambio una cultura ecológica más armoniosa que se remonta a milenios atrás, pero su régimen político-económico “hiperindustrial” y autoritario le impide llevarla a cabo, poniendo así en peligro a toda la Tierra y a toda la humanidad, a menos, claro está, que la cultura ecológica tradicional de China triunfe sobre sus actuales objetivos político-económicos de inspiración marxiana.

Para Bellamy Foster, este argumento busca “desconectar la idea de progreso ecológico de una praxis socialista de desarrollo humano sostenible.” Por el contrario, agrega, “el concepto de civilización ecológica es de hecho un producto histórico del desarrollo del marxismo ecológico”, y ambos se requieren entre sí.

En el sentido marxiano, dice, el concepto de civilización ecológica “apunta a la lucha por trascender la lógica de todas las civilizaciones anteriores, basadas en las clases, en particular el capitalismo, con su doble dominación/alienación de la naturaleza/humanidad.” Este planteamiento, agrega, se remite a “la larga historia del análisis

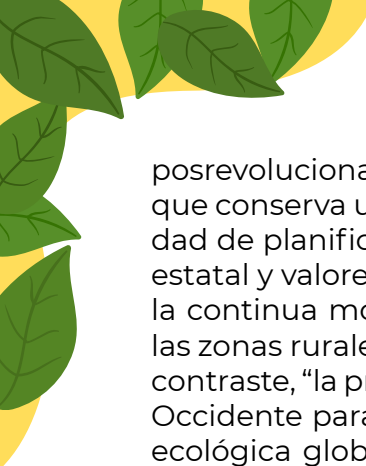
ecológico dentro del marxismo”, del cual resultó la “célebre teoría de la ruptura metabólica de Marx, con la que abordó las crisis ecológicas de su época,” que hoy se ha ampliado “para abordar la destrucción de los ecosistemas por parte del capitalismo y la alteración de casi todos los aspectos del medio ambiente planetario.”

Desde esa ampliación, la propuesta china de crear una civilización ecológica parte de reconocer la necesidad de atender a “las leyes de la naturaleza” para “evitar costosos errores en su explotación”, pues todo daño que se inflija a la naturaleza “acabará volviéndose contra nosotros.” Así entendido, en China el concepto de civilización ecológica “representa un modelo de civilización nuevo, revolucionario y transformador”, que hace parte del desarrollo de una “sociedad socialista moderna”.

Esta propuesta civilizatoria, añade, amplía “la tríada estándar de factores ambientales, económicos y sociales que ha llegado a caracterizar el desarrollo sostenible liberal”, al incorporar los dominios de la política y la cultura. La civilización ecológica así concebida procura el desarrollo humano sostenible, relevando la definición no económica del bienestar y poniendo la política al frente, en términos que no dejan de recordar al “vivir bien” de los pueblos andinos.

En el caso de China, si bien esos objetivos deben operar en un contexto de rápido crecimiento económico -, en cuyo marco se reconoce que deberá “ralentizarse un poco en relación con décadas anteriores”-, está previsto que los principales componentes de la civilización ecológica en China deben estar establecidos para 2035, y que el país debe alcanzar las emisiones netas de carbono cero para 2060. Esto define, en breve, un programa encaminado a generar colectivamente un ambiente distinto mediante la creación colectiva de una sociedad diferente.

Este empeño innovador, señala Bellamy, opera al interior de una “formación social



posrevolucionaria de orientación socialista que conserva un gran elemento de capacidad de planificación económica, dirección estatal y valores colectivos, vigorizados por la continua movilización popular tanto en las zonas rurales como en las urbanas.” Por contraste, “la principal propuesta radical en Occidente para hacer frente a la amenaza ecológica global es la de un Nuevo Pacto Verde patrocinado por el Estado, que suele articularse en términos de mecanismos de mercado, cambio tecnológico y empleos climáticos, que permitirán que la producción continúe, esencialmente sin cambios.” Ante esta situación, “llevar a cabo una revolución ecológica dirigida a la supervivencia humana” demanda, más que una reforma medioambiental, una revolución ecológica y social mucho más amplia dirigida a trascender la lógica del propio capitalismo.” Así, un progreso genuino “que supere la alienación de la naturaleza y la humanidad

asociada a los procesos de expropiación y explotación,” deberá ampliar la noción no sólo de un proletariado y un campesinado económicos como la principal fuerza de cambio, para incluir “un proletariado y un campesinado ecológicos”.

Con ello, cabrá llevar a una práctica renovada aquello que Marx llamó la “jerarquía de las necesidades [humanas]”, en la cual “nuestra relación con la tierra es necesariamente la primera, pues constituye la base de la supervivencia y del desarrollo de la vida misma.” Y el lugar y el aporte de nuestra América en esa tarea será no solo enorme, sino decisivo.

Alto Boquete, Panamá, 17 de febrero de 2023

Panamá: por el agua a la ecología política

Guillermo Castro H.

“Prever es el deber de los verdaderos estadistas: dejar de prever es un delito público: y un delito mayor no obrar, por incapacidad o por miedo, en acuerdo con lo que se prevé.”

José Martí, 1887.

En Panamá se vive la aparente paradoja de que el agua sea a un tiempo un elemento natural muy abundante, y un recurso natural cada vez más escaso. Esa paradoja, sin embargo, se desvanece si entendemos que el agua no es en sí misma un recurso, sino un componente de la biosfera, esto es, un elemento natural. Como tal, su presencia en la Tierra es muy anterior a la de la especie humana, que en el mejor de los casos ronda unos dos millones de años, pero cuyo desarrollo más intenso ha venido a ocurrir desde hace unos 12 mil años, y sobre todo en los últimos 100.

La relación entre la especie humana y la biosfera tiene características peculiares. John Bellamy Foster, por ejemplo, entiende - con Marx - que el trabajo socialmente organizado es el medio de interacción entre los humanos y su entorno, y genera así una relación metabólica de intercambio de materia y energía entre la sociedad y la naturaleza. Desde ese punto de vista, dice, “la existencia humano-material es simultáneamente social-histórica y natural-ecológica” y, por lo mismo “cualquier comprensión histórica realista” demanda “un enfoque en las complejas interconexiones e interdependencias asociadas con las condiciones humano-naturales.”

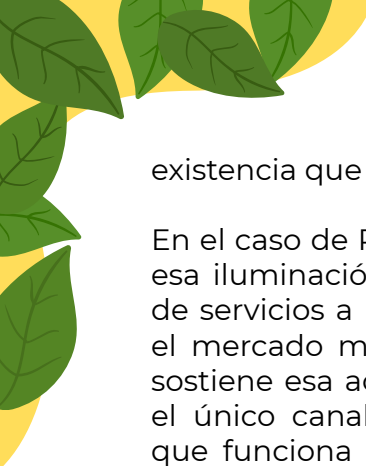
Esta visión fue planteada con especial sencillez por Federico Engels en un artículo - lamentablemente inconcluso - que escribiera en 1876 sobre el papel del trabajo en el desarrollo humano. Allí nos dice que “la influencia duradera de los animales sobre la naturaleza que los rodea es completa-

mente involuntaria y constituye, por lo que a los animales se refiere, un hecho accidental.” Por contraste, la acción humana sobre la naturaleza mediante el trabajo constituye “una acción intencional y planeada, cuyo fin es lograr objetivos proyectados de antemano.” Así, añade,

Los animales destrozan la vegetación del lugar sin darse cuenta de lo que hacen. Los hombres, en cambio, cuando destruyen la vegetación lo hacen con el fin de utilizar la superficie que queda libre para sembrar cereales, plantar árboles o cultivar la vid, conscientes de que la cosecha que obtengan superará varias veces lo sembrado por ellos. El hombre traslada de un país a otro plantas útiles y animales domésticos modificando así la flora y la fauna de continentes enteros. Más aún; las plantas y los animales, cultivadas aquéllas y criados éstos en condiciones artificiales, sufren tales modificaciones bajo la influencia de la mano del hombre que se vuelven irreconocibles.

Visto así, el trabajo como medio de relación con la naturaleza incluye, en primer término, la transformación de los elementos naturales en recursos que permiten satisfacer necesidades humanas. Comprender las consecuencias de esta idea abstracta en sociedades concretas requiere, si, caracterizar históricamente a la sociedad que establece, organiza y gestiona los procesos de trabajo que le permiten interactuar con su entorno natural. Esa caracterización encuentra un valioso punto de apoyo en el concepto de formación económico social, para el cual

En todas las formas de sociedad existe una determinada producción que asigna a todas las otras su correspondiente rango [e] influencia, y cuyas relaciones por lo tanto asignan a todas las otras el rango y la influencia. Es una iluminación general en la que se bañan todos los colores y [que] modifica las particularidades de estos. Es como un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de



existencia que allí toman relieve.

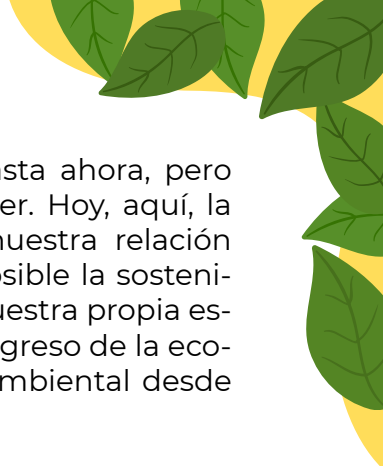
En el caso de Panamá, el foco que genera esa iluminación general es la producción de servicios a la circulación del capital en el mercado mundial, y el eje mayor que sostiene esa actividad, como sabemos, es el único canal interoceánico del mundo que funciona con agua dulce. Así, no es de extrañar que las formas más complejas de gestión del agua en la formación económico social panameña sean las que corresponden a las necesidades de funcionamiento de ese canal. En lo más fundamental esa gestión consiste en transformar el agua del río Chagres y sus afluentes – un elemento natural – en el recurso que representa el agua acumulada en el lago Gatún, que hace parte de una infraestructura creada mediante una inmensa cantidad de trabajo invertido en la construcción, la operación, el desarrollo y el mantenimiento del Canal de Panamá de 1914 a nuestros días.

Esta modalidad de organización de la sociedad y su economía se caracteriza por formas extremadamente abigarradas y desiguales en la gestión del agua. Así, el economista Guillermo Chapman, al referirse a los vínculos entre la productividad del trabajo y el acceso a capital y tecnología en la economía panameña señala que “los sectores que he denominado tradicionales no cuentan con la densidad de capital y tecnología comparables con aquellos modernos.” Por ejemplo, dice, si se comparan el Canal y la agricultura, veremos que “en el primero, cada trabajador tiene a su disposición, en promedio, más de un millón de dólares de capital, mientras que un agricultor de subsistencia cuenta apenas con unas pocas herramientas de trabajo.” De este modo, mientras un extremo de nuestra realidad genera formas muy sofisticadas – y de costo muy elevado – de gestión del agua, en el otro predomina la visión de ese elemento natural como un bien gratuito a disposición de quien tenga mayor capacidad para hacerlo suyo para sus propios fines. Entre ambos extremos,

por supuesto, hay múltiples variantes – por ejemplo, en el caso de las hidroeléctricas, de algunos sistemas de riego y de áreas sujetas a protección ambiental por el Estado. En todo caso, la relación de la sociedad panameña con el agua genera una expansión constante de los conflictos sordos, sórdidos y abiertos entre sectores sociales que aspiran a hacer usos mutuamente excluyentes del agua como recurso para la atención a necesidades diferentes. El curso de esos conflictos está determinado en una medida muy importante por el grado y la calidad de la organización de las partes enfrentadas. Por lo mismo, en una sociedad con bajísimos niveles de organización social como la panameña, los costos del uso del agua como bien gratuito – desde la contaminación hasta el agotamiento de sus fuentes – suelen recaer en los sectores populares, mientras sus beneficios se concentran en las grandes organizaciones empresariales.

Hoy, los conflictos sociales en torno al agua y sus usos están alcanzando niveles de complejidad que desbordan las herramientas disponibles para la gestión de esas diferencias, desde la indiferencia hasta la legislación y, naturalmente, la represión. Podemos encontrar el primer aviso de este incremento en la carta que el entonces Obispo de Colón y Kuna Yala le dirigiera a la presidenta Mireya Moscoso el 12 de diciembre de 1999, advirtiéndole de la inconformidad de los campesinos de la cuenca del río Indio con la ley 44 del 31 de agosto de 1999, que autorizaba a la Autoridad del Canal de Panamá a inundar sus tierras para desviar parte del caudal del río hacia el lago Gatún, con el fin de proveer el agua necesaria para la operación de un Canal ampliado.

Si bien la ley que detonó el conflicto fue derogada en junio de 2006 para proceder a la ampliación de la vía interoceánica, la disputa por el agua del río Indio dejó abiertos dos problemas. Uno, el de la necesidad del desarrollo sostenible del país para garantizar la operación sostenida del Canal



de Panamá. Otro, el de que la sostenibilidad del desarrollo en Panamá dependerá en una medida decisiva de la participación ciudadana en la gestión del agua, desde la formación y formulación de las políticas públicas necesarias, hasta el control social de su ejecución.

Ambos problemas siguen pendientes de discusión en Panamá, mientras se ven agravados por factores nuevos, como los generados por la demanda de agua de la minería metálica a cielo abierto. La impre-

visión ha sido cómoda hasta ahora, pero postergar nunca es resolver. Hoy, aquí, la necesidad de organizar nuestra relación con el agua para hacer posible la sostenibilidad del desarrollo de nuestra propia especie abre las puertas al ingreso de la ecología política en la crisis ambiental desde Panamá.

Alto Boquete, Panamá, 26 de febrero de 2022

Panamá: del agua entre los mares

Guillermo Castro H.

De súbito, en apariencia, la degradación constante en las relaciones entre la sociedad panameña y su entorno natural se ha tornado socio-ambiental. El debate en torno a un contrato entre el Estado panameño y la minera canadiense First Quantum, que ya venía explotando una enorme concesión minera en el entorno de áreas protegidas vinculadas al Corredor Biológico del Atlántico Mesoamericano, se combinó con un gran incendio en el relleno sanitario de la Capital, situado entre la cuenca del Canal y áreas ya urbanizadas de la ciudad. A esto se sumó la protesta masiva de residentes en las ciudades dormitorio situadas en la ribera Oeste del Canal, a quienes se les han vendido viviendas sin dotación segura de agua potable mientras, por su parte, el Administrador de la Autoridad del Canal de Panamá advertía al país sobre la necesidad de atender a las necesidades de abastecimiento de agua para la vía interoceánica en el mediano plazo.

Panamá ha ingresado así – y a una escala no vista antes - a una circunstancia en que grupos sociales distintos aspiran a hacer usos mutuamente excluyentes de los recursos de un mismo ecosistema. Tal es el terreno de la ecología política, que hasta ahora carecía de un lugar relevante en nuestra cultura ambiental, aún vinculada en buena medida al conservacionismo conservador norteamericano. Pero ahora puede ser que 2024 sea el año en la ecología política encuentre un lugar entre nosotros.

El país, por ejemplo, necesita establecer una política realmente pública en materia de gestión del agua. Dado que la política es cultura en acto, el proceso de formación y formulación de esa política deberá insertarse en otro, más amplio y complejo, de formación de una cultura del agua correspondiente al papel que ésta desempeña

en la sostenibilidad del desarrollo humano de la sociedad panameña. Y esto, a su vez, demanda indagar en la manera en que las contradicciones en nuestra relación con el agua se vinculan con las que animan nuestro desarrollo social.

En lo general, sabemos que el agua es un elemento vital en el metabolismo entre las sociedades humanas y sus entornos naturales. Aquí, lo que distingue la relación de los humanos con el agua consiste en que todos los demás seres vivos la utilizan, pero solo nuestra especie la transforma. Así, si bien para todos los seres vivos es un elemento natural, los humanos se vinculan con ese elemento transformándolo en un recurso adecuado a sus necesidades. En esa relación entre la especie, el elemento y el recurso destacan dos elementos. Uno, que la relación entre ambos está mediada por el trabajo socialmente organizado. Otro, que el carácter y el alcance de esa organización social del trabajo cambia con el desarrollo histórico de la sociedad, y con los cambios que en ese proceso ocurren en su entorno natural.

Así, el agua tiene tanto una historia natural como tiene una historia social, cuya combinación sustenta su historia ambiental, que hace parte de otra, más amplia: la del desarrollo humano a partir del metabolismo que cada sociedad establece con su entorno natural. En ese sentido, por ejemplo, el historiador y sinólogo Karl Wittfogel resaltó en su momento la existencia “de al menos dos grandes tipos de civilizaciones agrarias rural - urbanas -las hidráulicas y las no hidráulicas”, destacando el peculiar potencial civilizatorio de las primeras a partir de la eficacia de su producción agrícola.

Para Wittfogel, ese potencial estaba determinado por la capacidad de aquellas civilizaciones para la gestión del agua como recurso para la agricultura a partir del hecho de que -a diferencia de otros factores como la temperatura, la disposición de la superficie, la fertilidad del suelo, y el carácter de las plantas cultivables - el agua “es el

único recurso que tiende a aglomerarse en bulto.” Al respecto, propuso una caracterización de las actividades agrícolas a partir de su relación con el agua.

Así, llamó pluviagricultura a aquella en la cual “un clima favorable permite el cultivo sobre la base de las precipitaciones naturales”; “hidroagricultura”, a la que recurre a la irrigación, aunque solo a pequeña escala, y “agricultura hidráulica” a aquella en que la abundante oferta de agua disponible lleva “a la creación de grandes obras hidráulicas, productivas y de protección, que son administradas por el gobierno.” Esta combinación de “una agricultura y un gobierno hidráulicos, y una sociedad organizada en torno a un único centro,” dijo, “constituye la esencia institucional de la civilización hidráulica.”

Para Wittfogel, la eficacia administrativa de ese tipo de civilización podía incluso dar lugar a la existencia de gobiernos que, sin tener funciones hidráulicas relevantes, utilizaran los métodos de administración y ejercicio del poder propios del “despotismo hidráulico” con el fin de “mantener débil a la propiedad privada, y políticamente impotentes a las fuerzas no burocráticas de la sociedad.” Tal, quizás, sea el caso de Panamá.

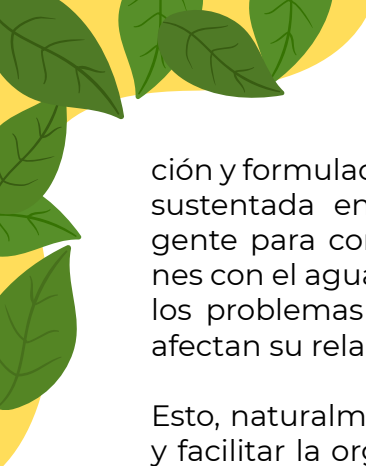
De hecho, el agua como recurso natural siempre es objeto de una política – implícita o explícita –, cuyos orígenes, racionalidad y posibilidades de transformación y desarrollo pueden y deben ser estudiados. En el caso de Panamá nuestra cultura del agua ha tenido dos momentos formativos. Entre los siglos XVI y XIX, fue una pluvicultura. Del XX acá, es una cultura hidráulica, ligada primero a la construcción y operación del Cana en el marco de una relación de protectorado impuesta por la mayor potencia capitalista del Hemisferio a una pequeña sociedad comercial y agraria, primero, y de una red de hidroeléctricas, después, a la que ahora se agrega la minería metálica a cielo abierto en la región más lluviosa del país.

Así, los conflictos en torno al agua se expresen aquí a partir de la contradicción entre una cultura hidráulica dominante en la administración del Canal de Panamá y en el imaginario estatal, que coexiste en una relación inarmónica con la pluvicultura dominante en el resto de la sociedad. La cultura hidráulica, en efecto, hace una administración centralizada y cuidadosa del agua. La pluvicultura, en cambio, simplemente se apropia del agua donde esté disponible, la utiliza en actividades de muy limitada complejidad, y la devuelve sin tratamiento alguno a su entorno natural.

De esta inarmonía proviene el hecho de que en Panamá el agua sea un elemento natural muy abundante, pero un recurso natural cada vez más escaso debido a la ausencia de una adecuada gestión de las cuencas hidrográficas, y el uso muy frecuente de los cursos de agua como vertederos de desechos. Todo ello deteriora la calidad del elemento natural e incrementa los costos de su producción como recurso para actividades complejas, como las que demandan agua potable.

En estas circunstancias, la atención a los problemas indicados demandaría un alto grado de organización social comunitaria, y una efectiva capacidad de gestión de los municipios. Ambas cosas están ausentes en Panamá, en particular la organización social de los sectores populares y de capas medias, que los condena esperar que el Estado encuentre la voluntad y los recursos para atender a sus necesidades. El Estado, por su parte, espera de esos sectores paciencia y comprensión – mientras mayores, mejor – porque en realidad carece hoy de la capacidad para comprender y atender a esas necesidades, y trabajar con los afectados en su solución.

Dicho en liberalés, Panamá requiere fomentar su capital natural mediante el fomento de su capital social, para hacer posible la protección del elemento y garantizar la disponibilidad del recurso. De ese doble fomento hace parte el proceso de forma-



ción y formulación de una política del agua sustentada en la capacidad de nuestra gente para comprender y ejercer relaciones con el agua que contribuyan a resolver los problemas socioambientales que hoy afectan su relación con ella.

Esto, naturalmente, demandará promover y facilitar la organización social y comunitaria que permita a la población construir una relación social con el agua que contribuya al desarrollo humano en el siglo XXI. Tal política nos permitiría iniciar el tránsito

desde el despotismo hidráulico a la gestión democrática del agua, en el camino que nos lleve a la economía del Pro Mundi Beneficio – como lo proclama el escudo nacional –, por otra que haga de los servicios al tránsito interoceánico e interamericano la base de una sociedad que trabaje con el mundo Pro Domo Beneficio, como debe ser.

Alto Boquete, Panamá, 10 de abril de 2023

La educación ambiental, y la otra educación

Guillermo Castro H.

“¿Pero está Dios fuera de la tierra? ¿Es Dios la misma tierra?

¿Está sobre la Naturaleza? ¿La naturaleza es creadora, y el inmenso ser espiritual a cuyo seno el alma humana aspira, no existe? ¿Nació de sí mismo el mundo en que vivimos? ¿Y se moverá como se mueve hoy perpetuamente, o se evaporará, y mecidos por sus vapores, iremos a confundirnos, en compenetración augusta y deleitosa, con un ser de quien la naturaleza es mera aparición?”

José Martí, 1881

En su momento, el educador ambiental panameño Kleber De Lora lo expresó con la mayor de las claridades: la educación ambiental, dijo, es la educación. De eso se trata, a fin de cuentas: de que no vivimos en una época de cambios, en la que se puede añadir lo ambiental como una materia más a la educación existente, sino en un cambio de épocas, donde la incorporación de lo ambiental como problema para el desarrollo de nuestra especie pone en cuestión a toda la educación que ha contribuido – y contribuye – a la creación de ese problema.

Para comprender esto, es bueno recordar que el ambiente es el producto de las interacciones entre la sociedad y su entorno natural, mediante procesos de trabajo socialmente organizados. Eso, a su vez, nos permite entender que cada sociedad produce su propio ambiente, el cual se sitúa frente a ella para devolverle la imagen de sus propias contradicciones internas, como las que hoy emergen en torno al debate sobre la minería en nuestro país.

Lo más importante aquí, desde el punto de vista de la educación, es distinguir entre la naturaleza y el ambiente como categorías históricas distintas. Los ecosistemas en que se organiza la naturaleza han venido

formándose y transformándose a lo largo de unos 3 mil 55 millones de años. La especie humana tiene una historia mucho más breve, de unos dos millones de años.

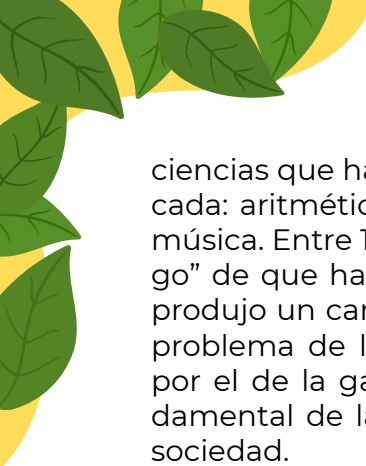
Así, por ejemplo, el entorno natural del istmo de Panamá ha venido formándose por unos seis millones de años, pero los humanos solo han estado presentes en el Istmo desde hace entre 14 y 16 mil años. Al respecto, por tanto, cabe señalar un problema muy serio que ya enfrenta la educación ambiental entre nosotros: el hecho que la enseñanza de la historia de Panamá no menciona desde cuándo está presente en el Istmo nuestra especie como agente de esa historia.

En efecto, si lo vemos en perspectiva, el enorme impacto de la presencia humana en el Istmo nos da una idea de la potencia transformadora del trabajo socialmente organizado.

Por lo mismo, se entiende que las formas culturales y sociales de organización de nuestras relaciones con el entorno natural deben ser objeto de especial atención en la educación ambiental. En este sentido, de la cristiandad acá – o de la Conquista acá, que es lo mismo si el asunto lo vemos desde nuestra América – hemos vivido otros cambios de época, y de la educación que había ayudado a crear aquellas épocas.

En la Edad Media, por ejemplo, toda la cultura y buena parte de la vida se organizaba en torno a los problemas de la salvación del alma, en sociedades que tenían más fe en la llegada del Juicio Final de la que algunos tienen hoy en la existencia del cambio climático. En esas sociedades toda la educación se organizaba en torno a la disciplina que se ocupa del problema de la salvación, que es la teología.

Aquella educación, como se recuerda, se estructuró en dos componentes fundamentales: el trívium – integrado por las ciencias de la razón: gramática, dialéctica y retórica –, y el cuatrívium, que reunía a las



ciencias que hacía uso de la razón así educada: aritmética, geometría, astronomía y música. Entre 1450 y 1650 – el siglo XVI “largo” de que hablara Fernand Braudel –, se produjo un cambio de época, en el que el problema de la salvación fue desplazado por el de la ganancia como objetivo fundamental de la existencia y de la vida en sociedad.

En el mismo proceso, la teología fue siendo desplazada de su lugar central en la organización de la cultura por otra disciplina, la economía, que se ocupa de los problemas de la ganancia a través de la promoción del crecimiento económico sostenido. Al ocurrir esto, la idea de que se vivía en la naturaleza, como parte de una misma Creación – y de la necesidad de reflexionar sobre la naturaleza en el intento de comprender nuestro lugar en esa Creación –, fue desplazada por otra: la de que era justo y necesario vivir de la naturaleza, como lo era prosperar a cuenta del trabajo de otros seres humanos.

En el mismo proceso, también, se produjo una vasta reorganización de los campos y las formas del saber. Para mediados del siglo XIX esa reorganización del conocer daba lugar a la creación de un trívium positivista, integrado por las ciencias naturales, las sociales y las Humanidades, que se convirtió rápidamente en cuadrivium con la adición de las ingenierías.

A lo largo de esa reorganización, la naturaleza se vio expulsada de los ámbitos de las ciencias sociales y las Humanidades, para quedar constreñida al de las ciencias naturales, donde se la estudiaba para conocerla de un modo que permitiera a las ingenierías dominarla de manera cada vez más completa y productiva. Desde sus orígenes, por otra parte, ese proceso ha tenido lugar a través del diálogo y la interacción entre los ámbitos del Estado – incluyendo el sistema interestatal –, de la empresa, y de los trabajadores intelectuales directa e indirectamente ligados al quehacer educativo.

La comunidad – sea lo que se entienda por tal – nunca ha tenido un papel ni una interacción relevantes con ninguna de sus partes en materia educativa, salvo en lo que hace al derecho de recibir servicios de la educación así concebida y organizada desde arriba, y a menudo desde afuera, a través de las agencias internacionales de financiamiento del desarrollo.

El orden mundial que generó para sí ese sistema educativo es el que está en crisis en el marco del cambio de épocas que atravesamos hoy. La crisis que encaramos en ese cambio no es tan solo ambiental sino socioambiental.

Precisamente por eso, en su desarrollo acelerado de la década de 1950 a nuestros días a generado el paso del Holoceno – la era geológica iniciada con el final de la última glaciación – al Antropoceno. En esta era la especie humana ha adquirido la capacidad de operar como una fuerza geológica sobre el planeta Tierra, alterando sus estructuras naturales de funcionamiento hasta generar el cambio sistémico que hoy amenaza la continuidad del desarrollo de nuestra especie.

El destino a que nos conduce este cambio de épocas aún es incierto, pero el problema fundamental que nos plantea se define con claridad cada vez mayor. Ese problema es el de la sostenibilidad del desarrollo de la especie humana, ante los riesgos evidentes que se derivan de las modalidades de organización de ese proceso que han sido dominantes del siglo XVI acá, y que ha llegado a extremos particularmente destructivos en la transición del XX al XXI.

Aquí es necesaria una precisión: los problemas ambientales que padece hoy nuestra especie resultan de las modalidades de relación con el mundo natural que han caracterizado y caracterizan a las modalidades de desarrollo adoptadas por nuestra especie del siglo XVI a nuestros días. Esas modalidades, en efecto, conducen inevitablemente a una combinación de creci-

miento económico con deterioro social y degradación ambiental que alcanza grados extremos en la crisis actual, sociedad por sociedad, región por región, cada una en sus propios términos, pero sin excepciones en un sistema mundial que vincula inexorablemente el destino de todas.

La lección que se deriva de esto no puede ser más sencilla: siendo el ambiente el resultado de las modalidades de interacción entre los sistemas sociales y los sistemas naturales que caracterizan a una determinada época histórica, si deseamos un ambiente distinto debemos construir una sociedad diferente, capaz de trabajar con la naturaleza y no ya contra ella. Desde esa disyuntiva se definen todo el potencial y todos los desafíos que encara la educación ambiental en todas sus expresiones.

En efecto, la educación ambiental sólo merecerá su nombre en la medida en que cumpla dos funciones que hoy son fundamentales. Una, que sea una educación para la sostenibilidad del desarrollo de la especie humana, organizada a partir de una visión integrada de las relaciones entre los sistemas sociales y los sistemas naturales, mediante formas de interacción entre ambos correspondientes al potencial de armonía de cada uno.

Otra, que en la primera fase del camino que la lleve a ese cambio, sea en primer término una educación para el cambio ambiental.

La educación ambiental deberá cumplir esas tareas mediante una inserción activa en el marco de sistemas educativos que no están diseñados para cambiar el mundo, sino para conservarlo organizado como está. Estamos ya inmersos en un conflicto entre el espacio que define la educación ambiental, y el tiempo que modela la otra educación.

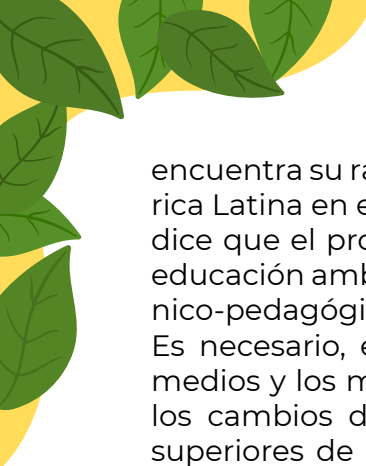
En una situación así, tiene la mayor importancia la idea de vincular la educación ambiental a los procesos de formación

y desarrollo de comunidades humanas – vecinales, laborales, sociales, culturales – conscientes de sí mismas y del interés general de sus integrantes, y capaces de ejercerse como interlocutores del Estado y de las comunidades que expresan los intereses de los sectores dominantes. En este plano, la educación ambiental tiene un importante papel que cumplir en la tarea de dotar a las comunidades del conocimiento necesario para comprender y controlar sus propios entornos, hoy amenazados por la expansión constante del extractivismo, la industrialización de la agricultura y el crecimiento urbano desordenado.

El cumplimiento de esa tarea, desde adentro y desde abajo, permitirá a la educación ambiental renovarse y forjarse en el diálogo con los protagonistas de la realidad que ella debe contribuir a transformar. De ella ha de resultar que se acelere el avance en la creación de formas nuevas de organización del saber y de la cultura, que sintetizen y trasciendan lo que el trívium y el cuadrivium positivistas fragmentaron. En esta labor, los latinoamericanos hemos venido haciendo aportes de importancia cada vez mayor desde fines del siglo XX.

La conciencia de la necesidad de un abordaje interdisciplinario de los problemas de nuestra realidad se traduce ya en el fomento de campos nuevos del saber, como la historia ambiental, la ecología política y la economía ecológica, que enriquece los aportes de Paulo Freire, la Teología de la Liberación y más recientemente la encíclica *Laudato Si'*. Hoy sabemos que ese diálogo será fecundo en la medida en que entendamos que no hayya entre nosotros batalla entre la civilización y la barbarie sino “entre la falsa erudición y la naturaleza”, como lo advirtiera José Martí en Nuestra América, aquel ensayo de 1891 que es como el acta de nacimiento de nuestra contemporaneidad.

En el marco de esa batalla se aprecia mejor el vínculo mayor entre la educación ambiental y el contexto de crisis en que ella



encuentra su razón de ser en nuestra América Latina en el siglo XXI. Y ese vínculo nos dice que el problema que enfrenta hoy la educación ambiental ha pasado de ser técnico-pedagógico a convertirse en político. Es necesario, en efecto, de encontrar los medios y los modos necesarios para guiar los cambios de la época hacia objetivos superiores de desarrollo humano, y alejar y neutralizar los riesgos terribles que esos cambios, librados a la espontaneidad de la crisis que expresan, pueden plantear a la

sobrevivencia misma de nuestra especie. Se trata, a fin de cuentas, de atender a lo que ya nos advirtiera José Martí hace siglo y medio: que la intervención humana en la Naturaleza acelera, cambia o detiene la obra de ésta, y que toda la Historia es solamente la narración del trabajo de ajuste, y los combates, entre la Naturaleza extrahumana y la Naturaleza humana.

Alto Boquete, Panamá, 6 de junio de 2023

Del colapso y la esperanza

Guillermo Castro H.

El catastrofismo, hijo natural de la desesperanza, se va haciendo cada vez más común en nuestra cultura. Así, para el escritor Tyler Durden si bien no somos la primera civilización en colapsar, “probablemente seremos los últimos.” Todas las civilizaciones, dice, mueren de manera similar:

Agotan los recursos naturales. Engendran élites parasitarias que saquean las instituciones y los sistemas que hacen posible una sociedad compleja. Se involucran en guerras fútiles y contraproducentes. Y luego se asienta la podredumbre. Los grandes centros urbanos mueren primero, cayendo en una decadencia irreversible. La autoridad central se desmorona. La expresión artística y la investigación intelectual son reemplazadas por una nueva era oscura, el triunfo del espectáculo de mal gusto y la celebración de la imbecilidad que complace a la multitud.

Para Durden, el problema radica en que las civilizaciones no logran adaptarse a las crisis que genera su desarrollo, con lo cual aseguran “su propia destrucción”. El colapso de la nuestra dice, “será único en tamaño, magnificado por la fuerza destructiva de nuestra sociedad industrial impulsada por los combustibles fósiles.” Sin embargo, más allá de replicar “procesos similares del pasado”, en el caso de la nuestra la diferencia será de escala, porque “esta vez no habrá salida.”

Esa conclusión es aventurada. Existen múltiples experiencias de civilizaciones que se han sobrevivido a sí mismas a través del legado material y cultural que han hecho a sus sucesoras. Egipto y Grecia son ejemplos importantes, en sí mismos y en su incidencia en la formación de la cultura romana, de tan prolongado y rico aporte la civilización Occidental. En nuestra América, de Martí acá, las culturas y civilizaciones anteriores a la conquista europea desempeñan un papel cada vez más importante

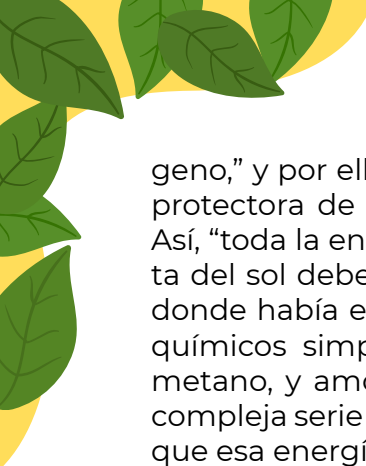
en el desarrollo de nuestra identidad, y en la búsqueda de soluciones a nuestros problemas socioambientales.

Al propio tiempo, la geocultura del sistema mundial ha desarrollado capacidades sin precedentes para conocerse a sí misma y a su entorno. De ellas ha derivado además un mejor entendimiento de sus contradicciones, y de capacidad para movilizarse ante los desafíos que ese conocimiento le va planteando.

Una personalidad característica del tiempo de transición que nos trae a las preocupaciones de hoy, por ejemplo, fue la bióloga marina Rachel Carson (1907-1964). En 1962, ella publicó el libro *La Primavera Silenciosa*, en el que denunció el impacto ambiental del uso abusivo de agroquímicos, y que fue como el acta de nacimiento del ambientalismo contemporáneo. Un año después, ya en camino a su muerte, ofreció una conferencia en la que se preguntaba si el ser humano “podría estar trabajando contra sí mismo”, ante la “sospecha creciente -de hecho, tal vez una certeza inquietante- de que a veces hemos sido quizás demasiado ingeniosos para nuestro propio bien.”

Aun con la maravillosa inventiva del cerebro humano, dijo Carson, “comenzamos a preguntarnos si nuestro poder para cambiar la faz de la naturaleza no debería haber sido templado con sabiduría para nuestro propio bien, y con un mayor sentido de responsabilidad por el bienestar de las generaciones.” A ese respecto resaltó el aporte de la ciencia para revelar que el ser humano “no vive apartado del mundo, sino en medio de una interacción compleja y dinámica de fuerzas físicas, químicas y biológicas, y entre él y este entorno existen interacciones continuas e interminables.”

Para Carson, esa interdependencia universal se remitía al ambiente “extraño y aparentemente hostil” en que tuvo lugar el origen de la vida hace unos 4,400 millones de años. Previamente, dijo, la atmósfera de la Tierra “probablemente no contenía oxí-



geno,” y por ello no contaba con una capa protectora de ozono en su nivel superior. Así, “toda la energía de los rayos ultravioleta del sol debe haber caído sobre el mar”, donde había en abundancia “compuestos químicos simples” - dióxido de carbono, metano, y amoníaco -, dispuestos para la compleja serie de combinaciones y síntesis que esa energía debió generar.

A partir de allí, ocurrieron dos hechos de gran alcance. Por un lado, “en ningún otro lugar del sistema solar se han producido condiciones igualmente favorables para la vida”; por el otro, esas condiciones constituyeron un entorno en cuya evolución la propia vida tuvo y tiene un papel de primer orden.

La vida así creada, en efecto, actuó sobre el sobre el entorno en que había ocurrido su creación. Y esto incluyó que el desarrollo de la fotosíntesis en las plantas generara un proceso de “liberación de oxígeno a la atmósfera”, de modo que “el aire que respiramos hoy, con su rica proporción de oxígeno, es una creación de vida.”

Aquellas condiciones de origen permitieron un “único acto extraordinario de generación espontánea”, que ya no podrá repetirse. Y al propio tiempo, la acción y la interacción constantes entre la vida y su entorno han modelado y modelan desde entonces el ambiente de la Tierra hasta el presente.

Para Carson, “la rama de la ciencia que se ocupa de estas interrelaciones es la Ecología”, y es desde ella como mejor cabe abordar los problemas ambientales que enfrentamos. Para resolver estos problemas, decía, “necesitamos verlos como un todo; mirar más allá del evento único e inmediato de la introducción de un contaminante en el medio ambiente, y rastrear la cadena de eventos así puestos en marcha”, sin olvidar nunca “la totalidad de esa relación.”

Sin embargo, advertía que estos conceptos, “que suenan tan fundamentales”, son

olvidados “cuando nos enfrentamos al problema de eliminar la miríada de desechos de nuestra forma de vida moderna.” Ante ese problema, no nos comportamos como personas guiadas por el conocimiento científico, sino más bien como la proverbial mala ama de llaves que barre la suciedad debajo de la alfombra con la esperanza de quitarla de la vista. Vertimos desechos de toda clase en nuestros arroyos, con objeto de que se los lleven de nuestras costas. Descargamos el humo y los vapores de un millón de chimeneas y montones de basura en llamas a la atmósfera con la esperanza de que el océano de aire sea lo suficientemente grande como para contenerlos. Ahora, incluso el mar se ha convertido en un vertedero [...].

“Y esto se hace,” añadía, “sin reconocer que la introducción de sustancias nocivas en el ambiente [está] cambiando la naturaleza del complejo sistema ecológico [...] de maneras que normalmente no prevemos hasta que es demasiado tarde.”

Hasta ahora, decía Carson hace ya 60 años, “hemos sido demasiado reacios a conceder la posibilidad de peligro o la existencia real de peligro”. Para entonces, eso ya planteaba el problema de la responsabilidad moral, “no solo para nuestra propia generación, sino para las del futuro”, que no tienen voz en las decisiones de hoy.

Esto, añadía, implicaba “una especie de rechazo de nuestro pasado, una renuencia o falta de disposición para aceptar el hecho de que el hombre, como todas las demás criaturas vivientes, es parte de los vastos ecosistemas de la tierra, sujeto a las fuerzas del medio ambiente.” Para Carson, convenía reflexionar “sobre qué miedos ocultos en el hombre, qué experiencias olvidadas hace mucho tiempo, lo han hecho tan reacio a reconocer primero sus orígenes y luego su relación con ese entorno en el que todos los seres vivos evolucionaron y coexistieron.” Y concluía diciendo que esperaba con ansias “el día en que nosotros también podamos aceptar los hechos

de nuestra verdadera relación con nuestro entorno”, convencida de que “sólo en ese ambiente de libertad intelectual podremos resolver los problemas que tenemos ahora ante nosotros.”

Nunca quizás ha sido tan importante esa conclusión. Vivimos el crepúsculo de una civilización que se agota, y que multiplica sus sombras. A 60 años de entonces, el llamado de Rachel Carson a preservar la li-

bertad intelectual se convierte, hoy, en un llamado a construir las condiciones políticas que nos permitan ejercer esa libertad para imaginar y construir sociedades cuyas relaciones con el mundo natural sean tan armónicas como las que mantengan entre sí sus integrantes.

Alto Boquete, Panamá, 20 de julio de 2023

Economía y resiliencia en la tercera transición

Guillermo Castro H.

El concepto de resiliencia tiene dos usos frecuentes en español. Uno designa la capacidad de adaptación de un ser vivo frente a un agente perturbador o un estado o situación adversos. El otro, a la capacidad de un material, mecanismo o sistema para recuperar su estado inicial cuando ha cesado la perturbación a la que había estado sometido.

Ninguno de los dos parece suficiente para abordar el tema que nos interesa, pues la economía no es un sistema físico, sino social y, por tanto, viviente. Con todo, esa utilidad se hace evidente cuando consideramos el uso del término en otros campos del saber.

El término resiliencia proviene de las ciencias naturales, y opera como una metáfora en las ciencias sociales, incluyendo la economía. Lo mismo cabe decir de otros términos de amplio uso en este campo, como los de desarrollo y ecosistema. Comprender ese carácter metafórico es importante para un análisis y uso apropiados de ese tipo de términos en campos del saber como la sociología, la politología y la economía.

Esa comprensión opera en dos niveles. El primero nos remite a la metáfora como recurso poético. En este plano, la metáfora utiliza la capacidad expresiva generada por la concurrencia de términos cuyos significados no se excluyen entre sí y, por el contrario, contribuyen a resaltar determinados aspectos de la realidad que expresan.

Así, el crecimiento económico y las transformaciones socioambientales asociadas al mismo constituye un proceso designado hoy con el término desarrollo. Ese término proviene de la biología, donde designa el proceso de formación, maduración y muerte de un organismo. El uso metafóri-

co del concepto alude a la formación y maduración del organismo – en este caso, la sociedad y su economía – pero al mismo tiempo elude la posibilidad de la muerte del organismo. Así, el desarrollo puede ser caracterizado como desigual, sostenido o sostenible, sin entrar a calificar la durabilidad de aquello que se desarrolla.

Algo semejante ocurre con el uso metafórico del concepto de resiliencia. Se da por sentado que un sistema natural expuesto a una perturbación puede retornar a su estado original una vez que esa perturbación cesa. Ocurre sin embargo que el sistema en cuestión expresaba un estado de relacionamiento entre una diversidad de componentes que se ve alterado por la perturbación que lo afecta, haciendo imposible el retorno a ese estado original.

Así, por ejemplo, tras la perturbación sistémica generada por la pandemia de COVID-19 no ha ocurrido el retorno a una normalidad anterior, sino que – por el contrario – se ha iniciado el proceso de formación de una realidad nueva. Esto es característico de procesos de crisis abren paso a transformaciones económicas y socioambientales en sistemas complejos como el mercado mundial, y en las estructuras de organización y gestión que lo han caracterizado en sus distintas etapas de desarrollo.

Aquí, la resiliencia define ante todo la capacidad de una sociedad, su mercado y sus empresas para incrementar su competitividad en el paso a formas de una complejidad distinta a lo largo del proceso de transformación que subyace a la crisis que enfrentamos. Y esto es tanto más importante cuando esa crisis expresa la transición entre dos fases distintas en el desarrollo del mercado mundial.

Para comprender el alcance de este cambio, de los riesgos que lo caracterizan, las oportunidades que ofrece y los problemas que plantea en todos los campos del saber, es bueno ubicarlo en el proceso histórico mayor del que hace parte. Ese proceso es

el de la formación del mercado mundial y sus estructuras de gestión, esto es, del núcleo fundamental de la edad que llamamos moderna.

Ese proceso tuvo su punto de partida entre mediados del siglo XV y mediados del XVII, cuando se produjo la transición entre la Edad Media y la Moderna. En el curso de esa transición, que finalmente se desplegó a escala del planeta entero, tomó forma la organización del mercado mundial como un sistema colonial, que alcanzó la cúspide de su formación en la conferencia de Berlín celebrada en 1884, en la cual las grandes potencias coloniales de la época – y en particular Inglaterra, Francia y Alemania – se repartieron el continente africano entre sí, salvo en el caso de Etiopía.

Aquel sistema permitía la explotación monopólica de la fuerza de trabajo, los recursos naturales y los mercados por parte de los sectores empresariales dominantes en esas potencias coloniales. Eso favoreció un rápido crecimiento económico en las potencias coloniales, que estimuló el desarrollo de las fuerzas productivas generado por la primera revolución industrial, mediante el uso de la energía del vapor para mecanizar segmentos cada vez más amplios de la actividad productiva.

Esa aceleración del crecimiento económico, a su vez, puso en cuestión la eficacia del monopolio colonial como la forma más adecuada para la expansión sostenida del mercado mundial. En esto incidieron tanto factores tecnológicos como geopolíticos.

Así, para fines del siglo XIX una segunda revolución industrial, asociada al uso de la electricidad como fuerza motriz, permitió masificar la producción de bienes de consumo, y estimuló la competencia por los mercados coloniales entre las grandes potencias económicas de la época. Al propio tiempo, la formación de sectores empresariales nativos y movimientos nacionalistas en las colonias incrementaba el costo y los riesgos control de esas posesiones.

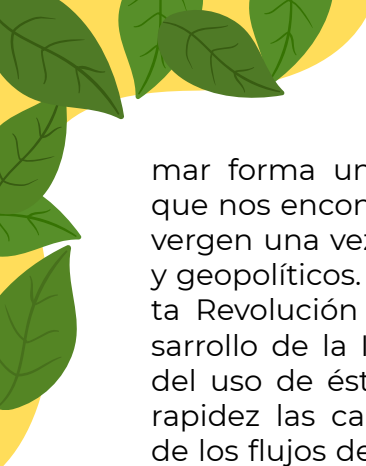
Esta situación llevó a una segunda transición en el desarrollo del mercado mundial. Esa transición tuvo su expresión más aguda en la Gran Guerra de 1914-1945, que condujo a la desintegración del sistema colonial y la formación del sistema internacional – interestatal en realidad – que conocemos hoy.

Ese nuevo sistema tuvo su expresión geopolítica en la Organización de las Naciones Unidas – el número de cuyos Estados miembros se elevó de medio centenar a casi 200 entre 1950 y 1960, como encontró su base de organización económica en los acuerdos de Bretton Woods, que llevaron a la dolarización de la economía mundial y consolidaron la hegemonía de los Estados Unidos en el nuevo sistema mundial. A partir de esas innovaciones concurren dos hechos de especial importancia.

Uno fue la rápida expansión del número de mercados nacionales que competían entre sí por la inversión proveniente de las economías de mayor desarrollo. El otro fue la rápida expansión de las tecnologías asociadas a los motores de combustión interna, que facilitaron la energía necesaria para la producción, elaboración y transporte de materias primas y mercancías y, con ello, de la demanda de combustibles fósiles y otras materias primas de valor estratégico.

Todo ello dio lugar a una rápida expansión de la actividad productiva y del ritmo de crecimiento de la población mundial, que pasó de unos 2,000 millones en 1950 a 5,000 en el año 2,000 y 8,000 millones en el primer cuarto del siglo XXI, cuando se espere que alcance los 10,000 millones de habitantes hacia 2,050. En este proceso tuvo un importante papel la Tercera Revolución Industrial, asociada al desarrollo de la informática, que permitió la automatización de múltiples procesos productivos y facilitó el incremento de la productividad del trabajo y el volumen de la producción a niveles sin precedentes.

En el marco de ese proceso, empezó a to-



mar forma una tercera transición, en la que nos encontramos hoy, en la cual convergen una vez más factores tecnológicos y geopolíticos. En el primer plano, la Cuarta Revolución Industrial vinculada al desarrollo de la Internet y la generalización del uso de ésta en incrementó con gran rapidez las capacidades de organización de los flujos de producción en el mercado mundial. En el segundo plano, el cambio tecnológico favoreció la formación de economías emergentes cuyo desarrollo dio lugar a conflictos que han ido superando las capacidades de mediación del sistema internacional.

En principio, este conjunto de cambios fue designado como un proceso de globalización. Sin embargo, los cambios en curso en el sistema mundial en el primer cuarto del siglo XXI indican que la globalización no designa un destino necesario, sino la formación de diferentes opciones de futuro en la organización del mercado mundial, que van desde el paso de un sistema internacional a otro transnacional, el paso a una vasta redefinición de las regiones productivas del planeta o, incluso, el retorno a prácticas propias de la barbarie.

Hoy, este proceso nos enfrenta al desafío de encontrar formas de organización del mercado mundial y su sistema de gobierno que nos permitan aprovechar el enorme potencial productivo generado por Cuarta Revolución Industrial. Ese desafío incluye, en primer término, encarar los problemas de mitigación y adaptación ante las amenazas generadas por la crisis socioambiental que se deriva una economía concentrada en el logro del crecimiento sostenido antes que en el de la sostenibilidad del desarrollo de nuestra propia especie.

En este sentido, nos encontramos en una situación que hace necesario examinar el papel de la gestión del conocimiento – y de la cultura – en la construcción de las opciones de futuro que podamos generar en el marco de la transición en que nos encontramos. Ese concepto aún es poco usual en

culturas como la nuestra, que considera por separado a las tareas de producción, de difusión y de aplicación del conocimiento a la transformación de la realidad.

Sin embargo, esas tareas constituyen en realidad componentes de un mismo proceso, que usualmente expresamos con la fórmula I+D+i. Lo que corresponde ahora es pasar de la idea a la realidad a escala de la sociedad entera. Ante una tarea tan compleja, conviene examinar lo ocurrido en el plano de la gestión del conocimiento y la cultura en las dos transiciones ya ocurridas en el desarrollo del mercado mundial.

La Edad Media, por ejemplo, se caracterizó entre otras cosas por hacer de la salvación del alma su problema fundamental. En ese sentido, organizó su gestión del conocimiento en torno a la disciplina especializada en los problemas de la salvación, esto es, la teología.

Lo hizo además desde organizaciones religiosas, los monasterios benedictinos, creados en el siglo VI como entidades de formación de intelectuales capaces de atender las tareas de producción, difusión y aplicación de la cultura a la organización de las estructuras políticas y los procesos productivos que sostuvieron la civilización medieval en el Occidente de Europa.

Esa visión se hizo extensiva al momento en que aquella civilización demandó especialistas en otros campos, y las primeras universidades medievales fueron establecidas hacia los siglos XII como centros para la formación de doctores en teología con especialidad en derecho, administración, filosofía y medicina.

La transición de la Edad Media a la Moderna se vio acompañada de importantes transformaciones en la gestión del conocimiento y la cultura. Las viejas universidades medievales entraron en un proceso de obsolescencia que se prolongaría hasta mediados del siglo XIX. Al propio tiempo, que la nueva cultura formada en aquella tran-

sición civilizatoria asumió como problema esencial el de la generación de ganancias en la actividad económica, y organizó su gestión del conocimiento en torno a la disciplina que se ocupa de ese problema, la economía, cuya racionalidad permeó desde entonces todos los campos del saber.

En su desarrollo, esa racionalidad llevó a poner en primer plano los problemas de la legitimidad en la organización social y de la productividad en la actividad económica. De allí resultó, por vías que no es el caso discutir aquí, la división del quehacer académico y la investigación científica en dos campos diferentes y a menudo enfrentados entre sí: los de las ciencias naturales y las humanidades, con un tercer sector complementario constituido a principios del siglo XX, designado como el de las ciencias sociales y económicas.

Hoy, en la transición que nos ha tocado vivir, está ocurriendo otro desplazamiento de sentido en la gestión del conocimiento y la cultura. En una circunstancia marcada por una crisis socioambiental que venimos encarando de manera consciente desde la década de 1990, el eje de articulación conceptual del saber y el hacer se viene desplazando hacia la disciplina que se ocupa – justamente – de las relaciones entre la sociedad y su entorno natural, esto es, la ecología.

Esto se expresa, por ejemplo, en el creciente uso de categorías como las de eco-

sistema y resiliencia, y la importancia que le asignamos a la interdependencia entre todos los procesos que dan forma a la realidad sobre el cambio de épocas que estamos viviendo. De allí, también, nuestro creciente interés en horizontes de análisis que nos permitan integrar cada vez mejor los aportes de disciplinas que en apariencia al menos operan por separado.

Tal como en el siglo XVII, empezamos a hacernos preguntas nuevas, como las que se refieren al impacto sobre nuestro entorno de los procesos de trabajo mediante los cuales interactúan entre sí los sistemas sociales y los naturales. Desde allí, también, empezamos a preguntarnos por la relación entre el cambio social y el cambio ambiental, que abre paso a la reflexión sobre la dimensión económica de la crisis socioambiental que define hoy el estado de nuestras relaciones con el entorno natural. Como bien dijera José Martí en 1882, cuando el sistema colonial entraba en las vísperas de su desintegración, el XIX era aún “el siglo del detalle: el que viene será el siglo de síntesis.” Y en esa síntesis, la economía de la naturaleza desempeñará un papel de primer orden en la construcción de las opciones de futuro que nos amparen de los riesgos de barbarie y extinción que hoy nos amenazan.

Alto Boquete, Panamá, 24 de octubre de 2023

La geógrafa panameña Ligia Herrera Jurado

Guillermo Castro Herrera

Ligia Herrera Jurado nació en David, Chiriquí, el 4 de mayo de 1918, en el seno de una familia modesta. Fue la menor de 6 hermanos, y la única que llegaría a tener estudios universitarios. Para entonces, la república de Panamá aún no tenía 15 años de fundada, y eran pocas las opciones de estudio y trabajo que podía ofrecer a los jóvenes de su origen social residentes en el interior del país.

Ligia siguió así el camino de la educación primaria en escuelas públicas de su ciudad natal, para ingresar a los 11 años en la Normal Rural, y a los doce en la Escuela Normal de Institutoras, en Panamá. De allí pasó a trabajar como maestra en Puerto Armuelles, donde además contrajo matrimonio con un técnico de laboratorio costarricense que trabajaba en el hospital de la Chiriqui Land Company de aquellos tiempos.

Esta etapa de su vida no tuvo nada de excepcional. Dos de sus hermanas siguieron caminos parecidos como educadoras y se casaron con hombres de origen modesto, mientras otra se formó como telegrafista y finalmente emigró al Perú, de donde era originario el hombre con quien se unió. Con todo, fue entonces cuando se inició el despliegue de las facultades que animarían el resto de sus años.

Logró abandonar la vida del enclave bananero escribiendo a todas las embajadas de otros países en Panamá en busca de una beca que le permitiera a su esposo estudiar medicina, que encontró una respuesta positiva en el Brasil de Getulio Vargas. Allí se formó como bibliotecóloga, la única profesión que podía estudiar con sus medios propios. A su regreso a Panamá, y mientras se ganaba la vida como profesora de educación para el hogar, ingresó en la Universidad de Panamá a mediados de los años cincuenta, donde obtuvo una Licen-

ciatura en Geografía e Historia en 1962.

A eso siguió conseguir una beca muy modesta de la OEA, que le permitió viajar a Chile – tras divorciarse, y con su hijo menor – para continuar sus estudios de doctorado, que culminó con distinción en 1965, a los 47 años de edad. Y fue además la primera mujer en alcanzar ese grado en aquella universidad. Por otra parte Chile, además de su educación de postgrado, le brindó la oportunidad de entrar en contacto con una sociedad culta, que apreciaba a sus intelectuales, y en la cual se respetaba el derecho de los ciudadanos a optar, por ejemplo, por un compromiso con ideas de izquierda de múltiples matices, que en Panamá solían llevar del socialismo al ostracismo.

Esto fue importante para Ligia porque le permitió crecer en su compromiso patriótico con la lucha contra el protectorado militar impuesto a Panamá por los Estados Unidos, y contra el régimen político oligárquico amparado en aquella protección. Por esto, no es de extrañar que en 1968 – cuando ya adelantaba la que sería una distinguida carrera en diversos organismos internacionales y entidades científicas como especialista en geografía regional aplicada a la planificación del desarrollo – fuera invitada a visitar Cuba tras ganar un concurso de textos en homenaje Ernesto Che Guevara tras su caída de en Bolivia.

Esa visita tuvo en ella un profundo impacto. Le permitió reunirse con su hijo mayor, que había emigrado a Cuba con su familia en 1960 y trabajaba allí como profesor universitario. Además, le facilitó un primer contacto cercano con el legado de José Martí, y le ofreció la oportunidad de trabajar como docente con estudiantes de geografía en la Sierra Maestra, y conocer de primera mano los resultados de una política social de desarrollo rural que ya había tenido importantes logros en campos como la educación y la salud.

Tras un breve periodo de trabajo en su país

con el Dr. José Renán Esquivel, entonces ministro de Salud en el gobierno de Omar Torrijos, regresó a Chile, donde acogió con alegría y entusiasmo al triunfo electoral de Salvador Allende como presidente de aquel país. Tras colaborar en lo que estuvo a su alcance con su gestión de gobierno, sobre todo en áreas rurales y zonas marginales urbanas, una vez ocurrido el golpe de Estado que derrocó al gobierno de la Unidad Popular chilena el 11 de septiembre de 1973, desarrolló actividades de solidaridad con los perseguidos que incluyeron, por ejemplo, ayudar a perseguidos políticos a obtener asilo en la embajada de Panamá en Santiago.

Nada de eso interrumpió su actividad profesional. Para fines de la década de 1970, pasó a trabajar en México con la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina, donde desarrolló un importante estudio sobre el crecimiento urbano de nuestra región. Esa trayectoria le permitió producir múltiples aportes en el campo de la geografía latinoamericana, desde su estudio sobre La geografía de Chile Central hasta el Atlas de los Asentamientos Humanos de América Latina; El Crecimiento Urbano en América Latina, y Las relaciones entre la estructura agraria y la distribución de la población en México. Para la década de 1980, en breve, ya había dejado una importante huella en su campo de trabajo en nuestra región.

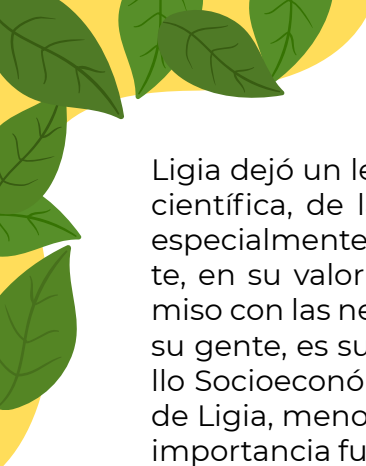
Para ese entonces pasó a trabajar nuevamente en su país donde, si previamente había producido el primer Atlas de salud de Panamá, 1975 - que tuvo reediciones en 1980 y 1990 -, pasó a colaborar con el recién creado Instituto de Estudios Nacionales de la Universidad de Panamá, invitada por su primera directora, la Dra. Carmen Miró. Allí coordinó el estudio Desastres naturales y zonas de riesgo en Panamá: Condicionantes y opciones de prevención y mitigación, un trabajo pionero en su campo publicado en 1991, y desde allí concibió y llevó a cabo la que quizás fue su obra más importante: el estudio Regiones de desarrollo socioe-

conómico de Panamá.

Ese estudio, realizado a partir de fuentes oficiales abiertas como los Censos Nacionales de Población y Vivienda, permitió evaluar la relación entre el nivel de desarrollo humano – alto, medio alto, medio, medio bajo y bajo – y el grado de desarrollo económico en todos los distritos del país, traduciendo los resultados en un atlas de las regiones de desarrollo relativo de Panamá. Las sucesivas ediciones correspondientes a los periodos intercensales de 1970 a 1980, 1980 a 1990, y 1990 al 2000 mostraron con claridad la inequidad en el acceso a los frutos del desarrollo entre la región interoceánica, las del interior y en particular las comarcas indígenas y, además, el agravamiento constante de esa inequidad a partir de la década de 1980.

El instrumento creado por Ligia para la producción de ese estudio - que bien merecería llamarse el Índice Herrera de Desarrollo Socioeconómico – sigue estando disponible como una herramienta sencilla de análisis y planificación para intelectuales vinculados a los sectores populares de Panamá. Aquí es bueno recordar que Ligia adquirió su primera computadora al llegar a los 70 años, y realizó toda su labor de investigación apoyada en medios que hoy podrían parecer rudimentarios: lápiz, papel milimetrado, fotografías aéreas y una calculadora sencilla. Hoy, cuando la juventud trabajadora tiene acceso a recursos informáticos cada vez más refinados, el desarrollo y uso de ese índice puede resultar aún más fecundo.

Ligia falleció en la ciudad de Panamá, el 20 de enero de 2023. Para entonces tenía 104 años, y estaba a 3 meses de llegar a los 105. Hasta los 101, había conservado intactos su carácter, su inteligencia, su lucidez y sus afectos. Desde entonces fue decayendo gradualmente, hasta extinguirse. Nunca hizo mal a nadie en su vida, y procuró hacer tanto bien como le fue posible a los pobres de la tierra, con quienes quiso echar su suerte, como lo hiciera José Martí.



Ligia dejó un legado invaluable en su obra científica, de la cual destacan tres textos especialmente valiosos. El más importante, en su valor científico y en su compromiso con las necesidades y los intereses de su gente, es su libro *Regiones de Desarrollo Socioeconómico de Panamá*. Otra obra de Ligia, menos conocida pero de singular importancia fue (son), su ensayo “La región Centro-Occidental del Atlántico. Principales características físicas”, publicado en el libro *Medio Ambiente y Sociedad en el Atlántico Centro Occidental de Panamá*, donde también contribuyó al capítulo “Región Centro-Occidental del Atlántico: un diagnóstico socio demográfico” elaborado en conjunto con su hijo Guillermo Castro y Carmen Miró.

Hoy como entonces – y quizás peor que entonces –, nuestro Atlántico Centro Occidental es una región poco y mal conocida en Panamá, que ha pasado a ser el escenario de un importante debate sobre el papel de la minería metálica a cielo abierto en la lucha por la sostenibilidad del desarrollo humano en nuestro territorio. La información proporcionada por Ligia entonces sin duda contribuiría a enriquecer ese debate, y a sustentar las graves amenazas que esa actividad – por rentable que pueda ser – entraña para el futuro del país.

Y no cabe olvidar dentro del legado de Ligia su breve libro *El País que Somos*. Allí, en poco más de cien páginas, ella sin-

tetiza - para cualquier lector atento que desee conocer a Panamá para comprenderlo mejor-, el estado del conocimiento socio-geográfico sobre nuestro país veinte años atrás, cuando lo publicó el Instituto de Estudios Nacionales de la Universidad de Panamá, bajo la dirección del economista Juan Moreno, con ocasión del Centenario de nuestra separación de Colombia.

El conjunto del legado intelectual de Ligia, sin embargo, va más allá del contenido de cada una de esas obras. Lo que ellas nos muestran, más allá de toda duda, es que la investigación científica es una actividad racional con arreglo a fines que determinan tanto la selección de sus objetos de estudio como la organización del estudio de esos objetos. En el caso de Ligia, esos fines estuvieron siempre vinculados a su compromiso con la lucha contra el protectorado extranjero, y por el derecho de su gente a una prosperidad democrática y equitativa. Para ella parece haber sido escrita la reflexión de José Martí con que cierro esta memoria:

Quien desee patria segura, que la conquiste. Quien no la conquiste, viva a látigo y destierro, oteado como las fieras, echado de un país a otro, encubriendo con la sonrisa limosnera ante el desdén de los hombres libres, la muerte del alma. No hay más suelo firme que aquel en que se nació.

Alto Boquete, Panamá, 20 de abril de 2023

Un libro a tiempo

Guillermo Castro H.

“Es el tormento humano que para ver bien se necesita ser sabio, y olvidar que se lo es. La posesión de la verdad no es más que la lucha entre las revelaciones impuestas de los hombres. Unos sucumben y son meras voces de otro espíritu. Otros triunfan, y añaden nueva voz a la de la naturaleza.”

José Martí, 1882

El 1 de abril pasado entró en circulación *La Dialéctica de la Ecología*, un nuevo libro del ambientalista norteamericano John Bellamy Foster. No es necesario resaltar aquí la destacada presencia de Foster en el debate ambiental contemporáneo. Basta con recordar el aporte a dicho debate en los países hispanoamericanos que significó la traducción al español de su libro *La Ecología de Marx*, veinte años atrás.

En aquel libro, dice el autor en el Prefacio de su obra nueva, “buscaba recuperar la crítica ecológica materialista de Marx, incluyendo su hoy famosa teoría sobre la brecha metabólica.” Una labor continua de investigación y discusión le ha permitido ahora “reflejar de una manera más sistemática las implicaciones de la dialéctica de la naturaleza para el desarrollo de la ecología socialista y su relevancia para nuestro tiempo”. Al respecto, añade,

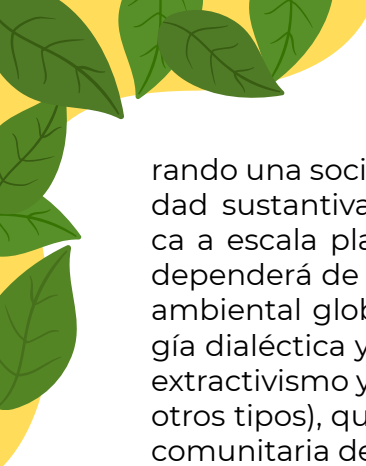
Para la tradición materialista histórica clásica, representada por el trabajo de Marx y Engels, la comprensión humana del mundo que nos rodea es un producto de la dialéctica de la naturaleza y la sociedad, esto es, de las intersecciones entre estos dos ámbitos internamente heterogéneos y siempre cambiantes. La sociedad misma debe ser entendida aquí como una forma emergente de naturaleza con sus propias leyes, que sin embargo depende a fin de cuentas del “metabolismo universal de la naturaleza”, de la cual forma parte. Para Marx, es a través del trabajo y la producción, esto es, mediante nuestro “metabolismo social” con la naturaleza”, que llega-

mos a entender “la esencia humana de la naturaleza” y la “esencia natural del hombre”, y somos además capaces de inferir relaciones y procesos que se extienden más allá de la experiencia humana.

Al respecto, para Foster – como en su momento para Rosa Luxemburgo –, “el método de la dialéctica materialista es el mayor legado de Marx y Engels hoy, cuando confrontamos la emergencia planetaria del siglo XXI.” Y agrega que aplicar “esta amplia crítica dialéctica” a nuestro tiempo

Demanda que tomemos en serio el problema del decrecimiento planificado, junto al de la civilización ecológica. La crítica dialéctica de nuestro mundo alienado adquiere un significado práctico como una praxis transformadora únicamente a través de las luchas concretas que son llevadas a cabo en relación con condiciones históricas siempre cambiantes. El hecho mismo de que el futuro no está determinado señala la necesidad del ejercicio de la libertad.

Con relación a este ejercicio, dice Foster que su libro apunta “a integrar de las críticas ecológica y de la economía política con las condiciones de la lucha global concebida en los términos más amplios.” El entorno de esa lucha está definido por el Antropoceno, en el cual “el mundo alienado del capitalismo se ha tornado mortífero a escala planetaria”, debido en última instancia a que “la lógica extrema del sistema de acumulación está acelerando la emergencia planetaria al ofrecer la financiarización de la naturaleza como la solución final.” Al propio tiempo, y por contraste, la oposición a esa lógica del sistema de acumulación se expresa en dos proyectos socialistas plenos de contradicciones y esperanzas: la lucha por crear una civilización ecológica, que emana en particular de China, y la estrategia de decrecimiento planificado en las economías ricas, asociada con el desarrollo humano sostenible en todo el mundo. A fin de cuentas, estas aproximaciones deberán converger para tener éxito, gene-



rando una sociedad una sociedad de equidad sustantiva y sustentabilidad ecológica a escala planetaria. Esto, sin embargo, dependerá de que emerja un proletariado ambiental global animado por una ecología dialéctica y opuesto al imperialismo, el extractivismo y la explotación clasista (y de otros tipos), que represente una nueva era comunitaria de la Tierra.

El aporte mayor de La Dialéctica de la Ecología bien puede ir más allá del razonar que propone. Incluye, sobre todo, una incitación que ofrece al desarrollo de una cultura de la naturaleza que facilite pasar de la resistencia al despojo de nuestras po-

sibilidades de desarrollo a través del mejoramiento humano para el ejercicio de la virtud en la lucha por el equilibrio del mundo. Tal ha de ser el camino que nos lleve a desplegar nuestras mejores capacidades para comprender y ejercer la dialéctica de la naturaleza y la sociedad, entendiendo a nuestras modalidades de organización y cooperación como expresiones de aquella “forma emergente de naturaleza con sus propias leyes”, cuya existencia y futuro dependen del metabolismo universal de la naturaleza de la que hacemos parte.

Alto Boquete, Panamá, 5 de abril de 2024

Construir la certidumbre

Guillermo Castro H.

“la vida no es sólo el comercio ni el gobierno, sino es más, el comercio con las fuerzas de la naturaleza y el gobierno de sí: de aquéllas viene éste: el orden universal inspira el orden individual: la alegría es cierta, y es la impresión suma; luego, sea cualquiera la verdad sobre todas las cosas misteriosas, es racional que ha de hacerse lo que produce alegría real, superior a toda otra clase de alegría, que es la virtud: la vida no es más que ‘una estación en la naturaleza’.”

José Martí, 1882

La crisis general que está en curso en el sistema mundial tiene una dimensión socioambiental que ha de ser decisiva en su desarrollo. Allí viene tomando cuerpo una contradicción entre la geocultura y la geopolítica del sistema que se hace sentir en la creciente tensión que tiene lugar entre el pensar económico y el ecológico como ejes dominantes en el análisis de los problemas que genera esa crisis en su desarrollo.

Esa tensión se expresa, por ejemplo, en la organización de los campos del saber generada por el desarrollo del capitalismo hacia mediados del siglo XIX, a partir de la segregación de las ciencias de lo natural, de lo social y de lo humano. En ese plano, la crisis socioambiental plantea problemas que demandan establecer vínculos cada vez más fecundos entre esos campos, como los que toman forma en torno a la discusión sobre el Antropoceno, esta “época actual, en la que los humanos y nuestras sociedades nos hemos convertido en una fuerza geofísica global.”

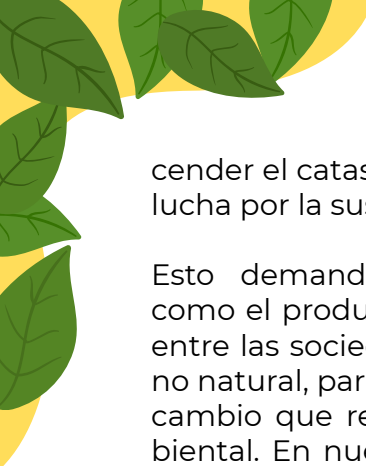
Desde allí, por ejemplo, hemos podido enriquecer nuestra comprensión de los vínculos entre la biosfera, como ámbito del planeta en el que la vida crea las condiciones para su propia existencia, y en ese proceso actúa como una fuerza geológica, y la noosfera, que resulta de la transformación

de la biosfera por la actividad de la especie humana. Con ello, podemos ver que el Antropoceno se expresa hoy como una noosfera enloquecida desde la Gran celeración en la que vinieron a culminar, a mediados del siglo XX, las contradicciones entre la especie humana y su entorno natural forjadas por el desarrollo del capital desde fines del siglo XVIII.

Esa noosfera enloquecida ha generado ahora la transición a un nuevo sistema Tierra, que continuará con o sin la presencia de los humanos. Vemos desplegarse por el planeta una expansión incesante del extractivismo, sobre todo en el Sur global, acompañada por un colapso incremental de ecosistemas y de la pérdida de la biodiversidad que albergan, y de una creciente variabilidad climática. La expansión de los conflictos socioambientales contribuye a masificar migraciones internacionales desde el caos incremental que azota al Sur hacia el Norte en el que los eventos climáticos extremos encienden las alarmas de las compañías aseguradoras.

El gran conflicto cultural y político que anima a esta transición es aquel que enfrenta la necesidad sistémica de un crecimiento económico sostenido para la acumulación infinita de ganancias, con la necesidad de luchar por la sustentabilidad del desarrollo humano. La compleja magnitud de estos problemas ha generado ya un creciente clima de incertidumbre en nuestras sociedades, que resulta paralizante y aun regresivo cuando sirve de caldo de cultivo a toda la fauna de pastores y profetas del apocalipsis que medra en las redes sociales, y en algunos sectores del ambientalismo.

Esta circunstancia demanda construir una certidumbre sustentada en la capacidad de nuestra gente para el mejoramiento humano, para el ejercicio de la utilidad de la virtud, y para luchar por el equilibrio del mundo. Esa certidumbre es indispensable para recurrir al debate como catalizador del cambio político – esto es, como un ejercicio de cultura en acto – que permita tras-



cender el catastrofismo para avanzar en la lucha por la sustentabilidad.

Esto demandará abordar el ambiente como el producto de relaciones históricas entre las sociedades humanas y su entorno natural, para identificar las opciones de cambio que resultan de esa historia ambiental. En nuestra circunstancia, construir la certidumbre sobre nuestra capacidad para encarar la crisis socioambiental es imprescindible para encarar problemas globales desde las realidades glociales en que la crisis se hace sentir en primer término. Esto ayudará a entender que si deseamos un ambiente distinto, será necesario construir – desde lo glocal hacia lo global - una sociedad que sea diferente en su capacidad para generar un desarrollo humano sustentado en una prosperidad equitativa y democrática.

Identificar los rasgos fundamentales de esa diferencia, y los medios para construirla, es el mayor desafío del saber en el Antropoceno. Se trata, en breve, de construir una ruta de tránsito hacia el trabajo con la naturaleza y ya no contra ella, pasando de una visión ecológica de la crisis a una socioambiental, que vincule la innovación tecnológica al cambio social que demanda

la sustentabilidad del desarrollo humano.

A fin de cuentas, la fuente mejor de la certidumbre que demanda esta tarea nos viene de nosotros mismos. La crisis socioambiental, en efecto, ha venido a constituir en nuestra América espacios de encuentro cada vez más amplios entre movimientos sociales y culturales de resistencia al despojo y la devastación, que nos dan voz y actitud propias en la batalla global por la sustentabilidad del desarrollo humano.

Así, desde nosotros mismos podemos decir, como lo hiciera José Martí cuando el antropoceno iniciaba el camino que lo llevaría a la Gran Aceleración cuyas consecuencias padecemos hoy, que

Estos países se salvarán porque, con el genio de la moderación parece imperar, por la armonía serena de la Naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior, le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real.

Alto Boquete, Panamá, 19 de abril de 2024

El amanecer de los tiempos

Guillermo Castro H.

“Fue de aquellos a quienes es dada la ciencia suma, la calma suma, el goce sumo. Toda la naturaleza palpitaba ante él, como una desposada. Vivió feliz porque puso sus amores fuera de la tierra. Fue su vida entera el amanecer de una noche de bodas.”
José Martí, 1882

El 5 de junio, la conmemoración del Día Mundial del Medio Ambiente permitió comprender que, si bien el cambio climático constituye el aspecto principal de la crisis socio-ambiental que encaramos, ella tiene raíces que se remontan a las formas en que los humanos han venido organizando sus relaciones con la naturaleza al calor del desarrollo del mercado mundial, en particular del siglo XVIII a nuestros días. El objetivo mayor de esa organización ha sido, en efecto, la extracción masiva de recursos de los sistemas naturales, con destino a mercados distantes. Esto, a su vez, se ha combinado con la transferencia -también masiva- de los desechos resultantes del procesamiento y consumo de esos recursos al entorno natural, erosionando a un mismo tiempo la capacidad regenerativa de los ecosistemas así expoliados, y la de los ecosistemas que reciben los desechos para degradarlos y restituir sus componentes a la biosfera de la que hacemos parte.

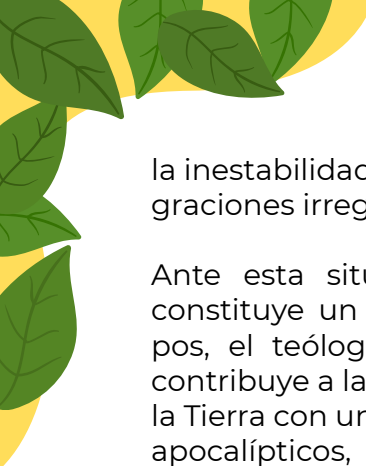
La gravedad de las consecuencias de esta creciente desarmonía en nuestras relaciones con la naturaleza llevó al Secretario General de las Naciones Unidas, Antonio Guterres, a plantear en el Día de la Tierra que “Al igual que el meteorito que acabó con los dinosaurios, nuestro impacto es enorme. En el caso del clima, no somos los dinosaurios. Somos el meteorito”. Un reciente informe sobre el estado del clima, dijo, indica que nos acercamos al límite de la cantidad de carbono que cabe agregar a la atmósfera para limitar el calentamiento a largo plazo a 1,5 grados. Esa cantidad es estimada en unos 200.000 millones de to-

neladas, pero están siendo emitidas unos 40.000 millones de toneladas de dióxido de carbono al año, mientras las emisiones mundiales, que deberían disminuir un 9% cada año hasta 2030, aumentaron un 1% en 2023.

Esto, agregó Guterres, nos advierte que “la batalla para limitar el aumento de la temperatura a 1,5 grados se ganará o se perderá en la década de 2020, bajo la vigilancia de los líderes de hoy”. La importancia de ese liderazgo incluye el hecho de que esta batalla se libra en una circunstancia de extrema inequidad, pues el 1% más rico del planeta “emite tanto como dos tercios de la humanidad”. Con ello, el mayor impacto de la crisis recae sobre “los menos responsables [...]: los más pobres, los países más vulnerables, los pueblos indígenas las mujeres y las niñas”, lo cual constituye “una parodia de justicia climática”.

El caos climático, añadió, “está golpeando a la gente donde más le duele: Desde la ruptura de las cadenas de suministro hasta el aumento de los precios, pasando por la creciente inseguridad alimentaria y la imposibilidad de asegurar los hogares y empresas. Y la factura seguirá creciendo, pues incluso si las emisiones llegaran mañana a cero, “la crisis climática costará al menos 38 billones de dólares al año en 2050.” Y entretanto, agregó, “los padrinos del caos climático, la industria de los combustibles fósiles, obtienen beneficios récord y se dan un festín de billones de dólares en subvenciones financiadas por los contribuyentes”.

Esa alusión a la justicia climática facilita comprender la enorme complejidad de la crisis socio-ambiental que encaramos. El cambio climático, en efecto, hace parte de un conjunto mayor de graves problemas, que van desde el colapso de ecosistemas a la degradación de los suelos; la contaminación de los cursos y masas de agua en todo el planeta, el incremento de los eventos climáticos extremos y la expansión de creciente de conflictos socioambientales que contribuyen por ejemplo al incremento de



la inestabilidad política y las crecientes migraciones irregulares.

Ante esta situación, que para algunos constituye un verdadero fin de los tiempos, el teólogo brasileño Leonardo Boff contribuye a la conmemoración del Día de la Tierra con un artículo titulado “¿Tiempos apocalípticos, los nuestros?”. Allí nos recuerda que

Los cristianos son optimistas: creen en este mensaje del Apocalipsis: “Vi un cielo nuevo, un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, y el infierno ya no existía.” [...] Escuché una voz fuerte que decía: “Esta es la tienda de Dios entre los hombres. Él habitará en medio de ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo con ellos será su Dios. Enjugará las lágrimas de sus ojos, y no habrá más muerte, ni habrá llanto, ni habrá lamento, ni cansancio, porque todo esto ha pasado”. (21:1-4).

Para Boff, debemos ser como Abraham, quien “contra toda esperanza tuvo fe en la esperanza (San Pablo a los Romanos, 4:18), porque ‘la esperanza no nos defrauda’ (Romanos, 5:4).” Eso, dice, “es lo que nos queda: esperanza esperanzada y, positivamente, esperanza.”

Esa conclusión está sustentada en la experiencia acumulada por la especie humana en el ir y venir su desarrollo, con momentos que han ido desde la creación de civilizaciones refinadas hasta la superación de

las más feroces formas de barbarie. Hoy estamos en capacidad de comprender ese desarrollo en sus contradicciones, y ese es el punto de partida más útil para incidir en nuestro futuro. Ya sabemos, por ejemplo, que si deseamos un ambiente distinto tendremos que construir sociedades que sean diferentes en la medida en que sean a un mismo tiempo prósperas, equitativas, democráticas y capaces de crear las condiciones necesarias para hacer sustentable el desarrollo humano.

Desde esa certidumbre, podemos comprender mejor la que animara a José Martí cuando, tras encontrarse con la obra del filósofo norteamericano Ralph Waldo Emerson, nos dijera que

La hora del conocimiento de la verdad es embriagadora y augusta. No se siente que sube, sino que reposa. Se siente ternura filial y confusión en el padre. Pone el gozo en los ojos brillo extremo; en el alma, calma; en la mente, alas blandas que acarician. ¡Es como sentirse el cráneo poblado de estrellas: bóveda interior, silenciosa y vasta, que ilumina en noche solemne la mente tranquila! Magnífico mundo. [...] Y se siente el hombre un tanto creador de la naturaleza.

Caminamos con Martí desde nuestra América, y lo hacemos bien, contra toda desesperanza.

Alto Boquete, Panamá, 7 de junio de 2024

De nuestra historia ambiental

Guillermo Castro H.

“Dóblese sobre el hombre el que quiera revelar las leyes del hombre. Y no constituyan con la sotana científica la sotana religiosa. [...] Se han de estudiar a la vez, si se quiere saber de sociedades humanas, las influencias extrahumanas, los motivos generales de agencia humana, y las causas precipitantes o dilatorias que han obrado para alterar el ajuste natural entre estas dos fuerzas paralelas.”

José Martí, s.f.

Dicho en breve, la historia ambiental es aquella que hace del ambiente su objeto de estudio. Ese objeto es asumido como el producto de las interacciones entre la especie humana y sus entornos naturales mediante procesos de trabajo socialmente organizados, y de las consecuencias de esas interacciones para ambas partes a lo largo del tiempo.

Esta historia no puede ser más contemporánea. Para James O'Connor, llegamos a ella a lo largo un proceso asociado al desarrollo capitalismo. Así, la historia política estaría asociada a las revoluciones de fines del siglo XVIII y principios del XIX que crearon el marco de los derechos de propiedad y las libertades civiles; la económica, a la Revolución industrial y tecnológica desde fines del siglo XVIII, y la social y cultural a la formación de una sociedad y una cultura capitalistas. La ambiental vendría a corresponderse, así, con la capitalización de la naturaleza y las luchas por la misma, para constituir “el más reciente y, tal vez, el último tipo de historia”.

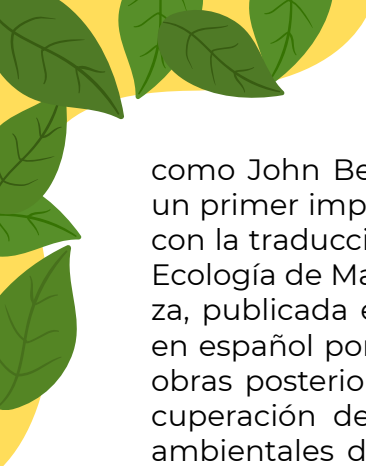
Años más, años menos, la década de 1980 suele ser considerada como el punto de origen de esta historia. Su formación vendría a coincidir con la bancarrota del marxismo soviético, de la teoría del desarrollo, y del humanismo liberal. Confluiría en cambio con el despliegue de la geocultura

neoliberal, y con la formación de un clima de escepticismo generalizado en torno a la capacidad de los humanos para encarar el deterioro del ambiente forjado en el marco del desarrollo del mercado mundial. Y 1980, por cierto, es también el año de la publicación del primer ensayo dedicado a la historia ambiental de nuestra América: “Notas sobre la historia ecológica de América Latina”, del agrónomo Nicolo Gligo y el biólogo Jorge Morello.

En nuestra América, la filosofía de la praxis ha desempeñado un papel marginal en ese proceso. Eso tiene varias causas. Entre otras, cabría señalar las bancarrotas del marxismo soviético y el desarrollismo cepalino; el acoso incesante a sus remanentes por parte del pensamiento único neoliberal, las cómodas vanidades de aquello que se llamó a sí misma la posmodernidad, y el papel de placebo del humanismo liberal en la academia norteamericana, que no disminuye la importancia de sus aportes al desarrollo de la historia ambiental en nuestra región.

Esto ha empezado a cambiar con la bancarrota cultural y política del neoliberalismo y el paso de la posmodernidad a la posteridad, que han estimulado la lectura de Marx y de Engels desde sí mismos, y la recuperación de los debates ambientales presentes en la geocultura mundial entre mediados del siglo XIX y del XX – en lo que va, digamos, de George Perkins Marsh a Ernst Haeckel, y de allí a los geógrafos Jean Brunhes y Carl Sauer. Hoy asistimos a una valoración renovada de la cultura de la naturaleza de nuestras sociedades, en lo que va del poblamiento original de la región a sus movimientos populares de anteayer acá, y la preocupación de nuestra intelectualidad sobre el lugar y las opciones de nuestra América en la crisis socio-ambiental generada por el Antropoceno.

En esta recuperación de la filosofía de la praxis por parte del ambientalismo en general, y de la historia ambiental en particular, destaca el aporte de intelectuales



como John Bellamy Foster, quien ofreció un primer impulso decisivo a este proceso con la traducción al español de su libro *La Ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*, publicada en inglés en el año 2000, y en español por El Viejo Topo en 2004. En obras posteriores, Foster ha llevado la recuperación de Marx para los problemas ambientales de nuestro tiempo a niveles de gran riqueza, que en lo más reciente incluye su *Dialectics of Ecology* (2024), de cuya “Introducción” ya se dispone de una versión en español.

Foster reitera en su obra que toda persona que se interese en estos temas debe conocer lo planteado por Federico Engels en su artículo inconcluso “El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre” (1876), donde resalta la existencia de una interrelación universal entre todos los fenómenos naturales, cada uno de los cuales “afecta a otro y es, a su vez, influenciado por éste”, y advierte que “el olvido de este movimiento y de esta interacción universal [...] impide a nuestros naturalistas percibir con claridad las cosas más simples”. Y a eso agrega que “a cada paso”, los hechos nos recuerdan que nuestro dominio sobre la naturaleza no se parece en nada al dominio de un conquistador sobre el pueblo conquistado, que no es el dominio de alguien situado fuera de la naturaleza, sino que nosotros, por nuestra carne, nuestra sangre y nuestro cerebro, pertenecemos a la naturaleza, nos encontramos en su seno, y todo nuestro dominio sobre ella consiste en que, a diferencia de los demás seres, somos capaces de conocer sus leyes y de aplicarlas adecuadamente.

En cuanto a Marx, una cultura ambiental básica debe incluir su examen de los problemas asociados a la mercantilización de la naturaleza, y la visión alienada de la misma como “capital natural”. Así, en el capítulo dedicado a las relaciones entre la agricultura y la gran industria en el primer tomo de *El Capital* (1867), concluye que la producción capitalista “sólo sabe desarrollar la técnica y la combinación del proceso

social de producción socavando al mismo tiempo las dos fuentes originales de toda riqueza: la tierra y el hombre.” Y para 1875, en su “Crítica al Programa de Gotha” (1875), agrega a lo anterior que el trabajo

no es la fuente de toda riqueza. La naturaleza es la fuente de los valores de uso (¡que son los que verdaderamente integran la riqueza material!), ni más ni menos que el trabajo, que no es más que la manifestación de una fuerza natural, de la fuerza de trabajo del hombre.

La historia ambiental está en curso de convertirse en la historia natural de la especie humana. Como tal, hace parte ya del conjunto mayor de la historia ecológica, que se ocupa de la formación y las transformaciones de los ecosistemas que organizan la vida en la Tierra. Esa historia abarca unos 3,500 millones de años, mientras que la de los ambientes creados por nuestra especie abarca hasta donde sabemos unos 2 millones de años.

Hoy, nuestra historia ambiental nos ofrece ya una lección de sencillez correspondiente a la enorme complejidad de su contenido. Se trata, en breve, de que si deseamos un ambiente distinto tendremos que crear sociedades diferentes.

Identificar esas diferencias, y los medios para crearlas y ejercerlas, es la tarea fundamental de nuestro tiempo. No hacerlo implica dejarnos llevar por la deriva de la crisis socio-ambiental que nos conduce hoy en dirección a la barbarie, y quizás a nuestra extinción en un plazo más corto de lo que imaginamos.

Al plantearnos este problema, la historia ambiental ayuda a construir una cultura capaz de asumir este dilema como un problema de política. Con ello, viene a enriquecer otros campos emergentes en el saber ambiental, como lo son la ecología política y la economía ecológica, y nos vincula a un problema que desborda ya las capacidades de la geocultura de un siste-

ma mundial que ha entrado en su fase de descomposición.

Por lo mismo, hoy importa como nunca atender a lo que nos advirtiera José Martí en 1891, cuando se iniciaba la crisis de la organización colonial del sistema mundial: “Injértese en nuestras repúblicas el mun-

do; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.” De esa tarea hace parte, justamente, el desarrollo de la historia ambiental en nuestra América.

Alto Boquete, Panamá, 17 de octubre de 2024

El camino a la noosfera

Guillermo Castro H.

“¿Nació de sí mismo el mundo en que vivimos?

¿Y se moverá como se mueve hoy perpetuamente, o se evaporará, y mecidos por sus vapores, iremos a confundirnos, en compenetración augusta y deleitosa, con un ser de quien la naturaleza es mera aparición?”

José Martí, 1882

Estas preguntas son características de la espiritualidad inherente a la cultura de la naturaleza de José Martí, en lo que fue del artículo que dedicara a la muerte del filósofo trascendentalista Ralph Waldo Emerson en 1882 a sus Versos Sencillos, en 1891. Esa espiritualidad se corresponde, en nuestro tiempo, con la de las preocupaciones de amplios sectores del ambientalismo contemporáneo en el Sur Global, y más allá, según lo expresan documentos como Laudato Si' (2015) y Laudate Deum (2023).

Conviene reflexionar sobre la medida en que esa espiritualidad expresa, también, la de las fracturas en la hegemonía del liberalismo global generadas por el ciclo revolucionario de 1968. Entre las consecuencias de aquellas fracturas estuvo el cuestionamiento a la naturalidad aparente del dominio del capital sobre la naturaleza, que vino a convertirse en tema de política para el sistema interestatal – que se llama a sí mismo internacional – en 1972, con la publicación del informe Los Límites del Crecimiento en las vísperas de la primera de las muchas reuniones que la Organización de las Naciones Unidas ha dedicado desde entonces al tema.

Para 1998 – a pocos años de la llamada Cumbre de la Tierra de 1992 y de la entrada en escena del desarrollo sostenible en la geocultura del sistema mundial, Lynn Margulis (1938-2011), abordó en un libro tan ameno como complejo el análisis de la biosfera como un sistema simbiótico. En ese ecosistema gigante (así lo llamó) las re-

laciones de interdependencia entre todos los seres vivos –desde las bacterias hasta las ballenas, pasando por el primate erecto y enclenque que somos los humanos (así nos llama) – crean las condiciones que han venido haciendo posible la vida en la Tierra desde hace unos 3000 millones de años.

Temas como esos expresan ya procesos de cambio social vinculados a las innovaciones que aporta a tan gran velocidad la IV Revolución Industrial en la que estamos inmersos, y que bien puede arrastrarnos a destinos que no deseamos sino los entendemos en lo que son, y en lo que pueden llegar a ser bajo una orientación consciente. De esos cambios dependerá, en una importante medida que nuestras sociedades lleguen – o no – a ser a un tiempo prósperas, equitativas, sostenibles y democráticas. En esa perspectiva, tiene el mayor interés el párrafo con que Margulis culmina su reflexión. Allí, refiriéndose a la grave crisis que encara nuestra especie ante el deterioro de la biosfera de la que dependen nuestra vida como individuos y nuestro desarrollo como especie, nos dice que

Nosotros, las personas, somos iguales que nuestros compañeros de planeta. No podemos acabar con la naturaleza; sólo representamos una amenaza para nosotros mismos. La idea de que podemos destruir toda la vida, incluyendo a las bacterias que prosperan en los tanques de agua de las centrales nucleares o en las fumarolas hirvientes, es ridícula. Escucho a nuestros hermanos no humanos riéndose por lo bajo: “salimos adelante sin vosotros antes de conoceros y ahora vamos a seguir adelante sin vosotros”, cantan en armonía. La mayoría de ellos, los microbios, las ballenas, los insectos, las plantas con semillas y los pájaros todavía lo siguen haciendo. Los árboles de la selva tropical canturrean para sí mismos, esperando a que terminemos nuestra arrogante tala y puedan volver a su trabajo de crecer como solían hacerlo. Sus cacofonías y armonías continuarán mucho después de que nosotros nos hayamos ido.

Para Federico Engels, hacia 1876, lo planteado por Margulis en 1998, hubiera equivocado a un momento del “ciclo eterno en que se mueve la materia, [...] que únicamente cierra su trayectoria en períodos para los que nuestro año terrestre no puede servir de unidad de medida”. En ese ciclo, decía, el tiempo de máximo desarrollo, el tiempo de la vida orgánica y, más aún, el tiempo de vida de los seres conscientes de sí mismos y de la naturaleza, es tan parcamente medido como el espacio en que la vida y la autoconciencia existen; un ciclo en el que cada forma finita de existencia de la materia —lo mismo si es un sol que una nebulosa, un individuo animal o una especie de animales, la combinación o la disociación química— es igualmente pasajera y en el que no hay nada eterno de no ser la materia en eterno movimiento y transformación y las leyes según las cuales se mueve y se transforma.

Con todo, agregaba, “por más millones de soles y tierras que nazcan y mueran, por más que puedan tardar en crearse en un sistema solar e incluso en un solo planeta las condiciones para la vida orgánica, por más innumerables que sean los seres orgánicos que deban surgir y perecer antes de que se desarrollen de su medio animales con un cerebro capaz de pensar y que encuentren por un breve plazo condiciones favorables para su vida”, tenemos la certeza de que la materia será eternamente la misma en todas sus transformaciones, de que ninguno de sus atributos puede jamás perderse y que por ello, con la misma necesidad férrea con que ha de exterminar en la Tierra su creación superior, la mente pensante, ha de volver a crearla en algún otro sitio y en otro tiempo.

La perspectiva de Engels es de un alcance abrumador, en cuanto supone la posibilidad de la desaparición y el renacimiento de la vida como forma de organización de la materia, así sea durante un plazo que no cabe estimar. Al propio tiempo, sin embargo, quienes nos vemos involucrados en la crisis socio-ambiental generada en buena

medida por nuestra propia socialidad histórica, preferiríamos que nuestros descendientes estén allí, y canten también con el regreso de la selva de que nos habla Margulis.

A eso se refiere la necesidad de entender que si deseamos un ambiente distinto tendremos que crear sociedades diferentes, en las cuales la sustentabilidad del desarrollo humano sea la norma en las relaciones de las personas entre sí, y de la sociedad toda con su entorno natural. A eso se refería el liberal idealista Vladimir Vernadsky al plantear en 1943 – en las vísperas de la Gran Aceleración que nos conduciría al Antropoceno en el que ya estamos inmersos– que viviáramos ya “en el periodo de un nuevo cambio geológico evolutivo en la biosfera”: el de nuestro ingreso a la noosfera. Y añadía:

Este nuevo proceso geológico fundamental se está desarrollando a un ritmo impetuoso, y en una época de una guerra mundial destructiva, pero el hecho importante es que nuestros ideales democráticos estén sintonizados con los procesos geológicos fundamentales, con las leyes de la Naturaleza y con la noosfera. De ese modo, podremos encarar el futuro con confianza. Está en nuestras manos. No podemos dejarlo escapar.

Transformación de la cantidad en calidad y negación de la negación, a través de la oposición y lucha de la biosfera y la noosfera, hubiera dicho quizás Engels. En todo caso, estará en nuestras manos asumir o no la lucha por el equilibrio del mundo mediante el mejoramiento humano para el ejercicio de la utilidad de la virtud, para hacer sostenible el desarrollo de la especie que somos en una biosfera finalmente humanizada.

Alto Boquete, Panamá, 31 de octubre de 2024



Naturaleza, trabajo, humanidad

Guillermo Castro H.

“Individuos que producen en sociedad, o sea la producción de los individuos socialmente determinada: este es naturalmente el punto de partida.”
Carlos Marx

En el debate sobre la crisis ambiental, suele asumirse el conflicto entre la especie humana y su entorno natural a partir de características culturales que explicarían nuestra conducta predatoria y destructiva. Dos factores, sin embargo, permanecen relativamente marginados en ese planteamiento. Uno es el hecho de que somos una especie natural que, como tal, se desarrolla, cambia y evoluciona en interacción con la naturaleza, la cual venía haciéndolo desde antes de nuestra llegada, como seguirá ocurriendo cuando ya no estemos. El otro consiste en el mecanismo de interacción entre nuestra especie y su entorno natural. La ausencia de una categoría analítica adecuada para explicar esa interacción explica, por ejemplo, la dificultad de Vladimir Vernadsky para culminar su teoría de la transición de la biosfera a la noosfera. El intento del gran científico ruso de subsanar esa carencia mediante el recurso al desarrollo de la tecnología a partir del dominio del fuego confirmó que lo falso es el resultado de la exageración unilateral de uno de los aspectos de la verdad.

En efecto, el cambio tecnológico hace parte del proceso de trabajo, como elemento transhistórico del desarrollo humano. Comprenderlo como tal permite entender mejor las consecuencias de las formas históricas en que ha sido organizado el trabajo por distintas sociedades a lo largo del tiempo. Al respecto, dice Marx, el trabajo es “en primer lugar, un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza”. Y añade:

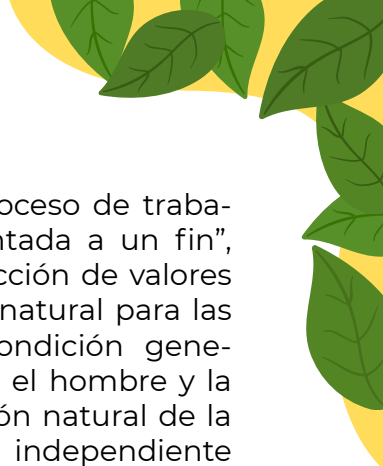
En el desarrollo de ese proceso el hombre se enfrenta a la materia natural misma como un poder natural. Pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil para su propia vida. Al operar por medio de ese movimiento sobre la naturaleza exterior a él y transformarla, transforma a la vez su propia naturaleza. Desarrolla las potencias que dormitaban en ella y sujeta a su señorío el juego de fuerzas de la misma.

De este modo, para Marx el trabajo debe ser entendido “bajo una forma en la cual pertenece exclusivamente al hombre”, que lo distingue por su capacidad para concebir por anticipado el objeto que persigue y los medios que requiere para conseguirlo. Con ello, agrega, el trabajador, además de efectuar “un cambio de forma en lo natural”, logra un objetivo que se ha propuesto alcanzar.

Esa “actividad orientada a un fin o sea el trabajo mismo,” es ejercida mediante elementos que incluyen el objeto y los medios (tecnológicos) del proceso en cuestión. Así, la tierra – incluyendo el agua que contiene – “en el estado originario en que proporciona al hombre víveres, medios de subsistencia ya listos para el consumo, existe sin intervención de aquél como el objeto general del trabajo humano.” De esta manera,

Todas las cosas que el trabajo se limita a desligar de su conexión directa con la tierra son objetos de trabajo preexistentes en la naturaleza. [...] En cambio, si el objeto de trabajo, por así decirlo, ya ha pasado por el filtro de un trabajo anterior, lo denominamos materia prima.

El medio de trabajo, por su parte, “es una cosa o conjunto de cosas que el trabajador interpone entre él y el objeto de trabajo y que le sirve como vehículo de su acción sobre dicho objeto.” Con ello,



Lo que diferencia unas épocas de otras no es lo que se hace, sino cómo, con qué medios de trabajo se hace. Los medios de trabajo no sólo son escalas graduadas que señalan el desarrollo alcanzado por la fuerza de trabajo humana, sino también indicadores de las relaciones sociales bajo las cuales se efectúa ese trabajo.

El alcance de ese proceso es mucho más vasto de lo que comúnmente imaginamos. Todos sus productos se traducen a su vez en otros, en la medida en que “todos los ramos de la industria operan con un objeto que es materia prima, esto es, con un objeto de trabajo ya filtrado por la actividad laboral, producto él mismo del trabajo.” Así ocurre, por ejemplo, en el caso de animales y plantas que resultan de transformaciones producidas “durante muchas generaciones”, por el trabajo de nuestra especie. Dígalo, si no, la historia del maíz, producido a partir del teosinte – aquella modesta hierba del altiplano mesoamericano –, transformada por la labor constante de los campesinos indígenas durante siglos, y convertida así en una gran planta de civilización.

En suma, dice Marx, el proceso de trabajo es una actividad “orientada a un fin”, que consiste en “la producción de valores de uso, apropiación de lo natural para las necesidades humanas, condición general del metabolismo entre el hombre y la naturaleza, eterna condición natural de la vida humana y por tanto independiente de toda forma de esa vida, y común, por el contrario, a todas sus formas de sociedad.”

Ampliada así esa perspectiva, podemos ver en esa interacción la base de toda creación humana, manual e intelectual, como la presentara José Martí en aquel poema cuya primera línea advierte “Canado tengo el pan: hágase el verso.” Y eso no es poca cosa, si por esa vía (también) llegamos a entender – como vamos haciéndolo – que si deseamos un ambiente distinto, necesitaremos crear una sociedad que sea diferente por el propósito y la forma en que organice la interacción de sus integrantes entre sí, y con su entorno natural.

Alto Boquete, Panamá, 11 de enero de 2021

Laudato Si': camino al mayo que viene

Guillermo Castro H.

"¡Yo quiero romper las jaulas a todas las aves;

- que la naturaleza siga su curso majestuoso, el cual el hombre, en vez de mejorar, interrumpe,

- que el ave vuele libre en su árbol;

- y que el ciervo salte libre en su bosque,

- y el hombre ande libre en la humanidad!"

José Martí, 1881

A (casi) diez años de su publicación en mayo de 2025, se hace evidente que *Laudato Si'*, siendo como es un documento de posición del Vaticano sobre la crisis ambiental como expresión de una crisis de civilización, es también un documento de la ecología política vaticana. Y allí radica su mayor valor en la ecúmene global.

Comprender ese valor, y ejercerlo, demanda trascender la lectura liberal anticlerical aún extendida entre buena parte de nuestra intelectualidad de capas medias. No faltará, en efecto, quien asuma como elemento de desdén que la ecología política vaticana considere que se vive en un mundo creado por una fuerza sobrenatural, que debe ser comprendida a partir de un cuerpo de doctrina elaborado entre 5 y 2 mil años atrás, que limita su utilidad como criterio de conocimiento y valoración de los problemas contemporáneos.

Por contraste, la moderna ecología política considera que vivimos en un mundo producido por el trabajo de los humanos a lo largo de al menos cien mil años. Ese proceso se desarrolló en el marco de la biosfera formada a partir de procesos naturales, produciendo una noosfera en constante ampliación, las cuales guardan una relación muy cercana a la que nuestra cultura reconoce en el vínculo entre la naturaleza y el ambiente.

Para mediados del siglo XX, la expansión

de esa noosfera llevó a una creciente incidencia de factores socio-tecnológicos en su relación con la biosfera. Esto contribuyó a generar a una nueva fase evolutiva, el Antropoceno, en cuyo marco los factores de origen antropogénico superan a los no antropogénicos en su capacidad para transformar las normas de funcionamiento de la biosfera.

Así, una noosfera enloquecida pasa a generar alteraciones en los regímenes del clima y en el funcionamiento de los sistemas ambientales. Esas alteraciones expresan a un tiempo la creciente inequidad en las relaciones entre los humanos y su entorno natural, y la de los procesos de trabajo y convivencia social asociados al mismo, en todo lo que va de la expansión del extractivismo y de la contaminación de la biosfera asociados a la lucha incesante por el crecimiento económico sostenido.

A eso se refiera *Laudato Si'* cuando, ante la visión liberal aún dominante en la geocultura mundial, con su adicción al legalismo, al recurso unilateral a las soluciones tecnológicas, y a la preservación de la inequidad en las relaciones interestatales, plantea el problema a encarar en los siguientes términos:

Cuando se habla de "medio ambiente", se indica particularmente una relación, la que existe entre la naturaleza y la sociedad que la habita. Esto nos impide entender la naturaleza como algo separado de nosotros o como un mero marco de nuestra vida. Estamos incluidos en ella, somos parte de ella y estamos interpenetrados. Las razones por las cuales un lugar se contamina exigen un análisis del funcionamiento de la sociedad, de su economía, de su comportamiento, de sus maneras de entender la realidad. Dada la magnitud de los cambios, ya no es posible encontrar una respuesta específica e independiente para cada parte del problema.

Esto, agrega, exige "buscar soluciones integrales que consideren las interacciones

de los sistemas naturales entre sí y con los sistemas sociales”, puesto que

No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental. Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza.

Una lectura de *Laudato Si'* desde y para su circunstancia confirma que las grandes corrientes del pensar contemporáneo interactúan y se deslindan entre sí ante cada uno de los problemas de una misma crisis, resaltando aquellos en que les resulta más sencillo expresar sus propias premisas. Aquí, los liberales prefieren la comodidad de las ramas, mientras otros optan por ir a la búsqueda de las raíces de los problemas que afectan a todos.

En el marco de esa tensión de los humanos entre sí, tan propia de periodos de transición histórica como el que vivimos, documentos como *Laudato Si'* hacen parte de aquel proceso en el cual

cada fase histórica deja huellas de sí en las fases sucesivas, huellas que son, en cierto sentido, el mejor documento. El proceso de desarrollo histórico es una unidad en el tiempo, por la cual el presente contiene a todo el pasado y del pasado se realiza en el presente todo lo que es “esencial”, sin residuo de un “incognoscible” que sería la verdadera “esencia”. Lo que se ha “perdido”, lo que no ha sido transmitido dialécticamente en el proceso histórico, era por sí mismo irrelevante, era “escoria” casual y contingente, crónica y no historia, episodio superficial, digno de ser olvidado, en último análisis.

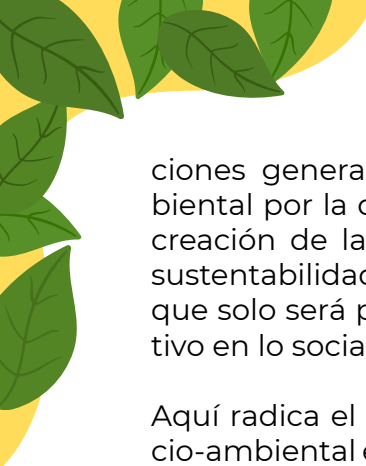
Aquí, en nuestro tiempo, buena parte de esa escoria corresponde al fetichismo del dinero y la tecnología dominante en la geocultura del sistema interestatal realmente existente. Por su parte, resultan cada vez más pertinentes elementos que bien po-

drían parece obsoletos a ese fetichismo, en lo que va del Cántico de las Criaturas de San Francisco de Asís a los Versos Sencillos de José Martí y la Teología de la Liberación, de Gustavo Gutiérrez.

Desde esta perspectiva, un ejercicio de “ingeniería inversa” podría ser útil para comprender mejor las afiliaciones sociales y políticas de otras corrientes. Hay una importante impronta anarquista en mucho de la ecología política del mundo iberoamericano, como hay una liberal - demócrata en mucho de la del mundo Noratlántico. Esa ingeniería, si llegara a ser hecho, facilitaría entender mucho mejor las contradicciones que animan la dimensión socio-ambiental de la geocultura de nuestro tiempo en todo lo que va de la negación a la sostenibilidad del desarrollo humano, a la demanda de ese desarrollo para poner remedio a los males que genera la ideología del crecimiento sostenido.

Desde esa necesidad, la visión de la crisis socio-ambiental que nos ofrece *Laudato si'* hacen de la Encíclica un documento de teología política, que conviene abordar como tal. Ella, en efecto, rompe el consenso neoliberal para plantear la necesidad de encarar sus consecuencias socio-ambientales. Fue desde esa perspectiva, por ejemplo, que el economista ambiental mexicano Gabriel Quadri intentó mitigar el impacto político de la Encíclica en un breve artículo titulado *El papa Francisco y el planeta*, que aún vale la pena leer.

Una década después, la bancarrota económica y moral del neoliberalismo confirma el aporte de *Laudato Si'* a la batalla de ideas de nuestro tiempo. Identificar los términos en que ha de darse esa batalla; el papel que en ella cumplirán el reformismo liberal y el neobakuninismo; las opciones de contraofensiva del neoliberalismo; asumir al movimiento ambientalista desde la ecología política, y prepararnos para el recrudecimiento de la lucha ideológica en su seno: estas tareas ganarán en importancia ante el recrudecimiento de las contradic-



ciones generadas por la crisis socio-ambiental por la que atraviesa la lucha por la creación de la noosfera que demanda la sustentabilidad de un desarrollo humano que solo será posible en un marco equitativo en lo social como en lo natural.

Aquí radica el núcleo de nuestra crisis socio-ambiental en el plano la cultura. Y si en-

tendemos que la política es a fin de cuentas cultura en acto, podremos entender la urgencia de educarnos para ejercernos en los términos necesarios para llegar a andar libres en la humanidad.

Alto Boquete, Chiriquí, 4 de noviembre de 2024

Foster, tercera llamada

Guillermo Castro H.

“Se han de estudiar a la vez, si se quiere saber de sociedades humanas, las influencias extrahumanas, los motivos generales de agencia humana, y las causas precipitantes o dilatorias que han obrado para alterar el ajuste natural entre estas dos fuerzas paralelas.”

José Martí

Circula desde agosto pasado, en inglés, el libro de John Bellamy Foster que algún día llegará a nuestra América con el título de *La Dialéctica de la Naturaleza*. Como avance, ya está disponible en la red la traducción al español de la Introducción de la obra, que sintetiza de manera clara y sencilla lo fundamental de su contenido.

El libro completa una trilogía iniciada en el año 2000 con la publicación de *La Ecología de Marx*, y continuada en 2020 con *El Retorno de la Naturaleza*. En su primera llamada, Foster abordó la relevancia que Marx otorgó a la interacción entre la especie humana y el mundo natural mediante el trabajo socialmente organizado, en particular en cuanto al desarrollo del capitalismo. A eso se refiere, por ejemplo, la observación hecha en 1875 por Marx en su “Crítica al Programa de Gotha”, donde señala que el trabajo “no es la fuente de toda riqueza. La naturaleza es la fuente de los valores de uso [...], ni más ni menos que el trabajo, que no es más que la manifestación de una fuerza natural, de la fuerza de trabajo del hombre.”

En *El Retorno de la Naturaleza*, Foster aborda la continuidad de esa perspectiva dialéctica entre los sectores más progresistas de la sociedad británica posterior a Marx, y en la Unión Soviética anterior al estalinismo. Y en este tercer libro traslada de lleno su foco de atención al Antropoceno, cuando la ruptura del metabolismo entre las sociedades de nuestro tiempo y sus entornos naturales amenaza ya la estabilidad del Sistema Tierra en que se ha formado y

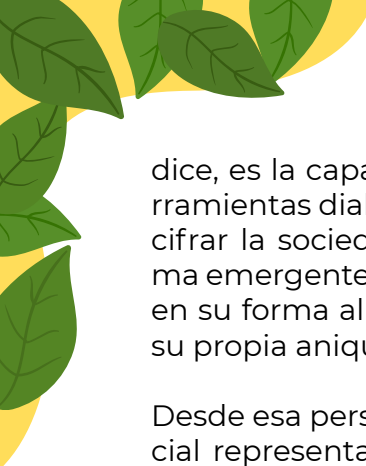
evoluciona nuestra especie.

Desde allí, Foster aborda la crisis socio-ambiental de nuestro tiempo a partir de una perspectiva en la cual “la estructura de la historia, incluida la historia natural,” siempre contiene en sí crisis y catástrofes, junto con la posibilidad de algo cualitativamente nuevo, extraído de una combinación de residuos del pasado (realidades previamente negadas) que interactúan de forma contingente con el presente como historia y generan un cambio transformador. Así pues, la historia, ya sea natural o humana, no es lineal, sino que se manifiesta como una forma de desarrollo en espiral.

Dentro de esa espiral – que tantas veces retrocede al pasado para avanzar hacia el futuro, enriqueciendo y ampliando a un tiempo su exploración de la historia ecológica como ámbito mayor de la ambiental –, la noción del desarrollo humano como un proceso histórico, dice, constituye “una concepción relativamente reciente que apenas precede a la era capitalista”, y es producto “de la relación cambiante de los seres humanos con la naturaleza en su conjunto.”

Esa relación entre las sociedades y sus entornos naturales opera a través de un constante intercambio de materia y energía que se constituye en “el fenómeno material que conecta lo físico-químico y lo biológico a través de los intercambios dentro de la naturaleza.” Con ello, agrega, ante el problema de la producción de las transformaciones de ese intercambio metabólico y lo que podía ser necesario para producirlas, cualquier respuesta satisfactoria debía aportar también “una solución al problema del origen de lo cualitativamente nuevo”.

Para Foster, las nociones de la dialéctica de la naturaleza y las formas organicistas de materialismo “preceden al marxismo en miles de años”, no sólo en la obra de los antiguos griegos, sino también en la filosofía china, a partir del período de los Estados Combatientes. Lo que aporta el marxismo,



dice, es la capacidad de crear “nuevas herramientas dialécticas de análisis para descifrar la sociedad humana como una forma emergente de la naturaleza, que ahora, en su forma alienada actual, apunta hacia su propia aniquilación.”

Desde esa perspectiva, el metabolismo social representado por la producción “mediatiza la relación material de la humanidad con los sistemas ecológicos, desde los ecosistemas locales hasta el Sistema Tierra.” Esto, añade, permite entender que “la alteración del metabolismo del Sistema Tierra que resulta en la brecha antropogénica de los ciclos biogeoquímicos del planeta”, crea la actual crisis de sustentabilidad en el desarrollo de nuestra especie.

Con ello, la recuperación “de la teoría de la brecha metabólica de Marx” facilita abordar “las dimensiones sociales de la crisis del Sistema Tierra”, que van “desde el metabolismo del suelo hasta el clima.” En particular, agrega, la mayor utilidad de este abordaje consiste en que nos proporciona “una comprensión más activa del metabolismo social de los seres humanos y la Tierra en toda su complejidad como parte de una dialéctica materialista global”, lo cual demanda “tanto una dialéctica de la sociedad como una dialéctica de la naturaleza”, integradas en una dialéctica de la ecología que ofrezca sustento a “una nueva praxis medioambiental global.”

Hoy, nos dice Foster, el mundo “se enfrenta a dos tendencias opuestas”. Por un lado, se busca acelerar la acumulación del capital mediante “la financiarización de la naturaleza basada en las fuerzas del mercado y asociada a los procesos de la llamada descarbonización y desmaterialización.” En este plano, se busca “subsumir al mundo en la lógica abstracta del dinero como sustituto de la existencia en el mundo real, una lógica alienada que sólo puede conducir al desastre total, a la negación estéril de la propia humanidad.”

Por otra parte, emergen nuevos movimien-

tos de lucha “por el decrecimiento planificado y el desarrollo humano sostenible”, que buscan trasladar “el poder del capital global a los trabajadores sobre el terreno y en sus comunidades por todo el planeta,” constituyendo así “el nuevo poder potencial de un proletariado medioambiental emergente.” Esto, añade, requiere “la fusión de las luchas económicas y medioambientales de las poblaciones explotadas y expropiadas de todo el mundo en una forma de cooperación nueva y más amplia”, pues la gente de la base “se está viendo impulsada a defender no sólo su trabajo, sino también su entorno y sus comunidades, y de hecho, la habitabilidad del propio planeta, concebido como un hogar para la humanidad y todas las demás especies.”

Este momento de nuestra historia requiere, así, de “una transformación revolucionaria en las relaciones sociales que rigen en la producción, el consumo y la distribución”, que abra paso a. “un cambio dramático con respecto del monopolio del capital, la explotación, la expropiación, el despilfarro y el impulso incesante hacia la acumulación.” A partir de ese cambio, “una humanidad revolucionaria sustentada en la población trabajadora – un proletariado ambiental emergente –,” demandará una nueva formación social que provea a las necesidades básicas de toda la población, seguida por las necesidades de la comunidad, incluyendo las necesidades de desarrollo de todos los individuos. Esto será posible mediante mejoras cualitativas en el trabajo, un énfasis en el trabajo útil y la labor de cuidado, para compartir la abundante riqueza social, producto ella misma del trabajo humano. Una relación sostenible con la Tierra es un requisito absoluto sin el cual no podrá haber futuro para los humanos.

En 1915, en una fase anterior de la lucha por el equilibrio del mundo y la sostenibilidad del desarrollo humano, Rosa Luxemburgo reiteró el llamado a escoger entre el socialismo y la barbarie, hecho por Karl Kautsky, en 1892. Hoy, desde lo planteado por

Foster, el retorno a la barbarie bien puede ser apenas una etapa en el camino hacia la extinción de la especie humana. Por lo mismo, dice, nos acercamos al momento de optar entre “el socialismo y el exterminismo”, ‘la ruina o la revolución’”.

Imaginar la extinción no es particularmente difícil: se trata, incluso, un tema cada vez más común en nuestra cultura de masas. Lo difícil es maginar la transformación so-

cial que la prevenga, cuando el Antropoceno nos conduce a una fase de nuestra historia en que esa extinción parece acercarse de lo eventual a lo posible y, ojalá no, a lo inevitable. De nosotros depende. Nadie más está disponible para hacerse cargo.

Alto Boquete, Panamá, 10 de noviembre de 2024

Para un mercado glocal de servicios ambientales

Guillermo Castro H.

Más allá de disputas geopolíticas, o de la defensa de mercados sectoriales, el deterioro de las condiciones naturales de producción a escala planetaria ha creado ya una situación de crisis en el mercado mundial sin precedentes en su desarrollo desde el siglo XVI. Esta crisis tiene su más importante expresión en el calentamiento de la atmósfera, la intensificación de la variabilidad climática, la creciente presencia de eventos meteorológicos extremos y la tendencia al aumento en el nivel del mar, que para fines del siglo XXI podría tener graves consecuencias para unos 745 millones de personas.

Lo importante, aquí, es comprender la historicidad del problema que encaramos atendiendo a la advertencia que nos hace el historiador británico Christopher Wickham: “el desarrollo histórico no va a ninguna parte, sino que, al contrario, procede de algún sitio.” El origen del problema, en efecto, no determina el destino de quienes lo padecen, sino las opciones que tienen para encararlo. Y esto se comprende mejor a partir de un planteamiento tan preciso como sea posible en sus premisas y sus conclusiones.

Al respecto, por ejemplo, conviene recordar que el ambiente es el producto de la interacción entre sistemas naturales y sociales a lo largo del tiempo, mediante procesos de trabajo socialmente organizados. Dichos procesos de trabajo van desde la transformación de elementos naturales en recursos y el uso de esos recursos para la producción de bienes y servicios destinados a la satisfacción de necesidades humanas, hasta la disposición de los desechos resultantes de la producción y el consumo de esos bienes y servicios.

El desarrollo y la productividad de esos procesos de trabajo dependen de condiciones

de producción (sociales, naturales y territoriales), que deben a su vez ser producidas por el Estado y, en medida menor y más precisa, por el sector privado. Así, las condiciones naturales de producción antes mencionadas son aquellas que garantizan la oferta adecuada de elementos como el agua, el suelo, los ecosistemas y las capacidades de interacción metabólica entre los sistemas naturales y los sistemas sociales. Las condiciones sociales se refieren a la formación de la fuerza de trabajo que esos procesos demandan, y las territoriales a la organización de la actividad económica en su relación con la organización natural del territorio en que esa actividad tiene lugar.

En el caso de la crisis que nos ocupa, el desarrollo de la interacción entre los sistemas naturales y sociales a partir de la Revolución Industrial ha conocido una intensidad y una escala crecientes, al punto en que se ha llegado a calcular que a lo largo del siglo XX la humanidad produjo un volumen de bienes y desechos superior al de los 100,000 años precedentes. Esa intensificación ha dado lugar a una ruptura del metabolismo sociedad / naturaleza, generando procesos de transformación de la biosfera que plantean crecientes amenazas tanto a la actividad productiva global como al desarrollo de la especie humana.

Existen diversas estimaciones sobre el impacto de estas transformaciones a escala planetaria. Por lo general, las más relevantes incluyen el cambio climático, el colapso de ecosistemas, la pérdida de biodiversidad, el incremento del riesgo de enfermedades emergentes y reemergentes, y la contaminación masiva de los suelos, las aguas y la atmósfera del planeta.

Lo importante aquí es comprender que aquello que ha sido generado como consecuencias no previstas determinadas maneras de organizar la producción de nuestras relaciones con el medio natural puede ser encarado modificando esas modalidades de relación productiva. Ese proceso de modificación ya está en curso en la econo-

mía mundial – en primer término, en la Unión Europea-, va ganando en importancia en Norteamérica y el Asia Oriental, pero marcha aún con retraso en América Latina. El siguiente cuadro intenta sintetizar algunos rasgos de la crisis ambiental, sus consecuencias, los principales afectados y algunas opciones de solución.

Efecto A	fectados O	pciones
Cambio climático <ul style="list-style-type: none"> • Intensificación de la variabilidad climática • Incremento de eventos extremos 	<ul style="list-style-type: none"> • Sociedad • Estados • Productores agropecuarios • Empresas aseguradoras 	<ul style="list-style-type: none"> • Descarbonización • Energías alternativas • Eficiencia energética
Colapso de ecosistemas <ul style="list-style-type: none"> • Deterioro de sistemas hídricos, suelos, biodiversidad, capacidad de captura de carbono 	<ul style="list-style-type: none"> • Sociedad • Estados • Actividad productiva • Empresas aseguradoras 	<ul style="list-style-type: none"> • Corto plazo: producción de servicios ambientales • Mediano/ largo plazo: restauración de ecosistemas degradados
Contaminación <ul style="list-style-type: none"> • Deterioro de la calidad de aire, agua, suelo, salud • Incremento en complejidad y costos de saneamiento • Deterioro competitividad 	<ul style="list-style-type: none"> • Sociedad • Estado • Sector productivo 	<ul style="list-style-type: none"> • Servicios de descontaminación • Tecnologías para <ul style="list-style-type: none"> ◦ reducción de desechos en procesos productivos ◦ transición a economía circular ◦ producción agroecológica

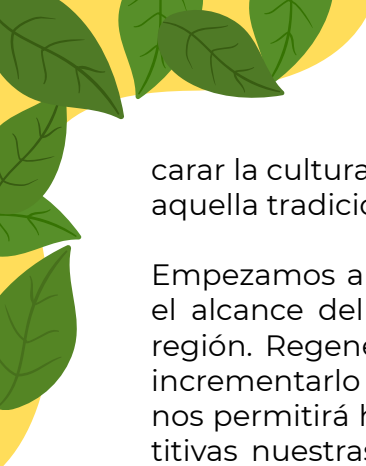
Como puede apreciarse, todas las opciones indicadas se refieren a actividades productivas en sentido pleno, esto es, no meramente remediales. Como tales, implican la creación de procesos innovadores de trabajo para la creación de valor en un mercado emergente. Y tales procesos, a su vez, requieren visiones y capacidades innovadoras de gerencia para su conducción. En este sentido, cabe decir que – en lo más esencial - la gerencia de negocios ambientales se ocupa de la organización y dirección de procesos de producción de bienes y servicios que compensen el deterioro de la oferta de servicios ecosistémicos y de la innovación de procesos productivos tradicionales para incrementar su competitividad en mercados de creciente regulación ambiental.

El alcance de ese mercado es glocal, en la medida en que se refiere a problemas globales encarados desde circunstancias locales. Si bien ese mercado aún está en vías de formación en América Latina - aunque

de hecho un creciente número de empresas y emprendimientos se vincula a la producción de bienes y servicios ambientales – la formación de las capacidades gerenciales que demanda ya va siendo una necesidad de creciente urgencia en la región.

Hoy, incluso, cabe decir que el principal obstáculo al desarrollo de ese mercado en la región radica en el terreno de las capacidades gerenciales antes que en el del financiamiento de sus actividades productivas. Baste considerar, por ejemplo, la creciente importancia que organismos como la Corporación Andina de Fomento / Banco Latinoamericano de Desarrollo le vienen otorgando al tema.

En una región que desde el siglo XVI se ha caracterizado por la extracción y exportación masiva de materias primas, esta perspectiva resulta sin duda alguna innovadora. Aun así, por un tiempo – que dependerá en buena medida de la labor de entidades académicas y empresariales – deberá en-



carar la cultura organizacional derivada de aquella tradición extractivista.

Empezamos a entender apenas el valor y el alcance del capital natural de nuestra región. Regenerarlo donde sea necesario, incrementarlo en todo lo que sea posible, nos permitirá hacer cada vez más competitivas nuestras grandes ventajas compa-

rativas en el mercado global de servicios ambientales y abrirá sin duda caminos inéditos para un desarrollo finalmente sostenible de nuestras sociedades.

Ciudad del Saber, Panamá, 3 de julio de 2021

III. En largo...

Será transformadora, o no será

Guillermo Castro H.

En su origen, dice Pamela Fessler, el primer Día de la Tierra “impactó el nervio correcto en la psiquis de una nación” – los Estados Unidos – “que había sido desgarrada por los desórdenes urbanos y las violentas protestas contra la guerra” de Viet Nam. De acuerdo a la autora, la iniciativa de movilizar al país en torno a la lucha por un ambiente limpio y por la conservación de los recursos naturales, promovida por el senador demócrata Gaylord Nelson en aquel año de 1970, convocó a más de 20 millones de norteamericanos a “una celebración de la Tierra que todo el mundo podía apoyar”, desde los republicanos conservadores hasta los demócratas liberales. El Día de la Tierra nació, como vemos, en una circunstancia de crisis y permanece entre nosotros porque esa crisis persiste. Recordarlo constituye, por lo mismo, un estímulo para llegar a entender mejor esa crisis en su origen, en su alcance, y en las disyuntivas que nos ofrece.

A 30 años de entonces, por ejemplo, el Panorama Mundial del Ambiente 2000, señala que “el ecosistema global se ve amenazado por graves desequilibrios en la productividad y en la distribución de bienes y servicios”, al tiempo que “el mundo atraviesa por cambios cada vez más rápidos, en los que la conducción ambiental marcha con rezago respecto al desarrollo económico y social”, mientras “las ganancias ambientales derivadas de nuevas tecnologías y nuevas políticas se ven rebasadas por el crecimiento de la población y por el desarrollo económico”. Este tipo de planteamientos, en los que se combinan de modo nuevo los aportes de las ciencias humanas y la naturales, forma parte de las transformaciones del saber que caracterizan a lo mejor de la cultura de nuestro tiempo, nutrida por el desarrollo de la crisis

que enfrentamos.

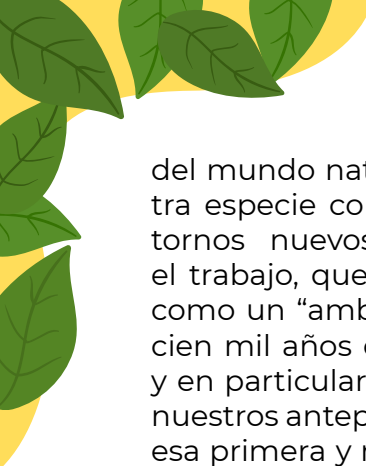
Estamos, en realidad, ante un problema que busca expresión y aquí, como lo quiso para el estudio de otra crisis en otro tiempo el historiador francés Georges Duby, se puede afirmar con él en que, para atender esa necesidad de manera eficaz, “el mejor método consiste en partir de las palabras, explorar un campo semántico, es decir, el nicho donde se encuentra, concentrado, el concepto.” Y, para los fines que reclama de nosotros la reflexión a que llama el Día de la Tierra, no hay quizás mejor campo semántico para explorar que el de las relaciones entre la conservación y el desarrollo.

Los términos del problema

A primera vista, el debate entre los partidarios de la conservación de los recursos naturales y quienes alegan la necesidad de aprovecharlos para la creación de riqueza plantea un conflicto entre posiciones tan claramente definidas como incompatibles entre sí. Sin embargo, el opuesto a la conservación no es el desarrollo, sino el despilfarro. Y ambos, por otra parte, constituyen medios para un fin - en este caso, el desarrollo, entendido en la mejor tradición latinoamericana, como un círculo virtuoso en el que el crecimiento económico se traduce en bienestar social y participación política crecientes a escala de sociedades completas.

Vistas así, tanto la conservación como el despilfarro pueden constituirse - e incluso combinarse - en estrategias de desarrollo, según su capacidad para ofrecer respuestas a los problemas que una sociedad considere prioritarios en un momento determinado de su historia. Cada una de esas estrategias plantea también ventajas e inconvenientes: por lo mismo, conviene examinar con cierto detalle algunos de los supuestos del razonamiento que nos guíe ante tal opción.

En primer término, conviene recordar que la constante actividad de transformación



del mundo natural que lleva a cabo nuestra especie conduce a la creación de entornos nuevos, humanizados mediante el trabajo, que cabe designar justamente como un “ambiente humano”. Al cabo de cien mil años de expansión por la Tierra - y en particular desde el momento en que nuestros antepasados dominaron el fuego, esa primera y más potente de las tecnologías -, ese ambiente humano ha llegado a ser dominante en el planeta entero, donde actúa como un espacio de intermediación entre nuestro ámbito vital inmediato y el mundo natural, infinitamente más vasto y complejo.

La amplitud y estabilidad del ambiente humano, sin embargo, dependen siempre del estado de equilibrio logrado entre la capacidad de los humanos para preservarlo, y la tendencia del mismo a retornar a una condición pre-humana. Por lo mismo, ni siquiera las experiencias más exitosas de aprovechamiento sostenido de recursos naturales - como en las economías hidráulicas del extremo Oriente - logran un control integral y duradero de su entorno natural. En esta perspectiva, el desarrollo comprende tanto la transformación sistemática grandes ecosistemas por parte de los seres humanos, como la lucha por preservar los resultados de ese esfuerzo.

Esas relaciones con el medio natural, a su vez, están íntimamente vinculadas al carácter de las relaciones que los humanos establecen entre sí para la producción de sus medios de vida y su cultura. Así, en la medida en que el ambiente humano representa siempre una naturaleza reorganizada mediante el trabajo, su capacidad para sostener la vida humana es un excelente indicador de la calidad de la organización de las relaciones de producción que caracteriza a la sociedad que lo creó.

Tales relaciones se expresan, por ejemplo, en las llamadas “variables ambientales” que la sociedad establece tanto para definir sus fines de relación con el mundo natural como para seleccionar los medios a

utilizar para transformarlo. Esto se traduce en estilos de desarrollo característicos, que cambian en la medida en que cada sociedad modifica el modo en que se percibe a sí misma, a sus necesidades, y a las oportunidades y problemas que le ofrece el mundo natural. Y en ese proceso de cambio la sociedad encuentra el estímulo para dotarse de medios nuevos - tecnológicos, organizativos, culturales -, adecuados a los nuevos fines que pasan a orientar su desarrollo.

En esta perspectiva, el despilfarro y la conservación - en tanto que estrategias de relación con el mundo natural -, se distinguen entre sí en dos niveles. En primer término, por el modo en que valoran la función de los recursos naturales en el proceso de desarrollo. Y, en segundo, por la disposición que demuestran para enfrentar sus consecuencias ambientales, pues una estrategia de conservación para el desarrollo tiende en esencia a ser sustentable, mientras una de desarrollo mediante el despilfarro tiende inevitablemente a la insustentabilidad. Por lo mismo, lo que otorga verdadero sentido a la opción por una u otra de esas estrategias no es tanto su racionalidad intrínseca sino, y sobre todo, la circunstancia histórica en que tiene lugar. Y es precisamente en la circunstancia de la crisis ambiental de nuestro tiempo que la conservación adquiere su mayor y mejor sentido como estrategia de desarrollo.

Conservación y despilfarro: la doble estrategia del desarrollo

La conservación surge como estrategia de desarrollo a principios de este siglo en los Estados Unidos, como reacción ante el deterioro de la enorme base de recursos naturales que había sustentado el asombroso crecimiento económico de aquel país a lo largo del siglo XIX. Así, en 1910 Gifford Pinchot (1865 - 1946), organizador del Servicio Forestal de los Estados Unidos durante la Administración Roosevelt, planteaba tres principios básicos para tal estrategia:

- a) Entender la conservación como “el desarrollo, el uso de los recursos naturales actualmente existentes en este continente para beneficio de la gente que vive aquí en este momento”,
- b) “prevenir el despilfarro” y, por último,
- c) desarrollar y preservar los recursos naturales “para beneficio de la mayoría, y no simplemente para ganancia de una minoría”.

América Latina se encuentra hoy en una situación que sugiere algunas similitudes con aquella circunstancia: la abundancia de recursos naturales ha constituido un factor central del crecimiento económico; el proceso de deterioro de esa base de recursos se encuentra muy avanzado, y ya es evidente el riesgo de vincular de manera permanente el crecimiento económico a lo que Nicolo Gligo llama las “ventajas comparativas espurias” constituidas por “mano de obra barata y recursos naturales subvalorizados”. Esta comparación, por supuesto, tiene límites precisos.

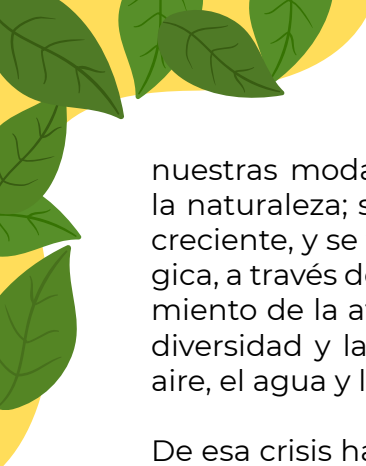
De entonces acá, los Estados Unidos, como venía haciéndolo desde el siglo XVI el resto de los países Noratlánticos que hoy llamamos “desarrollados”, adoptaron una estrategia de relación con el mundo natural que combina la conservación de su base nacional de recursos con la extracción masiva de recursos en otras áreas del planeta. Hasta hoy, esa doble estrategia forma parte del núcleo de una economía global estructurada a partir de la capacidad de un número limitado de centros desarrollados para controlar recursos naturales - tierras, agua, energéticos, materias primas, alimentos y el trabajo de quienes intervienen en su producción - situados en periferias tan distantes como distintas a su propio territorio.

Así, en 1938 el geógrafo norteamericano Carl Sauer podía señalar que el desarrollo de la “civilización moderna” se había sustentado “sólo parcialmente en un uso más intensivo, y en un rendimiento más sostenido, de los recursos naturales.” Por el contrario, decía, nuestra moderna expansión

ha sido llevada a cabo, en gran medida, al costo de un constante empobrecimiento del mundo. El desarrollo de nuestra civilización ha dependido en una importante medida del consumo de su propio capital, los recursos naturales del planeta... La explotación destructiva ha contribuido de tal modo al crecimiento de la “riqueza” del mundo moderno, que se la suele aceptar como un proceso normal, justificado e incluso aprobado como una “etapa” en el “desarrollo” económico, que a la larga está supuesto a dar paso a un uso equilibrado de los recursos y a un nivel siempre creciente de producción. Sin embargo, son tantos los casos en que el proceso de expansión europea ha tenido lugar a costa del empobrecimiento de las tierras colonizadas, que debemos considerar ese hecho como la regla, y no como la excepción.

Por contraste, en América Latina ha persistido la estrategia de desarrollo mediante la explotación destructiva de ventajas comparativas – tanto humanas como naturales - que entre los siglos XVII y XIX la llevó a constituirse en parte del mundo empobrecido a que se refiere Sauer. Así, a fines del siglo XX los rubros que generaban mayor cantidad de divisas para las economías de la región, además del petróleo y sus derivados, seguían siendo semejantes en buena medida a los que habían impulsado la reinserción de América Latina en el mercado mundial en el último cuarto del XIX, en el marco del llamado modelo “primario exportador” (en lo económico) y liberal-oligárquico (en lo político y lo social).

Hoy está en cuestión es la estrategia de conservación en el centro y despilfarro en la periferia que genera la crisis de sostenibilidad que aqueja al ambiente humano a escala planetaria. Las crisis ambientales del pasado -en Mesopotamia, en Mesoamérica, o en la cuenca del Mediterráneo - tuvieron un carácter regional, afectaron modalidades específicas de relación con la naturaleza, y se desarrollaron de manera gradual. La de nuestro tiempo, en cambio, tiene un alcance global; afecta a todas



nuestras modalidades de interacción con la naturaleza; se desarrolla con intensidad creciente, y se torna ya en una crisis ecológica, a través de procesos como el calentamiento de la atmósfera, la pérdida de biodiversidad y la contaminación masiva del aire, el agua y los suelos del planeta.

De esa crisis hace parte, también, la manifestación de incapacidad del sistema interestatal para actuar en consecuencia. La necesidad de un cambio en nuestra estrategia de relaciones con la naturaleza se expresa ya en la creciente demanda del paso a formas de desarrollo que sean sostenibles por lo humanas, y permitan por ello revertir el deterioro de nuestros recursos humanos y naturales. Sin embargo, una necesidad tan evidente ha encontrado obstáculos incesantes para generar una oferta viable en la economía global. Parte del problema radica, quizás, en que documentos como la Agenda 21 fueran aprobados “sin haber realizado previamente ningún análisis de los costos económicos, sociales e incluso psicológicos asociados a su aplicación” y sin una “jerarquización de prioridades”, sin las cuales “no hay inversiones”, según lo planteó en 1997 Francesco di Castri, presidente del Comité de la UNESCO para el seguimiento de los acuerdos de la Conferencia Mundial sobre el Medio Ambiente y

el Desarrollo celebrada en Río de Janeiro en 1992.

Lo fundamental, sin embargo, consiste en que estamos ante un problema político - esto es, de cultura en acto -, a resolver por medios técnicos, y no al revés. En efecto, una estrategia de conservación para el desarrollo tendría por necesidad que ser integral; participativa y diversa en sus expresiones; abierta a todas las formas de organización social para la producción presentes en el país, y adecuada al potencial productivo de las diferentes ecorregiones del planeta. En suma, tendría que ofrecernos opciones situadas en un terreno distinto a aquel en que se plantea la aparente disyuntiva entre conservación y desarrollo, que tan a menudo conduce a la parálisis de la iniciativa creadora, primero, y a consecuencias de despilfarro y estancamiento, después. Lo evidente, en todo caso, es que la conservación será transformadora, o no será, pues el desarrollo sólo podrá ser sustentable en la medida en que conduzca a la transformación de las condiciones que hoy nos impiden tener una relación responsable con el medio natural.

Panamá, Día de la Tierra, 20 de noviembre de 2000

Gerencia, historia y poesía. Las Humanidades en la gestión del desarrollo sostenible

Guillermo Castro H.

"If the misery of our poor be caused
not by the laws of nature,
but by our institutions,
great is our sin."

Charles Darwin,
Voyage of the Beagle

En lo más esencial, la gestión que interesa aquí es aquella que vincula entre sí los ámbitos natural, social e institucional del desarrollo (económico), para identificar los conflictos inherentes a las relaciones entre ellos, y conducir el proceso hacia metas sostenibles. Aquí cabe identificar dos planos mayores de contradicción.

El primero y más visible es el del enfrentamiento entre las aspiraciones de la economía humana y las capacidades de la economía natural. Aquí se plantea, por ejemplo, la discusión sobre la capacidad de carga de los ecosistemas y la sostenibilidad de los procesos productivos asociados a los mismos. Se trata, sobre todo, de encarar los problemas técnicos de la producción a partir de la disyuntiva de trabajar con la naturaleza, o contra ella.

El otro plano es el de las relaciones sociales. Aquí se expresan, por ejemplo, las contradicciones que puedan surgir entre diferentes grupos humanos que aspiran a hacer uso de un mismo sistema socio-ambiental para fines distintos y excluyentes – sea la conservación de bosques, la expansión inmobiliaria o la agricultura campesina –, como ocurre en el caso de la Cuenca del Canal de Panamá. Estas contradicciones derivan en problemas políticos, a encarar mediante acuerdos entre organizaciones, garantizados por vía institucional y legal.

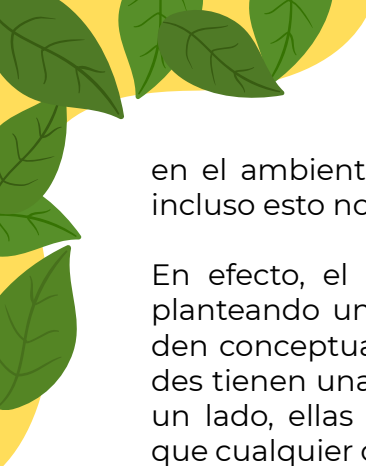
El vínculo entre ambos planos de conflicto es el trabajo socialmente organizado, que

pone en contacto de manera productiva a la cultura y la naturaleza, para ofrecer medios de vida. Aquí, como señala el economista James O'Connor, "se disipa el dualismo entre las interpretaciones culturales y ambientales de la historia y el paisaje", y al examinar cualquier paisaje cultural o estudiar cualquier sistema ecológico, lo que queda en evidencia no son ya dos hechos separados, "sino uno solo con tres facetas: cultura, trabajo y naturaleza".

Esta observación tiene especial importancia para la gestión del desarrollo sostenible. Todo proceso productivo supone, en algún grado, un esfuerzo de reorganización del mundo natural – algunos de cuyos elementos, por ejemplo, son relevados como "recursos", mientras otros pasan a ser "desechos". Esa reorganización, a su vez, opera a través de un reordenamiento de las relaciones dominantes en la vida social, y de las instituciones que norman esas relaciones.

El resultado de esos procesos se expresa en paisajes característicos. Así ha ocurrido, por ejemplo, de la transformación simultánea de los paisajes "natural" y "social" en áreas de agrosilvicultura transformadas en potreros por la expansión de la ganadería extensiva, o en zonas rurales que pasan de una pequeña producción diversificada a otra de plantación/agroindustria/extractivismo, como ha ocurrido en los casos del azúcar, el banano y la minería metálica a cielo abierto, como ha ocurrido en Panamá.

Prever, coordinar y conducir esos procesos simultáneos de creación de nuevos paisajes constituye una tarea de singular complejidad técnica, científica y política. Para encarar esa tarea, la gestión del desarrollo sostenible utiliza las técnicas de la gerencia para poner los conocimientos producidos por las ciencias naturales al servicio de las necesidades y prioridades humanas identificadas por las ciencias sociales, y orientar hacia metas sostenibles las transformaciones generadas por el desarrollo



en el ambiente humano. Y, sin embargo, incluso esto no basta.

En efecto, el desarrollo sostenible sigue planteando un importante desafío de orden conceptual, en el cual las Humanidades tienen una doble responsabilidad. Por un lado, ellas están en mayor capacidad que cualquier otro campo del conocimiento para contribuir a precisar el contenido de los problemas que plantea ese desarrollo. Por otro, lo están también para establecer el significado de esos problemas dentro del proceso mayor de lo que algunos, en el siglo XIX, llamaron “la historia natural de la especie humana”, un nombre que retornará inevitablemente en los tiempos por venir, si atendemos a lo que decía José Martí al advertir que el siglo en que vivía preparaba “la filosofía que ha de establecer el siglo que viene. Este es el siglo del detalle: el que viene será el siglo de síntesis.”

Esta capacidad de las Humanidades está íntimamente ligada al importante papel que en ellas desempeñan, a un tiempo, la historia y la poesía. El aporte de la primera, por ejemplo, ha fue expresado con especial vigor por el historiador norteamericano Donald Worster al señalar que, si bien las ciencias naturales pueden demostrar más allá de toda duda la presencia de una crisis en nuestras relaciones con el mundo natural, no están sin embargo en capacidad de explicar a qué se debe esa crisis. Esa explicación, dice Worster, corresponde a la historia – y en particular a la historia ambiental –, en la medida en que ésta nos recuerda tres premisas fundamentales para la gestión del desarrollo sostenible.

La primera de ellas consiste en que la propia naturaleza es histórica, pues la acción humana – a lo largo de los últimos cien mil años, y en particular de los últimos doscientos – ha desempeñado y desempeña un papel de primer orden en su devenir. La segunda consiste advierte que también es histórico nuestro conocimiento de la naturaleza y por ello se encuentra constante-

mente sesgado por factores de orden social y cultural. Y finalmente está el hecho de que esas relaciones tienen también un carácter histórico, lo cual nos permite que nuestros problemas ambientales de hoy resultan de nuestras intervenciones en los ecosistemas de ayer.

Esos cambios en la valoración de la naturaleza y de nuestras relaciones con ella, por otra parte, se expresan con un vigor singular en otro terreno característico del quehacer de las Humanidades: el del importante papel que desempeñan las metáforas en la formación del conocimiento científico. La metáfora, como figura poética, posee en efecto una especial capacidad para aludir simultáneamente a múltiples significados no excluyentes entre sí, como lo hace José Martí al decir de su verso que es “como un puñal / que por el puño echa flor” y al mismo tiempo “un surtidor / que da un agua de coral”.

Esto le permite a la metáfora aludir con especial capacidad comunicativa a aquellos factores de incertidumbre que nutren las situaciones de malestar en la cultura, roturando el sentido común de un modo que finalmente facilita el paso de la intuición a la certeza en el proceso de producción de conocimiento, y de traducción de éste en acción humana, a lo largo de un complejo proceso de transición y cambio cultural en el que, al decir de Antonio Gramsci,

Cuando de una concepción se pasa a otra, el lenguaje precedente permanece, pero se usa metafóricamente. Todo el lenguaje se ha convertido en una metáfora y la historia de la semántica es también un aspecto de la historia de la cultura: el lenguaje es una cosa viva y al mismo tiempo un museo de fósiles de una vida pasada.

Este carácter de la metáfora, por otra parte, opera con frecuencia a partir de préstamos e intercambios de muy diverso orden entre campos distintos de la cultura y el conocimiento. Así, por ejemplo, la comprensión básica de nuestras relaciones de

con los ecosistemas de los que depende nuestra existencia se ve facilitada cuando tomamos en préstamo una relación socio-cultural para aludir a la naturaleza como una madre generosa que trabaja para sostener a sus hijos, pero que puede también someterlos a duro castigo si éstos abusan de ella. Y, a la inversa, la noción misma de desarrollo – heredera a su vez de las nociones precedentes de civilización y progreso, y de los fósiles correspondientes a la vida pasada de la que surgieron – está construida a partir de una apropiación metafórica, por parte de las ciencias sociales, de un concepto proveniente de la biología, que designa el proceso de formación, maduración y muerte de los organismos vivientes.

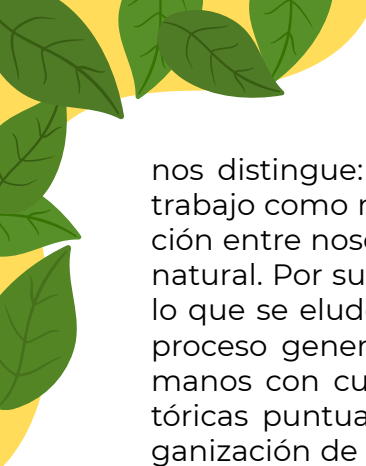
La metáfora, sin embargo, alude y elude a un tiempo el sentido más profundo de aquello que señala. Así, al atribuir a la naturaleza en su conjunto la capacidad de trabajar que caracteriza a una sola de sus especies – la nuestra – puede distorsionar nuestras capacidades de conocimiento del mundo natural del mismo modo que, al excluir del desarrollo como categoría social y económica la muerte del organismo que se desarrolla, puede llevarnos a atribuir un carácter natural a hechos que en realidad corresponden a creaciones culturales, limitando así nuestra posibilidades de comprender las contradicciones que los animan.

Encarado en esta perspectiva, el concepto de desarrollo sostenible se nos presenta como una formidable metáfora que alude al que quizás sea el más importante factor de malestar en la cultura de nuestro tiempo. Se trata del agotamiento de aquella visión del mundo que, entre las décadas de 1950 y 1970, sintetizó en el desarrollo (sin adjetivos) la esperanza de que el progreso técnico y sus frutos llegaran a toda la Humanidad, y permitieran un mundo en el que el crecimiento económico sostenido garantizara bienestar social y participación política crecientes para todos. Al propio tiempo, el hecho de que aquella construcción cultural se encuentre hoy en crisis no

debe llevarnos a subestimar ni su importancia histórica, ni su permanente trascendencia. En efecto, el desarrollo como problema y como objetivo constituye sin duda uno de los grandes temas legados por el siglo XX a la comunidad mundial, y su discusión no sólo dista mucho de haberse agotado, sino que tiene hoy más importancia que nunca.

En este sentido, en su mismo carácter metafórico, el concepto de desarrollo sostenible apunta al hecho de que esa discusión ha madurado al punto en que ya resulta posible establecer con verdadera claridad el objeto principal del desarrollo, y las distorsiones más relevantes en su comprensión presente. Aquí, y en lo más esencial, cabría decir que la principal de esas distorsiones se deriva de una confusión ilegítima entre el desarrollo como problema general, y determinadas condiciones históricas en el despliegue de ese problema. En verdad, el desarrollo del que se trata es el de nuestra especie a lo largo de los últimos cien mil años. Los problemas que plantea ese desarrollo incluyen, por supuesto, el de sus perspectivas, considerando las condiciones creadas por ese mismo proceso en el curso de los últimos cinco siglos – y del XX en particular –, desde el extraordinario crecimiento de nuestro número a lo largo de los últimos 150 años hasta la formación de una primera comunidad mundial de los humanos, y el despliegue de formas de intervención en la naturaleza y de niveles de producción material y contaminación sin precedentes, incluyendo el hecho de que las formas de relación social y de organización de la cultura que hicieron posible la etapa más reciente de ese proceso han venido a entrar en contradicción creciente con los resultados y las necesidades que se derivan del mismo.

Así, el único uso realmente legítimo del concepto de desarrollo viene a ser aquel que se refiere a la formación y maduración de nuestra especie, en su doble y simultánea dimensión biológica y sociocultural, a partir del despliegue de aquel rasgo que



nos distingue: nuestra capacidad para el trabajo como medio fundamental de relación entre nosotros y con nuestro entorno natural. Por su parte, lo ilegítimo - esto es, lo que se elude - consiste en confundir el proceso general de desarrollo de los humanos con cualquiera de las formas históricas puntuales que ha conocido la organización de ese proceso, y que han sido relevantes para la historia de ese proceso en la medida en que han contribuido a su despliegue, o han terminado por distorsionarlo y aun bloquearlo. Esta confusión es la que ha puesto en crisis al concepto de desarrollo, en términos que implican incluso un retroceso con respecto a las formas que - bajo otros nombres - adoptó la discusión de este problema en la segunda mitad del siglo XIX, al calor de los aportes de intelectuales y científicos como el británico Charles Darwin, los norteamericanos George Perkins Marsh y Lewis H. Morgan, el alemán Federico Engels y el cubano José Martí.

La razón de la pérdida de aquel impulso inicial, que sólo vendría a recuperarse y renovarse en el último cuarto del siglo XX, es uno de los grandes temas pendientes de discusión en el debate al que incita la metáfora del desarrollo sostenible. Hay múltiples explicaciones propuestas, desde el descubrimiento y desarrollo de fuentes de energía sin precedentes - como el petróleo y el motor de combustión interna -, hasta la organización de un sistema mundial de interdependencia asimétrica, que permite someter a explotación centralizada todos los ecosistemas del planeta, transfiriendo los costos ambientales de dicha explotación a las regiones y sociedades menos favorecidas del Planeta. Lo esencial, sin embargo, consiste en que aquel legado que hoy empezamos a rescatar, y todos los hechos a que aluden las explicaciones sobre su extravío de casi un siglo, apuntan al problema político de fondo que subyace tras el plano metafórico de la discusión.

De lo que ya se trata, en efecto, es de decidir si es posible - y aun deseable - constreñir el desarrollo humano a los límites que le imponga la preservación de las formas más extremas y aberrantes de una forma histórica de organización de las relaciones sociales ya agotada en su capacidad para sostenerlo - y que por el contrario amenaza incluso con interrumpirlo, al conspirar contra sus bases naturales de sustentación -, o si por el contrario ha llegado la hora de encarar de la manera más decidida la construcción de aquellas formas nuevas de socialidad que mejor se correspondan con el pleno aprovechamiento de las enormes conquistas que ha logrado nuestra especie en materia de ciencia y tecnología. Asumir esta disyuntiva, a su vez, nos llevará a trascender la metáfora del desarrollo sostenible, para pasar del problema sin solución de hacer sostenible una forma histórica particular del desarrollo, a encarar el problema verdadero de encontrar y construir las formas nuevas que hagan sostenible el desarrollo futuro de nuestra especie.

Hoy, en suma, ya es posible afirmar que el desarrollo de nuestra especie será sostenible por lo humano que sea, o no será. Y ese carácter humano tiene y tendrá su expresión más clara en nuestra socialidad, expresada sobre todo en nuestras capacidades para la cooperación solidaria. Esta es la disyuntiva a la que hemos llegado en virtud de nuestros propios logros como especie: la forma en que la encaremos definirá no solo nuestro destino, sino además el del Planeta en que ha tenido lugar nuestro desarrollo y, quizás, el de la vida en el Universo entero. Comprender y hacer comprender esto es, sin duda, el mayor aporte que pueden hacer las Humanidades a la tarea de poner todo el conocimiento al servicio de la sostenibilidad del desarrollo humano.

Panamá, 21 de julio de 2004

América Latina ante la crisis global de la biósfera: elementos para un programa de trabajo

Estamos en tiempos de ebullición, no de condensación; de mezcla de elementos, no de obra enérgica de elementos unidos. Están luchando las especies por el dominio en la unidad del género.
José Martí, 1881.

El carácter de la crisis ambiental

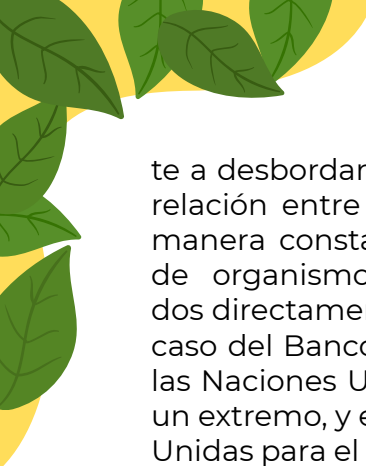
Pocos temas concitan hoy, a un tiempo, tantas aspiraciones de consenso y tan tenaces tendencias al conflicto en las relaciones internacionales como el creciente deterioro de la biósfera de nuestro planeta. Ese proceso de deterioro -expresado en problemas como los del calentamiento atmosférico, el adelgazamiento de la capa de ozono y la acelerada pérdida de biodiversidad-, en efecto, ha pasado a formar parte de lo más esencial de cualquier agenda internacional contemporánea, junto a los otros dos grandes temas de la seguridad internacional y la economía global. Tal equivalencia, sin embargo, puede ser engañosa.

La dimensión ambiental de la crisis contemporánea, en efecto, difiere en su naturaleza, su alcance y sus implicaciones, respecto a los otros dos temas mencionados. Los problemas de la seguridad internacional y del comercio entre los participantes del mercado mundial, por ejemplo, han estado presentes ya en otras grandes transiciones que ha conocido el sistema mundial en lo que va de mediados del siglo pasado a nuestros días. El deterioro global de la biósfera, sin embargo, es un problema de nuevo tipo, que excede los viejos procesos de definición de cuotas de poder a escala planetaria y plantea a la Humanidad los riesgos de un severo retroceso en la calidad de vida de la especie entera, si no los de su eventual extinción.

Quizás lo más sorprendente de la crisis que hoy nos aqueja sea el modo en que implica, y no, un retorno a lo que podría ser considerado como las formas y problemas normales en el funcionamiento de un sistema mundial que comenzó a formarse hace (apenas) unos 500 años. Ese período -salvo el breve interregno de la Guerra Fría-, se ha caracterizado a todo lo largo de su desarrollo por conflictos como los asociados al reparto de esferas de influencia entre grandes potencias; a la disputa por el control de los flujos financieros y comerciales; a la lucha por la soberanía y la autodeterminación de las naciones emergentes -incluyendo sus expresiones etnoculturales y religiosas-, y a los que se originan en el impacto multifacético de los flujos migratorios, por mencionar tan sólo algunos de tradicional importancia en las relaciones internacionales.

Hoy, sin embargo, la crisis ambiental articula y exagera, a un tiempo, los problemas característicos de esa normalidad, en términos que ya plantean una amenaza a la continuidad de la civilización tal como la conocemos, erosionada en su base misma por las crecientes restricciones a la sustentabilidad de las formas de relación con la biósfera que han sustentado su desarrollo durante estos cinco siglos. Este es, en efecto, el sentido más preciso en que cabe afirmar que la crisis ambiental expresa los problemas de una estructura económica global gestada y administrada a partir de lo que Gareth Porter y Jane Welsh designan como un paradigma que "excluye a los seres humanos de las leyes de la naturaleza" y que, al mismo tiempo, considera a la biósfera como un reservorio inagotable de recursos.

Por otra parte, esa crisis revela también limitaciones crecientes en la eficacia de los mecanismos creados por la Humanidad para el manejo de los conflictos inherentes a tal estructura económica global. El carácter ubicuo del deterioro ambiental, y lo generalizado y diverso de las preocupaciones que genera, tiende inevitablemen-



te a desbordar las formas tradicionales de relación entre los Estados, ampliando de manera constante la esfera de influencia de organismos internacionales vinculados directamente al problema -como es el caso del Banco Mundial y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, en un extremo, y el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, en el otro-. Con ello, estos organismos tienden cada vez más a actuar de hecho como entidades supranacionales, en términos que con frecuencia exacerban las inadecuaciones del sistema internacional contemporáneo y van generando en la práctica una reforma del mismo que apenas empieza a ser debatida en la teoría.

Los problemas que esto implica se complican, además, porque el sistema internacional que conocemos fue diseñado para enfrentar conflictos distintos a los que plantea la crisis ambiental. Esta, en efecto, no es “explosiva” sino gradual en su desarrollo, y permite por lo mismo plazos aparentemente muy amplios de adaptación de las sociedades humanas a sus consecuencias, y de negociación prolongada de soluciones a sus causas. Al respecto, por ejemplo basta observar cómo hemos venido habituándonos en América Latina a convivir con la endemia del cólera, cuyo retorno a la vida de nuestras sociedades dejó de ser motivo de alarma y escándalo público en cuanto la enfermedad generalizó su presencia en todos los países de nuestra región.

Ante una crisis que cuestiona de tal modo condiciones y procedimientos que hasta ahora se han dado por evidentes en sí mismos en los procesos de negociación ante situaciones de conflicto entre Estados y grupos de Estados, resulta especialmente llamativa, por ejemplo, la relativa irrelevancia del poderío económico y militar como recurso de presión ante el tipo de conflictos asociados al deterioro de la biósfera. Sin duda, el hecho de que un Estado o un grupo de Estados disponga de esas formas de poderío les otorga aquí, como en los te-

rrenos de la seguridad internacional y la economía global, una posición ventajosa para la promoción de sus propios puntos de vista en el debate, o para el bloqueo de propuestas de solución que afecten los intereses que representan.

Aun así -como ocurrió en el caso de la Administración Bush en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo celebrada en Río de Janeiro el año pasado-, esas ventajas pueden resultar incluso contraproducentes para quienes las ejercen. En efecto, el tipo de economía que aquel poderío exige constituye precisamente el mayor factor de presión y despilfarro sobre los recursos naturales en nuestro tiempo. Y, con ello, a la irrelevancia relativa de la posesión de fuerzas armadas y economías poderosas se agrega, además, que la presencia de esos factores de poder tradicional se convierte en un motivo recurrente para situar a quienes los poseen en una incómoda posición defensiva ante el resto de la comunidad internacional.

Por otra parte, y justamente porque expresa contradicciones inherentes a la economía global, la crisis ambiental crea circunstancias en que Estados carentes de aquel tipo de poderío pueden sin embargo oponerse a decisiones de interés para los más poderosos en la medida en que controlan el acceso a recursos naturales o segmentos de procesos productivos que les confieren un virtual poder de veto ante problemas específicos. El caso de las oligarquías ganaderas y agroindustriales latinoamericanas, estrechamente asociadas a las élites de poder de nuestros países, no puede ser más ilustrativo, por ejemplo, en su capacidad para bloquear iniciativas encaminadas a la protección de las selvas tropicales.

Con todo, el rasgo diferencial de mayor trascendencia que presenta la crisis ambiental es, probablemente, aquel que se deriva de los espacios que ella ha abierto a la participación de Organizaciones No Gubernamentales en el planteamiento y desarrollo del debate en torno a los conflic-

tos asociados al deterioro de la biósfera. En este sentido, y quizás como nunca antes, las sociedades de los países involucrados en esta crisis han sabido abrirse paso en terrenos que los Estados nacionales y las organizaciones internacionales usualmente se han reservado en virtual exclusividad para sí.

Esto implica que, en medio de todos sus males, la crisis ambiental puede llegar a tener un efecto profundamente democratizador en las relaciones internacionales, creando una posibilidad insospechada para que la eventual creación de un nuevo orden mundial llegue a tener un contenido mucho más participativo que aquel que en su momento tuvieron la creación de la Liga de las Naciones o de la Organización de las Naciones Unidas. Y, sin embargo, aun este espacio nuevo se presenta atravesado por las mismas disparidades profundas que caracterizan al conjunto del sistema internacional de nuestro tiempo.

Hay algunas cifras que vale la pena mencionar al respecto. Por ejemplo, a principios de la década de 1980 se estimaba que existían 13 mil ONGs en los países industrializados, cuya población representa el 20 por ciento de la Humanidad. Por contraste, los países en desarrollo -que reúnen al 80 por ciento de la población del planeta-, contaban con unas 2 mil 230 organizaciones de ese tipo. Organismos como el European Environmental Bureau, una confederación de 120 organizaciones de nivel nacional, tienen hoy una membresía combinada de 20 millones de afiliados en los países de la Comunidad Europea, mientras que las ONGs estadounidenses vinculadas a temas ambientales reúnen una membresía estimada en 13 millones de asociados.

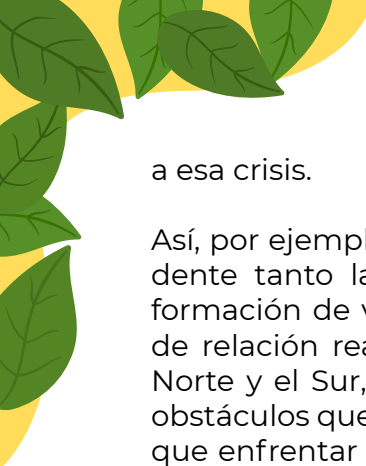
De este modo, aun cuando autores como Porter y Welsh señalen que estas ONGs del Norte y el Sur, aunque difieran mucho “en estilo y estrategia... comparten en su mayoría una misma orientación hacia el desarrollo sustentable”, existen importantes diferencias que van más allá de eso entre

ambos grupos. Está en primer término, por supuesto, la enorme desigualdad en el número de organizaciones y de recursos de todo orden de que disponen las mismas en ambos casos. Pero está, sobre todo, la diferencia en la capacidad de influencia de esas organizaciones en los procesos de negociación y toma de decisiones, tanto en sus respectivos países como en el escenario internacional.

En un sentido más amplio, estos datos confirman la advertencia hecha por el historiador Eric J. Hobsbawm al señalar que en la crisis ambiental nuestro tiempo se combinan a escala planetaria las amenazas a la vida humana que se derivan del “el puro crecimiento exponencial de la producción y la contaminación”, con los conflictos inherentes a un mundo “dividido en una minoría de Estados muy ricos y la mayoría de los pobres”. Una crisis así, agrega, le plantea a la humanidad “problemas del tipo que no puede ser resuelto sin una acción sistemática y planeada por parte de los gobiernos dentro de los Estados e internacionalmente, y sin un ataque a los bastiones de la economía de mercado de consumidores”, con lo que el desafío mayor de nuestro tiempo consiste en que

Si esta acción pública y esta planeación no son encaradas por gente que cree en los valores de la libertad, la razón y la civilización, serán asumidas por gente que no cree en ellos, porque tendrán que ser emprendidos por alguien.

La referencia que hace Hobsbawm al carácter inequitativo del sistema internacional contemporáneo, y las limitaciones que ello implica en la capacidad de acción del mismo frente a la crisis ambiental tienen una singular importancia para América Latina. Esta, en efecto, sigue haciendo parte de aquella “mayoría de los pobres” que caracteriza a las regiones del Sur y, por lo mismo, se ve ineluctablemente llevada a la búsqueda de soluciones que difícilmente pueden ser encontradas en el marco del sistema de relaciones que ha dado origen



a esa crisis.

Así, por ejemplo, resulta cada vez más evidente tanto la necesidad de una transformación de vasto alcance en las formas de relación realmente existentes entre el Norte y el Sur, como lo formidable de los obstáculos que esa transformación tendría que enfrentar -dentro y fuera de nuestros países-, si ha de ser llevada a cabo. En primer término, naturalmente, está la necesidad de concesiones de ambas partes.

Por un lado, es necesario sin duda que el Norte renuncie a los beneficios de obtiene de la sistemática descapitalización de las economías del Sur; abra efectivamente sus economías a las exportaciones de nuestros países; facilite el acceso a las tecnologías avanzadas que hoy monopoliza, y ponga un límite al despilfarro de los recursos naturales que obtiene a bajo costo en los países dependientes. Por otro, es evidente también que el Sur debe afrontar los conflictos inherentes a un manejo más sustentable de sus recursos, un consumo más eficiente de la energía que utiliza, la estabilización del crecimiento de su población y, sobre todo, el despliegue la voluntad política necesaria para emprender las transformaciones estructurales que garanticen la creación de condiciones de equidad social y participación democrática sin las cuales ninguna de las metas anteriores puede ser alcanzada de modo duradero.

América Latina ante la crisis ambiental

Si concedemos que Hobsbawm tiene razón en la disyuntiva que señala, tendríamos que reconocer también que el sentido que tienen hoy términos como libertad, razón y civilización para una América Latina en busca de un lugar para sí en un mundo en crisis dista mucho de ser evidente por sí mismo. Por el contrario, ese sentido ha de ser buscado en algún punto entre los dos extremos que caracterizan la presencia de lo ambiental en nuestra vida política y cultural en estos tiempos. Por un lado, la reiterada exaltación tecnocrática del progreso

en nombre de la “modernización”, a la que se aferran los poderes públicos y privados de nuestros países. Por otro, la idealización del potencial transformador de nuestro pasado prehispánico y de la creatividad desesperada de nuestros pobres del campo y la ciudad, por parte de sectores intelectuales de una clase media empobrecida, que Joan Martínez-Alier designa como “neonarodnistas”.

Tales extremos, sin embargo, no expresan tanto a una realidad establecida, cuanto la agudización de los conflictos de todo orden que la caracterizan, que resulta de la intensificación en el ritmo y la complejidad de nuestro desarrollo histórico en el período de transición que atravesamos. Porque, en efecto, aquellos extremos se ubican a fin de cuentas en los polos más opuestos del debate ya en marcha sobre el carácter de esa transición, en cuya naturaleza misma parece estar la creciente disputa que acompaña a cada paso de avance en el consenso, y la consiguiente ampliación incesante del campo de lo ambiental en la discusión.

En el caso que nos ocupa, la posibilidad de que nuestras sociedades puedan enfrentar con éxito los retos y oportunidades de nuevo tipo que les ofrece la crisis ambiental -en el marco más amplio de la transformación que ya demanda el sistema internacional- plantea sin embargo dificultades que se derivan del modo en que la preocupación por este tema se ha hecho presente en la región. En efecto, el proceso de conformación de lo que quizás pudiera ser llamado el ambientalismo latinoamericano abarca problemas que van más allá de la historia de las ideas y la acción política en la región, y que resaltan en un análisis que recurra al contraste con lo ocurrido en el mismo terreno en el caso de las sociedades Noratlánticas.

A más de ser relativamente reciente entre nosotros, esa preocupación ha venido siendo planteada en lo esencial “desde fuera” y “desde arriba”, a diferencia de lo ocurrido

en las sociedades Noratlánticas, donde el debate sobre los temas ambientales se ha venido desplegando “desde dentro y desde abajo” a lo largo de casi 200 años. Los trabajos de historiadores norteamericanos como Donald Worster y Richard White, por ejemplo, revelan que el ambientalismo anglosajón se forjó a lo largo de un proceso de evolución intelectual iniciado a mediados del siglo XVIII, con amplio eco en importantes sectores de la sociedad norteamericana a todo lo largo del siglo XX y, en particular, de la década de 1970 a nuestros días. Esa modalidad de formación, gestada a lo largo de un prolongado y complejo conflicto entre visiones excluyentes e inclusivas, en el sentido indicado, ha venido a constituirse en un importante factor en la percepción y la participación públicas ante los problemas ambientales, y en la capacidad de la sociedad civil para demandar y someter a control la acción del gobierno ante los mismos.

En el caso de América Latina, sin embargo, no es posible encontrar un proceso equivalente. Por el contrario, si bien cabe identificar desde mediados del siglo XIX una actitud de compromiso de las élites de la región con las visiones “imperiales” de la naturaleza y su rol en la vida social y económica de las naciones más características de la Inglaterra victoriana, se aprecia al propio tiempo -y hasta el presente-, una singular dificultad, si no un abierto desinterés, de esas élites para hacer coincidir aquella visión con la de importantes sectores de sus propias sociedades que a menudo actúan a partir de una marcada visión distinta, marcada por sus modalidades premodernas de vida social y económica.

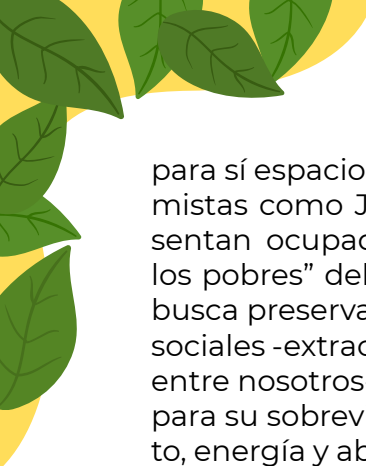
Esto ayuda a entender que el ambientalismo latinoamericano se presente como un fenómeno relativamente tardío, a través -en primer término- de la actividad de entidades como la CEPAL y de organizaciones estatales creadas para atender a problemas ambientales en respuesta a demandas de organismos internacionales, que adquirieron una intensidad creciente

a partir de la primera Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo celebrada en Estocolmo, Suecia, en 1972. Se entiende, así, que el grueso de la reflexión y la investigación sobre el tema entre las décadas de 1970 y 1990 haya provenido de organismos internacionales -internos y externos a la región-, antes que de instituciones científicas y académicas, y de organizaciones sociales de la región.

Esto explica, también, que la visión de lo ambiental que ha venido a ser dominante entre nosotros corresponda a la que ya lo era en los círculos gubernamentales y corporativos Noratlánticos, y en los organismos internacionales, a principios de la década de 1970, cuando se produjo la inserción del tema en la vida política y cultural latinoamericana. Y ese pensamiento, al asumir como “natural” la circunstancia histórica en que el debate es planteado, tiende por lo mismo a priorizar los temas asociados a la necesidad de hacer “sustentable” en lo ambiental al modelo de crecimiento económico imperante.

La “sustentabilidad” así entendida, sin embargo, encara el problema ambiental en términos de la gestión gerencial de los recursos, antes que en la comprensión del origen y la racionalidad de las formas de relación con la naturaleza que sustentan el modelo de crecimiento imperante. Paradójicamente, al menos en apariencia, esa visión “moderna” se remite en realidad a una modalidad de inserción latinoamericana en el sistema internacional que es por demás tradicional, en tanto que considera de hecho a la región en la perspectiva de una “frontera económica” en el sentido que, según Porter y Welsh, “sugiere la dotación ilimitada de recursos que caracteriza a una sociedad con una frontera abierta”.

Se puede entender, así, que sea aún reciente el esfuerzo desplegado por nuestro ambientalismo no gubernamental para suplir las debilidades inherentes a las sociedades civiles de la región, reclamando



para sí espacios que, en la visión de economistas como Joan Martínez-Alier, se presentan ocupados por un “ecologismo de los pobres” del campo y las ciudades, que busca preservar el acceso de esos sectores sociales -extraordinariamente importantes entre nosotros- a recursos imprescindibles para su sobrevivencia: tierra, agua, alimento, energía y abrigo. Y esto, a su vez, explica otro importante rasgo diferencial del ambientalismo en nuestras sociedades: que una parte significativa de su actividad tiene lugar, en los hechos, contra la economía de mercado, mientras en las sociedades Noratlánticas esa actividad ocurre de lleno dentro de esa economía.

Aun así, el análisis en perspectiva histórica de estas diferencias no sólo es útil para identificar dificultades sino, y sobre todo, posibilidades quizás insospechadas hasta ahora para la participación de América Latina en la búsqueda de mecanismos de cooperación Norte-Sur que contribuyan a superar los conflictos que actualmente enfrentan a ambas regiones y concurren a agravar la crisis ambiental contemporánea. Es posible, por ejemplo, afirmar la presencia, en la propia cultura latinoamericana, de espacios aún inexplorados, como los que delimitara el filósofo y político cubano José Martí durante sus años de vida en los Estados Unidos (1881-1895), a partir de su estrecho contacto con la obra de autores como Ralph Waldo Emerson, Henry George, Henry David Thoreau y Walt Whitman, todos ellos vinculados a aquella tradición ecologista de corte más comunitario y popular con la que no tuvieron verdadero contacto las élites latinoamericanas del siglo XIX.

La obra de Martí, en efecto, nos ofrece un amplio número de referencias a lo que hoy sería designado como la demanda de un “desarrollo sustentable”, en el que un uso previsor de los recursos naturales se presenta estrechamente asociado a la necesidad de incorporar a las grandes mayorías sociales de la región a la solución de sus propios problemas, en particular los

de la pobreza y la marginación. Ese aporte temprano de Martí muestra sugerente coincidencias con el desarrollo que viene conociendo en nuestros días un paradigma alternativo en el debate ambiental, que justamente enfatiza la necesidad de redefinir el concepto mismo de “desarrollo” en su capacidad efectiva para ofrecer, a un tiempo, crecimiento económico, bienestar social, participación política y una relación con la biósfera basada en el trabajo con la naturaleza y no contra ella, como ha sido lo habitual entre nosotros desde fines del siglo pasado al menos.

La contribución al desarrollo de ese paradigma alternativo tiene especial importancia para una región que, como la nuestra, sigue teniendo como principales productos de exportación, a fines del siglo XX, virtualmente los mismos que a fines del XIX. El entusiasmo de los ecologistas de la cuenca del Atlántico Norte, en este sentido, no parece tomar en cuenta lo complejo, costoso y riesgoso de las transformaciones que nuestras sociedades y economías tendrían que enfrentar -en sí mismas y en su relación con las regiones más industrializadas del planeta- para ajustarse al tipo de cambios que se les propone aceptar. Por ello, la tradición discursiva latinoamericana a que nos referimos constituye justamente una de las “fronteras culturales” que aún están por explorar entre nosotros, en busca de elementos que permitan facilitar el diálogo y la concertación de acciones entre nosotros y con los otros frente a la crisis ambiental en el nivel global, contribuyendo así a superar las escisiones características de la relación en esos dos niveles.

Un programa de trabajo

De lo dicho hasta aquí, y en lo que toca a quienes se dedican a las ciencias humanas en América Latina, puede derivarse un campo de trabajo -tan fascinante como urgente- en el que tendría que converger una amplia gama de profesionales en muy diversas disciplinas. En lo más esencial, se trata de examinar desde una multi-pers-

pectiva la viabilidad de las propuestas de política de cooperación internacional en materia ambiental planteadas en documentos como el Pacto para un Nuevo Mundo en el nivel hemisférico, y en Earth in the Balance en el plano global.

Para que tal tarea pueda plantearse objetivos que vayan más allá del señalamiento inevitablemente apresurado del tipo de soluciones “prácticas” de corto plazo tan del gusto de nuestras burocracias estatales, debe ser encarada en los términos más adecuados al ejercicio de una vocación científica, en el estricto sentido weberiano de la expresión. Ello implica identificar una constelación de relaciones de muy diverso orden, en constante interacción entre sí, cuyo estudio define el programa de trabajo que ya amerita el campo al que nos hemos venido refiriendo.

En esa constelación destaca, por ejemplo, la necesidad de avanzar mucho más en la caracterización de las diferencias y las convergencias en la historia de las relaciones entre las sociedades del Norte y el Sur -en su economía, su cultura y su vida política-, y sus recursos naturales, continuando los esfuerzos pioneros de autores como Nicolo Gligo y Jorge Morello, en América Latina, y Alfred Crosby y Richard Grove, en el mundo Noratlántico, entre otros. Para ello, sería necesario que tal caracterización, como lo sugiere Donald Worster, buscara combinar una vez más las ciencias naturales y la historia, no en otra disciplina aislada, sino en una empresa intelectual de vasto alcance que alterará de manera considerable nuestra comprensión de los procesos históricos.

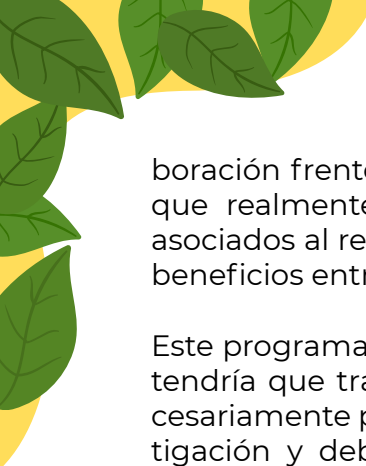
Ese enfoque en perspectiva histórica, además, apunta a un problema más amplio, y a una promesa más rica. Parece ser que los latinoamericanos, al igual que los académicos del mundo Noratlántico que en tanta medida constituyen modelos de conducta y pensamiento para nosotros, hemos perdido mucho de aquella capacidad para el pensamiento ecuménico que en otro tiempo caracterizara a hombres

como Martí y Darwin, por señalar ejemplos en ambas riberas del Atlántico, o entre aquel y Thoreau, por señalarlos en este Hemisferio.

Sin embargo, el nuevo tipo de desafíos que plantea el deterioro de la biósfera está creando con rapidez una circunstancia nueva, que sin duda contribuirá a restaurar a las ciencias humanas en el lugar que merecen, como eje fundamental de la cultura humana. Para convertir en una realidad esa posibilidad, hoy es más necesario que nunca establecer las bases para un diálogo con otros destacados especialistas en la historia ambiental de las sociedades de aquel otro mundo, que nos facilitaría el acceso a lo que hasta hoy sigue siendo para nosotros la cara oculta de la cultura ecológica del Norte.

Planteado en esta perspectiva, en efecto, ese diálogo facilitaría mucho la caracterización de los obstáculos y oportunidades para la cooperación internacional que se presentan en el nivel de las visiones de la naturaleza en conflicto en ambas regiones. Y esto, a su vez, enriquecería el análisis comparado de los sistemas institucionales -gubernamentales y no gubernamentales-, y los procesos y procedimientos para la formulación y ejecución de políticas públicas en materia ambiental entre quienes han de cooperar en la solución de la crisis.

A su vez, la identificación -todavía pendiente- de los obstáculos de orden estructural y político a una cooperación internacional que incluya efectivamente a las sociedades involucradas, y no sólo a sus Estados, exige un análisis de las nuevas formas de interdependencia económica que caracterizan a la economía global, planteado desde una perspectiva que supere la tendencia hoy dominante a considerar a la biósfera como un mero entorno en el cual se despliegan las relaciones económicas y políticas entre las sociedades humanas. Tal perspectiva histórico-ambiental sería, en efecto, la más adecuada para evaluar la efectiva viabilidad de una política internacional de cola-



boración frente al deterioro de la biósfera, que realmente enfatizara los problemas asociados al reparto equitativo de costos y beneficios entre las regiones involucradas.

Este programa de trabajo, si se emprende, tendría que traducirse en un número necesariamente plural de iniciativas de investigación y debate, garantizando además su carácter interdisciplinario mediante un enfoque que combine, simultáneamente, un ejercicio de historia ambiental de mediano plazo hacia el pasado, y otro de análisis de coyuntura de mediano plazo a futuro. En tal combinación, la historia ambiental, tendría que proporcionar el eje de integración de la diversas disciplinas involucradas, mientras el análisis de coyuntura proporcionaría el eje de proyección a futuro

del nuevo conocimiento producido.

En la medida en que lo hagamos en lo que está a nuestro alcance y constituye lo esencial de nuestro deber, esto es, como académicos comprometidos con la sobrevivencia y el bienestar de nuestras sociedades, habremos contribuido sin duda a resolver uno de los grandes problemas de nuestra región y nuestro tiempo. Con ello, además, habremos atendido a tiempo la advertencia que formulara Simón Bolívar en el marco de otra crisis, que también fue decisiva: “A la sombra de la ignorancia trabaja el crimen”. Y, sin duda, frente a todo lo que ya se sabe pendiente, dejar de hacer es el crimen mayor de nuestro tiempo.

México, D.F., marzo de 1993

Comentario solicitado por la Administración General de la Autoridad Nacional del Ambiente de Panamá al “Perfil Avanzado” de la Política de Medio Ambiente y Observancia de Salvaguardias, del Banco Interamericano de Desarrollo (Marzo 22, 2004)

Guillermo Castro H.

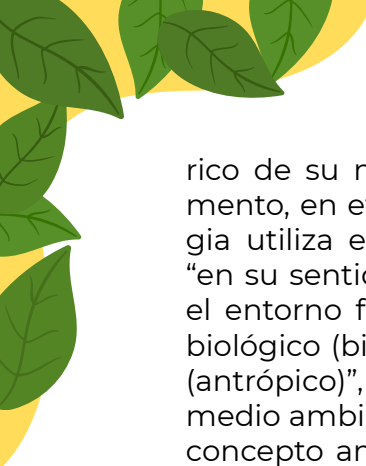
Este comentario fue solicitado por la Dirección de la Autoridad Nacional del Ambiente (hoy Ministerio de Ambiente) de Panamá, en momentos en que el Banco Interamericano de Desarrollo se interesaba en fortalecer y homogenizar las funciones de las entidades estatales de la región vinculadas a la gestión del ambiente y los recursos naturales. La discusión ocurrió en el marco de las tensiones en curso entre el neoliberalismo ascendente y el canto del cisne emitido por el desarrollismo en la Cumbre de la Tierra convocada por la ONU del 3 al 14 de junio de 1992 en Rio de Janeiro, Brasil, en la cual participaron 172 estados, 108 jefes de Estado y 2,400 representantes de organizaciones no gubernamentales, que trataron los temas de medio ambiente y desarrollo sostenible. GC

1. En primer término, es necesario resaltar la importancia de que una institución como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), cuya misión se vincula de tantas maneras a las transformaciones del medio natural en América Latina, dé a conocer y someta a consulta un documento como éste. Ese reconocimiento debe incluir, además, el hecho de que el BID ha venido promoviendo el interés por este tema en las Américas desde hace largo tiempo, en campos que van desde la discusión bien informada de problemas de política pública – uno de cuyos ejemplos tempranos más des-

tacados se encuentra en el documento Nuestra Propia Agenda sobre Desarrollo y Medio Ambiente, de 1991 –, hasta el apoyo al fortalecimiento de sistemas de gestión ambiental en los países latinoamericanos, en todo lo que va de la formulación de legislaciones a la organización de instituciones especializadas y el financiamiento de proyectos de desarrollo.

2. En esa perspectiva, destaca el hecho de que el BID haya adoptado una Estrategia de Medio Ambiente, que “procura incorporar la dimensión ambiental en los amplios objetivos de desarrollo para reducir la pobreza y lograr un crecimiento económico sostenible”, mediante la creación de “vínculos de enlace con todos los sectores mediante su enfoque en la gobernabilidad y en los marcos de política y de incentivos que inciden en los recursos naturales y en la gestión ambiental”. Al hacer esto, en efecto, el Banco apunta a reducir la brecha existente entre lo que el sociólogo Nicolo Gligo ha llamado las política “explícitas” e “implícitas” que inciden en la gestión pública en materia de ambiente y desarrollo en América Latina, sirviendo las primeras para la salvaguarda formal de las normas que son finalmente sacrificadas por las segundas en el altar del interés por generar crecimiento económico en los plazos más cortos y con los costos visibles más bajos que permita el mercado. En ese marco, tiene la mayor importancia que el BID haya establecido “un curso de acción para la adopción de prácticas de responsabilidad institucional, de las cuales la responsabilidad ambiental corporativa constituye un elemento integral”, pues con ello se apunta directamente a un factor de importancia decisiva en los procesos de degradación ambiental y deterioro social que vienen afectando a la región.

3. La plena comprensión del alcance y la trascendencia de esta política, sin embargo, ganaría con un tratamiento más



rico de su marco conceptual. El documento, en efecto, señala que la estrategia utiliza el término medio ambiente “en su sentido más amplio, que incluye el entorno físico (geofísico), el entorno biológico (biótico) y el entorno humano (antrópico)”, con lo cual “la gestión del medio ambiente también constituye un concepto amplio que abarca la calidad del entorno físico así como sus interrelaciones dinámicas con la sociedad”. Sin embargo, en el estado actual del debate sobre el tema en América Latina, esa definición puede ser cuestionada en la medida en que enfatiza más los componentes del concepto que los vínculos que estos mantienen entre sí en el proceso de producción de la vida material y espiritual de la sociedad.

4. No es el caso proponer aquí definiciones alternativas, que más bien tendrían que ser construidas a partir de procesos de discusión más amplios y directos que éste. Aun así, cabría señalar que el propio papel del BID en los procesos ambientales se apreciaría con mayor claridad si el concepto utilizado enfatizara el hecho de que el ambiente expresa, y condiciona, los resultados de las intervenciones humanas en el mundo natural, que tienen lugar a partir de procesos de trabajo socialmente organizados, desde la escala de la economía familiar campesina, hasta la de economías nacionales y regionales completas. En esta perspectiva, y siendo el trabajo el vínculo distintivo de las relaciones de la especie humana con su entorno natural, destaca de manera mucho más evidente la relevancia de los procesos de organización, financiamiento y dirección de los procesos de trabajo que dan lugar a la formación del ambiente humano en tanto que nicho específico de nuestra especie en el mundo natural.
5. El documento señala que la política “tiene por objeto crear condiciones para la implementación de las actividades del Banco que causan impacto sobre el me-

dio ambiente”, estableciendo directivas para “incorporar la dimensión ambiental en el desarrollo económico y social en general” y “salvaguardar el medio ambiente en todas las actividades del Banco.” Este planteamiento no parece hacer verdadera justicia al alcance de lo que el BID se propone lograr. En lo que hace a la primera directiva – y recordando lo planteado por Gligo respecto a política “explícitas” e “implícitas” – sería más justo indicar que se trata de relevar la dimensión ambiental existente en todos los procesos de desarrollo económico y social, para incorporarla de manera explícita en las actividades de planeamiento, financiamiento y ejecución de tales procesos. En lo que hace a la segunda directiva, cabría recordar que el medio ambiente no es una entidad externa e inmóvil que pueda ser “salvaguardada”, sino un producto de la actividad humana, y en particular de los procesos de trabajo que hacen posible el desarrollo. En este sentido, lo que el Banco puede hacer es garantizar que sus actividades contribuyan a la producción del medio ambiente que mejor corresponda a la aspiración a un desarrollo humano sostenible, en el marco de los Objetivos del Milenio y de los acuerdos adoptados por la Cumbre Mundial de Johannesburgo - 2002.

6. Observaciones del mismo tenor pueden ser planteadas en lo que hace al componente A (“Incorporación de la dimensión ambiental en el desarrollo económico y social en general”) de la Directivas de Política presentadas en el documento. Según se indica allí, dicha incorporación plantea “el tratamiento estratégico de los temas ambientales como dimensión transversal del desarrollo, a fin de magnificar el crecimiento económico y social (¿?) en general, así como los resultados de la sostenibilidad ambiental”. En efecto, esto sugiere que se enfatiza más en los componentes del proceso que en las relaciones que éstos guardan entre sí, siendo que la calidad de esas relacio-

nes es justamente el objeto de la política ambiental. Un abordaje más integrado, por ejemplo, facilitaría expresar esas relaciones en lo que hace al vínculo entre el propósito de “preservar y mejorar la base de recursos naturales de la región, incrementar la competitividad, facilitar el desarrollo de los mercados y promover la participación del sector privado en actividades relacionadas con el medio ambiente”, por un lado y, por otro, el de “proponer actividades ambientales que fortalezcan el desarrollo social y eleven la calidad de vida en general”. En efecto, este doble propósito podría ser expresado de manera más integrada si se reconociera explícitamente la necesidad de optimizar el capital natural de la región ampliando y fortaleciendo el capital cultural y social, con el fin de mejorar la calidad de vida de todos sus habitantes, etc.

7. Las cinco directivas de política vinculadas al objetivo antes comentada son, sin duda, correctas en sí mismas. Destaca, en particular, la urgente necesidad de llevar a la práctica la directiva A.1, que debe proporcionar los elementos de información y criterio necesarios para llevar a la práctica las otras cuatro. En este sentido, cabría hacer la observación de que, salvo casos excepcionales, el conjunto mayor de América Latina carece de los medios institucionales para avanzar con la rapidez necesaria en la tarea de integrar las bases de información necesarias para “analizar y demostrar el estado de las condiciones que propician la gestión ambiental en relación con las áreas prioritarias de actuación discutidas y convenidas con los países prestatarios”.
8. En efecto, los problemas del desarrollo que caracterizaron las décadas de 1980 y 1990 lesionaron severamente los sistemas regionales y nacionales del producción y difusión del conocimiento necesario para estos propósitos, y legaron además un clima de discusión marcado por una visión liberal ingenua – pero do-

minante – que se empeña en ver el ambiente y el desarrollo como elementos en conflicto, y no como dimensiones de un mismo proceso. Por lo mismo, llevar a la práctica esta directiva requerirá promover cambios tanto en la cultura ambiental como en los vínculos entre el Estado, las comunidades empresariales, la comunidad científica y académica, y los sectores de la sociedad civil relacionados con el tema ambiental, que permitan avanzar hacia la creación de los consensos aún pendientes, y expresarlos en las políticas e instrumentos de información y evaluación correspondientes. Un medio que podría contribuir a facilitar esto sería, por ejemplo, crear en los países más atrasados una suerte de “Grupo nacional del proceso GEO” integrado por representantes de las comunidades arriba indicadas que, convocado por la Autoridad Ambiental correspondiente con asistencia técnica del BID y el PNUMA, sirviera como espacio permanente de diálogo y trabajo para la definición y seguimiento del estado del ambiente en cada país, facilitando el flujo de información adecuada para la toma de decisiones correspondientes a la política que propone el Banco a las sociedades de la región.

9. Los temas que hacen a la directiva B.1 sobre “Las salvaguardias del medio ambiente” se refieren, en los hechos, a las modalidades de aplicación práctica de las políticas antes comentadas. En este sentido, tienen un carácter más técnico y se orientan a soluciones puntuales de problemas puntuales. Al respecto, sólo cabe decir que una solución será siempre tan buena como lo sea la definición del problema para el que fue creada y que, en este sentido, destaca aún más la relevancia de lo planteado en los componentes anteriores del documento que constituyen, justamente, el marco de referencia para tal definición.

gch / Panamá, 27 de junio de 2004.

Nuestra América: el camino al mundo nuevo

Guillermo Castro H.

Para Carlos Galano, al Sur y Enrique Leff, al Norte de la América nuestra “Y Jehová dijo a Caín: ¿Dónde está Abel, tu hermano? Y él respondió: No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”
(Génesis, 4,9)

“La gran división que pone de un lado a unos seres humanos, y conserva a otros, como ornamentos, de otro lado, es la división entre egoístas y altruistas, entre aquellos que viven exclusivamente para su propio beneficio [...] y aquellos a quienes más que el propio bien, o tanto por lo menos, preocupa el bien de los demás.

El avaro es el tipo esencial del egoísta; el héroe es el tipo esencial del altruista.”
José Martí

I. Dilemas

La respuesta de Caín a Jehová sintetiza de manera temprana y clara el dilema fundamental del desarrollo de nuestra especie. ¿Hasta dónde llegan, en efecto, los límites de nuestra singular disposición a la solidaridad? ¿Dónde se encuentran, por otra parte, los del egoísmo indispensable para asegurar nuestra existencia y de la de nuestros semejantes cercanos? Únicamente en la especie humana, aquella en que la materia alcanza el grado de desarrollo que le permite pensarse y representarse a sí misma, cabe imaginar que se cuestione a sí misma en términos tales.

Esto es tanto más significativo en lo que hace al debate en torno al desarrollo sostenible, en cuanto la situación que condujo al agricultor Caín a asesinar al pastor Abel está asociada al conflicto entre grupos humanos cuya existencia depende de estrategias mutuamente excluyentes de relación con el medio natural. Únicamente quien se considere a sí mismo guardián de su hermano, al grado de estar dispuesto a

amar a su prójimo como a sí mismo – sea éste su contemporáneo, o esté por venir en algún momento del futuro – está en la capacidad de alcanzar el grado de heroísmo de pensamiento, palabra y obra, en el sentido martiano del término, que lo distinga del egoísta que sólo vive en función de sus intereses.

El intento de eludir este dilema ético ayuda a entender el hecho de que aún sea frecuente encontrar a personas que piensan, del modo más sincero, que el desarrollo sostenible es aquel que combina el crecimiento económico con la protección de la naturaleza. Este sería un crecimiento bueno y deseable, por contraste con el dominante en todo el planeta, que despilfarra recursos, contamina el entorno y depende de la desigualdad social para disminuir sus costos e incrementar sus ganancias.

Hay algo de verdad en eso, sin duda, pero no está allí toda la verdad: encontrarla, por lo mismo, ya es una tarea de importancia mayor que en cualquier momento anterior. La crisis que vivimos, en efecto, ha venido a complicar el debate sobre el desarrollo sostenible, tanto en lo que hace a la composición de los participantes, como a la circunstancia que los vincula. Las posiciones en disputa no se reducen ya a las del ambientalismo enfrentado al desarrollo liberal o al pensamiento único neoliberal, como ocurrió a lo largo de las décadas de 1980 y 1990.

Por el contrario, empieza a tomar forma en el mundo un mercado de bienes y servicios ambientales en rápida expansión. El crecimiento de ese mercado parece tener un carácter especialmente perverso a primera vista. Su estímulo principal se encuentra en un crecimiento económico inexorablemente asociado al deterioro social y el deterioro de la biosfera. Así, la huella ecológica que resulta del carácter desigual y combinado del proceso de desarrollo que sustenta ese crecimiento se expresa en el impacto de consecuencias de este como el calentamiento global, el cambio climáti-

co, el sobreconsumo de energía y recursos, la multiplicación ascendente de los desechos y la insatisfacción de sus necesidades básicas que aqueja a miles de millones de personas.

En una circunstancia así, el debate tiende a extraviarse en una Babel de intereses, conceptos y lenguajes, en que se confunde el proceso general del desarrollo con una u otra de sus formas históricas particulares. En una situación así, las Humanidades pueden ofrecernos un auxilio valioso en lo que hace, por ejemplo, al importante papel que desempeñan las metáforas en la formación y las transformaciones de nuestras concepciones del mundo, y de las formas de conducta social asociadas a las mismas. Así, decía Gramsci, nos encontramos en una circunstancia en la que, al ocurrir el paso de una concepción a otra “el lenguaje precedente permanece, pero se usa metafóricamente” y, con ello,

Todo el lenguaje se ha convertido en una metáfora y la historia de la semántica es también un aspecto de la historia de la cultura: el lenguaje es una cosa viva y al mismo tiempo un museo de fósiles de una vida pasada.

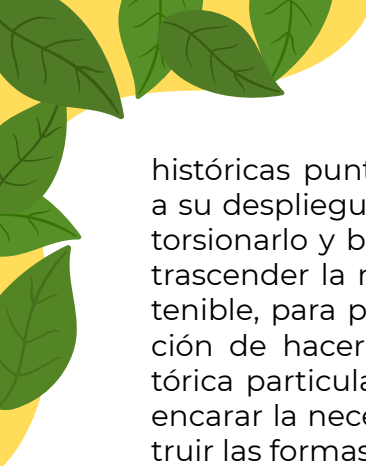
La metáfora, en efecto, posee la capacidad de combinar múltiples significados no excluyentes entre sí, para aludir a aquellos factores de incertidumbre que nutren las situaciones de malestar en la cultura, y facilitar así el paso de la intuición a la certeza, y de ésta a la acción humana. En esta tarea, la metáfora recurre con frecuencia a intercambios de muy diverso orden entre campos distintos de la cultura y el conocimiento. Así, la comprensión de nuestras relaciones con el mundo natural se facilita al tomar en préstamo una relación sociocultural para aludir a la naturaleza como una madre generosa que trabaja para sostener a sus hijos, pero que puede también someterlos a duro castigo si abusan de ella. Y, a la inversa, la noción de desarrollo – heredera de las de civilización y progreso, y de los fósiles correspondientes a la vida pasa-

da de la que surgieron - opera a partir de una apropiación metafórica, por parte de la economía y las ciencias sociales, de un concepto proveniente de la biología, que designa el proceso de formación, maduración y muerte de los organismos vivos.

La metáfora, sin embargo, alude y elude a un tiempo el sentido más profundo de aquello que señala. Así, al excluir del desarrollo como categoría social y económica la muerte del organismo que se desarrolla, puede llevarnos a atribuir un carácter natural a hechos que en realidad corresponden a creaciones culturales. En esta perspectiva, el desarrollo sostenible alude al agotamiento de aquella visión del mundo que, entre las décadas de 1950 y 1970, sintetizó en el desarrollo (sin adjetivos) la esperanza de que el progreso técnico y sus frutos llegaran a toda la Humanidad - de modo que el crecimiento económico sostenido garantizara bienestar social y participación política crecientes para todos -, pero elude al mismo tiempo referir ese concepto a las condiciones históricas que le dieron forma.

En verdad, el desarrollo del que se trata es el de nuestra especie a lo largo de los últimos cien mil años en su doble y simultánea dimensión biológica y sociocultural. Sus problemas incluyen, por supuesto, aquellos que se derivan de las condiciones creadas por ese proceso en el curso de los últimos cinco siglos – y del XX en particular –, desde el extraordinario crecimiento de nuestro número hasta la formación de una primera comunidad mundial de los humanos, el despliegue de formas de intervención en la naturaleza y de niveles de producción material y contaminación sin precedentes, y el hecho de que las formas de relación social y de organización de la cultura que hicieron posible todo esto han venido a entrar en contradicción creciente con las necesidades que se derivan de esos resultados.

Lo ilegítimo aquí - esto es, lo eludido en la metáfora - consiste en confundir ese proceso general con cualquiera de las formas



históricas puntuales que han contribuido a su despliegue, o han terminado por distorsionarlo y bloquearlo. Verlo así permite trascender la metáfora del desarrollo sostenible, para pasar del problema sin solución de hacer sostenible una forma histórica particular del desarrollo humano, a encarar la necesidad de encontrar y construir las formas nuevas que hagan sostenible ese desarrollo en el futuro.

Hoy, en suma, podemos decir que nuestro desarrollo será sostenible por lo humano que llegue a ser, y que ese carácter tendrá su expresión más clara en nuestras capacidades para la cooperación solidaria. Así, la crisis que vivimos nos ofrece la oportunidad de ir hacia una modalidad nueva de organización de nuestro desarrollo que resulte sostenible en la medida en que nos permita pasar del reino de la necesidad de crecer a cualquier costo, para acumular a toda costa al de la libertad, donde la equidad deja de ser una aspiración para convertirse en la norma de las relaciones de los humanos entre sí y con su entorno natural. Visto así, el papel de la educación y la cultura en ese paso puede ser expresado, desde lo mejor de nosotros mismos, en los términos que utilizara José Martí en 1884:

Ser bueno es el único modo de ser dichoso.
Ser culto es el único modo de ser libre.

Pero, en lo común de la naturaleza humana, se necesita ser próspero para ser bueno.

Y el único camino abierto a la prosperidad constante y fácil es el de conocer, cultivar y aprovechar los elementos inagotables e infatigables de la naturaleza. La naturaleza no tiene celos, como los hombres. No tiene odios, ni miedo como los hombres. No cierra el paso a nadie, porque no teme de nadie. Los hombres siempre necesitarán de los productos de la naturaleza. Y como en cada región sólo se dan determinados productos, siempre se mantendrá su cambio activo, que asegura a todos los pueblos la comodidad y la riqueza.

El interés de Martí por el papel de la naturaleza en la historia y en el mejoramiento humano ocupa un importante lugar en la reflexión sobre el lugar y el destino de nuestra América en el mundo moderno que constituye uno de los ejes fundamentales de su pensamiento. Para 1891, esa reflexión lo llevó a decir que “el buen gobernante en América” sería aquel que supiera “con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas.” “El gobierno”, agregó, “ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.”

Aquí están planteados todos los elementos del problema. La educación del pueblo es una condición indispensable para establecer con la naturaleza las relaciones adecuadas para hacer viable la prosperidad de todos. Pero, al mismo tiempo, la posibilidad de llegar a una situación en la que el gobierno venga a ser “el equilibrio de los elementos naturales del país” depende, en una medida decisiva, de que gobernantes y gobernados compartan una misma identidad de cultura y propósitos.

En la mayor parte de nuestros países, sin embargo, la educación no apunta en esa dirección. Por una parte, porque su propósito no es transformar el orden existente, sino perfeccionarlo, por decirlo del modo más piadoso. Por otra, porque ese propósito da lugar a que existan en nuestros países dos educaciones: una para dirigentes, concentrada sobre todo en el sistema privado al que acude una minoría de privilegiados, y otra para dirigidos, concentrada sobre todo en el sector público al que acude la masa de los menos afortunados. Por lo mismo, esa educación no está en capa-

cidad de fomentar el tipo de mentalidades y comportamientos correspondientes a una cultura de la sostenibilidad.

Lo anterior, por otra parte, expresa un problema de complejidad aún mayor, que se sintetiza en el hecho de que, puesto que cada sociedad tiene el ambiente que ha creado, quien aspire a un ambiente distinto ha de aspirar a crear una sociedad diferente. Este no es, por otra parte, un problema nuevo, sino un dilema que emerge en cada momento en que ocurre un auténtico cambio civilizatorio. Ocurrió así entre los siglos XV y XVII, cuando se pasó de una civilización organizada en torno al afán de la salvación del alma, a otra cuya razón de ser se encuentra en la acumulación de ganancias, y la teología se vio desplazada por la economía como eje fundamental del pensamiento y de la cultura. Ocurre así ahora, a un ritmo mucho más intenso, cuando la acumulación de ganancias ha triunfado de modo pleno, a cuenta de consecuencias que ponen en cuestión la sostenibilidad del desarrollo humano, y se transita de la economía a la ecología, primero, y a la filosofía de la praxis después, como eje de desarrollo de una cultura nueva.

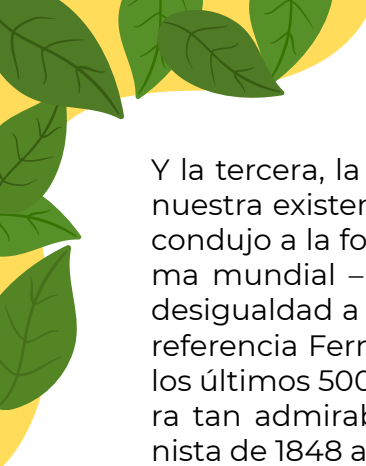
De hecho, la creación de la cultura de la sustentabilidad ha venido a convertirse en el mayor desafío político, social e intelectual de nuestro tiempo. Por lo mismo, conviene encararlo atendiendo a la advertencia que hiciera Gramsci a quienes se proponían crear, desde la entraña profunda de la gran crisis de 1929, una cultura capaz de transformar el capitalismo en una sociedad que fuera nueva por lo justa y democrática que llegara a ser:

Crear una nueva cultura no significa sólo hacer descubrimientos “originales”; significa también, y especialmente, difundir críticamente verdades ya descubiertas, “socializarlas”, [...], y convertirlas, por tanto, en base de acciones vitales, en elementos de coordinación y de orden intelectual y moral. El que una masa de hombres sea llevada a pensar coherentemente y de un

modo unitario el presente real es un hecho “filosófico” mucho más importante y “original” que el redescubrimiento por parte de algún “genio” filosófico, de una nueva verdad que se mantenga dentro del patrimonio de pequeños grupos intelectuales.

La cultura de la sustentabilidad, por tanto, será de masas y de sentido común, o no será. Y será precisamente por eso la cultura que, como quería Martí, permita a nuestros pueblos llegar a ser buenos, libres y prósperos, como merecen ser. Por lo mismo, conviene recordar que la posibilidad de construir esa cultura está asociada a tres hechos de especial importancia en el desarrollo humano. El primero consiste en que los seres humanos adquieren conciencia de sí mismos, y de la posibilidad de transformar sus condiciones de existencia, en el terreno de las concepciones del mundo que dan sentido a su vida en sociedad. El segundo, en que una sociedad solo se transforma cuando ha agotado todas las formas de vida y desarrollo que era capaz de albergar. Y el tercero, en que las formas en que se decante esa transformación dependerán, en una medida decisiva, de las ideas que animen la conducta de las grandes masas humanas que la lleven a cabo.

De eso trata, justamente, un cambio civilizatorio, cuya complejidad explica que el mundo que conocemos sólo haya conocido tres transformaciones de ese orden en su desarrollo. La primera, ocurrida a lo largo de cinco mil años, fue generada por la transición a la agricultura como base material de la cultura; a la esclavitud como estructura social dominante en la interacción con los sistemas naturales, y al paganismo tribal como reflejo de la tierra en el Cielo. La segunda, generada por el triunfo de la revolución cristiana a lo largo de sus primeros trescientos años – y que no vino a agotarse sino un milenio después –, trajo el Cielo a la tierra para establecer la utopía de una salvación abierta a todos los seres humanos, sin distinción de sexo, nación o condición social.



Y la tercera, la que define los términos de nuestra existencia y de nuestras opciones, condujo a la formación del moderno sistema mundial – aquella organización de la desigualdad a escala planetaria que dijera referencia Fernand Braudel - a lo largo de los últimos 500 años, sintetizada de manera tan admirable en el Manifiesto Comunista de 1848 al decir que la época inaugurada por ese sistema se caracterizaba “por el constante y agitado desplazamiento de la producción, por la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, por una inquietud y una dinámica incesantes.” En esa época nueva, añade,

La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita. [...] Las viejas industrias nacionales se vienen a tierra, arrolladas por otras nuevas, cuya instauración es problema vital para todas las naciones civilizadas; por industrias que ya no transforman como antes las materias primas del país, sino las traídas de los climas más lejanos y cuyos productos encuentran salida no sólo dentro de las fronteras, sino en todas las partes del mundo. Brotan necesidades nuevas que ya no bastan a satisfacer, como en otro tiempo, los frutos del país, sino que reclaman para su satisfacción los productos de tierras remotas. Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba así mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones. Y lo que acontece con la producción material, acontece también con la del espíritu. Los productos espirituales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo común. Las limitaciones y peculiaridades del carácter nacional van pasando a segundo plano, y las literaturas locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal.

De entonces acá, la lectura de estas ideas en cada crisis del sistema mundial ha estimulado nuestra capacidad para imaginar otros mundos posibles a partir del des-

pliegue de las contradicciones y conflictos inherentes a ese proceso de escala e intensidad sin precedentes en la historia de nuestra especie. El Manifiesto – como las otras obras de la filosofía de la praxis que lo anteceden y lo siguen – es ante todo una guía para interrogar a la realidad desde la racionalidad profunda de los procesos que dan lugar a su formación y a sus transformaciones. Desde allí, hoy podemos afirmar – en lo mínimo – que el desarrollo de nuestra especie será sostenible por lo humano que llegue a ser a partir de los problemas y las premisas que nos presenta, hoy, lo inhumano de las consecuencias a que nos han conducido las formas históricas de organización que lo han caracterizado del siglo XVI a nuestros días.

II. Historia

De lo que se trata, como vemos, es de conocer el mundo de un modo que nos conduzca a transformarlo con todos, y para el bien de todos. Y puesto que se trata de cambiar el curso de la historia, es bueno conocer la historia de que se trata.

En un ensayo dedicado a los desafíos que el progreso científico de nuestro tiempo plantea al quehacer de los historiadores, Eric Hobsbawm señala como ejemplo el hecho de que “la revolución del ADN” haya creado premisas que permitan hoy plantear la necesidad de “un método particular, histórico, de estudio de la evolución de la especie humana [...] un marco racional para la elaboración de una historia del mundo”

que considere al planeta en toda su complejidad como unidad de los estudios históricos, y no un entorno particular o una región determinada. En otras palabras: la historia es la continuación de la evolución biológica del homo sapiens por otros medios.

La historia a que se refiere Hobsbawm existe ya, o está al menos en un vigoroso proceso de desarrollo. No es la natural, que tradicionalmente se ha ocupado de la for-

mación y evolución de las especies, ni la ecológica, que se ocupa de la evolución de las formas de interacción de las especies entre sí y con su entorno abiótico. En ambas, por supuesto, hay un lugar para la especie humana, pero ninguna se corresponde de manera específica con los rasgos que distinguen nuestro desarrollo. Ese papel corresponde a la historia ambiental, que se ocupa de las interacciones entre los sistemas naturales y los sistemas sociales, y de sus consecuencias para ambos a lo largo del tiempo y viene a ser, así, la historia general de la Humanidad en el más rico y complejo sentido de la expresión.

En esa perspectiva, la historia ambiental se ocupa de la producción de su propio nicho por la especie humana, a través de la transformación sistemática de los elementos naturales en recursos mediante el trabajo socialmente organizado y también, y sobre todo, de la producción de su propia humanidad por los humanos. Para ello, vincula entre sí al menos cuatro ámbitos de relación: el del entorno biogeográfico en que esa producción tiene lugar; el de las tecnologías y las relaciones sociales vinculadas a las mismas; el de las representaciones culturales de los propósitos de la aplicación de esas tecnologías a esos entornos, y el de la gestión política de las consecuencias de la organización de esas interacciones, en particular aquellas que resultan del conflicto entre grupos sociales distintos que aspiran a hacer usos excluyentes de un mismo ecosistema.

En breve, el análisis de la sostenibilidad del desarrollo humano desde la historia ambiental asigna especial relevancia a los problemas relacionados con la formación de nuevas y más complejas estructuras de organización social que resultan del paso a formas nuevas y más complejas de interacción con los sistemas naturales. Al interior de ese campo de estudio, la historia ambiental presta especial atención a la formación de culturas ambientales dotadas de la capacidad de promover y legitimar valores, percepciones y hábitos correspondientes a

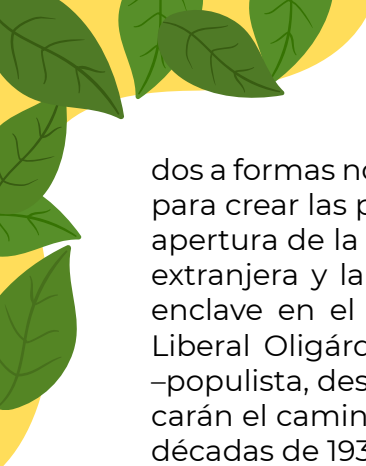
tales procesos, y de proporcionar el marco de referencia para incorporar o rechazar los resultados del desarrollo científico y tecnológico, y las transformaciones en las formas de relación de los grupos humanos entre sí y con su entorno natural.

III. Opciones

En lo que nos respecta, la extraordinaria complejidad ecosistémica, social y cultural de nuestra América tiene su origen más visible en el período 1500-1550, cuando la región se vio incorporada al proceso de formación del moderno sistema mundial en calidad de proveedora de alimentos, materias primas y fuerza de trabajo, y como espacio de reserva de recursos naturales y humanos. Esa modalidad de inserción definió, entre los siglos XVI y XIX, estructuras de larga duración que operan con tiempos y modalidades distintas en al menos tres subregiones diferentes.

Una de esas estructuras se articula a partir del trabajo esclavo, asociado sobre todo – pero no exclusivamente – a actividades de plantación. Otra, a partir de distintas modalidades de trabajo servil – desde la encomienda al peonaje –, destinado sobre todo a la producción de alimentos y a la explotación minera. Y otra más, a partir de una amplia gama de actividades de subsistencia en las áreas de la región que escapan a la articulación directa en el mercado mundial durante un período más o menos prolongado. Una afroamérica, una indoamérica y una América mestiza convergen, así, en la formación de aquel “pequeño género humano”, que habíamos llegado a ser ya en 1815, cuando con esa expresión nos definió Simón Bolívar en su Carta de Jamaica, habitante de los complejos paisajes urbanos, de plantación, minería, ganadería, de vida comunitaria indígena y de naturaleza virgen que describiera Humboldt a principios del siglo XIX.

El tránsito del siglo XIX al XX fue testigo de la formación de mercados de trabajo y de tierra constituidos mediante procesos masivos de expropiación de territorios sometidos



dos a formas no capitalistas de producción, para crear las premisas indispensables a la apertura de la región a la inversión directa extranjera y la creación de economías de enclave en el marco del llamado Estado Liberal Oligárquico. Los ciclos posteriores –populista, desarrollista y neoliberal – marcarán el camino hacia el siglo XXI entre las décadas de 1930 y 1990.

En el proceso, surgieron nuevos grupos sociales cada vez más vinculados a la economía de mercado; se expandieron las fronteras de explotación de recursos naturales; esa explotación ganó en intensidad y complejidad tecnológica, incluyendo a menudo procesos de elaboración de importante impacto ambiental; se produjo un notable proceso de des-ruralización y urbanización; todas las sociedades de la región ingresaron en procesos de transición demográfica, y la huella ecológica de ese conjunto de transformaciones se hizo cada vez más vasta y compleja. Y todo esto, a su vez, inauguró un período de nuestra historia en que los conflictos entre grupos sociales distintos que aspiran a hacer usos excluyentes de un mismo ecosistema tienen un papel cada vez más importante. En esta perspectiva, y en lo que hace a nuestra situación ambiental, el rasgo distintivo de la actual fase de desarrollo del proceso descrito consiste en la tendencia a la transformación masiva de la naturaleza en capital natural, a partir de al menos cuatro procesos, a menudo contradictorios entre sí:

- La ampliación de los espacios de explotación de lo que Nicolo Gligo llama “ventajas competitivas espurias” – en particular, recursos naturales y trabajo baratos, y amplias posibilidades de externalización de los costos ambientales –, asociada a menudo a la inversión masiva en megaproyectos de infraestructura;
- La organización de mercados de bienes y servicios ambientales con el apoyo técnico, financiero y político de instituciones financieras y organismos del sistema internacional, y

- La formación de una fracción “verde” del capital, vinculada a iniciativas globales como el Mecanismo de Desarrollo Limpio, que coexiste –a menudo en contradicción, y a veces aun en conflicto– con las fracciones agraria, industrial y financiera, más tradicionales, y
- La formación de una cultura de la naturaleza y un pensamiento ambiental correspondientes a esa nueva forma de desarrollo del capital, expresada en una agenda que abarca temas que van desde la incorporación del patrimonio ambiental de los países a las cuentas nacionales hasta la creciente inserción en nuestras economías de actividades vinculadas a la llamada “economía verde”, con un creciente respaldo de políticas públicas.

La complejidad de la situación que emerge de esta circunstancia demanda ya una nueva reflexión por parte del pensamiento ambiental latinoamericano. Ha quedado atrás aquel deslinde de campos en que se oponían entre sí, de un lado, el desarrollismo liberal y el pensamiento único neoliberal, y del otro quienes enfrentaban el deterioro social y la degradación ambiental masivos del crecimiento económico basado en la explotación extensiva de ventajas comparativas espurias. Hoy, la discusión se traslada a lo profundo del desarrollo del capitalismo, una de cuyas tendencias busca en la ecoeficiencia y la explotación intensiva de nuevas ventajas competitivas el medio para encontrar nuevas oportunidades de crecimiento y acumulación en la propia crisis que aqueja al sistema mundial.

Encarar este momento de la historia de las interacciones entre los sistemas naturales y los sistemas humanos en la región, poniendo en evidencia sus implicaciones para la sostenibilidad del desarrollo de la especie humana es una tarea que plantea singulares dificultades de orden teórico y metodológico. En particular, porque exige de nosotros el esfuerzo de pasar de un enfoque estructural, referido a modelos de clara orientación productivista más o menos bien definidos a priori, a otro referido

a relaciones de interdependencia entre factores múltiples en cambio constante, orientado a la construcción de opciones para un desarrollo que sea sostenible por lo humano que llegue a ser. Y dado que toda nuestra educación ha tendido a formarnos en torno a la primera de esas concepciones, el solo hecho de reconocer y enfrentar este reto representa ya un logro muy importante para nuestra cultura ambiental, sobre todo si consideramos la larga duración que usualmente tienen los procesos de cambio cultural en la historia de nuestra especie.

No hay otra manera, sin embargo, de establecer el camino hacia la sostenibilidad del desarrollo humano en nuestra América. Regresando al comienzo para llegar al final de esta reflexión, hoy empezamos a entender que el desarrollo sostenible no es el crecimiento económico con preocupaciones ambientales, sino el camino hacia la creación de sociedades nuevas, capaces de ejercer en sus relaciones con la naturaleza la armonía que caracterice a las relaciones de sus integrantes entre sí, y con el resto de sus semejantes.

Para esa tarea de creación, la historia nos ofrece tres lecciones de especial importancia. La primera consiste en que no hay un pasado al cual regresar, y que cualquier ilusión de retorno a mundos imaginados de

antaoño no es sino la otra cara de los temores que nos inspira el futuro. La segunda, por su parte, nos indica que no estamos por necesidad condenados ni a la pérdida ni a la salvación, pero sí al ejercicio de nuestra responsabilidad hacia nuestros semejantes en la tarea de escoger entre los inconvenientes de las distintas opciones de futuro que nos ofrece el momento de bifurcación en que ha venido a desembocar la crisis en curso en el sistema mundial. Y la tercera – quizás la más importante – de esas lecciones, por último, nos advierte que sólo llegará a ser viable aquella opción que adquiera el carácter de una fuerza natural, de orden geológico eruptivo, al convertirse en núcleo de una nueva racionalidad de masas en nuestras sociedades. En la creación de esa fuerza natural radica el mayor desafío de la educación ambiental en nuestra América, y ese desafío sólo podrá ser encartado con éxito si se entiende que – si de formar para transformar se trata – la educación ambiental es la educación. Porque esa es la tarea verdadera: no limitarse a mitigar lo peor de las consecuencias de la crisis que nos aqueja, sino encararla en la oportunidad que nos ofrece para transformar el Nuevo Mundo de ayer en el corazón que nutra la creación del mundo nuevo de mañana.

El Tuyú, Argentina, 27 de septiembre de 2009

1929 - 2009

Guillermo Castro H.

“Nacidos en una época turbulenta, arrastrados al abrir los ojos a la luz por ideas ya hechas y por corrientes ya creadas, obedeciendo a instintos y a impulsos, más que a juicios y determinaciones, los hombres de la generación actual vivimos en un desconocimiento lastimoso y casi total del problema que nos toca resolver. [...]

Establecer el problema es necesario, con sus datos, procesos y conclusiones. – Así, sinceramente y tenazmente, se llega al bienestar: no de otro modo.

Y se adquieren tamaños de hombres libres.”

José Martí, Cuadernos de apuntes, 1881.

Para Lourdes, siempre

1929

La crisis de 1929 tiene especial importancia para el análisis de la que enfrentamos hoy. En primer lugar, por su importancia histórica, pues con ella culminó el ciclo de desarrollo liberal clásico, y el mundo ingresó en plenitud al siglo XX. Y en segundo, por el hecho de que la gestión de esa crisis proporcionó un importante modelo de referencia en la formación de varias generaciones de científicos sociales latinoamericanos, en lo relativo a la comprensión del lugar y el papel de la región en los procesos de formación y transformación del moderno sistema mundial.

Aquella gestión, en efecto, fue percibida como exitosa en cuanto había logrado contener y revertir el terrible impacto inicial de la crisis sobre el sistema mundial, para conducirlo a un escalón superior de desarrollo civilizatorio, organizado en una comunidad de Estados independientes vinculados entre sí por un mercado mundial dolarizado. Para ello, en sus formas más visibles, aportó novedades como la intervención masiva del Estado en la economía; la creación de servicios públicos eficientes de salud pública, educación masiva y seguridad social;

la ampliación de los derechos democráticos de las capas medias y los trabajadores en los Estados nacionales de la época, y la multiplicación del número de esos Estados desde los 50 que fundaron las Naciones Unidas en 1944, hasta los casi 200 que hoy forman parte de esa organización.

Aquellos logros fueron el resultado, también, de circunstancias sin equivalente hoy. La primera y más notoria en el plano político, por ejemplo, corresponde a la claridad de las opciones enfrentadas: el liberalismo al centro, con el fascismo a la derecha y el comunismo estalinista a la izquierda, definieron de manera prístina el escenario de la geopolítica mundial entonces. Y a eso cabría agregar la amplitud de los espacios sociales, ambientales y políticos de maniobra con que contaba entonces el sistema mundial.

Un sistema colonial que abarcaba la mayor parte del Planeta permitía contar con vastas reservas de recursos humanos y naturales que ya no están disponibles. Así, el sistema colonial ofreció entonces un enorme espacio de maniobra a las potencias dominantes en el sistema mundial. Tras cumplir su función inicial de subsidio masivo al despegue del capitalismo en los países centrales, su reorganización en economías nacionales dotadas de Estado propio pudo ofrecer aún un gran impulso al nuevo ciclo de expansión económica que tuvo lugar en las décadas de 1950 y 1960.

En lo político, el espacio de maniobra abarcaba por un lado las posibilidades de expansión del carácter restrictivo de la vieja democracia liberal imperante en las sociedades de capitalismo más maduro y, por otro, la lucha por alcanzar esos derechos a través de la formación de Estados nacionales en las regiones coloniales de Asia, África y Oceanía. Y esos derechos, además, se definían al nivel primario de las expectativas sociales, y en una circunstancia de baja presión demográfica. En efecto, si el analfabetismo supera la mitad de la población adulta, la expectativa de vida al nacer no

va más allá de los cincuenta años, la industrialización no se ha iniciado y la organización de los trabajadores es una novedad, concesiones relativamente pequeñas por parte de los grupos dominantes pueden producir transformaciones importantes y de impacto duradero en el desarrollo social.

Otros niveles de gestión de la crisis de 1929 han sido y son percibidos con menor claridad. En el caso de la geocultura del sistema mundial, por ejemplo, la formación del concepto de desarrollo ha recibido mucha más atención que la maduración de formas complejas de identidad, pensamiento y organización política en distintas regiones de la periferia. Tales son, por ejemplo, los casos del pensamiento radical democrático de José Martí (1853 – 1895) en América Latina, sintetizado en su ensayo *Nuestra América*, de enero de 1891; del pensamiento nacional democrático de Sun Yat Sen (1886 – 1925), en China, sintetizado en los *Tres Principios del Pueblo* – democracia, nacionalismo y bienestar –, y el del humanismo patriótico de Mahatma Gandhi (1869 – 1948).

Y a esto cabe agregar otros dos hechos relevantes. Uno, que la gestión de la crisis se prolongó por una década, hasta desembocar en la Guerra Mundial de 1939 – 1945. De allí emergió una nueva economía, que tuvo y tiene en el sector militar industrial uno de sus pilares fundamentales, y en la revolución científico – técnica su factor fundamental de desarrollo. El otro consiste en que el sistema internacional así constituido tras el ciclo de crisis 1929 – 1945 dependió y depende en una constante medida del recurso a la violencia y el autoritarismo en su periferia.

Convertida primero en zona caliente de la Guerra Fría, esa periferia pasó a ser después el escenario de los llamados “Estados fallidos”, cuya viabilidad depende de la presencia de fuerzas de ocupación extranjeras. Así, a la secuencia inicial de violencias en Palestina, Corea, Argelia, el África ecua-

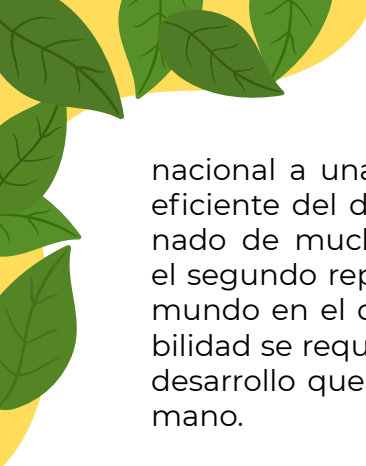
torial, el Sudeste asiático y América Latina, ha sucedido la situación de conflicto endémico, abierto o soterrado, que subsiste en los Balcanes, el Cáucaso, el Asia Central, Palestina, Irak, Afganistán, el África subsahariana y Haití, por mencionar sólo casos muy visibles.

2009

En suma, la gestión de la crisis de 1929 permitió al capitalismo ingresar a una fase superior y más compleja de desarrollo, favorecido por una combinación de factores como la ausencia de otras opciones políticas viables y la existencia de amplias reservas territoriales, demográficas y culturales disponibles para una nueva fase de expansión. Hoy, la economía, el sistema internacional y la geocultura mundial que han entrado en crisis son las que en su momento emergieron de aquellas transformaciones, y esto ayuda a entender mejor el carácter, los desafíos y las opciones que nos plantea la circunstancia que nos corresponde enfrentar.

La crisis financiera de 2008, en efecto, se vio precedida por crecientes dificultades en el funcionamiento de los mecanismos de gestión del sistema internacional. Esta dificultad ya emerge a principios de la década de 1990, en el intento de conciliar el imaginario del desarrollo como valor hegemónico del sistema internacional, con el reconocimiento de la insostenibilidad de ese objetivo que emerge como problema en la Cumbre de la Tierra de 1992.

A esa dificultad de orden ideológico y cultural se agregó poco después la que resultó de las dificultades en el tránsito por medios puramente burocráticos hacia un sistema internacional organizado de hecho en torno a la Organización Mundial del Comercio, ante la resistencia masiva a la versión neoliberal de la globalización. Con ello, el proceso de globalización pasó a tener dos voceros enfrentados entre sí: los Foros de Davos y de Porto Alegre. El primero pasó a sintetizar la aspiración de los sectores hegemónicos en el sistema inter-



nacional a una organización mucho más eficiente del desarrollo desigual y combinado de mucho más eficiente, mientras el segundo representó la demanda de un mundo en el que la equidad y la sostenibilidad se requerían mutuamente para un desarrollo que mereciera ser llamado humano.

Y aun así, como lo advirtiera Immanuel Wallerstein ya en 2004, el enfrentamiento entre ambos no se refirió “a si estamos o no a favor del capitalismo como sistema mundial”, pues ambas posibilidades de reemplazo “carecen tanto de verdaderos nombres como de perfiles detallados.” Aquí, agregaba,

Lo que está en cuestión es, en lo más esencial, si el sistema de reemplazo será jerárquico y polarizante (esto es, igual o peor que el sistema actual) o será en cambio relativamente democrático e igualitario. Estas son opciones morales básicas, y estar de uno u otro lado determina nuestras políticas.

De este modo, la crisis ha venido a expresar el agotamiento de las premisas políticas, culturales y ambientales que habían sostenido el desarrollo del sistema mundial a partir de la segunda postguerra. Por lo mismo – sobre todo a partir del derrumbe del socialismo en la Unión Soviética y Europa Oriental, que hace recaer todo el peso de la crisis sobre el centro liberal – no es de extrañar que se multipliquen los fenómenos morbosos que caracterizan la ruptura de los marcos preexistentes de referencia y control, como la difusión de los fundamentalismos de todo tipo, regresiones populistas, fragmentación y disolución de formaciones estatales, migraciones sin control y situaciones de carácter cuasi maltusiano que asolan regiones completas, en una circunstancia de erosión generalizada de las formas tradicionales de autoridad moral y política, y de generalización del recurso a la violencia como medio de control social. La crisis que encaramos se ubica de lleno, así, en el terreno de la hegemonía. Su di-

mensión financiera culminó este proceso, pero no fue su causa. Llegó cuando ya estaba muy extendido el deterioro del moderno sistema mundial, para presentarse como el aspecto principal de una contradicción más profunda: la del carácter desigual y combinado del desarrollo que ese sistema organiza, del cual depende para existir, y en cuyo marco debe encarar sus problemas o enfrentar el riesgo de su propia implosión.

1929 - 2009

Si en 1929 el sistema mundial enfrentó con éxito una grave situación de crisis en su desarrollo, en el 2009 podría estar afectado por el agotamiento de las estructuras que organizan y sustentan ese desarrollo. Aun si esas estructuras deben encontrar un nuevo punto de equilibrio en la recomposición del sistema en torno a una economía nacional distinta a la norteamericana – esto es, si el sistema depende de una transferencia de la hegemonía de un centro sistémico a otro, como ha ocurrido en el pasado –, las posibilidades parecen ser cada vez más limitadas.

El proceso de globalización ha creado ya, en efecto, opciones de un nuevo tipo – desde ciudades – Estado como Singapur hasta regiones económicas de creciente integración política y ascendiente global, como las de Asia Pacífico y Europa Occidental –, cuyos oportunidades y necesidades de desarrollo desbordan las capacidades de las estructuras políticas tradicionales de cooperación intergubernamental, y de las economías organizadas a partir de mercados nacionales. Con ello, por ejemplo, resulta incierta la recomposición del sistema a partir de la hegemonía de un Estado en particular, aun con el desplazamiento del centro Noratlántico a la región Asia Pacífico.

En ese marco, también, asistimos otra vez a la destrucción masiva de empleos y de organizaciones productivas, a incrementos en la productividad derivados de la innovación tecnológica y organizativa, y a la

formación de sectores de actividad económica nueva, como el mercado de bienes y servicios ambientales, y de sectores también nuevos del capital. Así, en América Latina, en conjunto con los complejos procesos de transformación social y política que encaran todos los Estados de la región, se acentúa el proceso de reorganización territorial de las economías iniciado en la década de 1990. Nuestra región, cada vez más urbanizada, expande sus fronteras de recursos, organiza como verdaderas biofábricas sus espacios de agroexportación, e intensifica la transformación de la naturaleza en capital natural por los medios más diversos, desde la inversión en megaproyectos de infraestructuras, el desarrollo de nuevas y más eficientes modalidades de inserción en el mercado global de bienes y servicios ambientales, y la creación de los marcos legales y culturales que esos mercados requieren para operar con eficiencia en el nivel global.

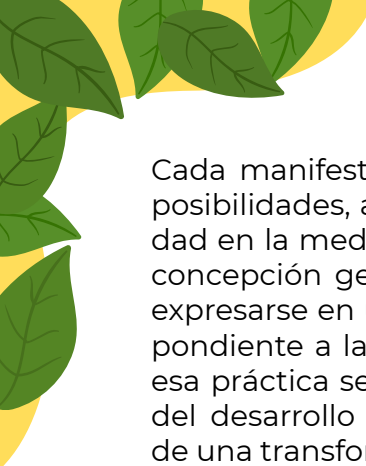
Todo esto, como es natural, se presenta acompañado de una cauda de conflictos entre estructuras de convivencia y modelos de gestión política, social, económica y ambiental viejos y nuevos. Aquí, destaca en particular el enfrentamiento entre múltiples grupos y sectores sociales y económicos distintos que aspiran a hacer usos excluyentes de un mismo sistema natural, sea la selva amazónica, los glaciares de los Andes o los litorales mesoamericanos: sectores privados de propiedad por la privatización de las fuentes de recursos y grupos empresariales beneficiados por esa privatización, o viejas y nuevas fracciones del capital: primario – exportador, industrial – exportador, financiero – articulador, y ambiental (“verde” o “azul”). Todo esto abre un espacio aún poco explorado a la formación de alianzas de estas nuevas fracciones con sectores de capas medias urbanas y de pobres de la ciudad y el campo resocializados en el curso de estos procesos, para el desarrollo de opciones alternativas que sean viables en cuanto faciliten la creación colectiva de nuevas formas de expresión del interés general de comunidades territoria-

les, regionales y nacionales complejas.

Creación

¿Cómo traducir estas premisas nuevas en una práctica política que sea viable por lo útil que resulte para encarar los graves problemas de nuestro tiempo? Aquí, conviene partir de los hechos cumplidos. El programa neoliberal es uno de ellos, al menos en su forma de Consenso de Washington. El programa inicial de resistencia a las consecuencias del neoliberalismo está agotado también, y tanto los sectores subordinados como los dominantes carecen (aún) de un proyecto verdadero alternativo. Las cosas, en suma, ya no son lo que eran, ni volverán a serlo. Tampoco, sin embargo, han llegado a ser lo que serán. Por lo mismo, cabe recordar que, si bien nunca existe un pasado al cual regresar, la crisis abre ante nosotros múltiples opciones de futuro a construir. A esas opciones es que cabe referir todas las propuestas que afloran para expresar, en los ámbitos más diversos, el malestar en la cultura donde se incuban los proyectos que definirán la etapa que viene, que se inicia ya.

Al propio tiempo, estas circunstancias en que los conflictos que emergen de la crisis se combinan con los que fueron mediatizados pero no resueltos en el ciclo que culmina ofrecen nuevas posibilidades de construcción de entendimientos entre movimientos sociales emergentes, que se expresan desde racionalidades y con voces sin cabida en la geocultura que implosiona. El detalle de esos entendimientos en casos particulares será diverso, pero sus lineamientos fundamentales ganan cada día en claridad: gobierno basado en el consenso; autoridad funcional, no jerárquica ni de casta; igualdad sustentada en la equidad; armonía en las relaciones sociales, y en las interacciones entre sistemas sociales y sistemas naturales, y una producción centrada en valores de uso, y en la valoración de los recursos a partir de la función que cumplen en los ecosistemas que los proveen.



Cada manifestación de esas demandas y posibilidades, a su vez, ganará en fecundidad en la medida en que se vincule a una concepción general del mundo capaz de expresarse en una práctica política correspondiente a la novedad de los tiempos. Y esa práctica será progresiva, en el sentido del desarrollo humano, si es el resultado de una transformación del sentido común, capaz de traducir aspiraciones en conductas innovadoras que conduzcan a realidades nuevas.

El problema medular ha sido y será el de vincular en términos nuevos la teoría y la práctica, el interpretar y el transformar, el pensar haciendo y el hacer pensando. Aquí, entre nosotros, están creadas ya las capacidades básicas para renovar los empeños que nos permitan llegar, como quería José Martí, “por métodos e instituciones

nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas.” Una vez más se confirma que no hay en nuestra América batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. Superar la primera, y encontrar lugar útil para la segunda en nuestro destino, demanda como nunca de nosotros crecer con nuestra gente para ayudarla a crecer, siempre de cara al bien mayor posible en cada, y recordando siempre, también, que la opción por el mal menor expresa el acatamiento de nuestras propias debilidades.

Ciudad del Saber, Panamá, octubre de 2009

La noosfera y los cuatro jinetes del Apocalipsis: conocimiento, sociedad y crisis ambiental

Guillermo Castro Herrera

El conocimiento es un producto del trabajo humano, al menos en cuatro sentidos. Primero, en cuanto es necesario trabajar para producirlo; segundo, en cuanto la materia prima fundamental para esa labor proviene de la experiencia acumulada por nuestra especie en su incesante transformación del mundo en que habitamos mediante el trabajo socialmente organizado; tercero, en cuanto que la producción de conocimiento es una acción racional determinada en sus métodos y procedimientos por los fines que persigue. Y finalmente porque, siendo la práctica el criterio de la verdad, la calidad del conocimiento está íntimamente relacionada con su capacidad para ayudarnos a comprender y transformar el mundo de manera adecuada a nuestras necesidades, tal como las entendemos en cada etapa de nuestro desarrollo como la especie que somos.

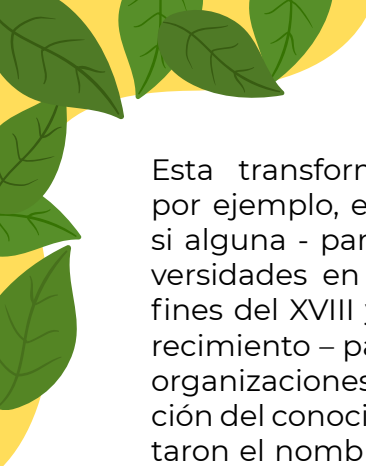
Esto permite entender que el conocimiento puede y debe ser objeto de una gestión encaminada a organizar y orientar su producción, y a optimizar el aprovechamiento de sus frutos. Esa gestión del conocimiento ha venido a emerger como un área específica de actividad social en el marco más amplio del proceso de globalización, esto es, de transformación del mercado mundial en una unidad que funciona en tiempo real.

En lo más esencial, la labor de organización y dirección de los procesos de producción, aplicación y difusión del conocimiento ha estado presente en toda sociedad, desde las más primitivas a las más modernas, y determinada en cada una de ellas por sus formas de vida y propósito. Así, en la Grecia clásica coexistieron formas refinadas del conocer con otras particularmente toscas de organización del trabajo y aplicación de

lo así conocido a la producción material, junto a una difusión de las formas más abstractas del conocimiento restringida a los estratos superiores de aquella sociedad. El paso de la Academia clásica al monasterio de la Alta Edad Media y a la Universidad del otoño del feudalismo constituye un proceso relativamente bien conocido de sucesión de estructuras de gestión del conocimiento correspondientes a sociedades rurales, rígidamente estratificadas y organizadas en lo esencial como economías mundo siempre tendientes a la autarquía.

El período que va de 1450 a 1650 fue, a un tiempo, el del nacimiento de lo que vendría a ser la moderna sociedad capitalista – cuya primera madurez se ubica hacia 1850 –; de la desintegración de las estructuras de gestión del conocimiento precedentes, y de la formación de las premisas sobre las que llegarían a integrarse estructuras nuevas del conocer. Estos procesos estuvieron íntimamente vinculados entre sí, y con el desarrollo y difusión de lenguas nacionales cultas, distintas al latín clerical hasta entonces dominante en la difusión del conocimiento, que alcanzó su primer momento climático entre 1534 y 1611, en lo que fue de la publicación de la Biblia traducida al alemán por Martín Lutero a la traducida a la lengua inglesa por iniciativa de la casa reinante en Inglaterra.

Ese período es, también, el de la formación de una cultura laica, en cuyo marco se desarrollan actividades de investigación que hoy llamaríamos “científica”; surgen demandas de un tipo nuevo de producción de conocimiento para la producción material – en casos como los del control de la energía hidráulica, y del fomento de la agricultura y de la minería – y empiezan a formarse especialistas laicos en la aplicación del conocimiento a las actividades productivas. Al propio tiempo, las viejas estructuras de gestión del conocimiento se van viendo marginadas de ese proceso de transformación de los vínculos entre el conocimiento, la producción material y la vida espiritual.



Esta transformación se hace evidente, por ejemplo, en hechos como la escasa – si alguna – participación de las viejas universidades en la revolución industrial de fines del XVIII y principios del XIX, y el florecimiento – paralelo a esa revolución – de organizaciones laicas estatales de promoción del conocimiento científico que adoptaron el nombre de Academias o Colegios Reales. La importancia de estas entidades se expresa, por ejemplo, en que ni Adam Smith estudiara economía ni Charles Darwin biología en el sentido en que entendemos hoy esas disciplinas, ni en el tipo de entidades en que vino a practicarse ese estudio de mediados del XIX en adelante. Ninguno de ellos, por otra parte, desempeñó su labor de investigación en entidades universitarias

Aquel proceso de transición vino a culminar cuando el cascarón de la vieja universidad medieval, con su carga de añejo prestigio, fue convertido en el andamio adecuado para crear una entidad de nuevo tipo, destinada a vincularse de manera cada vez más estrecha a la producción material y espiritual de una sociedad que entonces alcanzaba su primera madurez. Así, el viejo trívium medieval cedió lugar al positivista – ciencias naturales, ciencias sociales, Humanidades –, y al nuevo quadri-vium tecnológico, con la incorporación de las ingenierías a la tríada anterior.

Con todo, lo fundamental consistió aquí en un cambio en la función a cumplir por la gestión del conocimiento. En efecto, si en el medioevo esa gestión se organizaba en torno al problema de la salvación del alma – y de la Teología como disciplina especializada en el tema –, en el mundo moderno esa organización pasó a girar en torno al problema de la ganancia, a la luz de la economía como disciplina dominante.

Aquella transición vino a culminar hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX. El desarrollo de las nuevas estructuras de gestión del conocimiento, acelerado por las demandas siempre crecientes del Estado

y del nuevo sector empresarial dominante – industrial primero, financiero después –, vino a generar contradicciones cada vez más agudas desde mediados del siglo XX. Es en ese marco, desde fines del siglo XX y a lo largo del XXI se ha iniciado un nuevo proceso de transición en cuyo marco ha emergido, como se dijo, la gestión del conocimiento como campo específico del saber.

Para comienzos del siglo XXI la gestión del conocimiento tiende a organizarse en torno al problema de la sustentabilidad del desarrollo de la especie humana, y asume como su eje de racionalidad a la ecología. Esta transición surge del proceso de desarrollo y maduración de la primera cultura universal en la historia humana – aquella creada por la generalización de los intercambios entre todos los pueblos y todas las economías del planeta, de mediados del siglo XVIII en adelante –, y de la crisis ecológica global surgida asociada a la organización de dichos intercambios en torno al propósito de la acumulación incesante de ganancias.

En el plano del conocimiento, este proceso encontró su punto de partida en el extraordinario volumen y diversidad de la información generada por dichos intercambios, cuya integración facilitó percibir la interrelación universal de los fenómenos naturales y sociales, facilitada además por el extraordinario desarrollo de las tecnologías de la información y las comunicaciones desde fines del siglo XIX y, sobre todo, desde fines del XX. De allí ha resultado que la gestión del conocimiento disponga hoy de capacidades tecnológicas que le permiten operar con enormes volúmenes de datos de las procedencias y calidades más diversas. Y eso ha generado también el riesgo de disponer cada vez más de mayor información y menor conocimiento.

Esas posibilidades, y ese riesgo, resaltan la importancia de construir marcos de referencia para la gestión del conocimiento que hagan explícita la concepción del

mundo y la racionalidad que la animan, y que permitan cumplir con tres propósitos básicos. Uno, preservar la capacidad de convertir experiencias diversas en un conocimiento que pueda ser compartido por actores muy diferentes; otro, facilitar a cada uno de esos actores la tarea de adecuar ese conocimiento a sus propios intereses y, en particular, fomentar y facilitar la interacción entre esos actores para encarar riesgos y aprovechar oportunidades de interés común.

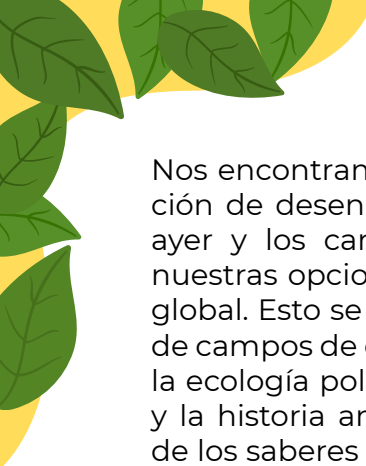
Esos problemas hacen parte de los desafíos que ha venido a plantearnos la sostenibilidad del desarrollo de nuestra especie desde fines del siglo XX, cuando el volumen y complejidad de nuestras intervenciones en el medio natural han venido a crear una circunstancia que designada como el Antropoceno, una época en la historia del planeta en la que el impacto de nuestras intervenciones en la biosfera ha adquirido una escala geológica. De los desafíos que plantea una época tal, los más visibles son, sin duda, de orden científico y tecnológico. Otros, no menos importantes y probablemente decisivos a mediano y largo plazo, son de orden cultural, y se expresan con particular claridad en las diferencias de percepción de la crisis que encaramos.

Así, por ejemplo, el sistema interestatal tiende a privilegiar en su abordaje de la crisis el tratamiento de los problemas asociados al cambio climático, reduciéndolos – en una serie de aproximaciones sucesivas – a problemas de adaptación y mitigación, de tecnología adecuada al tratamiento de esos problemas y, finalmente, de acceso a los fondos necesarios para abordar esos problemas con esa tecnología conservando al propio tiempo el orden vigente en nuestras relaciones con la naturaleza, y de las sociedades entre sí. Por otra parte, una organización como la Alianza del Milenio por la Humanidad y la Biosfera, en su documento Consenso de los científicos sobre la necesidad de Conservar los Sistemas Vitales de la Humanidad en el Siglo XXI, resalta que el estudio de “la interacción de la

gente con el resto de la biosfera desde una amplia gama de perspectivas”, indica “que la evidencia de que los humanos están dañando sus sistemas ecológicos vitales es abrumadora” y que “la calidad de la vida humana sufrirá un deterioro sustancial hacia el año 2050, si persistimos en seguir por la senda que venimos recorriendo.”

Ante este tipo de situaciones, va siendo evidente que la construcción de nuevos marcos de referencia destinados a facilitar el entendimiento y la colaboración entre organizaciones de tipo muy diverso no puede limitarse a ejercicios de reordenamiento en el marco del trívium y el quadri-vium positivistas. En ese marco se asume que existe una diferencia – antes que una relación – entre lo social y lo natural, y se da por supuesto que corresponde a las ciencias naturales explicar los procesos, y a las sociales describir las estructuras de acción colectiva y proponer las modificaciones que puedan ser necesarias para que puedan enfrentar problemas de nuevo tipo en la relación entre la sociedad y la naturaleza. De ese esquema básico de acción cognitiva quedan excluidas, así, las Humanidades, por un lado, mientras se privilegia por el otro el vínculo entre ciencias naturales y la tecnología en el marco de sociedades imaginarias, que cambian sin transformarse.

Hoy encaramos el desafío de pasar de la racionalidad del productivismo, con su énfasis en el crecimiento económico sostenido, a una ambiental, que nos permita entender que el desarrollo del que se trata es el de nuestra especie, que depende de una interacción sostenible con los ecosistemas de los que depende nuestra existencia. Un marco nuevo de referencia tendría que trascender, así, la mayor parte de los supuestos que sustentan la gestión del conocimiento para el desarrollo sostenible en la vieja perspectiva positivista – progresista, para encarar el hecho de que una parte sustancial de las premisas que sustentan nuestro pensar y nuestro actuar provienen del período histórico anterior a la crisis ambiental global.



Nos encontramos, en suma, en una situación de desencuentro entre la cultura de ayer y los cambios que van definiendo nuestras opciones ante la crisis ambiental global. Esto se hace sentir en la formación de campos de estudio nuevos, como los de la ecología política, la economía ecológica y la historia ambiental; en la revaloración de los saberes populares y la búsqueda de mecanismos de diálogo entre éstos y los de base científica, todos ellos vinculados entre sí por su común origen en el trabajo humano. Y a esto se agrega la creciente importancia del saber de las Humanidades en su capacidad de aportar tanto a la mejor comprensión de los procesos de larga y mediana duración, como a la de los lenguajes – y en particular las metáforas – que nos permiten construir el conocimiento común que vamos adquiriendo a partir de la infinita diversidad de la actividad humana.

Ese aporte de las Humanidades, en interacción cada vez más fecunda con el conocimiento de lo natural y de lo social, nos permite entender hoy que el ambiente es el producto de las interacciones entre cada

sociedad y el medio natural que la sustenta. Con ello, el ambiente viene a ser – como lo dijera Donald Worster – un espejo que la naturaleza pone ante nuestros ojos, para permitirnos ver el verdadero rostro de la sociedad que somos.

De todo ellos resulta una verdad que puede ser tan inquietante para unos como esperanzadora para otros: si deseamos un ambiente distinto, tendremos que crear una sociedad diferente, o atenernos a las consecuencias de no hacerlo. Tenemos, pues, una opción: podemos culminar el proceso de transformación de la biosfera en la noosfera fecunda que imaginaron Vladimir Vernadsky y Pierre Teilhard de Chardin, en la que finalmente ocurra el paso del reino de la necesidad al de la libertad, o podemos retroceder ante esa posibilidad, y emprender el viaje de retorno a la barbarie, acosados – otra vez – por los cuatro jinetes del Apocalipsis.

V Encuentro Científico
Universidad Autónoma de Chiriquí.
David, Chiriquí, 14 de noviembre de 2013

Génesis. Aproximación a una cultura de la naturaleza para el desarrollo sostenible.

Guillermo Castro H.

Para Rodrigo Noriega y Gustavo Adrián Zarilli, gentes de luz

Los puntos de partida

La moderna cultura de la naturaleza – de Darwin acá – ofrece un panorama abigarrado de tendencias que van desde el utilitarismo más egoísta hasta formas casi místicas de ecología profunda. Aun así, ese panorama puede ser organizado en torno a dos visiones encontradas, que se influyen entre sí de múltiples maneras. Una concibe a la naturaleza como una realidad externa al ser humano, fuente a la vez de recursos y de peligros, que nuestra especie recibió como cosa creada y puesta bajo su responsabilidad, en el mejor de los casos, o a su disposición, en el peor. La otra percibe al mundo natural como una biosfera de la cual los humanos hacen parte, y con la que interactúan mediante procesos de trabajo socialmente organizados que dan lugar a la formación de ambientes característicos de la socialidad de sus procesos.

La naturaleza creada para el hombre, y el ambiente producido por el trabajo humano constituyen, así, dos facetas del sentido común de nuestra cultura. Comprender el carácter de cada una, y el de las relaciones que guardan entre sí, permite avanzar hacia un buen sentido capaz de dar cuenta de los procesos de creación de su ambiente por los humanos, y los de formación y evolución de nuestra especie a lo largo de su presencia en la Tierra.

La naturaleza creada

Los elementos de origen en la formación de una cultura de la naturaleza en las sociedades que hacen parte del Occidente del moderno sistema mundial pueden ser encontrados en los primeros nueve capítu-

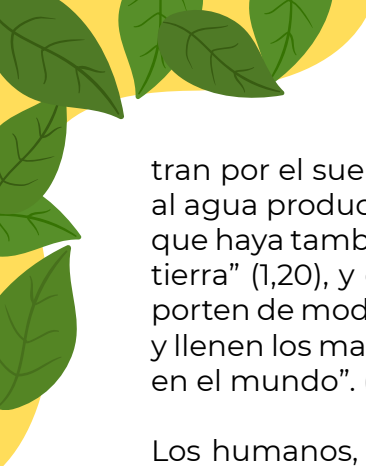
los del Génesis. Allí se describe el proceso de creación de la naturaleza por un poder extrahumano que, a partir de un caos original, establece un orden que sustenta la existencia de nuestra especie y cuya conservación depende en una medida decisiva de nuestra conducta.

El Génesis presenta ese proceso en lo que hace a la estructura que rige su desarrollo, y a las funciones y el sentido de sus resultados. En lo general, el proceso es presentado en dos grandes fases. La primera da origen al medio abiótico (Génesis, 1, 3 – 10), y la segunda a la formación de la vida a partir de ese medio (Génesis, 1, 11 – 12; 20 – 27). Esa sencilla secuencia sólo se altera con la creación de los elementos extraterrestres – el sol, la luna y las estrellas – en este segundo momento (1, 14 – 18).

A esto cabe agregar otros dos rasgos característicos. Uno consiste en el carácter binario del proceso. La creación, en efecto, aparece estructurada en pares, tanto en lo que hace al medio abiótico (luz / oscuridad, cielo / superficie, mar / tierra), como al biótico (flora / fauna; peces / aves; mamíferos / reptiles). El otro se expresa en el carácter ascendente del proceso, que culmina en la creación de la especie humana:

Entonces dijo [Dios]: “Ahora hagamos al hombre a nuestra imagen. Él tendrá poder sobre los peces, las aves, los animales domésticos y los salvajes, y sobre los que se arrastran por el suelo.” (1,26) [...] Cuando Dios creó al hombre, lo creó a su imagen; varón y mujer los creó, y les dio su bendición: “Tengan muchos, muchos hijos; llenen el mundo y gobiérnenlo; dominen a los peces y a las aves, y a todos los animales que se arrastran”.

Esta creación tiene una clara estructura funcional, en cuanto cada elemento se define en sus relaciones con otros. Así, corresponde la tierra producir “toda clase de plantas: hierbas que den semilla y árboles que den fruto” (1,11), y “toda clase de animales: domésticos y salvajes, y los que se arras-



tran por el suelo” (1,24), como corresponde al agua producir “toda clase de animales, y que haya también aves que vuelen sobre la tierra” (1,20), y que estas criaturas se comporten de modo que “tengan muchas crías y llenen los mares, y que haya muchas aves en el mundo”. (1,22)

Los humanos, sin embargo, son definidos como especie separada por tres rasgos puntuales. Estos son el lenguaje – esto es, el núcleo fundamental de la cultura, en cuanto factor decisivo para la acción colectiva con arreglo a fines –; las estructuras y conflictos inherentes a la vida en sociedad, y el dominio sobre el resto de los seres vivientes. Así, una vez creado el Jardín del Edén, Dios dispuso que el hombre se instalara en él “para que lo cultivara y lo cuidara” (2, 15) y, tras indicarle que no comiera los frutos del árbol del bien y del mal, dijo:

“No es bueno que el hombre esté solo. Le voy a hacer a alguien que sea una ayuda adecuada para él”. Y Dios el Señor formó de la tierra todos los animales y todas las aves, y se los llevó al hombre para que les pusiera nombre. El hombre les puso nombre a todos los animales domésticos, a todas las aves y a todos los animales salvajes, y ese nombre se les quedó. Sin embargo, ninguno de ellos resultó la ayuda adecuada para él.

En este momento, se produce una segunda creación de la mujer, ahora como dependiente del hombre:

Entonces Dios el Señor hizo caer al hombre en sueño profundo, y mientras dormía, le sacó una de las costillas y le cerró otra vez la carne. De esa costilla Dios el Señor hizo una mujer, y se la presentó al hombre, el cual, al verla, dijo: “Esta sí que es de mi propia carne y de mis propios huesos. Se va a llamar ‘mujer’, porque Dios la sacó del hombre.” (2, 18 – 2, 23)

El capítulo 3, finalmente, pone en movimiento el conjunto de lo creado a partir de tres momentos puntuales. En el primero,

tras comer del fruto prohibido, el hombre y su mujer trascienden aquel estado natural en que “estaban desnudos, pero ninguno de los dos sentía vergüenza de estar así” (2, 25), para ingresar a uno distinto, de conciencia de sí, en el cual “se les abrieron los ojos, y los dos se dieron cuenta de que estaban desnudos. Entonces cosieron hojas de higuera y se cubrieron con ellas.” (3,4 – 3,7)

Esa transición del estado natural a la cultura va acompañada del ingreso a una relación con la naturaleza intermediada por el trabajo. “Ahora”, le dice el Creador a su criatura: la tierra va a estar bajo maldición por tu culpa; con duro trabajo la harás producir tus alimentos durante toda tu vida. La tierra te dará espinos y cardos, y tendrás que comer plantas silvestres. Te ganarás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la misma tierra de la cual fuiste formado, pues tierra eres y en tierra te convertirás. (3,17 – 3,19)

El ingreso al mundo del trabajo conduce a su vez a una doble estructura de dominación y conflicto. Por un lado, esa estructura tiene un carácter patriarcal, derivado de la decisión del Creador de castigar a la mujer por su debilidad, sometiéndola al parto con dolor y a la autoridad de su marido (3, 16). Por otro, incorpora a la vida de los humanos los conflictos inherentes a formas distintas y antagónicas de relación con la naturaleza, que afloran en el enfrentamiento entre el pastor Abel y el agricultor Caín.

De este modo, en el capítulo 4 del Génesis, tras presentar el pastor y el agricultor ofrendas con los productos de su trabajo al Creador, éste “miró con agrado” al primero y su ofrenda, y ante el disgusto de Caín, le dijo:

¿Por qué te enojas y pones tan mala cara? Si hicieras lo bueno, podrías levantar la cara; pero como no lo haces, el pecado está esperando el momento de dominarte. Sin embargo, tú puedes dominarlo a él. (4,2 – 4,7)

El desenlace del episodio es bien conocido. Caín se deja dominar por el resentimiento, asesina a Abel y, cuando el Creador le pregunta por su hermano, responde: “No lo sé. ¿Acaso es mi obligación cuidar de él?” (4,8 – 9)

Toda la historia de nuestra eticidad gira desde entonces en torno a esa pregunta, y a las implicaciones de sus dos respuestas posibles. Ser los guardianes de nuestros hermanos, en efecto, está en la esencia misma de la aspiración a un desarrollo que sea sostenible por lo humano que llegue a ser. Descartar esa responsabilidad, por otra parte, nos conduce a procesos de conflictividad creciente tanto en las relaciones sociales como en las de la sociedad con su entorno natural, que abren paso a la insostenibilidad a través de la deshumanización. Este tipo de crisis subyace al relato del desastre en que desemboca la primera creación, como una suerte de experimento fallido del Creador, que sólo preserva para continuar la vida a Noé y aquellos favorecidos por su misión salvadora. Así, nos dice el Génesis, “la tierra estaba llena de maldad y violencia, pues toda la gente se había pervertido”, ante lo cual Dios decidió “terminar con toda la gente. Por su culpa hay mucha violencia en el mundo, así que voy a destruirlos a ellos y al mundo entero.” (6,11 – 6,13) Y, una vez culminado ese proceso de destrucción a través del diluvio universal, Dios “bendijo a Noé y a sus hijos con estas palabras”:

Tengan muchos hijos y llenen la tierra. Todos los animales del mundo temblarán de miedo ante ustedes. Todos los animales en el aire, en la tierra y en el mar, están bajo su poder. Pueden comer todos los animales y verduras que quieran. Yo se los doy. (9,1 – 9,3)

Desde aquí, todos los elementos fundamentales del proceso de desarrollo de la especie humana, en interacción constante con el mundo natural, pasan a expresarse en la conciencia colectiva como un sentido común con tres rasgos característicos.

El primero consiste en la existencia un mundo natural creado, externo al mundo social, y sujeto a factores que trascienden la voluntad humana; el segundo, en que ese mundo natural fue creado para satisfacer las necesidades del mundo social, y el tercero, en que la naturaleza puede y debe ser dominada y transformada en función de las necesidades de la sociedad, tal como ésta las entienda.

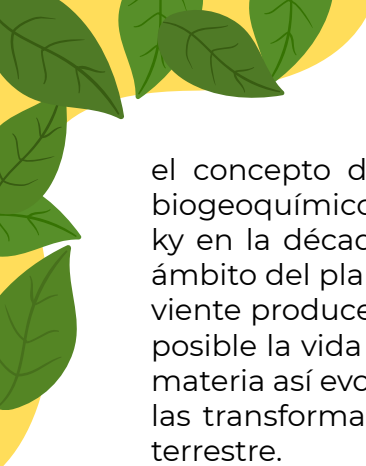
Cabría agregar a lo anterior, incluso, que a lo largo del Viejo Testamento - sobre todo en el libro del Éxodo -, la destrucción del ambiente producido por los humanos mediante eventos naturales catastróficos – inundaciones, contaminación de las aguas, plagas, epidemias, lluvias de fuego, y demás – será un elemento característico de las relaciones entre el Creador y su criatura humana. Aún habrían de transcurrir unos cinco mil años para que llegara a formarse una cultura de la naturaleza en la que ese tipo de eventos pudiera ser reconocido como el resultado de procesos naturales, previsible en muchos casos, cuyas consecuencias pueden ser objeto de procesos de prevención, adaptación y mitigación. Sin embargo, en el núcleo de esa cultura ya no estaría la naturaleza creada, sino el ambiente producido por el trabajo socialmente organizado con arreglo a fines que constituye un rasgo característico de la especie que somos.

El ambiente producido

“En la naturaleza nada ocurre en forma aislada. Cada fenómeno afecta a otro y es, a su vez, influenciado por éste; y es generalmente el olvido de este movimiento y de esta interacción universal lo que impide a nuestros naturalistas percibir con claridad las cosas más simples”.

Federico Engels, 1876.

Aunque son utilizados de manera casi indistinta en el habla cotidiana, los términos naturaleza y ambiente designan cosas diferentes. Distinguirlos a partir de la relación que guardan entre sí resulta más sencillo desde las ciencias naturales mediante



el concepto de biosfera, utilizado por el biogeoquímico ruso Vladimir Vernadsky en la década de 1920 para designar el ámbito del planeta en el que la materia viviente produce las condiciones que hacen posible la vida en la Tierra, y el papel de la materia así evolucionada en la formación y las transformaciones de la propia corteza terrestre.

En esta biosfera – equivalente a lo que el sentido común entiende por naturaleza –, agregó Vernadsky en la década de 1930 el desarrollo de una noosfera en constante expansión durante los últimos 100 mil años al menos, que resulta de los procesos de transformación de esta por la actividad productiva de los humanos, en particular a partir del dominio del fuego por éstos. La noosfera, así, viene a designar el ambiente que resulta de la actividad humana en el medio natural o, mejor, es el producto de la interacción entre sistemas sociales y sistemas naturales mediante procesos de trabajo que, por lo mismo, expresan tanto las modalidades de esa interacción en distintos momentos históricos del desarrollo de cada sociedad, como la calidad de los sistemas que interactúan entre sí a lo largo de ese proceso.

En esa perspectiva, Federico Engels plantea que – a diferencia de los animales, que se limitan a utilizar la naturaleza exterior “y la modifican por el mero hecho de su presencia en ella” –, el ser humano la modifica “y la obliga así a servirle, la domina” mediante el trabajo socialmente organizado. Sin embargo, y dado que se trata de dos sistemas activos interactuando entre sí, después de cada una de esas victorias ocurre que, si bien las primeras consecuencias “son las previstas por nosotros”,

en segundo y en tercer lugar aparecen unas consecuencias muy distintas, totalmente imprevistas y que, a menudo, anulan las primeras. [...] Así, a cada paso, los hechos nos recuerdan que nuestro dominio sobre la naturaleza [...] no es el dominio de alguien situado fuera de la naturaleza, sino

que nosotros, por nuestra carne, nuestra sangre y nuestro cerebro, pertenecemos a la naturaleza, nos encontramos en su seno, y todo nuestro dominio sobre ella consiste en que, a diferencia de los demás seres, somos capaces de conocer sus leyes y de aplicarlas adecuadamente.

Con ello, dice, resultaba evidente que todos los modos de producción hasta entonces existentes “sólo buscaban el efecto útil del trabajo en su forma más directa e inmediata”, sin hacer “el menor caso de las consecuencias remotas, que sólo aparecen más tarde y cuyo efecto se manifiesta únicamente gracias a un proceso de repetición y acumulación gradual”.

Al respecto, y de un modo característico de la cultura de la naturaleza de su tiempo y su sociedad, Engels añadía enseguida que el constante incremento en el conocimiento de los sistemas naturales permitiría a los humanos “comprender mejor las leyes de la naturaleza y a conocer [y controlar] tanto los efectos inmediatos como las consecuencias remotas de nuestra intromisión en el curso natural de su desarrollo”, con lo cual “más sentirán y comprenderán los hombres su unidad con la naturaleza, y más inconcebible será esa idea absurda y antinatural de la antítesis entre el espíritu y la materia, el hombre y la naturaleza, el alma y el cuerpo.” Aun así, añadía,

si han sido precisos miles de años para que el hombre aprendiera en cierto grado a prever las remotas consecuencias naturales de sus actos dirigidos a la producción, mucho más le costó aprender a calcular las remotas consecuencias sociales de esos mismos actos. [...] Pero también aquí, aprovechando una experiencia larga, y a veces cruel, confrontando y analizando los materiales proporcionados por la historia, vamos aprendiendo poco a poco a conocer las consecuencias sociales indirectas y más remotas de nuestros actos en la producción, lo que nos permite extender también a estas consecuencias nuestro dominio y nuestro control.

De allí, finalmente, deducía la más radical de las conclusiones – en estricto sentido martiano, de ir a la raíz de origen del problema. Para alcanzar esa capacidad de control, señala “se requiere algo más que el simple conocimiento. Hace falta una revolución que transforme por completo el modo de producción existente hasta hoy día y, con él, el orden social vigente.”

Aquí radica, en efecto, la clave más importante en la situación de malestar que caracteriza a la cultura de la naturaleza de nuestro tiempo. Por una parte, nuestro conocimiento de las consecuencias no deseadas – y ya indeseables – de las modalidades de interacción con el mundo natural inherentes al moderno sistema mundial nos conduce a la conclusión inevitable de que si deseamos un ambiente distinto tendremos que crear una sociedad diferente. Por otra, las evidentes dificultades inherentes a tal disyuntiva en lo inmediato nutren una constante tentación al desencanto y la desesperanza, cuando no al cinismo tecnocrático que identifica al desarrollo sostenible con el crecimiento económico acompañado de las prevenciones ambientales necesarias para sostenerse en el tiempo.

Conclusiones, de momento

El hecho de que los rasgos característicos de cada ambiente – tal como se hacen visibles, por ejemplo, en los paisajes que resultan de su producción – expresen las aspiraciones y los conflictos inherentes a la sociedad que lo produce, facilita encarar de manera consciente los problemas de la organización de esos procesos productivos. Con ello, se pasa del sentido común al buen sentido, en la perspectiva planteada por Antonio Gramsci cuando observa que

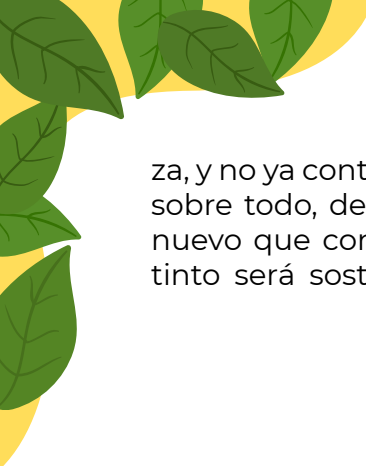
La concepción dualista y de la “objetividad del mundo externo”, tal como ha sido arraigada en el pueblo por la religión y las filosofías tradicionales convertidas en “sentido común”, sólo puede ser desarraigada y sustituida por una nueva concepción que se presente íntimamente fundida con un

programa político y una concepción de la historia reconocidos por el pueblo como la expresión de sus necesidades vitales. No es posible pensar en la vida y en la difusión de una filosofía que no sea simultáneamente política actual, estrechamente vinculada a la actividad preponderante en la vida de las clases populares: el trabajo; y que no se presente, por lo tanto, dentro de ciertos límites, como vinculada necesariamente a la ciencia. Esta nueva concepción sumirá, sin embargo, inicialmente, formas supersticiosas y primitivas como las de la religión mitológica, pero hallará en sí misma y en las fuerzas intelectuales que el pueblo extraerá de su seno los elementos para superar esta fase primitiva. Esta concepción vincula al hombre con la naturaleza por medio de la técnica; manteniendo la superioridad del hombre, y exaltándola en el trabajo creativo, exalta por consiguiente al espíritu y la historia.

Hacer esto, sin embargo, exige preguntarse en primer término cómo se expresa este problema general en la cultura de la naturaleza de las distintas sociedades que integran el moderno sistema mundial. América Latina nos ofrece a este respecto un legado cultural de extraordinaria riqueza, en cuyo marco – por ejemplo – José Martí podía afirmar a mediados del siglo XIX que al estudiar cualquier acto histórico o individual, resultaba evidente que

la intervención humana en la Naturaleza “acelera, cambia o detiene la obra de ésta, y que toda la Historia es solamente la narración del trabajo de ajuste, y los combates, entre la Naturaleza extrahumana y la Naturaleza humana.”

Comprender esto tiene la mayor importancia para nosotros. A partir de allí, resulta sencillo entender la más elemental de las verdades: que si deseamos un ambiente distinto, necesitamos crear una sociedad diferente. No se trata únicamente de identificar rasgos a los que esa sociedad debe aspirar – culta, equitativa, próspera, democrática, y capaz de trabajar con la naturale-



za, y no ya contra ella, por ejemplo. Se trata, sobre todo, de entender que el desarrollo nuevo que conduzca a ese ambiente distinto será sostenible por lo humano que

llegue a ser, para decirlo desde José Martí.

Ciudad del Saber, Panamá, 2010 - 2015

Escogiendo entre inconvenientes.

Naturaleza, mercado y servicios ambientales.

Guillermo Castro H.

La naturaleza no es en sí misma capital natural. En efecto, su aprovechamiento para la acumulación de capital sólo ocurre en un sistema histórico específico: aquel creado a lo largo de los últimos cinco siglos, a partir de la formación y las transformaciones del primer y único mercado mundial que ha conocido la Humanidad. En esta perspectiva, el Pago por Servicios Ambientales es una herramienta entre otras que la sociedad capitalista contemporánea utiliza para transformar la naturaleza en capital natural mediante la organización de mercados de bienes y servicios naturales, que pasan a constituirse a su vez en un subsistema del mercado mundial.

El subsistema ambiental del mercado mundial, sin embargo, se distingue de todos los demás – extractivo, agrícola, industrial, comercial y financiero – en su función fundamental, que consiste en poner a la disposición de aquellos las condiciones que son imprescindibles para su funcionamiento. Esas condiciones de producción – como las designara el antropólogo Karl Polanyi en su obra clásica *La Gran Transformación* – incluyen, además del acceso a los elementos naturales imprescindibles para cualquier actividad productiva – agua, aire, tierra y energía –, la producción de la fuerza de trabajo capaz de transformar tales elementos en recursos para otras actividades productivas, y la organización del espacio en que esas actividades tienen lugar –, equivalentes hoy a la gestión integrada del ambiente y el territorio.

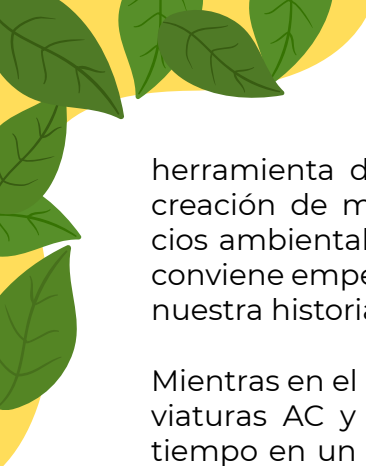
La organización de los procesos necesarios para la producción de esas condiciones de producción es una responsabilidad fundamental del Estado, y la forma en que cada Estado la ejerce expresa con especial claridad el carácter de su propia sociedad. En

efecto, en cada sociedad la organización de los procesos de producción de condiciones de producción abre un abanico de opciones correspondientes al grado de organización y cultura – esto es, conciencia de sí mismo y de sus propios intereses en sus relaciones con otros, y con el mundo natural – de cada uno de los sectores involucrados.

En un extremo de ese abanico, el Estado puede asumir el monopolio de todas las funciones relacionadas con la producción de esas condiciones y con el acceso a las mismas de otros productores. Tal fue, y es, el caso de la provisión de los servicios ambientales que ofrece la Cuenca del Canal de Panamá. En el otro extremo, el Estado puede transferir por completo esas funciones a operadores privados, y retener para sí tan sólo tareas de regulación y control del cumplimiento de estas. Tal ha sido, hasta ahora, el caso de la gestión de esos servicios en el resto del territorio de Panamá.

Entre ambos extremos, naturalmente, hay múltiples combinaciones intermedias, pero en todos los casos el Estado conserva una función de intermediación política entre todas las partes involucradas. Esa función puede ir desde la gestión de conflictos por vía de la negociación, hasta la represión de expresiones de descontento asociadas a tales conflictos. Lo esencial, en todo caso, consiste en que el éxito o el fracaso del Estado en el cumplimiento de esa función dependerá de la relación general de fuerzas – o debilidades – que se derive del grado de desarrollo relativo de todas las partes involucradas, incluyendo por supuesto a las agencias gubernamentales directamente implicadas en estos procesos.

Dado que todos estos elementos son el producto de complejos procesos de formación y transformación a lo largo del tiempo, su análisis en perspectiva histórica puede aportar valiosos elementos de juicio respecto a la viabilidad y la eficacia de las diversas opciones para el aprovechamiento del Pago por Servicios Ambientales como



herramienta del proceso más amplio de creación de mercados de bienes y servicios ambientales en nuestros países. Aquí conviene empezar con una precisión sobre nuestra historia y nuestra cultura.

Mientras en el resto de Occidente las abreviaturas AC y DC sirven para ordenar el tiempo en un antes y un después del nacimiento de Cristo, entre nosotros sirven además para ordenar nuestra propia historia en sus dos momentos fundamentales: antes y después de la Conquista europea. Así, la extraordinaria complejidad ecosistémica, social y cultural de América Latina tiene su origen en el período 1500 – 1550, cuando la región se vio incorporada al proceso de formación del moderno sistema mundial como proveedora de alimentos y materias primas y como espacio de reserva de recursos. Esa modalidad de inserción definió, a su vez, una estructura de larga duración que opera con tiempos y modalidades distintas en tres sub regiones diferentes – que a menudo se sobre imponen, además, a las estructuras político – administrativas de los Estados de la región -, y en todos los planos de la interacción entre los sistemas sociales y naturales presentes en cada una de ellas.

Las subregiones a que hacemos referencia se despliegan entre los siglos XVI y XIX, de acuerdo con la forma fundamental de organización de las interacciones entre los sistemas sociales y naturales en el espacio americano. Una se articula a partir del trabajo esclavo, asociado sobre todo – pero no exclusivamente – a actividades de plantación. Otra se constituye a partir de distintas modalidades de trabajo servil – desde la encomienda al peonaje -, destinado sobre todo a la producción de alimentos y a la explotación minera. Y otra más toma forma a partir de una amplia modalidad de actividades de subsistencia en las áreas de la región que escapan a la articulación directa en el mercado mundial durante un período más o menos prolongado. La primera de esas regiones tiene, así, un claro carácter afroamericano, asociado con fre-

cuencia a una gran debilidad organizativa de los sectores más pobres. La segunda tiene un carácter indoamericano, en el que persisten a menudo importantes tradiciones de organización campesina y comunitaria. La última, de carácter indígena y mestizo, sin tradiciones relevantes de producción para un mercado que en el mejor de los casos sólo ha tenido una importancia complementaria, nunca central, en sus actividades económicas y sociales, pasó a constituirse así en una frontera interior de recursos sometida a una constante presión por parte de las otras dos.

Esas regiones, ciertamente, constituyen una realidad en constante transformación. Así, el tránsito del siglo XIX al XX es testigo de la formación de mercados de trabajo y de tierra constituidos mediante procesos masivos de expropiación de territorios sometidos a formas no capitalistas de producción, para crear las premisas indispensables a la apertura de la región a la inversión directa extranjera y la creación de economías de enclave en el marco del llamado Estado Liberal Oligárquico. Los ciclos posteriores – populista, desarrollista y neoliberal – marcarán el camino hacia el siglo XXI entre las décadas de 1930 y 1990.

Hoy, asistimos a lo que bien podría ser la incorporación de las últimas fronteras de recursos al mercado global. Esto explica la creciente importancia que adquieren en nuestras sociedades los conflictos de origen ambiental – esto es, aquellos que surgen del interés de grupos sociales distintos en hacer usos excluyentes de los ecosistemas que comparten -. Y esto hace necesario, también, entender que esos conflictos no se reducen al enfrentamiento entre ricos y pobres, mestizos e indígenas, grupos rurales y urbanos, o capitalistas nacionales y extranjeros, sino que expresan todo eso y mucho más.

La ampliación de las últimas fronteras de recursos de América Latina, asociada a menudo a la inversión masiva en megaproyectos de infraestructura, no es tanto

el resultado del desarrollo interno de nuestras propias sociedades sino, y sobre todo, del fomento de procesos de producción de condiciones de producción de alcance global con apoyo técnico, financiero y político de instituciones financieras internacionales. Dicho proceso – que incluye la formación de una fracción “verde” del capital transnacional y nacional – opera a menudo en contradicción, y a veces en conflicto, – con las fracciones extractiva, agraria, industrial y financiera, más tradicionales en nuestros países.

La comprensión de los riesgos y las oportunidades que se abren ante nosotros en esta circunstancia exige pasar de un enfoque estructural, referido a modelos de gestión más o menos bien definidos a priori, a otro de carácter sistémico, referido a relaciones de interdependencia entre factores múltiples en cambio constante, en el análisis de los problemas ambientales. Y dado que toda nuestra educación ha tendido a formarnos en torno a una concepción estructural y funcionalista de la realidad, el hecho de reconocer y enfrentar esta necesidad representa ya un importante logro cultural y político.

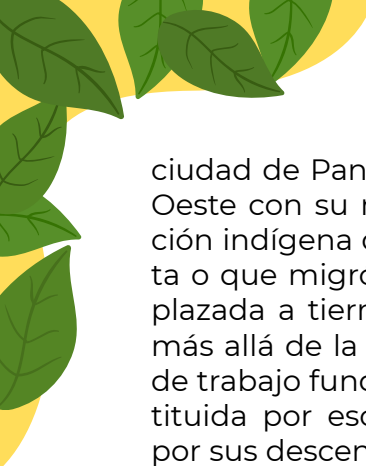
Desde esta perspectiva, empezamos a entender que el desarrollo sostenible no es el crecimiento económico con preocupaciones ambientales, sino el camino hacia la creación de sociedades nuevas, capaces de ejercer en sus relaciones con la naturaleza la armonía que caracterice a las de sus integrantes entre sí, y con el resto del mundo. Habremos llegado a ese estadio de nuestro desarrollo como especie cuando la equidad haya dejado de ser una meta, para convertirse en la norma de nuestra convivencia. Esa es la tarea verdadera: enfrentar la crisis desde la oportunidad que nos ofrece para ir a la construcción de un mundo nuevo.

El panorama descrito se expresa con especial claridad en el caso de Panamá. Aquí, a lo largo de diez mil años, la gestión del ambiente y el territorio ha concedido una

importancia de primer orden al tránsito interoceánico como elemento articulador de la actividad humana en el Istmo. Así, en el momento de la Conquista europea el territorio panameño estaba organizado en cacicazgos en constante confrontación entre sí por el control de fajas paralelas de orientación Sur – Norte. Esas fajas de territorio discurrían a lo largo de grandes cuencas – como las de los ríos Santa María, Coclé, Bayano y el sistema Chucunaque – Tuira – que facilitaban en su parte alta el tránsito interoceánico, y ofrecían tanto el acceso tanto a una multiplicidad de ecosistemas y recursos – desde los manglares de las zonas de grandes mareas del Pacífico, hasta el bosque tropical húmedo y los yacimientos de oro aluvial del Atlántico –, como a rutas de intercambio comercial entre los mundos chibcha y maya, por las que circulaba una abundante riqueza.

Tras la Conquista, en cambio, fue establecido un eje central de organización orientado en dirección Este – Oeste, a partir de una faja ganadera y agrícola extendida a lo largo de las sabanas antrópicas ya existentes entre Chepo y Natá, con prolongaciones posteriores en dirección a la Península de Azuero y a Centroamérica, a lo largo de la región Sur del país. Al propio tiempo, el establecimiento del monopolio del tránsito por el valle del Chagres llevó a la clausura de las demás rutas anteriormente en uso, y a la creación de una extensa frontera interior que segregó la mayor parte del litoral Atlántico y del Darién del territorio considerado “útil” en el nuevo ordenamiento así creado. Esa utilidad, por otra parte, era percibida a partir de una nueva cultura de la naturaleza, que privilegiaba la sabana ganadera por sobre el manglar y el bosque húmedo, promovía la explotación extensiva de un número mucho más reducido de recursos específicos por sobre el manejo de ecosistemas complejos, y valoraba esos recursos por su demanda en la zona de tránsito y en el mercado exterior.

El principal centro de población pasó a estar ubicado en la zona articulada por la



ciudad de Panamá, conectada al Este y el Oeste con su nuevo hinterland. La población indígena que sobrevivió a la Conquista o que migró al Istmo después fue desplazada a tierras marginales, o contenida más allá de la frontera interior, y la fuerza de trabajo fundamental pasó a estar constituida por esclavos africanos, primero, y por sus descendientes y la población mestiza del siglo XVIII en adelante.

De este modo, el contraste contemporáneo entre los paisajes sociales y naturales del corredor interoceánico y los del interior del país no se debe a que haya en el Istmo varios países en uno. Se trata, por el contrario, de la expresión territorial de una de una misma sociedad integrada por grupos sociales que organizan sus relaciones con la naturaleza en el marco de una estructura de poder tan contradictoria y conflictiva como para generar y sostener el proceso de crecimiento económico con deterioro social y degradación ambiental que hoy conoce el país. Estamos, en suma, ante un extraordinario ejemplo de una estructura que genera procesos de larga duración.

Para comienzos del siglo XXI, sin embargo, la creciente escasez relativa de tierra y agua en Panamá genera tensiones sociales que tienden a encarecer los costos económicos, sociales, políticos y ambientales de la actividad de tránsito, bloquean el fomento de nuevas ventajas competitivas, e impiden un aprovechamiento integral y sostenido de los recursos humanos y naturales del país. En ese marco, la operación sostenida del Canal demanda hoy el desarrollo sostenible del país. Y esto, a su vez, supone la necesidad de encarar las dificultades inherentes al hecho de que solo puede ser sostenible una sociedad democrática; que solo puede ser democrática una sociedad culta, y que solo puede llegar a ser plenamente culta y democrática una sociedad que sea a la vez próspera y equitativa.

Hoy, una mirada al país desde el futuro que deseamos para nuestra gente revela posibilidades y capacidades para construir una

sociedad así mediante el fomento de los recursos humanos y naturales que la sociedad insostenible que tenemos ha despilarrado por más de cuatro siglos. Nuestra propia gente, el agua y la biodiversidad de los ecosistemas que garantizan su presencia en el Istmo son los principales recursos de Panamá. Y la unidad fundamental de interacción de esos recursos está constituida por cada una de las 52 cuencas hidrográficas que organizan desde sí mismo el territorio de la nación.

La resistencia al cambio, en este plano, hunde sus raíces tanto en las estructuras de relación con la naturaleza gestadas por el transitismo, como en las estructuras de gestión pública asociadas a esa relación. Así, por ejemplo, la estructura político – administrativa vigente en el país da lugar a que en la Cuenca del Canal – la de más urgente necesidad de una gestión territorial y ambiental integrada – coincidan 3 provincias (Coclé, Panamá y Colón), una decena de Distritos y unos 48 Corregimientos. Y a ello se agrega que todos los Distritos y corregimientos ubicados en el perímetro de la Cuenca incluyan territorio situado fuera de ésta. Las dificultades que esto supone – complicadas por el hecho de que el 60% de la población de la Cuenca vive en condiciones de pobreza – son fáciles de imaginar.

Todo esto nos dice que ha llegado ya la hora de empezar a discutir la transformación del Estado panameño, para ponerlo en condiciones de contribuir realmente a la transformación de la sociedad a la que debe servir. Si quiere ser eficaz, esa transformación deberá encarar las afinidades y contradicciones entre las estructuras naturales del país y la de las regiones geoeconómicas presentes en el territorio nacional. Y esto, en lo más esencial, supone que ambas estructuras – las naturales y las históricas – pueden converger o divergir en el proceso de reordenamiento del territorio para su gestión integrada, pero que en última instancia serán las naturales las que predominen. El país que emerja de una transformación semejante será sin duda

muy distinto al del transitismo, pero sin duda será también mucho más semejante a sí mismo y mucho más capaz, por eso, de conocerse, ejercerse y crecer desde sí.

En lo que hace a la organización de un mercado de servicios ambientales en Panamá, no sólo se trata de que el Estado adelante el deslinde de la trama – cada vez más complicada – de sus propias estructuras de gestión en la materia, incluyendo la creación de las capacidades técnicas y culturales necesarias para una gestión integrada del territorio y el ambiente en Panamá. Se trata, sobre todo, de que esas tareas son más importantes y complejas que nunca, dado el hecho de que las principales áreas de provisión de los servicios ambientales de los que depende la sostenibilidad del desarrollo en Panamá se ubican en las regiones de menor nivel de desarrollo del país, en las que la pobreza afecta a entre el 60 y el 90 por ciento de la población, y coinciden los más altos niveles de incultura con los más bajos niveles de organización social.

El ambientalismo panameño, por su parte, apenas empieza a rebasar su horizonte conservacionista de origen, que tiende a converger con posiciones (justamente) muy conservadoras en el plano político y a distanciarlo de otros movimientos y sectores sociales importantes – como el de los trabajadores y el de los sectores em-

presariales vinculados a iniciativas de Producción Más Limpia y a la promoción de la responsabilidad socio-ambiental empresarial -, todo lo cual conspira contra la posibilidad de un adecuado control social de la gestión pública y de los comportamientos privados de interés social, y favorece distorsiones del mercado a favor de sectores privados de carácter monopólico.

En un marco así planteado, los administradores y técnicos tienden a desesperarse con los intelectuales que no terminan de decirles en qué consiste lo que proponen hacer. Ante eso, solo cabe decir dos cosas. La primera es que para tener buenas respuestas es necesario disponer de buenas preguntas. La otra, que en política sólo podemos escoger entre inconvenientes. En este caso, se trata de optar entre los problemas que origina la ausencia de un mercado de bienes y servicios ambientales bien regulado y equitativo, y los que inevitablemente acarrearán la organización de ese mercado. A fin de cuentas, en eso consiste la libertad: en poder decidir con qué problemas queremos vivir, y con cuáles no estamos dispuestos a hacerlo, y en atenernos a las consecuencias de lo que decidamos hacer al respecto.

Ciudad del Saber, Panamá, mediados de 2015

América Latina: cultura, sociedad y ambiente en tiempos de transición

Guillermo Castro H.

Aquello que llamamos la cultura de la naturaleza define, entre otras cosas, las formas en que los conflictos y las afinidades que definen la identidad de nuestras sociedades se expresan en la valoración que hacemos de nuestro entorno natural, en los modos de conocerlo, y en el papel del mismo en nuestra historia y nuestras vidas. Esta cultura gana en riqueza cuando es abordada desde la perspectiva de la historia ambiental, que se dedica al estudio de las interacciones entre los sistemas sociales y los sistemas naturales a lo largo del tiempo, mediante procesos de trabajo socialmente organizados, y de las consecuencias que esa interacción tiene para ambos.

La historia ambiental aborda esas interacciones a partir de tres niveles de análisis interdependientes entre sí. El primero se refiere a los procesos de formación y las transformaciones del medio biogeofísico; el segundo, a la tecnología productiva y sus condiciones sociales de uso para la reorganización de ese medio, y el tercero, al papel de la cultura y las instituciones en la definición de nuestras formas de relación con la naturaleza.

Este abordaje, en apariencia sencillo si su objeto de análisis es una comunidad campesina, plantea singulares problemas cuando se trata de una región de 22 millones de kilómetros cuadrados, poblados por unos 600 millones de habitantes, de los cuales cerca del 80 por ciento reside en áreas urbanas -que incluyen megaciudades como México, Sao Paulo, Buenos Aires y Río de Janeiro- y que desde mediados de la década de 1990 se ha constituido en la más importante frontera de recursos en la economía global. En esa región coinciden hoy una circunstancia perversa de crecimiento económico con degradación ambiental

y una persistente inequidad social, junto al vigoroso desarrollo de un pensamiento ambiental nuevo, vinculado a tres fuentes principales: la tradición de reflexión sobre los problemas económicos y sociales de la región, en desarrollo desde fines del siglo XVIII, que anima hoy a entidades como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe; la presencia de una intelectualidad estrechamente vinculada a la trama cada vez más densa del ambientalismo global, y los nuevos movimientos sociales del campo y de las periferias urbanas, que despliegan una lucha tenaz en la defensa de sus derechos de acceso a recursos naturales y a un ambiente sano y digno, que les permita vivir bien.

La historia ecológica de América se remonta a la formación del istmo de Panamá hace unos cuatro millones de años, que vinculó físicamente a las grandes masas que hoy conocemos como Norte y Suramérica, separadas de Pangea 200 millones de años antes. Ese espacio alberga una vasta y compleja diversidad de ecosistemas, que van desde desiertos extremadamente secos hasta bosques tropicales muy húmedos, y desde humedales marino – costeros hasta altiplanos de cuatro mil metros de altura, que albergan enormes reservas de recursos hídricos, minerales, energéticos, forestales, de biodiversidad y de tierra cultivable.

Dentro de ese tiempo y esos espacios mayores, nuestra historia ambiental opera a partir de la presencia humana en el espacio americano, a lo largo de tres momentos distintos, que se subsumen el uno en el otro hasta conformar el proceso cuyo conjunto nos ocupa. El primer momento corresponde a la larga duración de la presencia humana en el espacio americano, que se remonta a entre 20 y 2000 años. En ese marco, antes de la conquista europea del siglo XVI nuestra especie conoció un proceso de desarrollo separado del resto de sus semejantes en Eurasia y África, que dio lugar a una amplia diversidad de experiencia culturales, desde las formas más

elementales de organización social hasta la creación de complejos núcleos civilizatorios en Mesoamérica y el Altiplano andino.

El segundo tiempo, de mediana duración, corresponde al período de desarrollo integrado con el del resto de la especie humana, que se inicia con el control europeo del espacio americano a partir del siglo XVI. En el caso de nuestra América, ese control operó hasta mediados del siglo XIX a partir de la creación de sociedades tributarias sustentadas en formas de organización económica no capitalistas –como la comuna indígena, el mayorazgo feudal y la gran propiedad eclesiástica–, para desintegrarse entre 1750 y 1850, a partir de los conflictos generados por el interés de las monarquías española y portuguesa en incrementar la renta colonial de sus posesiones americanas, primero, y después por el de los grupos dominantes en esas posesiones por asumir esa tarea en su propio beneficio mediante la reforma liberal, que creó los mercados de tierra y de trabajo necesarios para abrir paso a formas capitalistas de organización de las relaciones de las nuevas sociedades nacionales con su entorno natural.

Por último, el tercer momento –de duración menor pero intensidad mucho mayor en lo que hace a sus consecuencias ambientales–, se extiende entre 1870 – 1970, y corresponde al proceso de plena integración de la región al moderno mercado mundial. Ese proceso tuvo una expansión sostenida a lo largo de la mayor parte del siglo XX, bajo formas de organización muy diversas, desde el peonaje semi servil de las explotaciones oligárquicas hasta la creación de enclaves de capital extranjero y de mercados protegidos para empresas estatales, hasta desembocar en el agotamiento de lo que el geógrafo chileno Pedro Cunill llamó “la ilusión colectiva de preservar a Latinoamérica como un conjunto territorial con extensos paisajes virtualmente vírgenes y recursos naturales ilimitados”.

Ninguno de estos procesos se agota en sí mismo. Por el contrario, cada uno aporta

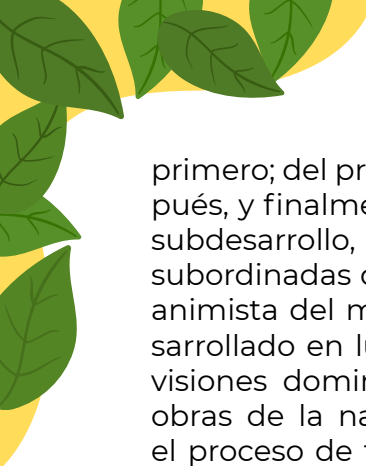
premisas y consecuencias que contribuyen a definir el desarrollo del siguiente. Así, la interacción entre el tiempo anterior a la conquista europea y el tiempo creado por ésta a partir de su vasto impacto demográfico, social, político – cultural y ambiental, dio lugar a la formación de cuatro cuatros grandes áreas etnoculturales, de significativa importancia en la crisis actual.

Una de ellas tiene un claro carácter indioamericano, al que contribuyeron tanto la feudalidad de la cultura de los conquistadores como aquellos rasgos de la organización política prehispánica en las áreas nucleares de Mesoamérica y los Andes que facilitaron la dominación colonial. La importación de esclavos africanos para el desarrollo de economías de plantación en el espacio caribeño y el Nordeste brasileño, por su parte, dio lugar a la formación de un espacio afroamericano con rasgos socioculturales y productivos característicos. Y a este se agregaron un espacio mestizo de fuerte presencia europea, en las zonas agroganaderas de la cuenca baja del Plata y del centro de Chile, y un vasto conjunto de regiones interiores que sirvieron como zonas de refugio de población indígena, mestiza y afroamericana que se desligaba del control colonial y retornaba a formas de producción y consumo no mercantiles.

La cultura

La crisis que hoy enfrentan las sociedades latinoamericanas en sus relaciones con el mundo natural incluye, también, la de sus visiones acerca de ese mundo y esas relaciones. Aquí, el rasgo dominante en la cultura latinoamericana de la naturaleza ha sido, y en gran medida sigue siendo, el de la fractura entre las visiones de quienes dominan y quienes padecen las formas de organización de las relaciones entre las sociedades de la región y su entorno natural.

Esta contradicción se expresa en la coexistencia usualmente pasiva, a veces antagónica, entre una cultura dominante que ha evolucionado en torno a ideales como la lucha de la civilización contra la barbarie,



primero; del progreso contra el atraso, después, y finalmente del desarrollo contra el subdesarrollo, y un conjunto de culturas subordinadas que coinciden en una visión animista del mundo natural, y se han desarrollado en lucha constante contra esas visiones dominantes. Así, en las grandes obras de la narrativa culta que expresan el proceso de formación de las modernas identidades nacionales –desde *La vorágine* y *Doña Bárbara*, hasta *Cien años de soledad* y *La casa verde*–, la naturaleza figura como un elemento amenazante, que finalmente escapa a todo control racional. Por contraste, la cultura popular tiende a encarar las relaciones con la naturaleza desde un tono de celebración, de gran delicadeza en la música de autores como el dominicano Juan Luis Guerra, o de comunión con ella en escritores como el peruano José María Arguedas.

La gran excepción en este panorama escindido se encuentra, sin duda alguna, en la obra de José Martí, en cuyas expresiones más acabadas – sobre todo en el ensayo *Nuestra América*, de 1891, verdadera acta de nacimiento de nuestra contemporaneidad – la naturaleza adquiere un claro carácter de categoría cultural y política, a ser construida desde la realidad que expresa. Aun así, la obra de Martí está estrechamente asociada a su diálogo con la cultura norteamericana de la naturaleza, expresada en autores como Ralph Waldo Emerson y Walt Whitman, durante su exilio en Nueva York entre 1881 y 1895.

Al respecto, aquí ha desempeñado un importante papel el hecho de que las estructuras fundamentales de organización cultural en las sociedades latinoamericanas hasta comienzos del siglo XX fueron las correspondientes a la Contrarreforma y el militarismo español y portugués de los siglos XVI y XVII, cuyas categorías de intelectuales dominantes fueron las del clero, el ejército y los letrados vinculados al servicio de la administración estatal y la gran propiedad terrateniente. Así, durante los siglos XVIII y XIX resalta en nuestra América la ausencia

de una intelectualidad de capas medias vigorosa y bien educada, capaz de expresar el interés general de sus sociedades, del tipo de la que conocieran las sociedades Noratlánticas, y que permitiera a científicos de extracción modesta como Alfred Russell Wallace actuar por derecho propio como interlocutores con pares de origen social más elevado, como Charles Darwin.

La moderna intelectualidad latinoamericana viene a conformarse con la expansión industrial y el desarrollo urbano característicos de la segunda mitad del siglo XX. Para la década de 1980, su visión del mundo no reconocía ya el mero crecimiento económico como evidencia de los frutos del progreso y del avance hacia la civilización a través del desarrollo, y expresaba una creciente inquietud por el carácter a todas luces insostenible de ese desarrollo basado en la ampliación constante de la exportación de materias primas para otras economías.

Este proceso de maduración cultural ha experimentado un creciente impulso en el siglo XXI. Desde arriba, la región ha conocido un notorio crecimiento de la institucionalidad ambiental, que ha trasladado al interior de los Estados –sin resolverlo– el conflicto entre crecimiento económico extractivista y sostenibilidad del desarrollo humano. Desde abajo, la resistencia indígena y campesina a la expropiación de su patrimonio natural y la lucha por sus derechos políticos se combina con la de los sectores urbanos medios y pobres por sus derechos ambientales básicos.

En ese marco, ha ido tomando cuerpo en América Latina una corriente de actividad intelectual que, desde las humanidades como desde las ciencias y las artes, expresa lo que Enrique Leff ha llamado el “nuevo pensamiento ambiental” de la región. Formada en lo mejor de la tradición académica occidental, y en estrecho contacto con los nuevos movimientos sociales de la región, esa intelectualidad ha conseguido articular el ambientalismo latinoamericana-

no con el ambientalismo global, y con los procesos de transformación política, social, cultural, ambiental y económico que están en curso en toda la región.

Uno de sus voceros más característicos, el teólogo brasileño Leonardo Boff, ha expresado así la sustancia fundamental de esa relación:

Hasta el momento presente, el sueño del hombre occidental y blanco, universalizado por la globalización, era dominar la Tierra y someter a todos los demás seres para así obtener beneficios de forma ilimitada. Ese sueño, cuatro siglos después, se ha transformado en una pesadilla. [...] Por eso, se impone reconstruir nuestra humanidad y nuestra civilización mediante otro tipo de relación con la Tierra [...] para conseguir que perduren las condiciones de mantenimiento y de reproducción que sustentan la vida en el planeta. Eso solo ocurrirá si rehacemos el pacto natural con la Tierra y si consideramos que todos los seres vivos, portadores del mismo código genético de base, forman la gran comunidad de vida. Todos ellos tienen valor intrínseco y son por eso sujetos de derechos.

Y añade enseguida la siguiente enumeración de lo que llama “los derechos de la Madre Tierra”:

el derecho de regeneración de la biocapacidad de la Madre Tierra; el derecho a la vida de todos los seres vivos, especialmente de aquellos amenazados de extinción; el derecho a una vida pura, porque la Madre Tierra tiene el derecho de vivir libre de contaminación y de polución; el derecho al vivir bien de todos los ciudadanos; el derecho a la armonía y al equilibrio con todas las cosas; el derecho a la conexión con el Todo del que somos parte.

Esta intelectualidad participa hoy en el desarrollo de campos nuevos del conocimiento –como la historia ambiental, la ecología política y la economía ecológica - y su producción en todos ellos constituye, ya,

parte integrante de la cultura ambiental que surge de la crisis global.

Crecer con el mundo, para ayudarlo a cambiar

La crisis ambiental hace parte de una circunstancia inédita en el desarrollo del moderno sistema mundial, que expresa un cambio de época antes que una época de cambios. En nuestra América, esto da lugar a un período de transición en el que emergen nuevamente viejos conflictos no resueltos, en el marco de situaciones enteramente nuevas, y emerge una cultura de la naturaleza que combina reivindicaciones democráticas de orden general con valores y visiones provenientes de las culturas indígenas, afroamericanas y mestizas, y de una intelectualidad de capas medias cada vez más estrechamente vinculada al ambientalismo global.

Esa cultura toma forma tanto desde el diálogo y la confrontación entre sus propios componentes, como en su contraposición a políticas estatales a menudo estrechamente asociadas a los intereses de organismos financieros internacionales, y a complejos procesos de búsqueda de acuerdos sobre temas ambientales en el sistema interestatal. En este proceso de transición, todo el pasado actúa en todos los momentos del presente, de modo que la legitimidad técnica que alegan las políticas estatales se enfrenta a la legitimidad histórica y cultural de los movimientos que las confrontan, dando lugar a un proceso de creación de opciones de desarrollo de gran vigor y diversidad.

En esta perspectiva, la dimensión cultural de la crisis no es un mero añadido a sus dimensiones ecológica, económica, tecnológica, social y política, sino la expresión más acabada de las interacciones entre todas ellas. De esas interacciones aflora ya en nuestra cultura de la naturaleza una conclusión que puede ser tan estimulante para unos como inquietante para otros, pero que es ineludible para todos: que



siendo el ambiente el resultado de las interacciones entre la sociedad y su entorno natural a lo largo del tiempo, si se desea un ambiente distinto es necesario crear sociedades diferentes.

Identificar esa diferencia, y los modos de ejercerla, es el desafío fundamental que nos plantea la crisis ambiental, en América Latina como en cada una de las sociedades del planeta. Precisamente por eso, las transformaciones, conflictos, rupturas y opciones de salida que emergen en el ordenamiento socio-ambiental latinoamericano en la transición del siglo XX al XXI

definen también los términos de la participación de nuestra América en la crisis ambiental global, y plantean problemas que deben ser resueltos desde la región, en diálogo y concertación con el resto de las sociedades del Planeta.

Crecemos con el mundo, para ayudarlo a cambiar en dirección a la utopía de Boff, que nos define.

Ciudad del Saber, Panamá: octubre 2014 – febrero 2015

Sostenible por lo humano

Guillermo Castro H.

“Darwin no sospechaba qué sátira tan amarga escribía de los hombres, y en particular de sus compatriotas, cuando demostró que la libre concurrencia, la lucha por la existencia celebrada por los economistas como la mayor realización histórica, era el estado normal del mundo animal.

Únicamente una organización consciente de la producción social, en la que la producción y la distribución obedezcan a un plan, puede elevar socialmente a los hombres sobre el resto del mundo animal, del mismo modo que la producción en general les elevó como especie.

El desarrollo histórico hace esta organización más necesaria y más posible cada día. A partir de ella datará la nueva época histórica en la que los propios hombres, y con ellos todas las ramas de su actividad, especialmente las Ciencias Naturales, alcanzarán éxitos que eclipsarán todo lo conseguido hasta entonces.”

Federico Engels, 1878

“En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país.

Conocerlos basta, sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella.”

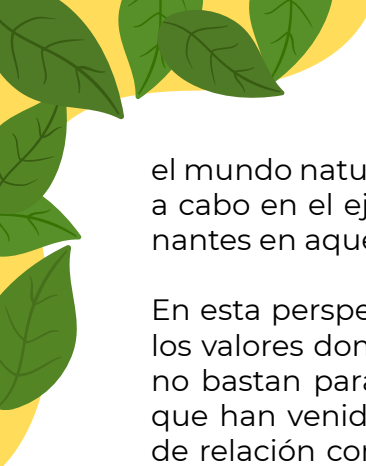
José Martí, 1891

La demanda por un desarrollo que sea sostenible ha venido a convertirse en uno de los tópicos más característicos de la cultura de nuestro tiempo, a la cual – si se la entiende aquella visión del mundo dotada de una ética acorde a su estructura, como la definía Antonio Gramsci – plantea al pro-

prio tiempo dilemas en apariencia insolubles, como el de optar entre el crecimiento económico, la distribución equitativa de sus frutos, o la conservación de los recursos naturales para beneficio de las generaciones futuras. En este sentido, el problema de la sostenibilidad del desarrollo nos remite una vez más a aquella contradicción entre necesidades humanas y capacidades del mundo natural, tan característica en la evolución de nuestra especie, que constituye uno de los grandes temas de la historia ambiental, aquella que se ocupa del estudio de las interacciones entre las sociedades humanas y su entorno a lo largo del tiempo, y de las consecuencias que de ello se derivan para ambos.

La historia ambiental organiza ese estudio en tres planos de relación: el biogeofísico, el socio - tecnológico y el político – cultural, donde maduran los valores y las normas que llevan a reproducir o transformar nuestras formas de relación social, y las que desde nuestra socialidad ejercemos con el mundo natural. El tema que nos interesa aquí se ubica precisamente en este tercer nivel, como un hecho de relación con los otros dos, insisto, y no de definición aislada.

En ese nivel de relación, la historia ambiental aporta tres elementos de reflexión que pueden ser de gran valor para el tipo de análisis interdisciplinario que demandan nuestros problemas de relación con el mundo natural. En primer término, que la naturaleza es ella misma histórica – esto es, que el mundo natural no puede ser ya comprendido sin considerar las consecuencias acumuladas por la intervención humana en sus ecosistemas a lo largo de al menos los últimos cien mil años. En segundo lugar, está el hecho de que nuestros conocimientos sobre la naturaleza son el producto de una historia de la cultura organizada en torno a los valores dominantes en las sociedades que han producido esos conocimientos. Por último, la historia ambiental nos recuerda que nuestros problemas ambientales de hoy son el resultado de nuestras intervenciones de ayer en



el mundo natural, tal como fueron llevados a cabo en el ejercicio de los valores dominantes en aquella cultura.

En esta perspectiva, se hace evidente que los valores dominantes en nuestra cultura no bastan para dar cuenta de la crisis en que han venido a desembocar las formas de relación con la naturaleza que esa cultura ha venido propiciando a lo largo de los últimos 500 años. Hoy, por el contrario, nos encontramos en una situación de extrema incertidumbre, que se hace evidente en expresiones como la que afirma que no vivimos en una época de cambios, sino que nos encontramos inmersos en un cambio de épocas. De ahí que – para utilizar una frase que fue feliz anteayer –, todo lo que hace poco parecía sólido se desvanece en el aire; las respuestas a nuestro alcance se ven privadas de las preguntas que les otorgaban autoridad, y las excepciones de todo tipo se acumulan de un modo tal que, lejos de confirmar reglas que dábamos por sentadas, llaman la atención sobre la necesidad de crear otras, nuevas.

Una de las grandes víctimas de este cambio de época ha sido el concepto de desarrollo, puntal ideológico del período inmediatamente anterior a la crisis, que ayer apenas nos ofrecía un marco de referencia imprescindible para todo análisis de la realidad que aspirase a la apariencia de lo integral. Hoy, el desarrollo sólo conserva alguna capacidad explicativa – y, sobre todo, algún poder normativo – cuando se presenta adjetivado como “humano” y “sostenible”, en una tríada de apariencia compleja que, sin embargo, ya no designa una solución, sino un problema: el de la incapacidad del concepto original para dar cuenta de los conflictos en que ha venido a desembocar la promesa de crecimiento económico con bienestar social y participación política para todos que hasta hace poco quiso expresar.

En realidad, hace apenas veinte años, el “decenio del desarrollo” que debió haber ocurrido entre 1970 y 1979 – así designado

por las Naciones Unidas en el clima optimista del ciclo económico ascendente que siguió a la II Guerra Mundial – desembocó en la “década perdida” de 1980, que a su vez abrió paso a los procesos de ajuste estructural y reforma del Estado liberal desarrollista que caracterizaron la de 1990. De este modo, y en el lapso de dos generaciones, el círculo virtuoso del desarrollismo liberal característico de la década de 1960 –en el que el crecimiento económico sostenido tendría que haberse traducido en bienestar social y participación política crecientes – se había convertido en el círculo vicioso de crecimiento económico mediocre e incierto, acompañado de procesos de deterioro social y degradación ambiental sostenidos, con que se inaugura este siglo nuevo.

Un par de años atrás, en efecto, el Panorama Mundial del Ambiente 2000, del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, señalaba dos tendencias fundamentales en nuestras relaciones con el mundo natural. En primer término, se dice allí, “el ecosistema mundial se ve amenazado por graves desequilibrios en la productividad y en la distribución de bienes y servicios”, lo cual se expresa en una brecha “cada vez mayor e insostenible entre la riqueza y la pobreza (que) amenaza la estabilidad de la sociedad en su conjunto y, en consecuencia, el medio ambiente mundial”. Y, enseguida, se decía allí que “el mundo se está transformando a un ritmo cada vez más acelerado, pero en ese proceso la gestión ambiental está retrasada con respecto al desarrollo económico y social”.

Más allá de eso, sin embargo, el panorama insinúa un mal mayor. Nos encontramos en verdad ante una situación en que se han derrumbado a un mismo tiempo múltiples premisas, certezas y esperanzas que habían desempeñado un papel de primer orden en la organización y la continuidad de una cultura del desarrollo que disfrutó de amplia hegemonía en los medios académicos y burocráticos latinoamericanos – en los Aparatos Ideológicos de Estado, en breve – entre 1950 y 1980, con raíces incluso

que cabe rastrear hasta fines del siglo XIX.

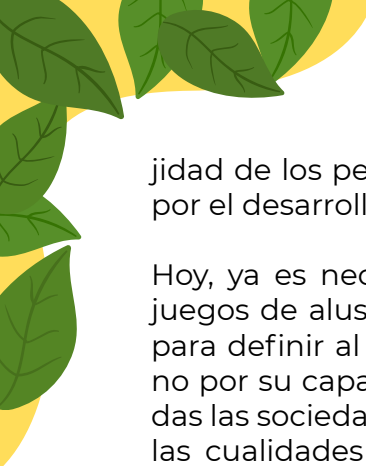
Ese derrumbe tiene expresiones diversas. En lo que hace al impacto visible del desarrollo ocurrido en la región entre 1930 y 1990, el geógrafo Pedro Cunill ha señalado que ese período se caracterizó tanto por “una persistente tendencia a concentrar paisajes urbanos consolidados y subintegrados” como por “una importante ocupación espontánea de zonas tradicionalmente despobladas, en particular en el interior y el sur de América meridional.” La secuela ambiental de estas transformaciones geohistórica, agrega, se expresa en “el fin de la ilusión colectiva de preservar a Latinoamérica como un conjunto territorial con espacios virtualmente vírgenes y recursos naturales ilimitados.” Su juicio respecto al futuro de la región, no puede ser más claro: las transformaciones ocurridas en el período, dice, “dañaron, al futuro inmediato del siglo XXI, gran parte de las posibilidades de un desarrollo sostenido y sostenible”.

Por otra parte, en lo relativo a la reflexión que acompañó a ese proceso en el plano de lo ambiental, Nicolo Gligo – al hacer el balance de las perspectivas y desafíos ambientales que el fin del siglo XX le planteaba a América Latina –, señala la necesidad de romper con un estilo de desarrollo en el que “las decisiones económicas fundamentales de los países de la región... nacen de las tecnocracias de los ministerios de economía o de hacienda... donde... la problemática ambiental y la de los recursos naturales es una externalidad que molesta, la que debe de alguna forma salvarse sin que obstruya la gestión económica”. Esto, agrega, da lugar a una situación marcada por el conflicto entre una “política ambiental explícita [que] se origina en los organismos centrales ambientales de la administración pública” y las “políticas ambientales implícitas... casi todas ellas relacionadas con el crecimiento económico”, que se originan en otros ministerios o en el poder central, y que son finalmente “las que mandan en los países”, privilegiando por lo general el corto plazo sobre el largo

plazo de un modo que lleva a tales políticas ambientales implícitas “sean de signo negativo”.

En breve, lo ambiental ha tenido un papel apenas marginal en la teoría del desarrollo, donde ha ocupado una posición subordinada respecto a la prioridad que se otorga al crecimiento económico. De este modo, lo ambiental se ha constituido en el convalidado de piedra del desarrollo, un factor aludido y eludido al mismo tiempo que, sin embargo, ha terminado por convertirse en el elemento desencadenante de todas las contradicciones que esa teoría alberga en su seno. Por lo mismo, y más allá, esta elusión de lo ambiental apuntaba a otra de más vasto alcance: la del significado histórico del desarrollismo liberal de la II posguerra, en tanto de marco de relación entre la especie humana y el mundo natural, tal como se expresa en la situación de crecimiento económico sostenido – aunque mediocre e incierto – combinado con deterioro social y degradación social constantes, que caracteriza la evolución de nuestros países dentro del sistema mundial de 1980 a nuestros días.

¿Hay sorpresas aquí, o solo sorprendidos? Ya Sunkel y Paz – en *El Subdesarrollo Latinoamericano y la Teoría del Desarrollo*, aquel libro clave en la formación de tantos científicos sociales de la región – nos advertían en 1970 sobre las ambigüedades internas del concepto de desarrollo, y la lucha ideológica – lucha entre programas políticos de largo plazo – que se libraba en su interior. La crisis de la teoría del desarrollo se corresponde, en la geocultura del sistema mundial, con la crisis del liberalismo como “sentido común” y el ascenso del nuevo pensamiento conservador – neoliberal, por un lado, y la de los nuevos movimientos sociales, por el otro. En esa perspectiva, como se advertía antes, el llamado “desarrollo sostenible” ha venido a expresar, en lo más fundamental, el agotamiento de la teoría del desarrollo en su capacidad para ofrecer una visión del mundo capaz de expresarse en términos correspondientes a la comple-



alidad de los peligrosos problemas creados por el desarrollo realmente existente.

Hoy, ya es necesario Trascender aquellos juegos de alusiones, elusiones e ilusiones, para definir al desarrollo en primer término por su capacidad para fomentar en todas las sociedades humanas el ejercicio de las cualidades que nos distinguen como especie. De este modo, cumplido el ciclo de la vieja teoría que en su momento pareció expresar de manera a la vez admirable y viable las mejores aspiraciones del mundo existente a mediados del siglo XX, debemos encarar el hecho de que el desarrollo sólo será sostenible por lo humano que sea, y que “humano”, aquí, sólo puede significar - si de desarrollo se trata - equitativo, culto, solidario, y capaz de ofrecer a sus relaciones con el mundo natural, la armonía que caracterice a las relaciones de su mundo social.

Así parece sugerirlo Manuel Castells – en una coincidencia insospechada, quizás fortuita, con la cita de Federico Engels que inaugura este artículo, cuando - al referirse a la lucha por una relación más equitativa entre los humanos y el mundo natural, que reclama “una noción amplia que afirma el valor de uso de la vida, de todas las formas de vida, contra los intereses de la riqueza, el poder y la tecnología” -, señala que.

El planteamiento ecológico de la vida, de la economía y de las instituciones de la sociedad destaca el carácter holístico de todas las formas de la materia y de todo el procesamiento de la información. Así pues, cuanto más sabemos, más percibimos las posibilidades de nuestra tecnología y más nos damos cuenta de la gigantesca y peligrosa brecha que existe entre el incremento de nuestras capacidades productivas y nuestra organización social primitiva, inconsciente y, en definitiva, destructiva.

Desde nosotros, por otra parte, esto no hace sino reiterar, en el plano de la cultura, la disyuntiva con que nació la época misma desde la que ahora ingresamos al

cambio de épocas que nos arrastra a todos: aquella que enfrentaba - y enfrenta - el paradigma de nuestro atraso, que desde 1845 demanda escoger entre civilización y barbarie, y el de un desarrollo nuevo, sintetizado por José Martí en 1891 al observar que, en Nuestra América, “ No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza”.

Encarados de esa manera, los problemas que nos plantea la crisis del desarrollo en el plano de la cultura bien podrían ser el acicate que requerimos para entender mejor esa crisis, y los modos más adecuados para enfrentarla. La crítica a la teoría del desarrollo en su incapacidad para dar cuenta de los problemas ambientales de nuestro tiempo, en efecto, sólo puede hacerse desde un esfuerzo nuevo por caracterizar y comprender esos problemas en términos que permitan construir las soluciones políticas que demandan, puesto que disponemos ya de los recursos científicos y tecnológicos, y de la riqueza acumulada necesaria para enfrentar y resolver esos problemas.

Para hacer esto, sin embargo, debemos estar en capacidad de encarar en todas sus implicaciones políticas y sociales la tarea pendiente, precisamente para no caer derribados por la verdad que haya podido faltarnos “por voluntad u olvido”, como nos advierte también Martí. Ser derribados, en efecto, es lo único que no podemos permitirnos ante una circunstancia que nos plantea riesgos tan terribles y esperanzas tan luminosas como las que nos ofrece la crisis a que hemos llegado en nuestras relaciones con el mundo natural.

Aquí, la verdad que no puede faltar es la que se refiere a la contradicción que nos presenta el desarrollo, como mito organizativo, en su estrecha asociación con el crecimiento económico. Esa relación, señalada y enmascarada a un tiempo por la vieja teoría del desarrollo, es la que se refiere al carácter histórico, específico, de ese crecimiento en esta civilización, esto es, a

la acumulación incesante de ganancias como objetivo primordial de las relaciones que los seres humanos establecen entre sí, y con el mundo naturales, en la producción de su vida cotidiana. El conflicto entre una acción humana encaminada a la reproducción incesante de la ganancia a escala mundial, y las necesidades de la reproducción de la vida a escala de la biósfera global, constituye justamente el núcleo ético de la sustentabilidad que reclama la crisis en que han desembocado las relaciones que hemos venido construyendo con la naturaleza a lo largo de los últimos 500 años y, en particular, de mediados del siglo XIX a nuestros días.

En efecto, si en lo más esencial la economía es la disciplina que se ocupa de la asignación de recursos escasos entre fines múltiples y excluyentes, es necesario preguntarse cómo se establecen, y se ejercen, las prioridades que orientan esa asignación. En este sentido, toda economía deviene finalmente política y por tanto moral, pues las asignaciones efectivamente hechas de recursos permiten identificar qué intereses son prioritarios y cuáles no lo son. Así planteado el problema, ¿cómo operaría una economía que asigne más re-

ursos a la reproducción de la vida que a la de la acumulación ilimitada de ganancias? ¿Quiénes, y cómo, serían los protagonistas de esa construcción de prioridades nuevas, y cuál sería la organización humana capaz de guiarse por ellas?

No tenemos aún respuestas para esas preguntas, pero tenemos al menos las preguntas. No nos queda sino trascender el pasado para construir el futuro, encarando los problemas que nos plantea el cambio de la era de la economía a la era de la ecología, para utilizar la expresión de nuestro maestro y amigo Donald Worster. Esto, en términos prácticos, significa pasar de la época de la desigualdad organizada a escala mundial para la acumulación incesante de ganancias, a la de la cooperación organizada para garantizar la reproducción de la vida a escala de la biósfera entera. Hemos rebasado ya, quizás sin darnos cuenta, el punto de partida: empezamos a entender la dirección que hará fecunda nuestra marcha. Eso, ya, es un éxito en tiempos como éstos.

Ciudad del Saber, Panamá, noviembre-diciembre 2015

Sociedades, ambiente y ambientalismos en nuestra América

Guillermo Castro Herrera□

La naturaleza, el ambiente y el ambientalismo

La existencia de la naturaleza precede por miles de millones de años a la del ambiente, que viene a tomar forma a partir del desarrollo de la capacidad de la especie humana para transformar a la primera de acuerdo con sus necesidades mediante procesos de trabajo socialmente organizados. Así, diferentes sociedades – y distintos grupos al interior de las mismas – organizan estos procesos de manera diferente. Estas diferencias llevan al desarrollo de formas peculiares de entender la naturaleza, y de sistemas de conducta correspondientes. Este entendimiento incluye el manejo de los conflictos que surgen cuando grupos sociales distintos intentan hacer usos mutuamente excluyentes de los recursos de un mismo ecosistema, a los que podemos llamar conflictos ambientales.

A partir de estas premisas podemos entender mejor la creciente conciencia y las preocupaciones en torno a la usualmente llamada crisis ambiental global, que se ve transformada de manera creciente por la acción humana en una tragedia de los bienes comunes de la Humanidad – agua, aire, suelos, energía, y los ecosistemas que proporcionan servicios ecológicos indispensables para la existencia de materia viviente en el Planeta. El ambientalismo – un rasgo cultural en desarrollo en / desde el mundo Occidental desde mediados del siglo XIX – ha venido a ser, entre fines del XX y comienzos del XXI, tanto una expresión global de la conciencia sobre esta crisis como una suma de movimientos políticos locales que demandan atención y acción ante estos problemas y los conflictos sociales asociados a los mismos.

Este carácter glocal del ambientalismo

ayuda a entender sus expresiones regionales. El interés europeo en la ecoeficiencia, por ejemplo, y el norteamericano en la conservación y el control del riesgos y daños ambientales, coinciden en este panorama general con el peso del legado colonial que aún abrumba a los africanos, y con la visión asiática de la cultura de la naturaleza como un componente de una civilización milenaria. En nuestra América, por su parte, el ambientalismo está estrechamente asociado a dos factores contrapuestos. Por un lado, a la visión de la naturaleza como capital natural al servicio del crecimiento económico sostenido. Por otro, a la demanda de justicia ambiental y a un abordaje de los problemas ambientales desde la perspectiva de la ecología política, al servicio de un desarrollo humano sostenible.

Nuestra América, nuestro ambiente

Nuestra América abarca unos 22 millones de kilómetros cuadrados, con una población del orden de 600 millones de personas. El origen esta enorme superficie se remonta a la fractura de la Pangea hace unos 200 millones de años, hasta culminar (de momento) 196 millones de años después con la formación del Istmo de Panamá, que sirve de puente terrestre entre las grandes masas que hoy llamamos Norte y Sur América. En este espacio se ubica una vasta diversidad de ecosistemas, desde los de desiertos extremadamente secos hasta los de bosques húmedos tropicales, y desde humedales marino-costeros hasta zonas de vida a unos cuatro mil metros de altura.

Para comienzos del siglo XXI, los problemas ambientales más visibles en la región incluyen la degradación de suelos en gran escala por erosión y contaminación; la pérdida de bosques por deforestación; el deterioro de humedales y cursos de agua asociado a la contaminación y al incremento sostenido de la demanda de agua; la sobreexplotación y el deterioro de recursos marino – costeros, y el deterioro acelerado de áreas urbanas en constante expansión,

que se manifiesta en un incremento en la demanda de servicios básicos – agua, sistemas de saneamiento, energía, y control de emisiones –, que a su vez genera una creciente huella ambiental urbana. Todo esto se combina con – y es exacerbado por – una combinación de crecimiento económico incierto con inequidad social persistente, que tiende a mantener a cerca del 30% de la población en condiciones de pobreza.

Esta situación general tiene su origen histórico en tres procesos distintos, que se subsumen el uno en el otro para conformar cuatro áreas socioculturales y una peculiar estructura social y económica. El primero de estos procesos corresponde a la prolongada presencia de los humanos en el espacio americano. Esa presencia abarca entre quince y veinte mil años durante los cuales – a través de una amplia gama de modalidades de interacción con el entorno natural –, se llegó al desarrollo importantes núcleos de civilización en Mesoamérica, los valles andinos y la costa peruana, destruidos a partir de la conquista europea de 1500 – 1550. El segundo proceso, de mediana duración, se origina con el periodo de control europeo del espacio americano. Ese control operó hasta mediados del siglo XVIII mediante la creación de sociedades tributarias sustentadas en formas no capitalistas de organización social y económica, tales como la comuna indígena, la primogenitura feudal y la gran propiedad eclesiástica. Esto vino a cambiar entre 1750 and 1850, debido en primer término al interés de las monarquías española y portuguesa en incrementar los ingresos provenientes de sus posesiones en América y, después, al interés de los grupos dominantes en esas posesiones en hacerse cargo de esa tarea en su propio beneficio.

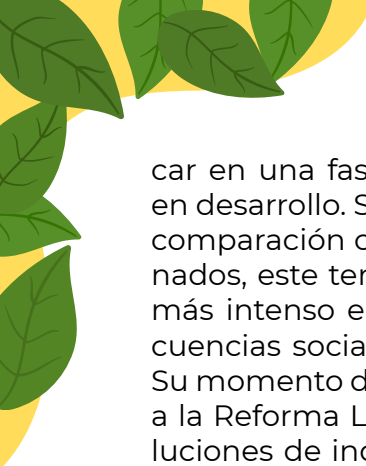
Las nuevas sociedades que emergieron de este segundo proceso constituyeron cuatro grandes zonas etnoculturales. Una tuvo y tiene un claro carácter indoamericano, que le viene de su ubicación en áreas donde convergieron determinados rasgos

de la cultura feudal de los conquistadores con los de sociedades tributarias estratificadas y muy jerarquizadas en los mundos mesoamericano y andino, lo cual facilitó el paso a una relación colonial. La importación de africanos esclavizados para compensar la pérdida de la fuerza de trabajo indígena – en particular en el Caribe y el Nordeste de Brasil –, que se vio acelerada entre fines del siglo XVIII y mediados del XIX ante el incremento de la demanda europea y norteamericana por bienes como el azúcar y el algodón, dio lugar a la formación de una zona afroamericana, con características socioculturales y productivas bien diferenciadas.

A esto cabe agregar tras dos zonas socioculturales: una mestiza, con fuerte presencia migratoria europea, en las áreas agrícolas de la cuenca del Plata y el centro de Chile, y un amplio conjunto de regiones interiores que escaparon al control colonial directo y constituyeron zonas de refugio para poblaciones indígenas, afroamericanas y mestizas, que pasaron a tener relaciones marginales con la economía colonial, primero, y de mercado, después.

Estas regiones marginales pasaron a constituir así una vasta frontera de recursos – algunos inexplorados y otros restaurados, como en el caso bosques que volvieron a ocupar áreas previamente cultivadas que fueron despobladas por la conquista. Tales regiones incluyen, por ejemplo, el Darién en Panamá, el Atlántico Mesoamericano, la Amazonía, la Orinoquia y el extremo Sur de Argentina y Chile. Todas ellas pasaron a ser objeto de ocupación por los diversos Estados nacionales que sustituyeron al dominio colonial europeo, en un proceso ininterrumpido hasta el presente.

Por último, el tercero de los procesos formativos mencionados abarca en lo esencial lo que va de del último cuarto del siglo XIX a fines del XX. A lo largo de este periodo se generaliza la presencia de formas capitalistas de interacción entre los sistemas sociales y naturales, hasta desembo-



car en una fase de crisis y transición aún en desarrollo. Si bien resulta más breve por comparación con los otros dos ya mencionados, este tercer proceso ha sido mucho más intenso en lo que hace a sus consecuencias sociales, ambientales y políticas. Su momento de origen puede ser remitido a la Reforma Liberal que siguió a las revoluciones de independencia de 1810 – 1825, que hacia 1875 había conseguido crear los mercados de tierra y de trabajo necesarios para abrir paso a la formación de nuevas formas de organización de las relaciones entre las sociedades de nuestra América y su entorno natural.

El núcleo histórico – ambiental de este proceso radica justamente en la relación entre el desarrollo de estos mercados de tierra y de trabajo, y la integración de nuestra América al mercado mundial como proveedora de minerales, alimentos y combustibles fósiles. Ese núcleo histórico aportó una sostenida expansión tecnológica y mercantil a lo largo de la mayor parte del siglo XX – con variaciones de intensidad, como la provocada por la gran crisis de 1929 – 1939 – bajo formas muy diversas de organización política y social, desde el peonaje semi servil hasta la creación de enclaves capitalistas y la formación de mercados internos protegidos que incluían empresas estatales.

Para el geógrafo chileno Pedro Cunill, entre 1930 y 1990, esto se hizo evidente en un proceso sostenido de asentamiento en el conjunto de nuestra América, que dio lugar a una tendencia “persistente” tanto a la creación de “paisajes urbanos consolidados y sub integrados”, como a una creciente “ocupación espontánea de áreas tradicionalmente despobladas”, sobre todo en el interior y en las partes meridionales de Sur América. “Estas transformaciones geo-históricas”, añade, “han puesto fin a la ilusión colectiva de preservar a la América Latina como un todo, un territorio con extensos paisajes virtualmente intocados y recursos naturales ilimitados. (1995: 9) Así llegó a su fin el mito de “los ilimitados e inagotables espacios latinoamericanos,” que

dejaron de actuar como barreras para el desarrollo económico para dar lugar a vastos procesos de reorganización territorial de las economías y los Estados en nuestra América, que a menudo acentuaron la contradicción con la organización natural de sus respectivos territorios.

Los cambios generados por la combinación del crecimiento urbano con la transformación de las regiones interiores en fronteras de recursos mediante el paso del patrimonio natural de sus pobladores a la condición de capital natural de empresas que explotan esos recursos pasaron a ser características de la historia ambiental contemporánea de nuestra América. Estas transformaciones, estrechamente asociada a las estructuras de poder que perpetúan la inequidad en el acceso a los frutos del crecimiento económico, está en directa relación con la crisis ambiental en nuestra América y con sus expresiones culturales y políticas, que a su vez definen en múltiples sentidos la participación de la región en la crisis ambiental global.

El ayer de mañana: los ambientalismos de nuestra América

La gestión de los recursos naturales para el progreso económico vino a convertirse en un tema relevante en nuestra América de fines del siglo XVIII en adelante. Para entonces, la creciente expansión y diversificación de la demanda de materias primas por parte del mercado mundial llevó a los terratenientes y comerciantes de la región a explorar y considerar con mayor detalle los recursos naturales a su disposición, y la formas de aprovecharlos de manera más productiva.

Con el tiempo, esta aproximación a las relaciones con la naturaleza vendría a convertirse en una tendencia característica del ambientalismo latinoamericano, estrechamente asociada con el interés de sectores minoritarios de los sectores dominantes en ir más allá del extractivismo con el fin de establecer formas más eficientes de creci-

miento económico sostenido. Para la década de 1880, el escritor y político cubano José Martí – tras haber compartido aquella tendencia como un joven intelectual liberal en México y Guatemala entre 1875 y 1877 – debió partir de Venezuela al exilio en Nueva York desde 1881 hasta 1895. Allí, a partir de una constante preocupación por la situación de los campesinos indígenas de nuestra América, y en diálogo con la obra de autores como Ralph Waldo Emerson, Henry David Thoreau y el economista Henry George, pasó a construir una visión más centrada en torno a las interacciones – prácticas, históricas y filosóficas – entre los seres humanos y la naturaleza.

Esa visión, más cercana en muchos aspectos a las de los indígenas y campesinos de la región que a la de los terratenientes y comerciantes, dio de sí con el tiempo otra tendencia del ambientalismo latinoamericano, de una orientación más popular, asociada además a la demanda de una democracia realmente participativa. Entre las décadas de 1940 y 1980, por último, tuvo lugar una ampliación de las capas medias profesionales en nuestra América, asociada con la expansión de la educación pública técnica y universitaria, y con la de la demanda de servicios profesionales en agencias estatales – que por entonces incrementaron su participación en la actividad económica – y en un sector privado que prosperaba en mercados protegidos.

Esta clase media profesional generó una tercera tendencia en el ambientalismo latinoamericano, modernizadora y tecnocrática, que operaba en estrecha asociación con – y desde – organismos internacionales como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), de las Naciones Unidas, el Banco Interamericano de Desarrollo, y entidades privadas como la Fundación Bariloche. Si bien tuvo una limitada influencia dentro de sus propias sociedades, esta modalidad de ambientalismo alcanzó una vasta influencia inicial en los Estados de la región, y vino a contribuir después a la crítica de las políticas am-

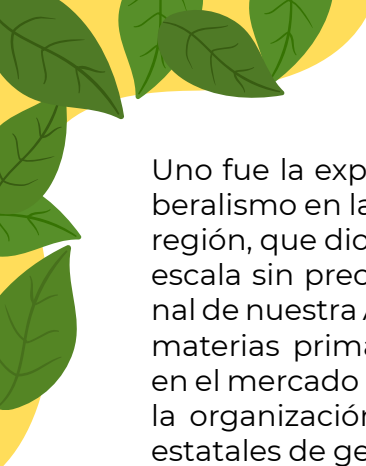
bientales de esos Estados. Así, por ejemplo, en 1980 la CEPAL publicó una antología en dos volúmenes titulada *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina* coordinada por el economista chileno Osvaldo Sunkel y el agrónomo Nicolo Gligo, del mismo país. El libro renovó en la región el interés generado por la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Ambiente Humano, de 1972, y precedió por menos de una década el informe *Nuestro Futuro Común* – también conocido como Informe Brundtland, de 1987, que introdujo al debate global el concepto de desarrollo sostenible.

El desarrollo, en efecto, había sido – y sigue siendo, en una importante medida – un concepto central en el debate económico, social y político en nuestra América desde fines de la década de 1940, que hasta la década de 1970 prestó poca atención a los costos ambientales de un crecimiento económico financiado con la extracción masiva de recursos naturales. *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente* llamó la atención sobre esta dimensión del problema, y proporcionó una valiosa información por entonces poco conocida acerca de los recursos, los problemas y las capacidades de la región con respecto a su ambiente.

La perspectiva tecnocrática

La tendencia que tomó forma a principios de la década de 1980 pasó a fragmentarse en dos ramas distintas en los años subsiguientes. Una de ellas estableció un claro compromiso con un enfoque institucional de corte tecnocrático sobre la dimensión ambiental del desarrollo, primero, y con el crecimiento económico sostenido a partir de la década de 1990. Este sector profesional de capas medias aportó un importante número de especialistas para la organización de Ministerios y Autoridades de Medio Ambiente en toda la región, financiados en importante medida por entidades como el Banco Interamericano de Desarrollo.

Esos años coincidieron, de múltiples maneras, con dos fenómenos de importancia.



Uno fue la expansión ideológica del neoliberalismo en la economía y la política de la región, que dio lugar a la renovación, a una escala sin precedentes, del papel tradicional de nuestra América como proveedor de materias primas, alimentos y energéticos en el mercado mundial. El otro consistió en la organización de complejas estructuras estatales de gestión ambiental, destinadas a la producción de condiciones naturales de producción para la economía global mediante la creación de áreas destinadas a preservar recursos biogenéticos, contribuir a la captura de gases de efecto invernadero o garantizar servicios como la provisión de agua para proyectos hidroeléctricos.

Esto condujo al desarrollo de un ambientalismo tecnocrático centrado en la organización de un mercado de servicios ambientales y la gestión de las condiciones naturales de producción en un creciente número de actividades económicas mediante procesos legislativos y medidas técnicas tales como la aplicación de Estudios de Impacto Ambiental. Este abordaje tecnocrático a la dimensión ambiental del crecimiento económico sostenido, revestido de una pretensión de apoliticidad y de la promoción de la naturaleza como capital natural, ha estado sobre todo a cargo de las entidades estatales de gestión ambiental, en estrecha asociación con organismos financieros y organizaciones no gubernamentales internacionales, los primeros como proveedores de fondos y las segundas como vestales de una visión de la naturaleza como un objeto a ser manejado y protegido en aras de un desarrollo sostenible que garantice el crecimiento económico sostenido.

El nuevo saber ambiental en nuestra América

La segunda tendencia del ambientalismo nacido de la clase media profesional desarrolló un cuestionamiento cada vez más agudo al papel del neoliberalismo en las relaciones entre la sociedad y la naturaleza en nuestra América y en el mundo. Ya en 1991, por ejemplo, el mexicano Víctor

Toledo y el uruguayo Eduardo Gudynas publicaron en la revista catalana *Ecología Política* (número 3, 1991) los artículos “Modernidad y ecología. La nueva crisis planetaria” y “Una extraña pareja: los ambientalistas y el Estado en América Latina”, respectivamente. Publicaciones como éstas señalaron el comienzo del desarrollo de lo que autores como Enrique Leff han llamado “el nuevo saber ambiental latinoamericano”, en el que ha tenido especial importancia la promoción de las contribuciones de otros intelectuales que trabajan en el mismo campo en nuestra América, los Estados Unidos y Europa.

La labor de estos intelectuales ha tenido un importante doble significado. Por un lado, ha facilitado el desarrollo de nuevos abordajes transdisciplinarios a los problemas ambientales de la región, que desbordan la tradicional separación entre las ciencias naturales y sociales, y las Humanidades, para abordar de manera mucho más integral los vínculos entre las sociedades humanas y su entorno natural. A partir de esa innovación, la economía ecológica, la historia ambiental y la ecología política han encontrado un lugar para sí en la cultura ambiental de nuestra América. Por esta vía, además, se ha visto facilitada la tarea de proveer vínculos de un tipo nuevo entre los saberes ambientales de la intelectualidad de capas medias y los de movimientos indígenas y campesinos, proporcionando así un fundamento teórico de alcance universal al estudio, la comprensión y el apoyo a la formación en la región de lo que Joan Martínez Alier llamó la “ecología de los pobres”, que define la tercera gran tendencia en el ambientalismo en nuestra América.

La ecología popular y la ecología política en nuestra América

Como se ha visto, a partir de la década de 1980 fue tomando forma un esfuerzo renovado de los sectores empresariales nacionales y transnacionales, apoyados por los Estados nacionales de la región, encaminado a ocupar y poner al servicio del crecimiento económico sostenido lo que hasta

mediados del siglo XX había sido percibido como los “espacios vacíos” de nuestra América. Este proceso generó una ola de conflictos ambientales que, en lo más esencial, enfrentaron a pueblos originarios y campesinos mestizos que defendía lo que consideraban su patrimonio natural, y sectores empresariales -usualmente apoyados por autoridades estatales -que buscaban transformar ese patrimonio en capital natural.

El asesinato del dirigente de los seringueiros (recolectores forestales) brasileños Chico Mendes por sicarios al servicio de terratenientes en 1988 señaló la transición desde el conflicto entre grupos sociales por el control de determinados ecosistemas a la confrontación entre culturas y formas de vida antagónicas, que incluían visiones y prácticas de relación de la sociedad con su entorno natural incompatibles entre sí. Para 2016, el asesinato en Honduras de Berta Cáceres, dirigente la comunidad indígena lenca, a manos de sicarios contratados por una corporación privada que había obtenido permiso gubernamental para construir una hidroeléctrica en tierras de la comunidad, señaló no solo la continuidad y amplitud de ese tipo de conflicto, sino además el amplio apoyo regional y global obtenido por el movimiento ambiental popular en nuestra América.

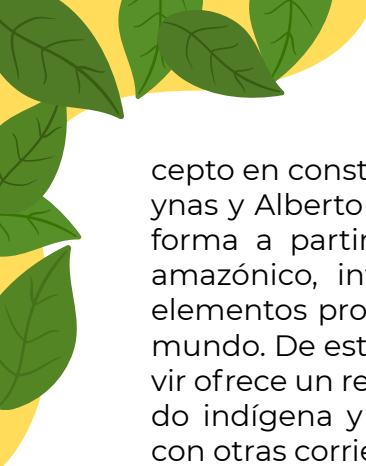
Al propio tiempo, el carácter rural inicial de esta tercera tendencia había venido expandiéndose a zonas urbanas, dando lugar en Cochabamba, Bolivia, a la llamada Guerra del Agua del año 2000, que adquiriría un importante valor simbólico en nuestra América. De hecho, la población urbana de la región había pasado de un 25% en 1925 a un 41.4% en 1950 y un 75.3% en 2000, y se espera que alcance una 82.2% para 2025, comparable ya con los porcentajes esperados para los Norteamérica (83.3%) y Europa (81.3%). Este crecimiento, generado inicialmente por migraciones rurales masivas, se sostiene hoy con un impulso vegetativo asociado a múltiples factores culturales y sociales. Esos factores incluyen, por

ejemplo, el hacinamiento de población de escasos ingresos en áreas periféricas con condiciones ambientales deficientes, sin acceso a viviendas dignas, agua potable, saneamiento, energía, aire limpio, servicios públicos de salud, educación y seguridad adecuados, y espacios públicos para la vida social.

La combinación de la lucha de los trabajadores del campo y de la ciudad por condiciones ambientales básicas para una vida digna ha dado lugar, así, a la formación de un ambientalismo popular. Si bien ese ambientalismo se encuentra aún en una fase temprana de desarrollo, constituye ya un factor de creciente importancia en la formación y la incidencia de la ecología política latinoamericana. Sus aportes más relevantes han provenido de zonas en las que se han hecho presentes movimientos sociales de honda raíz cultural popular, como el movimiento zapatista en el Sureste de México, con su demanda de Buen Gobierno, y el del Buen Vivir en la región andina. Ambos son movimientos de base comunitaria, con raíces en las visiones indígenas de las interacciones entre la sociedad y su entorno natural, y opuestos a la teoría y las prácticas del desarrollo, características de nuestro liberalismo oligárquico.

Así, Eduardo Gudynas (2014b) - reconocido analista del movimiento del Buen Vivir -, señala que sus diversas versiones coinciden en su crítica a “las ideas convencionales del desarrollo que defienden el crecimiento económico perpetuo, obsesionadas con la acumulación material, que celebran la mercantilización de la naturaleza”. Al propio tiempo, dice, comparten una “construcción multicultural” sustentada en la cosmovisión de los pueblos originales, que rompe con los problemas de la modernidad europea y permite la expresión de saberes subordinados y marginados durante largo tiempo, que comparten el reconocimiento de los derechos de la naturaleza y “convierten al ambiente en un sujeto.”

El buen vivir, en todo caso, es aún un con-



cepto en construcción. Para Eduardo Gudynas y Alberto Acosta, ese concepto toma forma a partir de los mundos andino y amazónico, integrando en su desarrollo elementos producidos en otras partes del mundo. De este modo, añaden, el buen vivir ofrece un referente histórico en el mundo indígena y al propio tiempo participa con otras corrientes Occidentales en la defensa de principios que han permanecido subordinados por largo tiempo. Responde, así, “a viejos problemas, tales como salir de la pobreza o conquistar la equidad para todos”, y a otros nuevos “como la pérdida de biodiversidad o el cambio climático global”.

El desarrollo del buen vivir, por otra parte, comprueba que la ecología de los pobres ha sido, y será, un factor fecundante en el ambientalismo latinoamericano. Ella provee un valioso espacio de encuentro entre los pobres del campo y de la ciudad, entre sí y con sectores de la clase media educada que comparten una preocupación común con la dimensión respecto a la dimensión social de los problemas ambientales de la región. En esta perspectiva, no debería ser motivo de sorpresa el importante papel de dos latinoamericanos provenientes de esa clase media – el cubano Fidel Castro, y el argentino Jorge Bergoglio en su calidad de Papa Francisco – en la tarea de resaltar la gravedad de la crisis ambiental global: el primero, en la Conferencia Mundial sobre Desarrollo Sostenible celebrada en Rio de Janeiro en 1992, donde alertó sobre el riesgo de extinción de la especie humana, y el segundo en su encíclica *Laudato Si'*, de 2015, en la que afirmó la necesidad de entender a la naturaleza como nuestra casa común, y cuidar de ella como colectivo humano.

Cultura y política: un problema vital en construcción

Las tres vertientes principales del ambientalismo latinoamericano – la tecnocrática, la científica y cultural de capas medias, y la popular – están hoy bien definidas y establecidas, e interactúan en el desarrollo de

las contradicciones que las vinculan entre sí. La tecnocrática, apoyada en el supuesto de que el desarrollo del capitalismo puede ser hecho sostenible – expresada por ejemplo en los llamados Objetivos de Desarrollo Sostenible 2030 – es la más poderosa en este momento del proceso. Al propio tiempo, aun cuando le pueden ser reconocidos muchos pequeños logros e incluso algunos éxitos en materia de políticas públicas, el hecho es que los problemas ambientales de la región no están siendo resueltos. Esto ayuda a entender la vitalidad del nuevo saber ambiental y su crítica del ambientalismo tecnocrático, al igual que el de las múltiples versiones del movimiento del Buen Vivir, que actúa en estrecha interacción en el desarrollo de ese saber, y en su traducción en iniciativas de política.

En la perspectiva del saber ambiental latinoamericano se hace evidente así que, siendo el ambiente una construcción social que opera al interior de la naturaleza, si deseamos un ambiente distinto debemos crear una sociedad diferente. La identificación de esa diferencia, y de los medios para construirla, se ha convertido ya en un problema central para la ecología política latinoamericana. De momento, el movimiento del Buen Vivir reivindica sobre todo la preservación y ampliación de formas de vida precapitalistas, utilizando para fines nuevos tecnologías creadas en y para el mundo moderno.

El problema de organizar la transición hacia un mundo post capitalista apenas empieza a tomar forma en la región, y requerirá tanto de una ecología de los pobres mucho más madura en las áreas urbanas, y de un compromiso político mucho mayor de los trabajadores intelectuales de capas medias vinculados al ambientalismo. Esa transición, en todo caso, se ha iniciado ya, y ha obtenido algunos logros de importancia, como la desacralización del sistema conceptual construido a partir del siglo XVIII a partir de los binomios de civilización versus barbarie, progreso versus atraso y desarrollo versus subdesarrollo. En

el nuevo saber ambiental latinoamericano emerge ya, en efecto, una visión mucho más integrada de las relaciones entre la naturaleza y la sociedad creada por el capitalismo a escala mundial.

Esa visión confirma y renueva, a su vez, la forma en que Karl Marx y Friedrich Engels se plantearon este problema en sus años de juventud:

Conocemos sólo una ciencia, la ciencia de la historia. Se puede enfocar la historia desde dos ángulos, se puede dividirla en historia de la naturaleza e historia de los hombres. Sin embargo, las dos son inseparables: mientras existan los hombres, la historia de la naturaleza y la historia de los hombres se condicionan mutuamente. La historia de la naturaleza, llamada ciencia natural, no nos concierne aquí; pero tendremos que examinar la historia de los hombres, dado que casi toda la ideología consiste en una concepción distorsionada de esta historia o en una completa abstracción de ella. La ideología es ella misma tan solo uno de los aspectos de esta historia.

Habiendo dicho esto, conviene notar que el marxismo latinoamericano ha tenido una participación más bien marginal en el desarrollo del ambientalismo en nuestra región. Si bien la discusión de las razones para esto excede el propósito de este artículo, cabe señalar que probablemente incluyan la peculiar distorsión positivista del marxismo soviético – el más influyente en la región en el siglo XX- a partir de la década de 1920, y su profundo compromiso con el debate entre el progreso y el atraso en nuestros países en términos que excluían las visiones del mundo y las luchas por su patrimonio natural de los movimientos indígenas y campesinos.

Este carácter marginal del marxismo en el debate ambiental latinoamericano constituye un problema de creciente importancia, pues ese debate incluye las consecuencias ambientales derivadas de las relaciones entre la sociedad y la naturaleza

organizadas a partir de las necesidades del mercado y el sistema mundiales creados, organizados y desarrollados por el capitalismo a partir del siglo XVI. El desarrollo de un lenguaje propio por nuestro ambientalismo, que facilite y amplíe nuestra interacción con los ambientalistas de otras sociedades con las que compartimos hoy la tragedia de los bienes comunes globales, sólo llegará a expresar de manera adecuada la contribución del ambientalismo latinoamericano a la transición hacia una nueva civilización cuando el desarrollo sostenible venga a expresar el de la especie humana en el marco de su entorno natural. Entonces seremos capaces de desplegar en plenitud todas las herramientas políticas y culturales que hemos venido construyendo a lo largo de nuestra historia.

Referencias

Carta Encíclica Laudato Si'. "Del Santo Padre Francisco sobre el cuidado de la casa común." Roma, La Santa Sede (2015).

Castro, Guillermo. "The Environmental Crisis in Latin America." Oxford Research Encyclopedia of Latin American History. 2015.

Comisión de Desarrollo, Medio Ambiente de América Latina, and el Caribe (1991): Nuestra propia agenda sobre desarrollo y medio ambiente. Fondo De Cultura Económica USA.

Cunill Grau, Pedro (1995): Las transformaciones del espacio geohistórico latinoamericano 1930-1990. Fondo de Cultura Económica.

Gallopin, Gilberto comp. Con la colaboración de I.A. Gómez, A.A. Pérez y M. Winograd (1995): El futuro ecológico de un continente: una visión prospectiva de la América Latina. Dos tomos. Universidad de las naciones Unidas, Tokio; Fondo de Cultura Económica, México.

Glifo, Nicolo y Morello, Jorge (1980: 112-148): "Notas sobre la historia ecológica de América Latina." Estudios internacionales 13, no. 49.

Gudynas, Eduardo (2014): "Ecologías políticas: Ideas preliminares sobre concepciones, tendencias, renovaciones y opciones latinoamericanas." Documento de trabajo, CLAES 72.

(2011) y Acosta, Alberto: "El buen vivir o la disolución de la idea del progreso." La medición del progreso y del bienestar: propuestas desde América Latina. Ciudad de México: Foro Consultivo Científico y Tecnológico.

--(2010: 40-46): "Buen Vivir: un necesario relanzamiento." Revista Yachaykuna, Quito, Ecuador, Instituto Científico de Culturas Indígenas (ICCI), Quito 13.

--(1999: 101-125): "Concepciones de la naturaleza y desarrollo en América Latina." Persona y sociedad 13, no. 1.

--(1992:104-115): "Los múltiples verdes del ambientalismo latinoamericano." Nueva Sociedad 122

--(1992b: 51-64): "Una extraña pareja: los ambientalistas y el Estado en América Latina." Ecología política, Barcelona.

Leff, Enrique (2007): "La complejidad ambiental." Polis. Revista Latinoamericana 16.
--(2002) Saber ambiental: sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder. Siglo XXI, 2002.

--(1994: 17-84): "Sociología y ambiente: formación socioeconómica, racionalidad ambiental y transformaciones del conocimiento." Ciencias sociales y formación ambiental (1994).

Martínez Alier, Joan (2009):. El ecologismo de los pobres: conflictos ambientales y lenguajes de valoración. No. Sirsi i9788474267433. y Schlüpmann, Klaus (1991): La ecología y la economía. Fondo de cultura Económica, México.

O'Connor, James R. (1998): Natural causes: Essays in ecological Marxism. Guilford Press,

Pádua, José Augusto (2002): Um sopro de destruição: pensamento político e crítica ambiental no Brasil escravista, 1786-1888. Zahar.

-- (2000): "'Annihilating Natural Productions': Nature's Economy, Colonial Crisis and the Origins of Brazilian Political Environmentalism (1786-1810)." Environment and History: 255-287.

Solórzano Fonseca, Juan Carlos. (2009) América Antigua. Los pueblos precolombinos desde el poblamiento original hasta los inicios de la conquista española.

Sunkel, Osvaldo; Gligo, Nicolo (1980) Estilos de desarrollo y medio ambiente en la América Latina. CEPAL / Fondo de Cultura Económica, México.

Toledo, Víctor M. (1992): "Modernidad y ecología. La nueva crisis planetaria." Ecología política 3: 9-22.

--(1983): "Ecologismo y Ecología Política: la nueva guerra Florida." revista Nexos 69: 14-24.

UNEP (2016). Global Environment Outlook GEO-6. Regional Assessment for Latin America and the Caribbean.

Vernadsky, Vladimir I. (1945): "The biosphere and the noosphere." American Scientist 33, no. 1: 1-12.

Wallerstein, Immanuel Maurice (1991): Geopolitics and geoculture: Essays on the changing world-system. Cambridge University Press, 1991.

El camino a la historia ambiental

Guillermo Castro H.

“cuando se ve que la intervención humana en la Naturaleza acelera, cambia o detiene la obra de ésta, y que toda la Historia es solamente la narración del trabajo de ajuste, y los combates, entre la Naturaleza extra-humana y la Naturaleza humana, parecen pueriles esas generalizaciones pretenciosas, derivadas de leyes absolutas naturales, cuya aplicación soporta constantemente la influencia de agentes inesperados y relativos.”

José Martí

I. Historia ambiental, historia ecológica

No debería sorprendernos que este pensamiento de Martí aparezca casi como una curiosidad literaria en la edición de sus Obras Completas de 1975, que lo ubica en su último tomo bajo el rubro “Artículos varios”, sin asignarle fecha. Para entonces apenas se iniciaba el debate sobre lo ambiental como objeto de cultura, y faltaban aún algunos años para que Nicolo Gligo y Jorge Morello publicaran sus “Notas sobre la historia ecológica de la América Latina” en aquel libro memorable – Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente – que anunció el ingreso del ambientalismo latinoamericano a su primera madurez.

Hoy, sin embargo, es a un tiempo indispensable y posible entender la historia ambiental de nuestra América desde ella misma, en diálogo constante con las que se escriben desde otras culturas al amparo de la advertencia que el propio Martí nos hiciera en 1891: que entre nosotros no hay “batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza.” Desde allí, podemos decir en nuestro tiempo que, en lo más esencial, la historia ambiental se ocupa de las interacciones entre los sistemas sociales y los naturales mediante procesos de trabajo socialmente organizados, y de las consecuencias de tales interacciones para ambas partes a lo

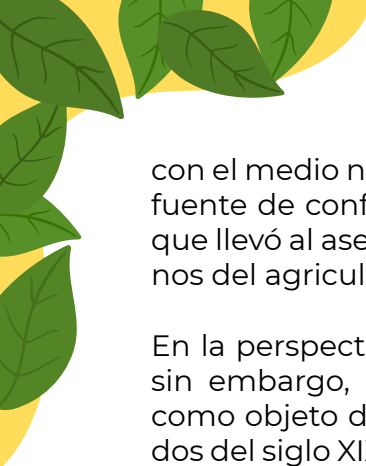
largo del tiempo.

En ese sentido, hace parte de la historia de los ecosistemas – o historia ecológica – a lo largo del desarrollo de la vida en la Tierra. La historia ecológica, en efecto, abarca unos 3 mil millones de años, mientras que la ambiental abarca cerca de millón y medio – y si la referimos a nuestra América, se reduce a (apenas) unos 30 mil años. La ecológica, por otra parte, es planetaria desde su origen, mientras la ambiental solo ha llegado a serlo a lo largo de un proceso que se inició con las migraciones humanas desde el África Oriental, y en los últimos 300 años ha venido a desarrollar relaciones de interdependencia entre todos los agrupamientos sociales de nuestra especie en el planeta.

Y a esto hay que agregar que la interacción de los humanos con su entorno natural mediante el trabajo constituye un hecho transhistórico en el desarrollo de nuestra especie, mientras las formas específicas que adopta esa interacción en sociedades puntuales constituyen procesos históricos específicos. Aquí, el plano transhistórico correspondería a la historia ecológica de nuestra especie, mientras los procesos históricos puntuales de interacción entre las sociedades y su entorno natural constituyen el objeto de estudio de la historia ambiental. Así, la historia ambiental es por necesidad ecológica, aunque la historia ecológica no es necesariamente ambiental. Desde este punto de partida podemos abordar dos problemas básicos: el de la constitución de lo ambiental como objeto de estudio, y el de la formación y desarrollo de la historia ambiental como disciplina.

II. El ambiente como objeto de estudio

El interés por el mundo natural como ámbito del desarrollo de nuestra especie es muy antiguo. Cuatro mil años atrás, por ejemplo, el primer libro del Viejo Testamento – no en balde llamado Génesis –, presenta a ese mundo como una totalidad estructurada que se constituye por etapas; resalta al trabajo como medio de relación



con el medio natural, y a esa relación como fuente de conflictos ambientales, como el que llevó al asesinato del pastor Abel a manos del agricultor Caín.

En la perspectiva de la historia ambiental, sin embargo, la formación del ambiente como objeto de estudio se inicia a mediados del siglo XIX. Para ese momento culmina la primera fase del procesamiento de la enorme masa de información acumulada por la Europa Noratlántica en el proceso de formación del mercado mundial. Al propio tiempo, se inaugura una circunstancia caracterizada por la ampliación y diversificación del consumo, la creación de nuevas necesidades y nuevos valores de uso, que estimula “la exploración de la naturaleza entera”, para fomentar el intercambio universal “de los productos de todos los climas y países extranjeros” y “nuevas elaboraciones (artificiales) de los objetos naturales.”

Ese proceso fomentó “el desarrollo al máximo de las ciencias naturales”, mediante una radical reorganización de las formas de gestión del conocimiento y la innovación, que segregó en campos separados a las ciencias naturales, las sociales y las Humanidades. De allí vino a desarrollarse un conocer fragmentado, aún dominante en buena medida, que planteaba dificultades insuperables a la indagación de las formas de relación de nuestra especie con su entorno natural.

Al respecto, por ejemplo, Jean Baptiste Fressoz nos recuerda que Herbert Spencer – en Principios de Psicología (1855) y Principios de Biología (1864) – se refería a “las circunstancias del entorno de un organismo que lo afectan y transforman.” De igual modo, señala, otros temas de evidente vinculación con los debates de nuestro tiempo - desde la llamada “economía de la naturaleza” y el impacto de la actividad humana sobre el medio natural, hasta el papel del trabajo como vínculo orgánico entre nuestra especie y su entorno - fueron objeto de discusión en las últimas décadas del siglo XIX.

Esta fase inicial de la historia del camino al concepto de ambiente culminó hacia la década de 1930, con los trabajos del biogeoquímico ruso Vladimir Vernadsky (1864-1945) sobre las relaciones entre la biosfera y la noosfera generada por los humanos mediante la aplicación del conocimiento y la técnica a la transformación de la primera en función de sus necesidades sociales. El aporte de Vernadsky por construir una visión integrada del desarrollo de la vida en la Tierra, y del papel de los humanos en ese proceso se centró en “el estudio de los fenómenos geológicos desde una perspectiva geoquímica y biogeoquímica”, con el fin de “abarcara toda la naturaleza ambiente en el mismo aspecto atómico”.

Dentro de ese conjunto, decía, la materia viva - constituida “por todos los organismos presentes en la tierra en un momento dado” -, “existe únicamente en la biosfera, que incluye la totalidad de la troposfera atmosférica, los océanos y una delgada capa de las zonas continentales.” Dentro de la biosfera, agrega, “puede diferenciarse en materia inerte y materia viva”, entre las cuales ocurre “una migración continua de átomos desde la materia inerte hacia la viva, y viceversa”. En cuanto al papel de nuestra especie en ese proceso, lo esencial era “reconocer las leyes naturales de la biosfera”, de la cual “no puede separarse” el hombre, si bien “es solamente ahora cuando tal indisolubilidad se nos empieza a aparecer claramente y en términos precisos.” Al respecto, añadía, el desarrollo científico y tecnológico del siglo XX llevaba a la Humanidad a convertirse “en una poderosa fuerza geológica, creando un nuevo estado de la biosfera [...], la noosfera”, a la que definía como “la última de las muchas etapas habidas en la evolución de la biosfera en la historia geológica.” [cursiva: gch]

Si bien la relación entre la biosfera y la noosfera nos remite hoy a la que existe entre la naturaleza y el ambiente, la reducción de lo humano a lo geológico limitó la eficacia cognitiva de la genial intuición de Vernadsky. En efecto, al ignorar la capaci-

dad nuestra especie para transformar su entorno y a sí misma mediante procesos teleológicos de cooperación social, obvió un elemento indispensable para la comprensión de los problemas ambientales en perspectiva histórica. Así, la relación entre la biosfera y la noosfera solo vino a revelar todo su valor medio siglo después, cuando una circunstancia distinta a la de su origen permitió establecer de manera clara el papel del trabajo como vínculo orgánico entre la biosfera y la noosfera.

En efecto, el desarrollo del debate en torno a la crisis ambiental a fines del siglo XX en adelante demandó un abordaje de mayor capacidad integradora. Esa demanda estimuló nuevas lecturas de visiones previas, como la que ofrece la filosofía de la praxis a partir de planteamientos como el que hace su fundador en lo que va de sus Manuscritos Económico – Filosóficos de 1844, a su Crítica al Programa de Gotha en 1875, incluyendo la discusión hecha por Federico Engels sobre el papel del trabajo en el desarrollo humano, donde señala que nuestro dominio sobre la naturaleza no se parece en nada al dominio de un conquistador sobre el pueblo conquistado, que no es el dominio de alguien situado fuera de la naturaleza, sino que nosotros, por nuestra carne, nuestra sangre y nuestro cerebro, pertenecemos a la naturaleza, nos encontramos en su seno, y todo nuestro dominio sobre ella consiste en que, a diferencia de los demás seres, somos capaces de conocer sus leyes y de aplicarlas adecuadamente.

En ese proceso contemporáneo de construcción de lo ambiental como una categoría histórica, Kohei Saito destaca la relevancia del concepto de metabolismo sociedad / naturaleza para comprender y describir “las transformaciones e intercambios entre sustancias orgánicas e inorgánicas mediante el proceso de producción, consumo y digestión tanto al nivel de los individuos como al de las especies.” Así, dice, en la década de 1850 Marx le otorgó al concepto de metabolismo “un papel central en su eco-

nomía política, utilizándolo para abarcar la relación dinámica e interactiva entre los humanos y la naturaleza, mediada por el trabajo.”

Al respecto, Saito añade que si bien los seres humanos –“igual que todas las otras criaturas vivientes”- están condicionados en su vida y desarrollo por leyes naturales, “son decisivamente diferentes de otros animales debido a su singular actividad productiva, esto es, al trabajo.” Esa diferencia “permite una interacción ‘consciente’ y ‘dotada de propósito’ con el mundo sensible externo”, que otorga a los humanos la capacidad de “transformar ‘libremente’ a la naturaleza”, aun cuando la dependencia respecto a su entorno y sus leyes “siga vigente en la medida en que los humanos no pueden producir ex nihilo sus medios producción y subsistencia”.

Así, aun cuando “un metabolismo incesante entre los humanos y la naturaleza permea a la historia humana en su totalidad”, la organización del trabajo humano “adopta ‘formas’ económicas diversas en cada etapa del desarrollo social y, en consecuencia, el contenido del metabolismo transhistórico entre los humanos y la naturaleza varía de manera significativa”. De ahí que “la moderna crisis del ecosistema expresa la contradicción [...] que resulta por necesidad de la manera específicamente capitalista de organizar los metabolismos social y natural”. A esa especificidad corresponden en el plano cultural y político, como vemos, el desarrollo de lo ambiental como objeto de estudio, y de la historia ambiental como recurso para el estudio de ese objeto, como parte de un conjunto mayor en el que convive con otras disciplinas como la economía ecológica y la ecología política.

III. Historia ambiental: formación, desarrollo, perspectivas

Formación

La narrativa usual vincula el origen de la historia ambiental al auge del movimiento



ambientalista en los Estados Unidos y Europa en la década de 1970. A partir de allí, distintos pioneros fueron elaborando aproximaciones a lo ambiental como objeto de estudio histórico. Donald Worster, por ejemplo, publicó en 1977 su libro *Nature's Economy. A history of ecological ideas*, y en 1990 dio a conocer su ensayo “Transformaciones de la Tierra. Hacia una perspectiva agroecológica en la historia”, de amplio impacto en la formación de este campo del saber.

Para Worster, que se ha forjado a sí mismo en la gran tradición ética de la cultura norteamericana de la naturaleza gestada a partir de la obra de autores como Henry David Thoreau y Ralph Waldo Emerson, la historia ambiental se ocupa del papel y el lugar de la naturaleza en la vida humana. Estudia todas las interacciones que las sociedades del pasado han tenido con el mundo no humano, el mundo que nosotros no hemos creado en ningún sentido primario. El ambiente tecnológico, el entorno de cosas que la gente ha producido, que puede ser tan ubicuo como para constituir una suerte de “segunda naturaleza” en torno a nosotros, también es parte de este estudio, pero en el sentido por demás específico de que la tecnología es un producto de la cultura humana tal como está condicionada por el medio ambiente no humano.

Desde otra perspectiva, distinta pero no excluyente, el economista James O'Connor abordó el proceso de formación de la historia ambiental en su relación con el desarrollo de la cultura gestada al calor del desarrollo del moderno sistema mundial capitalista. Ese proceso, decía, “comienza con la historia política, jurídica y constitucional; pasa a la historia económica entre mediados y fines del siglo XIX; se vuelca a la historia social y cultural a mediados del siglo XX, y culmina en la historia ambiental a finales de éste.”

Tal árbol genealógico era, así, “una consecuencia lógica del desarrollo del capitalis-

mo”, a partir de “las reformas y revoluciones políticas” que crearon el marco de referencia para la propiedad privada, los derechos de propiedad, las libertades civiles y la igualdad formal ante la ley”. A esas revoluciones, añade, siguieron “la Revolución industrial y tecnológica a fines del siglo XVIII y principios del XIX”; el “crecimiento de una sociedad y una cultura específicamente capitalistas” y, finalmente, “la capitalización de la naturaleza, o la creación de una naturaleza específicamente capitalista, y las luchas por la misma.

Así, la causa próxima de la formación de la historia ambiental sería “el movimiento ambiental, del cual la historia ambiental es una parte, y la crisis ambiental global, de múltiples facetas, que engendra las luchas por la naturaleza.” En esos términos, la historia ambiental es

el estudio de cómo la intervención humana configura y modifica a la “naturaleza” y crea ambientes construidos y configuraciones espaciales, y de la forma en que los ambientes naturales y culturales permiten – y al mismo tiempo restringen—la actividad material, y, a la inversa, cómo la actividad humana hace posible e impide, simultáneamente, el desarrollo cultural y la “economía de la naturaleza”.

Desarrollo

El desarrollo de ese estudio, en todo caso, es llevado a cabo desde perspectivas culturales distintas en las diferentes regiones del moderno sistema mundial, de modo que aun preocupaciones afines conducen a planteamientos distintos. Así, por ejemplo, Norteamérica presta especial atención a los problemas de la conservación y la contaminación; Europa, a los del cambio tecnológico y la eficiencia en la gestión ambiental; Asia, a la continuidad de su proceso civilizatorio; África, al saqueo colonial y neocolonial de sus recursos humanos y naturales, y nuestra América a la resistencia indígena y campesina a la transformación de su patrimonio natural en capital natural, al creciente conflicto entre el cam-

po y la ciudad, y a la persistente dependencia de nuestras economías y nuestros Estados respecto al capital transnacional y las estructuras de poder forjadas a partir de la reforma borbónica del siglo XVIII.

Rumbos y perspectivas

Hacia 1938, Vladimir Vernadsky se refería a la necesidad de encarar la idea entonces habitual “del hombre como individuo que vive y se mueve libremente sobre nuestro planeta y que construye libremente su historia.” En ese sentido, decía, hasta una época muy reciente los historiadores y los estudiosos de las humanidades –y, hasta cierto punto, aun los biólogos– no eran conscientemente capaces de reconocer las leyes naturales de la biosfera, única envoltura terrestre en la que puede existir la vida. Fundamentalmente, no puede separarse de ella el hombre, y es solamente ahora cuando tal indisolubilidad se nos empieza a aparecer claramente y en términos precisos.

Treinta años después, James O'Connor afirmaba que, lejos de ser un tema marginal “como la ven todavía tantos historiadores, la historia ambiental está (o debería estar) en el centro mismo de la historiografía actual”. Esta continuidad, en su forma poliédrica, hace evidente que la formación de lo ambiental como objeto de estudio histórico, económico y político expresa un proceso de cambio cultural de larga duración que se ha visto acelerado por la crisis global generada por el deterioro de la biosfera bajo el impacto de la noosfera al calor del desarrollo del mercado mundial creado por el capitalismo para el capital.

En el núcleo de ese proceso de cambio se ubica la demanda de nuevas formas y métodos de gestión del conocer correspondientes al carácter de la crisis ambiental como aspecto principal de la crisis global. Así, Eric Hobsbawm celebraba en 2004 que

el desarrollo de las ciencias naturales, y en particular “la revolución del ADN”, ofrecieran “un marco racional para la elaboración de una historia del mundo [...] que considere al planeta en toda su complejidad como unidad de los estudios históricos, y no un entorno particular o una región determinada.” Esto, agregaba, permitía asumir a la historia como “la continuación de la evolución biológica del homo sapiens por otros medios” y eliminar “la estricta diferenciación entre historia y ciencias naturales, ya eliminada en gran medida por la ‘historización’ sistemática de estas ciencias en las últimas décadas.” Con ello, la generalización de “la visión de base de la evolución humana adoptada por los arqueólogos y los prehistoriadores, que consiste en estudiar los modos de interacción entre nuestra especie y su medio ambiente, y el creciente control que ella ejerce sobre el mismo”, nos lleva a recuperar a “los ‘modos de producción’ (sea cual fuere el nombre que se les dé)” como “el núcleo de la evolución humana”.

Hobsbawm, en el fulgor de su plena madurez, nos planteaba así una visión de la historia que resulta esencial para encarar los grandes dilemas de nuestro tiempo, empezando por los que nos plantea el riesgo de extinción de nuestra especie. Ante esos dilemas, la historia ambiental nos ofrece una lección de admirable sencillez: dado que el ambiente es el producto de la intervención de las sociedades humanas en su entorno natural, si deseamos un ambiente distinto tendremos que crear sociedades diferentes...una vez más, pero esta vez de manera consciente, tanto de los riesgos que enfrentamos como de la necesidad de vincular nuestro desarrollo como especie al del entorno natural que nos sostiene.

Alto Boquete, Panamá, octubre 2020 – febrero 2021

Referencias bibliográficas

Biblia Latinoamérica, La (1989): Génesis, capítulos 1 a 4. San Pablo – Editorial Verbo Divino, España.

Engels, Federico: El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre. (1876). <https://webs.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/oe3/mrxoe308.htm#fn0>

Francisco, papa (2013): <http://www.aciprensa.com/Docum/evangeliiigaudium.pdf>

Funes, Reinaldo (2019): Nuestro Viaje a la Luna. La idea de la transformación de la naturaleza en Cuba durante la Guerra Fría. Premio de ensayo histórico-social Casa de las Américas, 2019. Fondo Editorial Casa de las Américas, La Habana, Cuba.

Glacken, Clarence (1996): Huellas en la Playa de Rodas. Naturaleza y cultura en el pensamiento occidental desde la Antigüedad hasta finales del siglo XVIII. Prólogo de Horacio Capel. Ediciones del Serbal. Colección “La estrella Polar”, Barcelona.

Gligo, Nicolo y Morello, Jorge (1980): “Notas sobre la historia ecológica de la América Latina”, en Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina. Selección de Osvaldo Sunkel y Nicolo Gligo. El Trimestre Económico, 36. Fondo de Cultura Económica, México.

Hobsbawm, Eric (2004): “El desafío de la razón. Manifiesto para la Renovación de la Historia”. Discurso de cierre del coloquio de la Academia británica sobre historiografía marxista (13-11-2004). <https://journals.openedition.org/polis/5915>

Martí, José: Obras Completas. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

Marx, Karl (2007): Elementos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política (Grundrisse) 1857 – 1858. I. Siglo XXI Editores, México.

--(1875): Crítica del Programa de Gotha. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gotha/index.htm>

Marx, Karl y Engels, Friedrich (2005): La Ideología Alemana y Otros Escritos Filosóficos. Editorial Losada, Buenos Aires.

-- (1973): Correspondencia. Editorial Cartago, Buenos Aires.

O'Connor, James (2007): “¿Qué es historia Ambiental? ¿Por qué historia ambiental?, en Causas naturales. Ensayos de marxismo ecológico. Siglo XXI, México.

Saito, Kohei (2017): Karl Marx's Ecosocialism. Capital, nature and the unfinished critique of political economy. Monthly Review Press, New York.

Thomas, William, editor (1956), with the collaboration of Carl O. Sauer, Marston Bates y Lewis Mumford. Man's Role in Changing the Face of the Earth. University of Chicago Press.

Wallerstein, Immanuel (1996): Abrir las Ciencias Sociales. Siglo XXI, México.

-- (2011): “Liberalism as social science”, en The Modern World System, IV. Centrist Liberalism Triumphant, 1789 – 1914. University of California Press.

Vernadsky, Vladimir (1938): “La transición de la Biosfera a la Noosfera”. Fragmento de El Pensamiento Científico como un Fenómeno Planetario (1938), en 150 Years of Vernadsky: The Noosphere (Volume 2). 21st Century Science & Technology. Special Anthology. 2014. www.21stcenturysciencetech.com. Traducción de Guillermo Castro H.

-- (1945): “La Biosfera y la Noosfera”. American Scientist. Vol. 33, No. 1. Enero, 1945. Traducción de Guillermo Castro H.

--(2007): Geochemistry and the Biosphere. Essays from Vladimir Vernadsky. Synerge-

tic Press, Santa Fe, New Mexico.

Worster, Donald (1994): *Nature's Economy. A history of ecological ideas*. Cambridge University Press.

--(2001): "Transformaciones de la tierra. Hacia una perspectiva agroecológica en la historia", en *Transformaciones de la Tierra*. Instituto de Estudios Nacionales, Universidad de Panamá.

Sustentabilidad del desarrollo humano: el desafío fundamental

Guillermo Castro H.

“No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza.”

José Martí: 1891.

I. Ambiente y geocultura

En lo más esencial, el ambiente puede ser entendido como el resultado de las interacciones entre la especie humana y sus entornos naturales, incluyendo los efectos de estas sobre ambas partes a lo largo del tiempo. En el caso de los humanos, esas relaciones tienen su vínculo orgánico en el trabajo, ese rasgo distintivo de nuestra especie que nos permite transformar de acuerdo con nuestras necesidades lo que las otras especies se limitan a utilizar en la medida en que están disponibles.

Estas relaciones de interacción, siempre mediadas por el trabajo socialmente organizado, pueden adquirir una enorme complejidad, cuyo desarrollo es un tema de primer orden en el estudio de la historia ambiental. Sin embargo, en lo más esencial siempre será útil recordar aquella temprana advertencia que nos hiciera Federico Engels en 1876:

En la naturaleza nada ocurre en forma aislada. Cada fenómeno afecta a otro y es, a su vez, influenciado por éste; y es generalmente el olvido de este movimiento y de esta interacción universal lo que impide a nuestros naturalistas percibir con claridad las cosas más simples.

Al propio tiempo, aun en el clima de culto a los poderes de la tecnología propio de aquellos años – y de los nuestros –, resulta tanto o más útil la segunda advertencia que nos dejara el mismo autor: “no nos dejemos llevar del entusiasmo ante nuestras victorias sobre la naturaleza”, puesto que

A cada paso, los hechos nos recuerdan que nuestro dominio sobre la naturaleza no se parece en nada al dominio de un conquistador sobre un pueblo conquistado, que no es el dominio de alguien situado fuera de la naturaleza, sino que nosotros, por nuestra carne, nuestra sangre y nuestro cerebro, pertenecemos a la naturaleza, nos encontramos en su seno, y todo nuestro dominio sobre ella consiste en que, a diferencia de los demás seres, somos capaces de conocer sus leyes y de aplicarlas adecuadamente.

De entonces acá, el ambiente ha venido a constituirse en un elemento tan ubicuo como elusivo en la cultura política de nuestro tiempo. En ese marco, la segunda advertencia de Engels se conecta de manera directa con el debate en torno al desarrollo. En su origen – usualmente referido a distintos momentos de lo que va de la década de 1970 a la de 1980 –, ese debate sin duda un producto de la cultura ambiental de nuestro tiempo. En su desarrollo, además, ha venido a poner en evidencia todas las contradicciones y ambigüedades de esa cultura, que hoy le permiten al historiador Jason Moore señalar que

Las filosofías, conceptos y narrativas que utilizamos para dar sentido a un presente global cada vez más explosivo e incierto son – casi siempre – ideas heredadas de un tiempo y un espacio diferentes. El tipo de pensamiento que creó la turbulencia global de hoy no parece ser el más adecuado para ayudarnos a resolverla.

Lo dicho por Moore es más complejo quizás de lo que aparece a primera vista. La larga duración de los procesos que llevaron a construir imaginarios como el de la cristiandad Occidental entre los siglos V y XV no se corresponde con la extrema rapidez con que han operado los cambios que han dado forma, amplitud y sustento al imaginario del mercado mundial en formación (y transformación) desde mediados del siglo XVII a nuestros días.

II. El desarrollo como desarrollo del mercado mundial

El proceso de formación del mercado mundial tiene su punto de partida en la transición de la Edad Media a la Moderna, durante lo que Fernand Braudel llamara el siglo XVI “largo”, transcurrido entre 1450 y 1650. En el curso de ese proceso, el desarrollo del mercado mundial generó formas cada vez más complejas de organización, cultura y lenguaje.

Así, para mediados del siglo XVIII, ese proceso dio lugar a dos importantes transformaciones. En lo geoeconómico, se vio organizado como un sistema colonial, cuyo centro se ubicó en la cuenca del Atlántico Norte. En el plano de la geocultura, además, aquel sistema colonial se vio dotado de un imaginario racional que le permitía concebirse como el resultado necesario de un conflicto entre la civilización característica de las sociedades que liderizaban la organización del mercado mundial, y la barbarie inherente al resto de las sociedades y civilizaciones del planeta.

Al respecto, para 1883, José Martí – a 58 años del fin de las guerras de Independencia en Hispanoamérica, y desde la perspectiva de Cuba y Puerto Rico como últimas colonias de España en América -, podía referirse al fundamento ético de aquella geocultura señalando que la civilización “que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo” constituía el pretexto para presentar el “derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea...”

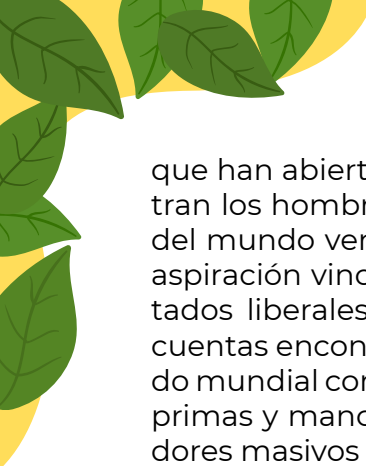
En la perspectiva de la historia ambiental, aquel rasgo geocultural tenía raíces en el proceso que transformó la visión organicista de las relaciones entre la sociedad y su entorno natural por otra que asumía ese entorno como una suma de mercancías a disposición del mercado mundial. Esa externalización de la naturaleza, que la

asume como una suma de recursos sujetos a control mediante la combinación del poderío militar y científico de las economías Noratlánticas- tan ricamente descrito ya en 1980 por historiadores como Donald Worster y Carolyn Merchant, y recuperado en el siglo XXI para nuestra América por los historiadores ambientales de esta región -, pasó a convertirse en un rasgo de larga duración de la cultura ambiental del moderno sistema mundial.

Para la segunda mitad del XIX, la organización del imaginario geocultural del ambiente se desplazó con rapidez hacia el binomio progreso / atraso, centrado en el mayor o menor grado de acceso a la tecnología generada por la revolución industrial en su madurez y – cada vez más – en el consumo de combustibles fósiles, que ya se ampliaban del carbón mineral al petróleo. En lo relativo a las interacciones con el medio natural, esto vino a expresarse en la aplicación masiva de la mecanización a los procesos de producción de materias primas y alimentos, y de las infraestructuras necesarias para su circulación, desde los ferrocarriles, la navegación a vapor y las telecomunicaciones, hasta la construcción de los canales de Suez y de Panamá.

Todo ello abrió paso también a lo que el geógrafo francés Jean Brunhes designara en 1910 como una economía del saqueo – *Raubwirtschaft*, en alemán -, que devastaba a un tiempo el mundo natural y el entorno social de las colonias, al subordinar las relaciones con la naturaleza a la demanda de las potencias coloniales. Esto, a su vez, generó otra tendencia de largo plazo que hoy se expresa en la práctica del extractivismo en nuestra América, y en los conflictos sociales y políticos que dicha práctica genera.

Las expectativas que esta fase progresista – por llamarla de algún modo – levantó en nuestra América fueron sin duda muy elevadas. Para 1883 Martí, en su artículo “Respeto a nuestra América – podía plantear que “Ciencia y libertad son llaves maestras



que han abierto las puertas por donde entran los hombres a torrentes, enamorados del mundo venidero.” Y, sin embargo, esa aspiración vino a resultar imposible en Estados liberales oligárquicos, que a fin de cuentas encontraron su lugar en el mercado mundial como proveedores de materias primas y mano de obra barata, e importadores masivos de capital y tecnología.

Esto no es de extrañar. La geocultura que proclamó la fe en el progreso tecnológico de aquella manera se encontraba en realidad en las vísperas de la crisis de la organización colonial del mercado mundial, que iniciaba su transición hacia la organización internacional que resultaría de la Gran Guerra de 1914-1945. En esa nueva fase, el mercado mundial ser estructurado por grandes monopolios de carácter cada vez más transnacional, cuyo poder se sustenta en la fusión del capital industrial y el financiero, al punto en que la exportación de capitales pasa a subordinar la de mercancías, dominante en la fase colonial.

En el curso de esa transición, la geocultura del sistema mundial pasa a organizarse en torno a la disyuntiva desarrollo / subdesarrollo, dominante entre las décadas de 1950 a 1980. Pocos conceptos han tenido un eco tan poderoso en la historia de la civilización. El desarrollo, en efecto, venía a convertirse en la esperanza y la meta a conseguir por parte de las decenas de Estados nacionales que se formaron a partir de la descomposición del sistema colonial y de aquellos que – como los de nuestra América – no habían logrado salir del atraso en la fase anterior.

Cabe destacar que en nuestra América el desarrollo como categoría de análisis y de política fue objeto de una importante labor de discusión y elaboración, en particular por las primeras generaciones de intelectuales vinculados a la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe (CEPAL). En su etapa de madurez, esa categoría alcanzó un alto nivel de elaboración, que Osvaldo Sunkel sinte-

tizó en los siguientes términos en 1980:

Se entiende por desarrollo un proceso de transformación de la sociedad caracterizado por una expansión de su capacidad productiva, la elevación de los promedios de productividad por trabajador y de ingresos por persona, cambios en la estructura de clases y grupos y en la organización social, transformaciones culturales y de valores, y cambios en las estructuras políticas y de poder, todo lo cual conduce a una elevación de los niveles medios de vida. (Sunkel, 1980:10)

Interesa notar que tal definición proviene de la Introducción del libro *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina*, editado por Osvaldo Sunkel y Nicolo Gligo, que recogió en dos tomos una importante cantidad de textos sobre lo que hoy llamaríamos la dimensión ambiental del desarrollo, producidos por especialistas de la región. Esto es relevante, además, porque esa dimensión del problema no tuvo hasta entonces una presencia relevante en la región, aunque el tema circulaba ya en nuestra América al menos desde la Conferencia Mundial de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano realizada en Estocolmo, Suecia, en 1972.

En aquel momento, y dentro de los límites de la categoría de desarrollo antes presentada, el libro hizo una importante contribución para establecer un horizonte de referencia no solo para evaluar las transformaciones a que se refería Sunkel, sino y sobre todo los puntos de partida para el debate del tema en la región. Así, Sunkel definió el medio ambiente como “el ámbito biofísico natural y sus sucesivas transformaciones artificiales así como su despliegue espacial” (Sunkel, 2018:13), y propuso encarar su relación con el desarrollo centrando la atención “en tres aspectos, en que se producen las principales superposiciones, duplicaciones e interacción entre sociedad y naturaleza:” las actividades de extracción de materia y energía de la naturaleza y su transformación, acumulación y consumo;

la generación simultánea de desperdicios y desechos que vuelven a la biosfera; y la ordenación territorial de ambos tipos de actividades. (Sunkel, 2018:14).

A partir de allí, eran planteadas dos observaciones de especial relevancia para nuestro tiempo. En primer lugar, que lo realmente importante “en la incorporación de la dimensión ambiental en el desarrollo es poder plantear, creadoramente, opciones de producción que cumplan con la función de mantener los ecosistemas y por ende las condiciones ambientales.” (Sunkel, 2018:59). Y, enseguida, señala que

En todos los análisis realizados se comprueba que en lo que se refiere a las preocupaciones derivadas de la perspectiva ambiental, el libre funcionamiento de las fuerzas del mercado muestra graves deficiencias como mecanismo de desarrollo. Esto se refiere particularmente a dos aspectos: por una parte, al hecho de que el mercado es incapaz de atender las necesidades de servicios de infraestructura o de consumo colectivo, particularmente para los sectores pobres; por la otra a que el mercado tiene un horizonte de corto plazo, y tiende a la sobreexplotación de los recursos con grave riesgo para las posibilidades de desarrollo de las generaciones futuras.” (Sunkel, 2018: 60-61)

Es justo y necesario recordar aquí que estas ideas fueron presentadas al público en el primer año de lo que vendría a ser considerado como la “década perdida” de nuestra América, derivada de un conjunto de factores económicos y financieros que no es el caso abordar en detalle aquí. La siguiente década sería la del predominio de las “fuerzas del mercado” a que se refería Sunkel, y confirmaría lo peor de sus previsiones al respecto.

III. Del antropoceno como circunstancia

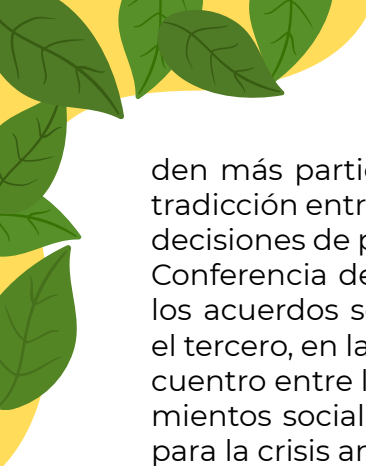
Hay más en el paso del binomio desarrollo / subdesarrollo a la ausencia de un binomio equivalente bajo la hegemonía del neoliberalismo a partir de la década de 1990 en

nuestra América. Lo que ahora tenemos ante nosotros es la crisis de un proceso de transición de la fase internacional de organización del mercado mundial y otra, aún en curso de definición, que Sunkel en 1980 ya denominaba transnacional.

En lo geocultural – sobre todo a partir de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Ambiente y Desarrollo, celebrada en Río de Janeiro en junio de 1992 -, la reacción del sistema internacional ante el impacto ambiental de ese estilo transnacional de crecimiento económico abrió paso a la noción de una naturaleza administrada mediante un conjunto cada vez más complejo de acuerdos internacionales. La eficacia de esa administración del sistema mundial puede ser juzgada por sus resultados: un crecimiento económico incierto; una inequidad social persistente; una creciente disfuncionalidad institucional, y una degradación ambiental constante.

El hecho de que esa Conferencia tuviera lugar dos décadas después de la dedicada al Medio Ambiente Humano en 1972, y de que entre ambas se ubicara la publicación en 1987 del informe Nuestro Futuro Común – más conocido como Informe Brundtland -, que diera por primera vez forma precisa al problema de la sostenibilidad del desarrollo del mercado mundial, al señalar que estaba “en manos de la humanidad hacer que el desarrollo sea sostenible para asegurar que satisfaga las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer las propias”, señala la importancia de la dimensión ambiental de la crisis que ya aqueja al desarrollo de nuestra especie.

El lugar de la ciencia en ese proceso tiene especial relevancia aquí. Por un lado, la crisis ha fracturado la base de consenso y soporte científico de que había venido disfrutando el desarrollo del mercado mundial desde el siglo XVIII. Esa fractura se expresa ahora en tres planos. El primero, de alcance general, consiste en el debate sobre el llamado Antropoceno. Otro, de or-



den más particular, se expresa en la contradicción entre la evidencia científica y las decisiones de política, como ocurriera XXVI Conferencia de las Partes involucradas en los acuerdos sobre el cambio climático. Y el tercero, en la creciente capacidad de encuentro entre la ciencia y los nuevos movimientos sociales que demandan remedio para la crisis ambiental.

Esta fractura del viejo consenso científico se ha hecho sentir, por ejemplo, en el debate sobre el Antropoceno, un término presentado por el premio Nobel de Química Paul Crutzen y el biólogo Eugene Stoermer en el año 2000, que intenta expresar un nuevo estado de conocimiento y conciencia sobre las relaciones entre nuestra especie y su entorno natural generado por el desarrollo del mercado mundial a partir de la década de 1950.

Así, considerando que durante los últimos dos siglos “los efectos globales de las actividades humanas se han hecho evidentes con claridad”, Crutzen y Stoermer plantean que

Considerando estos y muchos otros grandes impactos – aún en desarrollo - de las actividades humanas en la tierra y la atmósfera a todas las escalas, incluyendo la global, nos parece más que apropiado hacer énfasis en el papel de la humanidad en la geología y la ecología, proponiendo utilizar el término “antropoceno” para la era geológica actual. (2000:17)

Importa recordar, por otra parte, que la formación del concepto de antropoceno hace parte de un rico proceso de encuentros y reencuentros conceptuales generado por la necesidad de dar razón de la crisis ambiental global. Así, por ejemplo, se explica la amplia referencia que hacen Crutzen y Stoermer al “gran geólogo ruso V.I. Vernadsky”, quien había reconocido ya en 1926 “el creciente poder de la humanidad como parte de la biosfera al señalar que “...la dirección que debe prevalecer en el proceso de evolución, esto es en dirección a una

conciencia y un pensamiento crecientes, y en formas que tengan una influencia cada vez mayor en sus entornos.” A esto agregaban, además, el papel de Vernadsky – junto al jesuita francés P. Teilhard de Chardin y el matemático E. Le Roy – en la creación en 1924 del término “noosfera”, el mundo del pensar, para señalar “el creciente papel desempeñado por el poder del cerebro y los talentos tecnológicos humanos para dar forma a su propio futuro y su ambiente.” (2000:17)

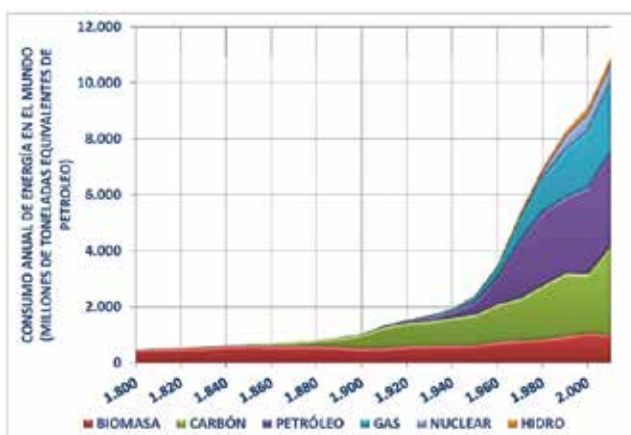
En lo más esencial, el inicio de la transición al Antropoceno culmina el desarrollo de las contradicciones forjadas a partir del siglo XVIII entre la especie humana y su entorno natural, que hoy tienen su expresión más visible - aunque sin duda no la única - en el cambio climático. Con ello, el Antropoceno abre paso a una nueva fase en la historia de la biosfera, que continuará con o sin la presencia de los humanos. En el plano de la geocultura, esto pone en crisis el imaginario del desarrollo en el sistema mundial, y abre paso a la contradicción entre crecimiento sostenido y sostenibilidad del desarrollo humano.

Muchas de las implicaciones de esta transición fueron tratadas en 2014 por los historiadores J.R. McNeill y Peter Engelke, en su libro *The Great Acceleration. An environmental history of the Anthropocene since 1945*, desde una perspectiva Noratlántica.

Para ellos, lo fundamental en el concepto de Antropoceno consiste en que designa un nuevo periodo (llámese época, periodo o era en el habla de los geólogos) en el que las acciones humanas rebasan la tranquila persistencia de los microbios y los interminables bamboleos y excentricidades de la órbita de la Tierra, para afectar los sistemas rectores del planeta y por tanto definir la era. (20014, 1-2)

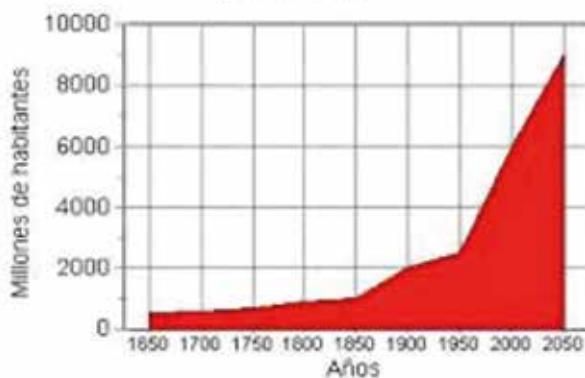
McNeill utiliza dos indicadores clave en su referencia a las transformaciones conducentes al Antropoceno: el consumo de energía y el número de habitantes del

planeta. En cuanto a la energía, dice, desde fines del siglo XVIII el creciente uso del carbón mineral, primero, y del petróleo y el gas, después, ha hecho de los combustibles fósiles “parte integral de la vida económica”. Así, hacia la década de 1890 la mitad de la demanda global de energía era generada mediante combustibles fósiles, que para 2015 ascendió a cerca del 80 por ciento. Con ello, la historia moderna “se desplegó en el contexto de un régimen de energía proveniente de combustibles fósiles y [...] de crecimiento exponencial en el uso de la energía.” (2014:2)



Y en cuanto a la población, nos recuerda que para 1780, “entre 800 y 900 millones de humanos habitaban la Tierra. Hacia 1930 había unos 2 billones, y para 2011, 7 billones”, (2014, 2) que para 2021 eran ya 7.8 billones.

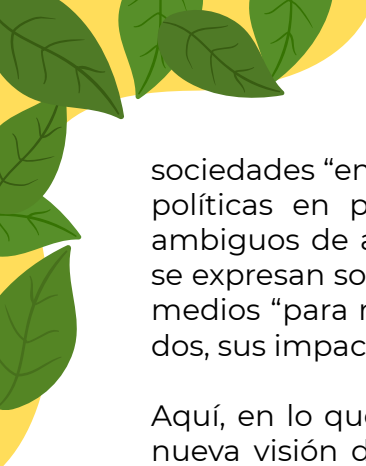
**Crecimiento de la población mundial
1650-2050**



De este modo, el Antropoceno se inició a partir de la década de 1950, cuando la actividad humana se convirtió en la principal fuerza directriz subyacente a “algunos sistemas Tierra básicos, tales como los ciclos del carbón y del nitrógeno, y el impacto humano general sobre la Tierra y su biosfera se expandió hacia arriba en nuevos niveles.” Este impacto humano sobre la biosfera y ecología global, añaden, se hizo sentir “en el rápido y desordenado incremento en la construcción de represas, el crecimiento urbano, la pérdida de biodiversidad, la acidificación de los océanos, la acumulación de desechos plásticos” y otros procesos de este tipo. (2014: 208)

Aquí, lo trascendente en verdad consiste en que, si bien la Gran Aceleración y el Antropoceno han coincidido por un tiempo, la primera se ralentizará y terminará por desaparecer, mientras el segundo persistirá por largo tiempo en el futuro. En este sentido, dicen los autores, la transición en curso presenta múltiples tareas de ajuste para los humanos, en la medida en que las instituciones políticas, económicas y culturales de que disponemos “evolucionaron en un periodo asombroso y sin precedentes de abundancia de uso de recursos y crecimiento económico, y ahora deben evolucionar hacia formas más compatibles con el Antropoceno – o dejar su lugar a sus sucesoras.” (2014: 209) Aquí, por ejemplo, la creciente disfuncionalidad del sistema institucional – en lo global como en lo glocal – a que se ha hecho referencia constituye un (grave) síntoma de un problema mayor y más complejo.

En lo que hace a la geocultura en desarrollo a lo largo de esta transición, McNeill y Engelke destacaban en 2014 que las ciencias sociales y las humanidades “sobre todo en sus bastiones de mayor prestigio, se muestran a sí mismas apenas algo mejor ajustadas al advenimiento del Antropoceno que los gobiernos que se debaten con la política energética y la climática.” (2014:210) Y, coincidiendo en términos prácticos con Jason Moore, señalan finalmente que las



sociedades “en general, y sus instituciones políticas en particular, muestran signos ambiguos de ajuste al Antropoceno”, que se expresan sobre todo en la búsqueda de medios “para regular algunos, pero no todos, sus impactos ambientales.”

Aquí, en lo que hace al desarrollo de una nueva visión del mundo capaz de expresarse en los valores culturales y las conductas políticas que demanda la transición en curso, lo esencial parece ser que

En general, la mayor parte de los sistemas de pensamiento y las ideologías, de costumbres y hábitos, de instituciones y políticas, permanecen anclados con firmeza en el Holoceno tardío. A todo nivel, el ajuste con el Antropoceno acaba de empezar. (2014: 211)

McNeill y Engelke atribuyen esta dificultad en el ajuste al poder de la inercia intelectual, social y política en sociedades que evolucionaron y prosperaron entre 1750 y 1950. Desde allí, expresan su esperanza de que los cambios ambientales en curso generen cambios culturales que faciliten la transición del Holoceno al Antropoceno. En términos generales, toda persona razonable puede compartir esa esperanza, siempre y cuando esté acompañada de la comprensión de que el tiempo necesario para hacerla realidad es cada vez más corto.

Comprender esto a cabalidad demanda entender que es muy probable que el marco de referencia que permite expresar esa esperanza debe ser planteado en nuevos términos. La fase de la geocultura del mercado mundial organizada en torno al dilema desarrollo / subdesarrollo ha venido agotándose con rapidez desde fines del siglo XX. Hoy en día tenemos un sistema mundial plenamente desarrollado a partir de un mercado mundial que ha llevado al límite su carácter desigual y combinado. El desarrollo y el subdesarrollo ya no pueden ser definidos a partir de conjuntos de sociedades, sino al interior de cada una de las

que conforman el sistema internacional en su transición hacia aquella otra que, con Sunkel, podemos llamar tentativamente transnacional.

IV. Del desarrollo sostenible a la sostenibilidad del desarrollo

El 12 de junio de 1992, al intervenir en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, dijo el entonces presidente de Cuba, Fidel Castro,

Una importante especie biológica está en riesgo de desaparecer por la rápida y progresiva liquidación de sus condiciones naturales de vida: el hombre. Ahora tomamos conciencia de este problema cuando casi es tarde para impedirlo. [...] El intercambio desigual, el proteccionismo y la deuda externa agreden la ecología y propician la destrucción del medio ambiente. [...] Hágase más racional la vida humana. Aplíquese un orden económico internacional justo. Utilícese toda la ciencia necesaria para un desarrollo sostenido sin contaminación. Páguese la deuda ecológica y no la deuda externa. Desaparezca el hambre y no el hombre.

Aún faltaban ocho años para que Creutzen y Stoermer publicaran su artículo sobre el Antropoceno, y tres para que se reuniera en Berlín la primera Conferencia de las Partes sobre Cambio Climático, que acaba de celebrar su reunión 26 en Glasgow, Escocia. La intervención de Fidel Castro, sin embargo, sintetizaba de la manera más breve el carácter y el alcance de los problemas que planteaba ya la crisis ambiental, y señalaba los principios fundamentales que permitirían encararla en el plano político.

Para ese momento, la crisis geocultural del imaginario del desarrollo se complicaba ante la opción emergente que ya contraponía al desarrollo el desarrollo sostenible, y condicionaba de manera nueva la lucha contra el subdesarrollo, otorgándole en la práctica un carácter global, y ya no meramente nacional.

En esa circunstancia, se hacía sentir la necesidad de ir más allá de la racionalidad del desarrollismo y trascender, además, la del neoliberalismo. Esa necesidad encontró el camino a una respuesta fuera del sistema geocultural, refiriendo el desarrollo a su verdadero objeto y planteando con la debida claridad su obstáculo fundamental. De ello resultó la identificación de un conflicto que iba más allá del desarrollo sostenible de una economía en particular para plantear, en cambio, la necesidad de garantizar la sostenibilidad del desarrollo de la especie humana frente a la amenaza que plantea la aspiración a un crecimiento sostenido de la acumulación de capital a escala mundial.

La incorporación al debate de los saberes aportados por los movimientos sociales que adversan las modalidades de relación con el entorno natural inherentes al neoliberalismo – desde la transformación del patrimonio natural en capital natural, y la incesante expansión del extractivismo en todo el mundo – significó un aporte de importancia decisiva a la crítica del razonar desarrollista. En este terreno, empezó a tomar un nuevo imaginario ambiental, organizado en torno a la lucha por la sostenibilidad del desarrollo humano.

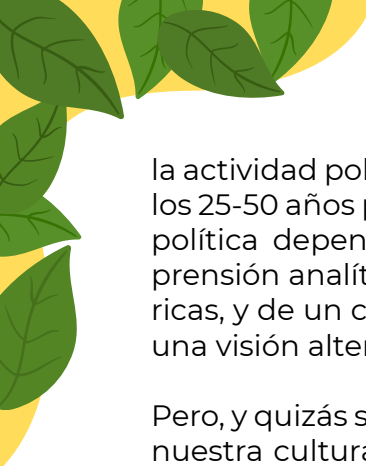
En este sentido, elementos del discurso ambiental tradicional que usualmente eran presentados por separado fueron incorporados al debate a partir de la relación que guardan entre sí. Lo que para unos era la necesidad de adoptar medidas de mitigación y adaptación frente a las consecuencias del cambio climático, emergía como la necesidad de encarar la mitigación para la adaptación a procesos que evidentemente no tendrían solución a corto plazo. Del mismo modo, el enfoque por separado de los problemas asociados a la contaminación del aire, el agua y los suelos, y de la degradación y el colapso de los ecosistemas empezaron a ser planteados a partir de la necesidad de restablecer el metabolismo entre la sociedad y la naturaleza, atendiendo las necesidades de la

primera preservando las modalidades fundamentales de funcionamiento de la primera, para pasar de una modalidad lineal de actividad económica a una espiral, que permita trabajar con la naturaleza y ya no contra ella.

En el plano geocultural, y teniendo nuestra América universidades tanto o más conservadoras que las descritas por McNeill y Engelke para el mundo Noratlántico, nuestra cultura ambiental ha tenido un fecundo desarrollo en el siglo XXI, en lo que va del discurso de Fidel castro en 1992 a la publicación en 2015 de la Carta Encíclica *Laudato Si'*, del jesuita argentino Jorge Bergoglio en su calidad de papa Francisco. Ese desarrollo, sintetizado en lo que Enrique Leff ha llamado el nuevo pensamiento ambiental latinoamericano ha creado espacios inéditos para generar nuevas formas del pensar entre muy diversos campos del saber.

Nuestra América cuenta hoy, por ejemplo, con un notable desarrollo de la historia ambiental – que se ocupa de las interacciones entre las sociedades y sus entornos naturales a lo largo del tiempo; de la ecología política, dedicada entre otros temas a la formación y desarrollo de conflictos entre distintos grupos, sectores y organizaciones sociales que aspiran a hacer usos mutuamente excluyentes de un mismo ecosistema, y de la economía ecológica, que se ocupa de los intercambios de materia y energía en los procesos productivos, y de su impacto en el metabolismo entre la sociedad y su entorno natural.

Es mucho lo que resta por hacer, y siempre lo será con respecto a lo ya hecho. Aun así, este proceso de una cultura y una política ambiental nuevas revela todo su valor y trascendencia ante advertencias como la que nos hiciera Immanuel Wallerstein en 2004, al decirnos que es probable que para 2050 vivamos en un sistema tanto o más jerárquico e inequitativo que el actual. Pero también es posible que vivamos en un sistema histórico relativamente democrático e igualitario. El resultado será decidido por



la actividad política de cada uno ahora y en los 25-50 años por venir. Alcanzar la victoria política dependerá... de una buena comprensión analítica de las alternativas históricas, y de un claro compromiso moral con una visión alternativa.

Pero, y quizás sobre todo, el logro mayor de nuestra cultura ambiental consiste en haber creado las condiciones de conocimiento y debate que nos permiten comprender hoy que si deseamos un ambiente distinto, debemos crear una sociedad que sea diferente por su capacidad para sostener el desarrollo de la especie humana en la biosfera, y ya no contra ella. Alcanzar una meta así demandará un esfuerzo sostenido en los campos de la cultura, la política y la historia para identificar la diferencia a crear, y

los medios para hacerlo. Pero ya podemos decir, con Martí, que

Lo que acontece en la América española no puede verse como un hecho aislado, sino como una enérgica, madura y casi simultánea decisión de entrar de una vez con brío en este magnífico concierto de pueblos triunfantes y trabajadores, en que empieza a parecer menos velado el Cielo y viles los ociosos. Se está en un alba, y como en los umbrales de una vida luminosa. Se esparce tal claridad por sobre la Tierra, que parece que van todos los hombres coronados de astros.

Alto Boquete, Chiriquí, 21 de noviembre de 2021

La crisis ambiental y las tareas de la historia en nuestra América

Guillermo Castro H.

Veinte años atrás, en Santiago de Chile, Mauricio Folchi y Fernando Ramírez, que ya no está con nosotros, tuvieron la iniciativa de convocar al encuentro de colegas que dio lugar a la creación de la Sociedad que nos reúne nuevamente hoy. Aquella veintena de personas, que hasta entonces habían tenido muy poco o ningún contacto personal, se constituyeron en el núcleo de la comunidad creadora que somos hoy, con centros de producción relevantes en México, Costa Rica, Colombia, Brasil, Argentina y España, y con miembros muy activos en todos los países de la región y en los Estados Unidos.

Llegamos allí por muchos caminos. El mío me llevó primero desde una Licenciatura en Letras en 1973, al Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional Autónoma de México, en 1992.

El ambiente, por entonces, apenas empezaba a abrirse paso hacia las Humanidades, al calor entre otras cosas de aquella Cumbre de la Tierra realizada en Rio de Janeiro, que había adoptado la buena nueva del desarrollo sostenible como herramienta para la construcción de un nuevo consenso en un sistema internacional sujeto a las tensiones del tránsito hacia aquella nada incierta que por entonces se dio en llamar la posmodernidad.

En el campo de la geocultura, la gran historia cedía su lugar a otras narrativas; el neoliberalismo iba imponiendo su propia dogmática, mientras se desintegraban a un tiempo las del marxismo soviético, el desarrollismo latinoamericano y la teoría de la dependencia. La globalización, por su parte, aportaba elementos para la construcción de preguntas nuevas que desempeñarían un papel de importancia en la

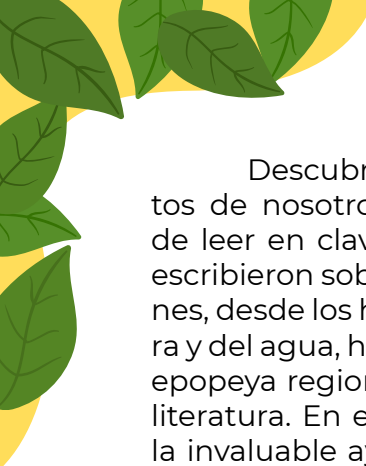
transición del siglo XX al XXI. En aquellas circunstancias, el antropólogo peruano Ricardo Melgar Bao supo acoger y apoyar la idea de intentar la elaboración de un marco de referencia para el estudio de la historia ambiental de nuestra América, sustentada en un apunte de José Martí anotado a comienzos de la década de 1880. Allí decía que

Cuando se estudia un acto histórico, o un acto individual, se ve que la intervención humana en la Naturaleza acelera, cambia o detiene la obra de ésta, y que toda la Historia es solamente la narración del trabajo de ajuste, y los combates, entre la Naturaleza extrahumana y la Naturaleza humana.

Y con ello, agregaba, parecían pueriles “esas generalizaciones pretenciosas, derivadas de leyes absolutas naturales, cuya aplicación soporta constantemente la influencia de agentes inesperados y relativos.”

De todo aquello resultó una tesis doctoral cuyo mérito mayor, si tuvo alguno, fue plantear más preguntas que respuestas. Muchas de esas preguntas, y varias de esas respuestas, aún están en curso de examen. Provenían de buenas fuentes, sin duda.

Estaba en primer lugar José Martí, en cuya visión del mundo la naturaleza desempeña una función estructurante de indudable importancia. Y estaban Marx y Engels, por supuesto, y para esa época más el segundo que el primero. Para un licenciado en letras con una maestría en ciencias sociales de los años setenta, a eso se agregaban además autores que antes me habían sido ajenos, como los geógrafos Jean Brunhes, Pierre Gourou y Carl Sauer; el biogeoquímico Vladimir Vernadsky; el filósofo Enrique Leff; economistas como Osvaldo Sunkel y Joan Martínez Alier; sociólogos como Immanuel Wallerstein; pioneros tempranos en nuestro campo como el agrónomo Nicolo Gligo y el biólogo Jorge Morello, y por supuesto historiadores como Donald Worster y Alfred Crosby.



Descubrí por entonces -como tantos de nosotros, además -, la posibilidad de leer en clave ambiental a autores que escribieron sobre otros temas para otros fines, desde los historiadores de la agricultura y del agua, hasta los cronistas de nuestra epopeya regional y los clásicos de nuestra literatura. En ese preguntar tuve también la invaluable ayuda de colegas que vine a conocer dentro de la comunidad que empezábamos a ser. A Stefania Gallini, por ejemplo, le debo que me advirtiera sobre la persistencia del economismo cepalino en mi planteamiento del marco de referencia que proponía, como a Germán Palacio, que lo hizo sobre una deuda excesiva con el dependentismo.

Con Manuel González de Molina y otros colegas españoles tengo la deuda agradecida de un prolongado debate sobre las afinidades y distancias entre la historia ecológica, la ambiental y la natural, de la cual resultó - en lo que a mí respecta-, una transacción de gran utilidad. Pude decirme que la ecológica es la historia de los ecosistemas, mucho más amplia en este sentido que la ambiental, que se refiere a la producción de su nicho ecológico por nuestra propia especie, mientras la natural permanece fiel a su acepción clásica, como historia de la naturaleza como un todo, que incluía las de sus diversos componentes.

El desarrollo de la historia ambiental en nuestra América, por otra parte, ha hecho parte de un proceso más amplio, al que también han concurrido la economía ecológica y la ecología política. En este sentido, nuestra comunidad ha contribuido, a trascender el conocer generado por la geocultura del crecimiento sostenido, y juntos vamos dando forma a otra, nueva y distinta, organizada en torno a los problemas de la sostenibilidad del desarrollo de la especie que somos.

En verdad, nuestro quehacer hace parte del proceso de formación de una visión del mundo en la cual la ecología desempeña el papel que en la Edad Media – cuando el

problema mayor era la salvación del alma – desempeñó la teología, para ser sustituida en la Edad Moderna – cuando la humanidad entera fue organizada para la acumulación de capital – por la economía. En ese proceso, nuestra comunidad tiene un importante papel en la formación de una cultura de la naturaleza correspondiente a la visión del mundo organizada en torno a los problemas de la sostenibilidad del desarrollo humano, y dotada de una ética correspondiente a su estructura.

Esa cultura atiende a aquellos tres significados primarios del término naturaleza, interdependiente entre sí, de que nos habla John Bellamy Foster: el de las propiedades intrínsecas o esencia de las cosas o los procesos; el de una fuerza inherente que dirige o determina el mundo, y el del mundo material o universo, el objeto de nuestras percepciones sensoriales. Desde esa perspectiva, en lo que hace a nuestra labor podemos apreciar mejor la advertencia de José Martí en 1881, en las vísperas de otra gran transición civilizatoria:

“Estamos en tiempos de ebullición, no de condensación; de mezcla de elementos, no de obra enérgica de elementos unidos. Están luchando las especies por el dominio en la unidad del género.”

En la ebullición de nuestro tiempo desempeña un papel de primer orden la crisis socioambiental que encaran nuestras sociedades como resultado de la subordinación de nuestras relaciones con el mundo natural a la lógica de aquella economía de rapiña descrita a principios del siglo XX por Jean Brunhes, que destruye en un mismo proceso el entorno natural y social de regiones completas. Hoy sabemos que la presencia de esa economía en nuestra América tiene su origen en un proceso de muy larga duración, forjado a partir de la tardía ocupación humana del espacio americano hace al parecer unos 30 mil años.

Con aquel hecho se inicia la historia ambiental de nuestra América, al interior de

la historia ecológica del continente que hoy llamamos América. De allí resultó, en el siglo XVI, una situación de abundancia relativa de recursos naturales que ya eran escasos en otras regiones del mundo, que contribuyó a definir la incorporación de nuestra América a la economía-mundo europea, primero, y al mercado mundial después.

Esa larga duración, en efecto, pasó a desplegarse en una diversidad de formas de organización de las sociedades y las economías en nuestra América, y de su articulación en el sistema mundial. Así, en lo que fue del siglo XVI a mediados del XIX se combinaron aquí la producción diversificada para el autoconsumo y el mercado interior en amplias extensiones, con la producción especializada para el mercado exterior en enclaves mineros y agroexportadores bien delimitados.

Con todo, el saqueo de la Naturaleza se vio restringido entonces en su alcance e intensidad por factores que iban desde el carácter selectivo de la demanda europea de productos americanos y las limitaciones tecnológicas de la época, hasta la tendencia a la conformación de espacios vitales organizados en torno a un ideal de autosuficiencia complementada con intercambios irregulares y escasamente diversificados con el mercado exterior. Esa situación sufrió una veloz transformación hacia la década de 1880, cuando el ingreso masivo de capitales y tecnología provenientes del mundo Noratlántico propiciado por el triunfo de la Reforma Liberal hizo de la economía de rapiña la forma fundamental de relación entre nuestras sociedades y su entorno natural.

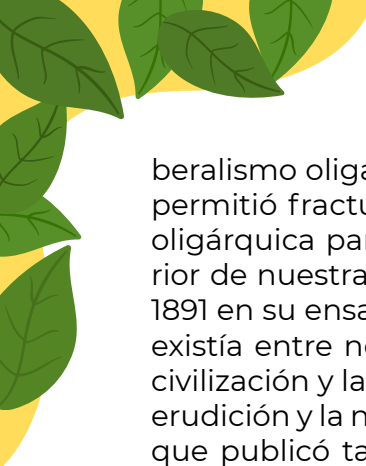
En esto incidió además el hecho de que, a diferencia de lo ocurrido en Africa y Asia, los Estados nacionales latinoamericanos fueron organizados en la primera mitad del siglo XIX. Así, cuando el capitalismo Noratlántico llevó a su primera culminación su hegemonía sobre el mercado mundial, encontró en nuestros países oligarquías

terratenientes y comerciales dispuestas a ofrecer al capital extranjero acceso a recursos naturales y mano de obra baratos a cambio de préstamos, inversiones y oportunidades de acceso al comercio exterior.

Esas oligarquías no delegaron el poder social y político que ejercían sobre sus propias sociedades. Por el contrario, lo utilizaron como un recurso y una garantía para la asociación que buscaban. En cuanto a la geocultura del sistema mundial, hicieron suya la visión imperial de la historia como un conflicto sin fin entre la civilización y la barbarie, que se correspondía al ejercicio de su poder y la promoción de sus intereses. Así, la coexistencia conflictiva de modos de relación con la naturaleza distintos y finalmente hostiles a la economía de rapiña en nuestras sociedades llevó a una exclusión vehemente y a menudo violenta, como expresión de barbarie, de toda visión alternativa a la imperial.

Esta exclusión de la experiencia no capitalista del ámbito de la cultura dominante en nuestras sociedades resulta especialmente significativa para nuestra historia ambiental. Nuestras élites, en efecto, se percibieron como adalides de la civilización Noratlántica en la lucha contra una naturaleza definida como el ámbito más propicio a la reproducción de la barbarie. Así resulta visible en el tono hostil al mundo rural y sus habitantes que impregna a la narrativa latinoamericana del Facundo, de Domingo Faustino Sarmiento, a la visión de la selva que devora a quienes intentan conquistarla, en La Vorágine, de José Eustasio Rivera; del campo como ámbito de la barbarie, en Doña Bárbara, de Rómulo Gallegos, y de un mundo lastrado por el peso muerto de la población indígena, en el Huasipungo de Jorge Icaza.

Por contraste, José Martí, vocero de un liberalismo democrático de base campesina y popular, forjó su visión de la naturaleza a lo largo de un diálogo con la cultura norteamericana que conoció, ejercido en Estados Unidos desde el conflicto con el li-



beralismo oligárquico de su tiempo. Eso le permitió fracturar los muros de la cultura oligárquica para llevar ese diálogo al interior de nuestras sociedades, afirmando en 1891 en su ensayo *Nuestra América* que no existía entre nosotros una batalla entre la civilización y la barbarie, sino “entre la falsa erudición y la naturaleza”, el mismo año en que publicó también su poemario *Versos Sencillos*, en el que la naturaleza desempeña un importante papel de vinculación entre la alta cultura y la cultura popular.

Estamos así en presencia de dos continuidades. Por un lado, la obra de Martí se prolonga en la relación que permite establecer entre la lucha por la sostenibilidad del desarrollo humano en nuestra América y los problemas del ejercicio de la autodeterminación y la soberanía popular en nuestras sociedades. Por otro, el culto al progreso de la cultura oligárquica sigue alentando en el empeño de los Estados de la región para legitimar el crecimiento económico sostenido como medio para alcanzar lo que sea el desarrollo sostenible en sus opciones neoliberal y progresista.

Esto ocurre, además, cuando la degradación ambiental y la persistencia de la inequidad en nuestra región se ven agravados por los problemas que emergen del alcance global de la crisis, mientras los períodos de desarrollo de nuestras relaciones con la naturaleza son cada vez más cortos y despliegan consecuencias de alcance cada vez más vasto. No es casual, así, que asistamos a la creciente desintegración de los consensos que desde la segunda mitad del siglo XX se articularon en torno al concepto de desarrollo y sus sucesivas acotaciones de “humano” y “sostenible”.

De este modo, mientras la burocracia global habla hoy de “policrisis” y “crisis en cascada”, todo confirma lo advertido por Fidel Castro en la Cumbre de la Tierra realizada en Río de Janeiro en 1992, al señalar que

Una importante especie biológica está en riesgo de desaparecer por la rápida y pro-

gresiva liquidación de sus condiciones naturales de vida: el hombre. Ahora tomamos conciencia de este problema cuando casi es tarde para impedirlo.

Y a eso añadió que el mañana de aquel entonces, 31 años atrás, sería ya “demasiado tarde para hacer lo que debimos haber hecho hace mucho tiempo.”

En nuestra América, este proceso nos ha traído a una situación en la que nuestro movimiento ambientalista se encuentra escindido entre las capas medias educadas urbanas, por un lado y, por el otro, sectores populares del campo y la ciudad que desde hace decenios vienen luchando por preservar para su propia existencia recursos naturales amenazados por la expansión incesante del extractivismo.

Con todo, el reconocimiento de tales rasgos conlleva el de las dificultades que ellas plantean para el cambio cultural y la movilización social que garanticen la eficacia de la acción política imprescindible para enfrentar la crisis ambiental en nuestra región. Ante este panorama, lo más que puedo compartir con ustedes es una verdad sencilla, de esas que caben en el ala de un colibrí.

Si algo puede enseñarnos la historia ambiental es que cada sociedad produce su propio ambiente y que, por tanto, si deseamos un ambiente distinto tendremos que contribuir a la creación de sociedades diferentes. Es en esta perspectiva donde cabe situar el problema de las tareas de la historia ante la crisis ambiental en nuestra América.

Hoy, en efecto, esa crisis hace resaltar una verdad cada vez más evidente: que la “normalidad” del trabajo contra la naturaleza, característica del moderno sistema mundial, ha dejado de ser sustentable, si es que alguna vez lo fue. Con ello, nuestra especie se acerca a un momento en el que la acumulación de los resultados de sus propias acciones a lo largo de cinco siglos le im-

pone la necesidad de optar entre preservar las formas de organización social que subyacen tras esa modalidad de relación con la biosfera, o encontrar formas que permitan ir hacia una relación de trabajo con la naturaleza, para revertir el proceso en cuestión.

Ante esa disyuntiva, la primera tarea de nuestra historia ambiental consiste en cuestionar la naturalidad aparente de una relación con la biosfera que a fin de cuentas se reduce a identificar y explotar, tan intensa y rápidamente como sea posible, los recursos que demanda el crecimiento sostenido de la economía realmente existente.

Esto define, como una segunda tarea, la de revelar hasta dónde afectan a todos sus integrantes los problemas que encaran nuestras sociedades, y hasta dónde tendrán que ser para el bien de todas las soluciones de que sometan a control esos problemas. Ese reconocimiento, en efecto, ya es indispensable para que la crisis pueda ser encarada apelando a “la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros.”

Por otra parte, esas tareas sólo podrán ser emprendidas con posibilidades de éxito atendiendo a su relación con los problemas de orden global que plantea la crisis socioambiental. Por lo mismo, la tercera tarea de nuestra historia ambiental ha de consistir en facilitar la comprensión de la historicidad de nuestro lugar en el sistema mundial, para trabajar con todos en la creación de las condiciones que permitan a la Humanidad encarar esta crisis en la perspectiva del mejoramiento humano, mediante el ejercicio de la utilidad de la virtud en la lucha por el equilibrio del mundo.

Se trata, en breve, de historizar a la naturaleza para naturalizar la historia, pues la historia ambiental es a fin de cuentas la historia natural de nuestra propia especie. En esta tarea tendrá un gran valor la adver-

tencia del medievalista inglés Chris Wickham en el sentido de que “el desarrollo histórico no va a ninguna parte, sino que, al contrario, procede de algún sitio.”

Conocer ese sitio de origen nos permitirá comprender mejor nuestras opciones de futuro y las dificultades que entrañan. En la medida en que lo hagamos desde nuestro compromiso con la sobrevivencia y el bienestar de nuestra gente, podremos confirmar lo que en 1892 nos dijera José Martí:

La epopeya está en el mundo, y no saldrá jamás de él: la epopeya renace con cada alma libre: quien ve en sí es la epopeya. Unos son segundones, y meras criaturas, de empacho de libros, y si les quitan de acá el Spencer y de allá el Ribot, y por aquí el Gibbons y por allá el Tucídides, se quedarían como el maniquí, sin piernas ni brazos. Otros leen por saber, pero traen la marca propia donde el maestro, como sobre la luz, no osa poner la mano. Y artesanos o príncipes, éstos son los creadores.

La Sociedad que hemos creado hace hoy su parte en la batalla entre la falsa erudición y la naturaleza en la que se decide el destino de la vida misma en la Tierra. Esa es nuestra epopeya, y es en ella y para ella que constituimos una comunidad de creadores.

Morelia, Michoacán, 19 de junio de 2023

IV. Retorno: El camino al ambiente

El Camino al Ambiente

Guillermo Castro H.

“La historia no es teleológica, lo que significa que el desarrollo histórico no va a ninguna parte, sino que, al contrario, procede de algún sitio.”

Chris Wickham

“Cada hombre trae en sí el deber de añadir, de domar, de revelar.

Son culpables las vidas empleadas en la repetición cómoda de las verdades descubiertas.”

José Martí, 1886

Para Ligia Herrera Jurado (1918-2023)
Geógrafa panameña

La advertencia que nos hace Wickham tiene especial importancia en tiempos de transición entre épocas históricas, como los que vivimos hoy, cuando las cosas y las ideas van dejando de ser lo que eran en el camino a lo que llegarán o no a ser. En efecto, tiempos como estos nos revelan que la historia realmente transcurre en una espiral que avanza hacia el futuro recuperando una y otra vez el pasado, en ciclos a veces más anchos, otras más estrechos, cuyos movimientos pueden ser descendentes o ascendentes en su constante devenir. La complejidad de ese devenir demanda, por otra parte, atender a la necesidad de comprender y valorar con realismo “la posición y las razones del adversario (y a veces el adversario es todo el pensamiento anterior)” porque esto significa haberse liberado de la prisión de las ideologías (en el sentido peyorativo de ciego fanatismo ideológico), es decir, significa adoptar un punto de vista “crítico” el único fecundo en la investigación científica. (Gramsci: 1967)

Esto tiene especial importancia en disciplinas aún emergentes, como la historia am-

biental, cuyo objeto de estudio se remite a una amplia gama de campos vinculados a la geocultura de un sistema mundial que transita desde su organización internacional – interestatal en realidad – que adoptó a partir de 1945, dejando atrás la colonial que había tenido desde el siglo XVII al menos. Así, para James O’Connor, llegamos a esa historia a lo largo un proceso asociado al desarrollo capitalismo, en el cual, la historia política estaría asociada a las revoluciones de fines del siglo XVIII y principios del XIX que crearon el marco de los derechos de propiedad y las libertades civiles; la económica, a la Revolución industrial y tecnológica desde fines del siglo XVIII, y la social y cultural a la formación de una sociedad y una cultura capitalistas.

La ambiental vendría a corresponderse, así, con la capitalización de la naturaleza y las luchas por la misma, para constituir “el más reciente y, tal vez, el último tipo de historia”. En esta perspectiva, el hecho de que haya venido tomando cuerpo una disciplina dedicada al estudio a las modalidades que adopta a lo largo del tiempo la interacción entre la especie humana y sus entornos naturales, y de sus consecuencias para ambas partes a lo largo de un proceso que abarca ya unos dos millones de años, hace parte de los tiempos de transición en que vivimos, que van poniendo en cuestión las modalidades de organización del saber dominantes entre mediados de los siglos XIX y XX.

Esto – como lo señalara el geógrafo Carl Sauer en 1956 - requiere de nosotros entender mejor cómo y de qué maneras los humanos hemos “alterado y desplazado segmentos cada vez mayores del mundo orgánico,” haciendo de nuestra especie “el dominante ecológico en más y más regiones”, y afectando con ello “el curso de la evolución orgánica.” Esto, además, demanda entender “cómo ha producido el hombre cambios en la superficie del terreno, el suelo y las aguas en la tierra, y cómo ha elaborado sus minerales,” para llegar a comprender de manera adecuada las cua-

lidades de nuestras acciones en su relación con el futuro bienestar de nuestra especie “en lo que hace a si sus energías organizadas (su conducta social) tiene o debería tener una adecuada inquietud con respecto a su posteridad.” (1956:301)

II

Esta historia ambiental hace parte a su vez de otra, más amplia y mucho más prolongada: la ecológica, que abarca el desarrollo y organización de la vida en la Tierra a lo largo de unos 3,500 millones de años. En este sentido, cabe decir que toda historia ambiental es ecológica, pero no toda historia ecológica es ambiental. En nuestro tiempo, el desarrollo de ambas ha venido a converger en una época que del año 2000 acá llamamos Antropoceno, en la cual, al decir de John Bellamy Foster, “los factores antropogénicos (como opuestos a los no-antropogénicos) constituyen por primera vez en la historia de la Tierra la principal fuerza de cambio en el Sistema Tierra”. (2024:185)

Ese punto de convergencia, designado a partir de una propuesta planteada desde el campo de la geología - donde aún es y será discutida -, ha tenido un efecto disruptivo en los términos del debate sobre los problemas ambientales de nuestro tiempo, y de las estructuras del conocer que lo sustentan. Ese efecto tiene sus raíces en la llamada Gran Aceleración en el crecimiento económico del mercado mundial a partir mediados del siglo XX, con la cual, al decir de Foster, “la expansión cuantitativa de la producción global y de la extracción de recursos en particular llevaron a una transformación cualitativa en la transformación de la relación de la especie humana con el conjunto del Sistema Tierra.” (2024:185)

Esta circunstancia resalta la importancia de atender a las raíces de las que proviene la creciente complejidad en el planteamiento de nuestro objeto de estudio y, en particular, en lo relativo a la formación del propio concepto de ambiente, que lo articula. Podemos – y debemos, por supuesto

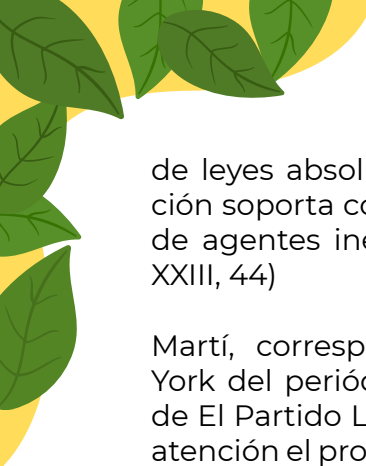
– remitir los orígenes de ese proceso a la formulación del concepto de ecología por el biólogo darwinista Ernst Haeckel en 1869 como “el estudio de la interdependencia y la interacción entre los organismos vivos -animales y plantas- y su ambiente -seres inorgánicos-.” Y a eso podemos agregar los aportes de Carlos Marx y Federico Engels a la comprensión de las formas históricas adquiridas por esa interdependencia y esa interacción en el caso de la especie humana.

Buena parte de ese trabajo ya ha sido hecho, y continúa en curso. Así, sabemos que el concepto de ambiente empezó a tomar cuerpo a partir de la década de 1970, cuando lo hicieron también las primeras advertencias sobre el impacto de la Gran Aceleración sobre el Sistema Tierra. Y aun eso debe ser encarado con cautela, si recordamos que la ONU no utilizó el término de ambiente en su primer gran evento sobre el tema, realizada en Estocolmo en 1972, con el título de Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano.

III

Atendiendo a este proceso en curso, conviene explorar con algún detalle la espiral del camino que lleva al concepto de ambiente en la geocultura del sistema mundial, más allá de los esfuerzos de construcción – y control – de ese concepto y sus usos desde la estructura geopolítica de tal sistema. Aquí, el punto de partida puede ser rastreado en el pensar y el quehacer de autores que produjeron su obra entre fines del siglo XIX y mediados del XX.

Así, por ejemplo, la presencia del tema en la cultura de nuestra América a comienzos de la década de 1880 en el interés de autores como José Martí, para quien cuando se ve que la intervención humana en la Naturaleza acelera, cambia o detiene la obra de ésta, y que toda la Historia es solamente la narración del trabajo de ajuste, y los combates, entre la Naturaleza extrahumana y la Naturaleza humana, parecen pueriles esas generalizaciones pretenciosas, derivadas



de leyes absolutas naturales, cuya aplicación soporta constantemente la influencia de agentes inesperados y relativos. (1975: XXIII, 44)

Martí, corresponsal entonces en Nueva York del periódico argentino La Nación, y de El Partido Liberal en México, siguió con atención el progreso de las ciencias y el trabajo de los científicos en el mundo Noratlántico. Su obra, en lo que hace a ese tema y a la gestión de los bosques y las tierras de nuestra región, da testimonio de las etapas tempranas del proceso que llevó a crear las condiciones subyacentes al clima cultural y político en que tomó cuerpo La Primavera Silenciosa, usualmente considerada como el texto fundador del ambientalismo moderno, que Rachel Carson publicara en 1962.

Esa fecha es tanto más relevante para la historia de la formación del concepto de ambiente si consideramos que en 1956, (apenas) seis años antes, había tenido lugar en Princeton, New Jersey, aquel extraordinario simposio internacional titulado El Papel del Hombre en la Transformación de la Faz de la Tierra, entre cuyos organizadores se contaban el geógrafo Carl Sauer y el urbanista Lewis Mumford, junto a unos 70 humanistas y científicos de la talla de Pierre Gourou, Teilhard de Chardin, Clarence Glacken y Karl Wittfogel. Ese Simposio constituyó a un tiempo el canto del cisne del humanismo liberal Noratlántico en este terreno, y un valioso aporte al desarrollo ulterior de una visión más rica y compleja del objeto de su convocatoria. Allí, en su intervención inaugural, dijo Sauer que el Simposio se proponía explorar la capacidad del hombre para alterar su entorno natural, la forma en que lo hace, y la virtud de sus acciones. Se ocupa de los efectos históricos acumulados, con los procesos físicos y biológicos que el hombre pone en movimiento, inhibe o altera, y de las diferencias en la conducta cultural que diferencia a un grupo humano de otro. (1956: 300)

Retrocediendo a partir de allí, cabe exami-

nar por ejemplo el papel de cuatro científicos que desempeñaron un papel relevante en el vasto esfuerzo colectivo que llevó a la formación de nuestro campo de trabajo. Dos de ellos fueron hombres en quienes se expresó la plenitud del humanismo liberal y sus contradicciones en el periodo de entreguerras de 1918-1939. Uno fue el propio Sauer, quien hizo de la geografía una ciencia de los paisajes que expresaban el resultado de la intersección entre el hábitat y los hábitos de quienes lo ocupaban a lo largo del tiempo. Otro, el biogeoquímico ruso Vladimir Vernadsky (1863-1945), que entre 1925 y 1945 desarrolló los conceptos de biosfera y noosfera, tan cercanos a los de naturaleza y ambiente en nuestro tiempo.

Para Vernadsky, en particular, la biosfera designaba la delgada capa de la esfera terrestre en la cual la vida creaba las condiciones para su propia existencia a partir de complejos procesos biogeoquímicos que permitían aprovechar la energía solar para producir materia orgánica a partir de la inorgánica. Lo noosfera, por su parte, designaba el proceso cada vez más amplio de transformación de la biosfera por la especie humana mediante el ejercicio de sus capacidades tecnológicas y científicas, que tenía entre sus momentos de origen el control del fuego por los humanos, y había alcanzado un elevado ritmo de desarrollo a partir de la revolución industrial. Con ello, decía Vernadsky en 1943,

La noosfera es un nuevo fenómeno geológico de nuestro planeta. En la noosfera el hombre, por primera vez, se convierte en la más grande fuerza geológica. El hombre con su trabajo y con su pensamiento puede y debe reconstruir su propia vida, reconstruirla radicalmente con respecto al pasado. [...] La Noosfera es la condición actual de la biosfera, la última, en la historia geológica, de las muchas condiciones de su evolución.

De allí surgía, añadió, “el problema de la reconstrucción de la biosfera en el inte-

rés de la humanidad libre pensante como una sola totalidad. Este nuevo estado de la biosfera, al cual nos acercamos sin percatarnos, es la noosfera.” (2007: 188)

Un paso más en dirección al pasado anterior a Vernadsky nos lleva a encontrar, de mediados del XIX en adelante, una diversidad de intelectuales y científicos que, desde las Humanidades y las ciencias naturales razonaron sobre estos temas en direcciones de un modo u otro modo convergentes. Uno, por ejemplo, fue el geógrafo Jean Brunhes (1869-1930), quien en 1912 introdujo el concepto de explotación destructiva, para designar a “toda explotación que tiende a hacer un gravamen sobre las materias primas del mundo, ya sean minerales, vegetales o animales, sin pensar ni método de restitución.” Dentro de ese tipo de interacción con el entorno natural, destacó aquella variante cuyas actividades “muestran una intensidad desenfrenada que las hace merecedoras del nombre alemán de Raubwirtschaft, es decir, saqueo económico o, más simplemente, devastación.” Y a eso añadió un comentario del mayor interés:

Parece particularmente extraño que la devastación característica con todas sus graves consecuencias acompañe especialmente a la civilización, mientras que los pueblos primitivos sólo conocen formas más suaves de ella. En efecto, despojan y destruyen parcialmente, pero casi nunca devastan, en el verdadero sentido de la palabra, y no tienen que sufrir la necesidad que es el resultado habitual de la devastación. [...] En resumen, la devastación característica con todas sus consecuencias es casi una peculiaridad de los pueblos civilizados. (Brunhes, 1912)

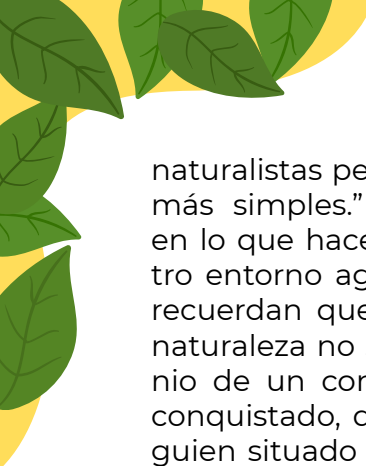
Siete años antes, en 1905 el biólogo Sir E. Ray Lankester (1847-1929) -considerado uno de los científicos más relevantes de su tiempo- había ofrecido en su universidad, Oxford, una conferencia en la que abordó la interacción de nuestra especie con su entorno natural desde la óptica del posi-

tivismo liberal victoriano. Allí planteó que la aplicación de la ciencia a la intervención humana en la naturaleza era una vía a “grandes fortunas, prestigio nacional y dominio imperial.” El Hombre (así, con mayúscula) debía tomar posesión “consciente y deliberada” de la naturaleza “no como un problema de mercados y de oportunidad ampliada para los financistas metropolitanos – sino como un deber absoluto [...], una necesidad cuya incidencia solo puede ser diferida, pero no evadida”.

Para Lankester, el hombre civilizado había procedido hasta entonces en “interferencia con la naturaleza extra-humana”, con el fin de producir “para sí mismo y los organismos vivos asociados con él un estado especial de las cosas por su rebelión contra la selección natural y su desafío a las predisposiciones humanas”. Ahora cabía pensar en ese hombre

como el heredero de un reino vasto y magnífico, que ha sido finalmente educado para que le convenga tomar posesión de su propiedad, y es dejado a largo plazo solo para hacer lo que mejor pueda; él ha derogado deliberadamente, en muchos aspectos importantes, las leyes de su madre Naturaleza, por las que hasta ahora se regía el reino; ha ganado algún poder y ventaja al hacerlo, pero está amenazado en todas partes por peligros y desastres hasta ahora contenidos: no hay retirada posible-su única esperanza es controlar, como sabe que puede, las fuentes de estos peligros y desastres.(1907)

Y a esto cabe agregar el aporte de Federico Engels (1820-1895), en su borrador inconcluso sobre “El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre”, de 1876, que construye su razonamiento a partir de una premisa que hoy puede parecernos más cercana. “En la naturaleza”, dice, “nada ocurre en forma aislada. Cada fenómeno afecta a otro y es, a su vez, influenciado por éste; y es generalmente el olvido de este movimiento y de esta interacción universal lo que impide a nuestros



naturalistas percibir con claridad las cosas más simples.” Y desde esa perspectiva, en lo que hace a las relaciones con nuestro entorno agrega que “los hechos”, nos recuerdan que nuestro dominio sobre la naturaleza no se parece en nada al dominio de un conquistador sobre el pueblo conquistado, que no es el dominio de alguien situado fuera de la naturaleza, sino que nosotros, por nuestra carne, nuestra sangre y nuestro cerebro, pertenecemos a la naturaleza, nos encontramos en su seno, y todo nuestro dominio sobre ella consiste en que, a diferencia de los demás seres, somos capaces de conocer sus leyes y de aplicarlas adecuadamente.

Por su parte, el historiador francés Jean Baptiste Fressoz (2014) nos lleva aún más atrás en el pasado, al señalar que los pioneros de la creación del moderno mercado mundial conocían de las consecuencias destructivas de sus actividades productivas y debatían ya sobre ellas. Al respecto, propone una tipología de “gramáticas ambientales” elaboradas entre fines del siglo XVIII y principios del XIX que, a partir de disciplinas como la historia natural, la química y la termodinámica, proporcionaban “reglas de conducta hacia la naturaleza”; discriminaban “entre lo puro y lo impuro, la naturaleza y el artificio, la seguridad y el peligro, la sostenibilidad y la insostenibilidad”; culpaban “a los procesos históricos” y valoraban “ciertos modos de vida.” Todas ellas, “y probablemente algunas más”, agrega, circulaban ampliamente a principios del siglo XIX, y cada una implicaba elementos que eventualmente convergerían en el concepto de ambiente, desde las alteraciones del entorno hasta el clima, la economía de la naturaleza, los metabolismos humano-naturaleza, la termodinámica y el agotamiento de la naturaleza.

Con ello, Fressoz recupera y nos ofrece otras evidencias de un legado que, en lo común de la cultura ambiental Noratlántica, se remonta a *Man and Nature, or physical geography as modified by human action*, el libro de George Perkins Marsh (1801-

1882) publicado en 1864, en cuyo homenaje fue convocado el Simposio de 1956. En su obra, Marsh - tras una larga residencia en el Mediterráneo oriental y motivado por el deterioro del entorno natural de aquella región-, buscó demostrar que, si bien otros “pensaban que la tierra hace al hombre, de hecho, es el hombre quien hace la tierra”, a riesgo de “destruirse a sí mismo y a la Tierra si no restauramos y sostenemos los recursos globales y tomamos conciencia de nuestras acciones.”

IV

Hoy, retornando en espiral a Enrique Leff, cabe decir que este vasto conjunto de antecedentes entró en un proceso de catálisis a partir del año 2000, cuando el químico Paul Crutzen (1933-2021) y el biólogo Eugene Stoermer (1934-2012) publicaron su breve artículo en el que propusieron al Antropoceno como una nueva época geológica. Ya para entonces el ambiente circulaba con creciente amplitud en la geocultura y la geopolítica del sistema mundial, asociado en particular al debate sobre la sostenibilidad del desarrollo, como éste podía ser entendido en los tiempos del neoliberalismo triunfante y a la luz de documentos como la Carta de la Tierra aprobada por la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, celebrada en Río de Janeiro, Brasil, en junio de 1992.

El Antropoceno – en su doble dimensión científica y cultural – vino a insertar una impronta de urgencia en desarrollo de la idea de ambiente, al asociarla con el riesgo de extinción de la especie humana en una noosfera enloquecida, que podía llevar a desarticular la capacidad del Sistema Tierra para sostener la vida en nuestro planeta tal como la conocemos. Ese riesgo, advertido ya por Fidel Castro en 1992, fue asumido por Jorge Bergoglio en su condición de Papa Francisco, como un tema relevante en su Encíclica *Laudato Si'* en 2015. Así, cabe plantear que la Gran Aceleración de mediados del siglo XX vino a acelerar un proceso de transición del saber que ya estaba en curso en la década de 1990, y en el

que aún nos encontramos inmersos.

Nuestra cultura se nutrió ya, y lo hace aún, de este tipo de procesos. Baste recordar el ocurrido durante la transición entre la Edad Media y la Moderna, que incluyó la de un saber referido a los problemas de la salvación del alma, organizado en torno a la Teología, a otro que atendía a los problemas de la acumulación de ganancias, organizado en torno a la Economía. Nuestra propia transición, referida a los desafíos que nos plantea el Antropoceno, tiende a organizarse en torno a una visión de la ecología que trasciende las fronteras disciplinares en que hemos sido formados, y abre paso a espacios de un tipo aún nuevo y a menudo incierto, como los de la historia ambiental, la ecología política y la economía ecológica.

Esto añade riqueza a ejemplos del malestar en la cultura de la naturaleza que precedió a esta transición, que no debemos ni podemos ignorar. Así, para 1956 Carl Sauer pudo decir que, como “un nativo del siglo XIX,” había sido “un testigo a un mismo tiempo asombrado y desconcertado” del cambio de ritmo que se inició con la I Guerra Mundial, recibió un impulso adicional con la II, y aún continúa en aceleración. Nuestra preocupación en la etapa más temprana del siglo era si seríamos capaces de hacer un uso adecuado de nuestros recursos naturales; esto ha cedido su lugar a una confianza simple en las capacidades del avance ilimitado de la tecnología. Los científicos naturales eran y aún podrían ser de la estirpe de Dédalo, dedicados a inventar reorganizaciones cada vez más osadas de la materia y por tanto, lo quieran o no, de las instituciones sociales: La ciencia social ve con envidia los logros de la ciencia física, y aspira alcanzar unas competencias y una autoridad similares en el reordenamiento del mundo.

El progreso, agregó enseguida, era ya “la palabra de pase de nuestra era, con sus técnicas motrices innovadoras”, con la “economía dinámica en constante expan-

sión, con el aporte siempre creciente de la energía.” La “capacidad para producir y para consumir” agregaba, constituyen “las espirales paralelas de la nueva era, si la guerra puede ser eliminada”, y concluía preguntándose “¿Con qué propósito estamos sometiendo el mundo a un creciente impulso de cambio?” Para entonces, añadió,

Lo que hemos hecho sobre todo ha sido aprender cómo agotar con mayor rapidez los recursos que sabemos que nos son accesibles. ¿No debemos acaso admitir que mucho de lo que llamamos producción es extracción? (1956: 357-358)

Como se dijo, la visión de Sauer – y en particular su dura crítica al impacto socio-ambiental y cultural de la agricultura industrial, motivada por “la ganancia inmediata, que ha reemplazado las antiguas actitudes de vivir con la tierra” (1956: 359) - hace parte del legado cultural en cuyo seno tomó cuerpo y encontró audiencia *La Primavera Silenciosa*. Conocer y comprender ese legado contribuye – más y mejor que categorías como el “cambio global” o la “crisis ambiental” - a asumir el Antropoceno a partir de “una reflexión histórica seria sobre los orígenes del desastre ambiental en el que vivimos”, para “poner a la humanidad, el tiempo y la historia en el centro”. (Fressoz, 2014, cit.).

Desde esa perspectiva, en lo que hace a nuestra América – cuna por cierto de las teorías del desarrollo en la década de 1940, y de la dependencia en la de 1970- ese legado incluye desde 1980 el aporte de la antología *Medio Ambiente y Estilos de Desarrollo en América Latina*. De ella hacen parte aquellas “Notas sobre la Historia Ecológica de América Latina”, elaboradas por el agrónomo Nicolo Gligo y el biólogo Jorge Morello, que contribuyó a inaugurar el proceso que llevaría a la Sociedad Latinoamericana y Caribeña de Historia Ambiental a constituirse en Santiago de Chile 23 años después.

Aportes como esos tienen un indudable sustrato común en aquella cultura de la naturaleza desde la que José Martí nos advirtiera en 1891, cuando empezaba apenas a tomar forma la transición de la organización colonial a la internacional en el moderno sistema mundial, que no había entre nosotros batalla “entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza” (1975:VI, 17), de donde cabía entender que

A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien [...] El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país. (1975: VI, 17)

Resta aquí recordar que si deseamos un ambiente distinto tendremos que construir sociedades diferentes a las que nos han traído a estos desafíos. Se dice que tenemos los conocimientos científicos y los medios tecnológicos para hacerlo, pero la eficiencia de ambos será limitada si care-

mos de los fines que orienten su uso, o demos por naturales los del crecimiento económico sostenido -entre otros males- por los del extractivismo y la economía de rapiña que ya denunciara el geógrafo Jean Brunhes (1869-1930) en 1912. Este es quizás el reto mayor para las Humanidades en esta transición, si aspiramos a hacer de ella uno de aquellos grandes momentos de la historia que, al decir de Carl Sauer, no han venido a ocurrir cuando el hombre estaba más preocupado por las comodidades y las apariencias de la carne, sino cuando su espíritu se vio llevado a crecer en gracia. Lo que más necesitamos, quizás, es una ética y una estética que muevan al hombre a legar a la posteridad una buena tierra, mediante el ejercicio de la prudencia y la moderación. (1956: 362)

De esa historia se trata, y de establecer con claridad los fines que permitan crear y ejercer los medios necesarios para llegar a ella.

Alto Boquete, Panamá; Quito, Ecuador, 4-12 de octubre de 2024

Referencias

Bertrand, Guillaume (2014): “Vernadsky’s philosophical legacy: A perspective from the Anthropocene”. https://www.researchgate.net/publication/288495099_Vernadsky's_philosophical_legacy_A_perspective_from_the_Anthropocene

Brunhes, Jean (1910): *Human Geography: An Attempt at a Positive Classification, Principles and Examples* (English Edition). London, Harrap. Edición de Kindle.

Creutzen, Paul y Stoermer, Eugene (2000) “The Anthropocene”. *Global Change Newsletter*, 41. May 2000. <https://www.mpic.de/3865097/the-anthropocene>

Engels, Federico (1876): “El papel del trabajo en la transformación del mono en hom-

bre”. <https://webs.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/oe3/mrxoe308.htm#fn0>

Foster, John Bellamy (2024): *The Dialectics of Ecology*, Monthly Review Press, New York. 2024.

Fressoz, Jean Baptiste (2014): “Perdiendo la Tierra a sabiendas. Seis gramáticas ambientales cerca del 1800”. https://www.academia.edu/19596740/_Loosing_the_earth_knowingly_Six_environmental_grammars_around_1800_in_Hamilton_Gemmenne_and_Bonneuil_The_Anthropocene_and_the_global_environmental_crisis_Routledge_2014

Gramsci, Antonio: *Introducción a la filosofía de la praxis*. Selección y traducción de J. Solé Tura. Nueva Colección Ibérica. Ed. Península, Barcelona, 1967.

<https://marxismocritico.files.wordpress.com/2011/11/introduccion-a-la-filosofia-de-la-praxis.pdf>

Lankester, Edward Ray (1907): "Nature's insurgent son". The Project Gutenberg eBook of The Kingdom of Man. <https://www.gutenberg.org/cache/epub/59928/pg59928-images.html>.

Marsh, George Perkins (1864): Man and Nature. <https://www.gutenberg.org/files/37957/37957-h/37957-h.htm>

Martí, José (1975: VI): Obras Completas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Martí, José (1975: XXIII): Artículos varios: "Serie de artículos para La América", sf.

O'Connor, James (1998): "¿Qué es la historia ambiental? ¿Para qué la historia Ambiental?". Natural Causes. Essays in ecological Marxism. The Guilford Press, New York London, 1998. Traducción gch

https://repository.globethics.net/bitstream/handle/20.500.12424/213458/n44_2_que_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Sauer, Carl (1956): "The agency of Man on the Earth". Selected Essays 1963-1975. Turtle Island Foundation. Berkeley, California, 1981.

Sunkel, Osvaldo y Gligo, Nicolo (editores): Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina. 2 tomos. CEPAL / Fondo de Cultura Económica, México.

Vernadsky, V.I. (2007): La Biosfera y la Noosfera. Ediciones IVIC, Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas. https://www.academia.edu/22554569/V_I_Vernadsky_La_biosfera_y_la_noosfera..

Wickham, Chris: Europa en la Edad Media. Una nueva interpretación. Crítica, Barcelona, 2017. http://www.elboomeran.com/upload/ficheros/obras/europa_en_la_edad_media.pdf



Instituto Universitario
SOPHIA
América Latina y Caribe